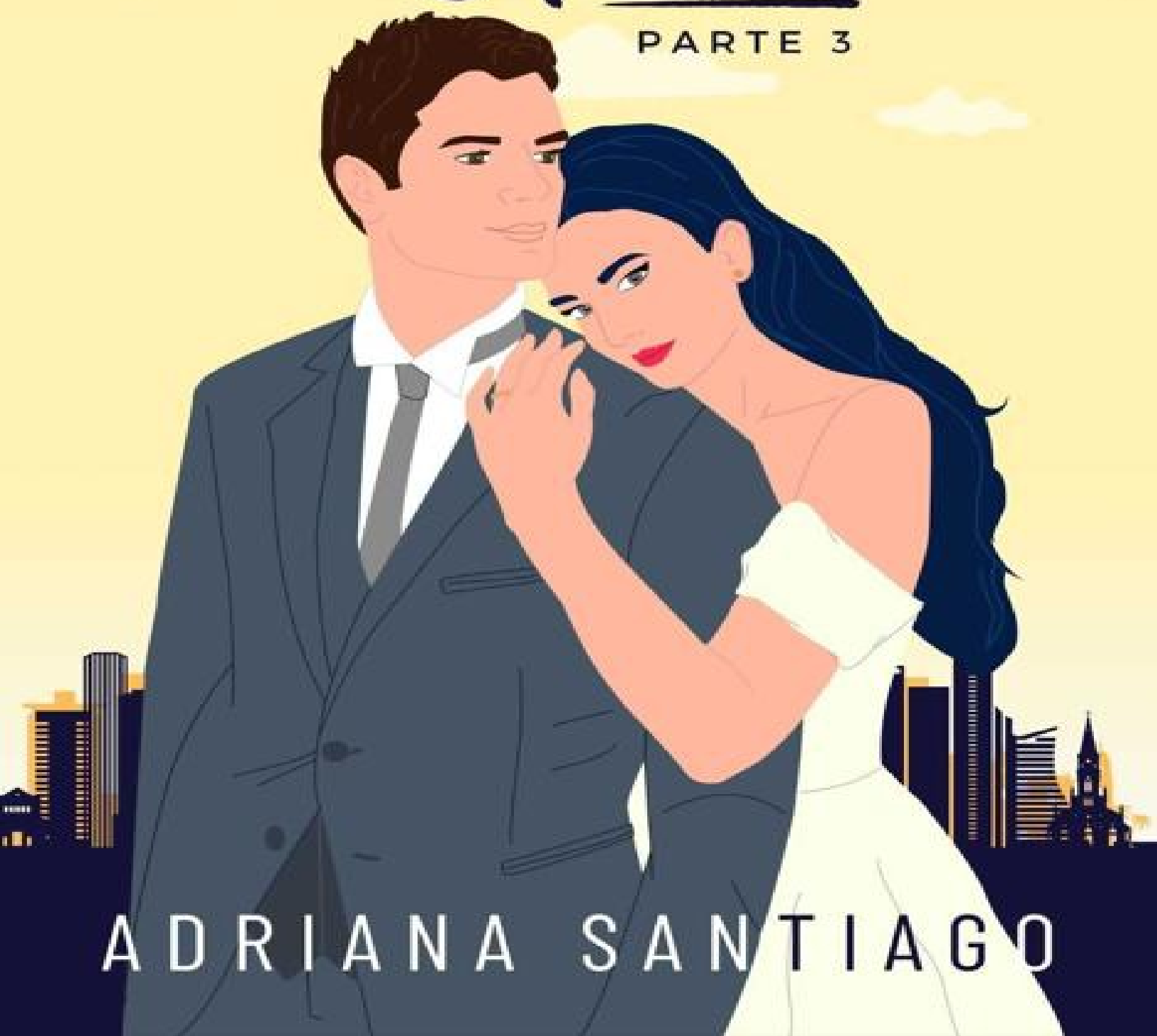


LA ÚLTIMA VEZ QUE HABLAMOS DE

Amor

PARTE 3



ADRIANA SANTIAGO

LA ÚLTIMA VEZ QUE HABLAMOS

DE

Amor

PARTE 3

ADRIANA SANTIAGO

La última vez que hablamos de amor Parte 3
Adriana Santiago
www.adrianasantiago.ca
digital@adrianasantiago.ca

© 2024, Primera Edición

© 2024, Adriana Santiago. Todos los derechos reservados
Edición: Adriana Santiago
Bedford, Nova Scotia, Canadá
ISBN: 978-1-7777413-9-6
Diseño de Portada: Adriana Santiago

La última vez que hablamos de amor Parte 3 es una obra de ficción. Todos los nombres, personajes e incidentes son producto de la imaginación de la autora o se utilizan de forma ficticia. Cualquier parecido con eventos, lugares o personas reales, vivas o muertas, es pura coincidencia. Las marcas y productos reales mencionados en esta obra han sido utilizados únicamente con fines narrativos y no reflejan la opinión de la autora sobre su valor y/o calidad.

Todos los derechos reservados. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros), ni su transformación o adaptación a ningún otro medio o formato conocido o por conocerse sin autorización previa y por escrito de la autora. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual, según las leyes canadienses y colombianas y sus correspondientes convenios internacionales.

Para solicitar permisos e información sobre derechos de autor, por favor contactar a Adriana Santiago a través del correo electrónico digital@adrianasantiago.ca

*Este es para ti, José.
Por compartir la aventura de la vida conmigo.
Y para ti también, David.
De todas mis aventuras, hijo mío, tú sigues siendo la mejor.*

Contenido

NOTA SOBRE TEMAS SENSIBLES

PRÓLOGO

LOS COLORES DEL OCASO

1

2

EL LIBRO DE LOS AMORES IMPOSIBLES

3

4

5

HAZTE LA SORPRENDIDA

6

7

8

9

EL ÚLTIMO ADIÓS EN EL PARAÍSO

10

11

THE CASH, THE CELLPHONE, AND THE STONE

12

13

EL PAN Y LAS FLORES

14

15

16

17

MARIDO Y MUJER

18

19

REPARACIONES

20

21

CRISTIAN

22

23

LAS ESTRELLAS DE NUESTRO PRIMER BESO

24

25

QUERIDO(A) LECTOR(A)

AGRADECIMIENTOS
ACERCA DE LA AUTORA

Nota sobre temas sensibles

Esta novela describe situaciones relacionadas con la salud mental, la depresión y la ansiedad.

Dichas situaciones son representaciones artísticas con propósitos narrativos, elaboradas por la autora con base en su investigación, así como su experiencia personal propia y de personas cercanas, y no pretenden dar un concepto médico ni diagnosticar, enmarcar o definir en su totalidad el espectro de las manifestaciones y síntomas de estas condiciones en el resto de las personas que las padecen.

Ninguna información contenida en esta historia sobre diagnósticos, terapias, tratamientos o alusión a medicamentos sustituye la recomendación de los profesionales expertos en el área.

Contiene algunas escenas de intimidad de pareja con descripciones ligeramente explícitas. También describe una situación de abuso doméstico que podría resultar sensible para algunos lectores. Se recomienda discreción.

Prólogo

MANUELA

Un par de dedos se posan sobre mi mentón, acompañados de un barítono sensual que me despierta del sueño profundo en el que me había sumido después de haberlo intentado por dos largas horas.

—Vamos a aterrizar, Manu —le escucho decir a Diego. Su voz se entremezcla con el coro de la canción *Broken* de Lovelytheband que suena a través de mis AirPods. Por un segundo se me da por pensar que sigo soñando.

Recupero con pesadez mis funciones cognitivas y abro los ojos. La realidad me despierta como un baldado de agua fría en la cara, al darme cuenta de que mi cabeza está recostada en su hombro y, para remate, estaba durmiendo con la boca abierta. ¡Me lleva el carajo! Esto no es un sueño. Su voz es real, tanto como su presencia.

¿Cómo puede ser posible que, después de todo lo que hice para evitarlo, haya terminado sentada en una silla en primera clase de este pinche avión, *a su lado*?

—Gracias —atino a decir, luego de cerrar la boca y recomponerme en la silla, parpadeando un par de veces seguidas para enfocar la mirada.

—¿Quieres que te ayude a llenar el formulario de inmigración? —me pregunta, mostrándome los documentos sobre su mesa auxiliar.

—No, yo lo hago. —Cortando cualquiera de sus intentos de dulce cortesía, le rapo uno de los formularios y abro la cremallera de mi bolso en busca del pasaporte y un bolígrafo, pero como suele pasarnos a todas las mujeres en este planeta, lo primero que sale es lo último que se necesita en el momento, y en este caso es... una tira de, por lo menos, diez condones. Diego frunce los labios, reprimiendo la risa. ¡Juro que voy a matar a Dominique cuando regrese!

—Ten. Yo ya terminé el mío. —Diego me extiende el bolígrafo y yo no tengo más remedio que aceptarlo y ponerme manos a la obra con los labios sellados, no vaya a ser que se le dé por buscarme conversa.

—¿Te sientes bien? —Lo dicho. Para Diego es imposible permanecer callado por más de tres respiraciones seguidas. Si hay algo que detesta son los silencios incómodos, en especial si yo estoy presente.

—Es la millonésima vez que me lo preguntas.

—Me preocupo por ti. ¿No puedo?

—No es necesario. —Lo corto de plano, con la mirada clavada en el formulario.

—No sabes cómo te envidio —dice, con toda la ironía de la que es capaz—. Para ti es tan fácil no preocuparte por nadie más que por ti misma.

¡Si será atrevido! Lo peor es que sé que lo está haciendo a propósito, para sacarme de quicio. Para él es mil veces preferible pelear conmigo a que lo castigue con el severo látigo de mi

indiferencia.

—Para tu información, cuando Trudy nos dijo que estabas teniendo una crisis de depresión, la primera en salir corriendo de la agencia como una loca despeinada, fui yo. —Levanto una mirada desafiante para clavársela en esos bellísimos ojos color avellana—. Pero de nada me sirvió porque tu novia ya estaba en tu apartamento, cuidándote con la dedicación de la mejor enfermera.

—Ximena no es mi novia —aclara con vehemencia.

—Lo mismo me da. —Bajo nuevamente la cabeza hacia el formulario para estampar mi firma allí—. Para mí lo era, en ese momento.

Diego intenta decir algo, pero decide morderse los labios y quedarse callado. Lo puedo ver por el rabillo del ojo. Y podría apostar cualquier cosa a que está pensando lo mismo que yo. Le debe estar costando creer, como a mí, que después de amarnos tanto en estos cinco años, hayamos llegado a esto.

Sin embargo, al rebobinar la historia en mi cabeza, esta situación está lejos de ser absurda. De hecho, tiene todo el sentido del mundo. Solo bastó una mala decisión, un instante terrible de desesperación, para destruir todo lo bello que alguna vez fuimos. Y, en parte, fue mi culpa.

Para una persona como yo, que ha luchado tanto para cumplir sus metas, reducirse a una sola opción es el mayor de los temores. Ser la esposa de Diego fue la única opción que se me presentó en el camino hace cinco años y, en el intento por tomarla y hacer realidad el sueño de vivir a su lado, salí corriendo de la iglesia. Fue un impulso inconsciente que me sigue pesando hasta ahora, no lo niego. De todas las salidas decorosas que había a mi disposición en aquel entonces para enfrentar la situación, escogí la cobardía.

Perder a Diego fue mi más grande fracaso en ese entonces, la peor demostración de mi debilidad y mi inmadurez como persona. Habría podido perder incluso la vida si BrandsMedia no me hubiera abierto las puertas cuando insistí en golpearlas durante casi dos semanas, mendigando un trabajo, buscando un futuro, clamando un refugio para huir de la tristeza.

Fue así como me convertí en una prominente ejecutiva de medios digitales en la agencia más importante del país. Y luego directora. Me lo prometí a mí misma y lo logré. Si el amor no podía darle sentido a mi vida, lo haría mi carrera.

Me sorprende a mí misma acariciando el bolígrafo de Diego, recordando lo mucho que extrañé su corazón palpitando junto al mío, rememorando cada una de las veces que me quedé dormida, abrazada a mi almohada, pidiéndole perdón al universo por haber cometido el crimen pasional de dejar plantado al amor de mi vida en el altar.

Ni siquiera intenté amar a nadie más durante estos largos años de ausencia, resignada a llevar la carga de la culpa y el remordimiento colgada del cuello, convencida de que no merecía una segunda oportunidad.

Pero resulta que cuando el universo se cansa de escuchar tus plegarias, te las responde con ironía. El día menos pensado lo vi entrar a BrandsMedia, mi lugar de trabajo; lo vi ocupar el cargo al que yo aspiraba y convertirse en mi jefe.

El hombre a quien dejé plantado en el altar, cinco años después, terminó siendo mi jefe. ¿Se trataba de una broma *kármica* o un castigo del destino?

Nadie me preparó para lo que vino luego, el perdón generoso que me extendió, la reconciliación que intentamos, el sueño de volver a estar juntos... un sueño que se convirtió en una nueva ruptura que me trajo a esta silla en primera clase de un avión, rumbo a lo que *podría* ser mi futuro.

La voz de la azafata anunciando el descenso del avión me devuelve a la realidad una vez

más, por lo que le extiende el bolígrafo a Diego para devolvérselo.

Diego lo recibe sosteniéndome la mirada por un largo instante y yo siento que daría lo que fuera por perderme en esos ojos una vez más y olvidar lo que pasó.

Pero ese es el punto. La sola idea de olvidar me lleva de regreso a aquella noche en la que nuestra historia terminó y no precisamente con un final feliz.

Los colores del ocaso

1

MANUELA

Tres semanas atrás

La última vez que creí en él lo esperé con ilusión en el restaurante Nero, en la exclusiva zona G de Bogotá. En su lugar, llegó un mensaje de texto a mi celular con una maldita fotografía que aún me arde en los dedos — una imagen que acabó con la última esperanza que tenía de que mis verbos a futuro se conjugaran en plural.

Diego y yo no *estaríamos* juntos, ni *seríamos* felices.

La realidad me golpeó en el pecho mientras permanecía sentada en esa mesa que él había reservado para mí. No me costó mucho entender el simbolismo. Después de todo, la venganza es un plato que sabe mejor cuando se sirve frío, dicen por ahí. Su venganza fue dejarme plantada a mí en ese restaurante, de la misma forma que yo lo dejé plantado a él, en una iglesia, frente a casi una centena de invitados.

Mis lágrimas cayendo a gotas sobre la bellísima mesa de ébano darían constancia de lo que sentí por años enteros y lo escribí con la yema de mis dedos, en esa misma superficie: «te amé».

Sequé mis mejillas manchadas de pestañina con la servilleta del restaurante y salí de allí movida por la resignación, arrastrando el alma en la suela de mis tacones.

Esa noche entendí que su *perdón* por la plantada en el altar no incluía un inciso para el *olvido* y tampoco era garantía ni protección contra una deseada y bien merecida *retaliación*. De hecho, fue el más efectivo de los señuelos. Ese perdón me hizo creer, por un instante, en el viejo mito de que el amor lo superaba todo. Incluso la decepción.

El taxi llegó minutos después, trayendo a mis mejores amigos, quienes llegaron a rescatarme en el momento exacto para evadir la quinta llamada marcada con su nombre en mi teléfono celular.

—*Chérie*? ¿Qué pasó? —me preguntó Dominique, abandonando el vehículo con tal premura que no esperó a que las llantas se detuvieran del todo para abrir la puerta y poner su pie derecho en el pavimento.

—¿Qué te hizo Diego? —Sebastián insistió desde el taxi, conteniendo la furia que lo invadía en dos puños herméticos. Los nudillos en sus manos lucían pálidos. Fríos. Amenazantes.

—¿En dónde está María Paulina? —les pregunté.

—Se fue en otro taxi con Rafael. Quedamos en encontrarnos en Pravda —contestó Dominique sin dudar, para luego tomar mi cara entre sus manos—. *Chérie*, dime, ¿estás bien?

Separé mis labios para intentar responder, pero ante el riesgo de intoxicarme con mis propias palabras teñidas de amargura, decidí entregarle mi celular para mostrarle la imagen del hombre que amaba sentado en un finísimo sofá de cuero color miel, rodeando con sus brazos el cuerpo de la mujer alta, blanca y delgada, de cabello castaño claro e iluminaciones rubias que por cinco

años fue el fantasma en mis pesadillas: Ximena. Su novia eterna. Ya no era solo un nombre de seis letras que había escuchado en otra noche desafortunada. Esa fotografía la hizo real, la encarnó en una persona que hundía la cara en el pecho de Diego y un puñal en el mío.

Diego me había dicho que no la amaba, que terminaría su relación con ella para recuperar la nuestra... que era conmigo con quien quería construir un futuro... *bla, bla, bla*... todo eso me prometió en un largo etcétera. Y como la imbécil que soy, caí redondita, con esas mismas frases de cajón que han llenado de lágrimas millones de pañuelos iguales al mío.

Me dejé llevar sin reparos, obnubilada por los jirones verdes de sus ojos avellana y aquellos hoyuelos en sus mejillas que siempre habían sido mi perdición.

Dominique contuvo la furia por un par de segundos, mientras miraba la fotografía, y guardó mi celular en el bolsillo trasero de sus *jeans*. Me abrazó como expresando sus condolencias, sabiendo que la mejor parte de mí acababa de morir. Aquella que creía en las flechas de cupido e iniciales grabadas en los troncos de los árboles, encerradas en un corazón.

Rabia. Decepción. Resignación. Nada dolió tanto como lo que vino después: el silencio de la soledad, el vacío del abandono, la certeza de que la pesadilla había sido real y seguía sucediendo en mi cabeza con el paso de los días.

Y luego la noticia de su crisis de depresión. Aún no me explico cómo sucedió, pero lo lamento. La historia de sus depresiones no es bonita. Sé que han sido terribles, podrían costarle la vida y... de paso la mía; porque, incluso con todo el daño que me ha hecho, no soporto la idea de ver su nombre en un epitafio.

Diego desapareció por casi dos semanas, a pesar del trabajo que se acumulaba en la oficina y que debí asumir sola a costa de mi propia salud. En nuestras mejores épocas fuimos un equipo, nos ayudábamos en todo, compartíamos las responsabilidades, delegábamos las funciones como líderes de la unidad digital de la agencia. Ese habría podido ser nuestro final feliz, hasta que lo arruinamos con el primer beso que nos dimos en un ascensor.

Dos semanas enteras pasaron sin noticias suyas, excepto el rumor de que se iría con *ella*, con Ximena, a algún lugar soleado, frente al mar. Yo, por mi parte, seguí marcando en el calendario cada día que sobreviví su ausencia y su largo silencio, que más parecía indiferencia.

Pero... otra *ausencia* se hizo notar en ese mismo calendario que empezó a preocuparme más. La ausencia de mi periodo.

Ahora

En el reloj son casi las siete de la noche cuando María Paulina me avisa que Diego está esperando una respuesta mía en la portería. ¡El descaró! Justo en este momento viene a buscarme, después de dejarme esperando por días enteros, con sus noches.

—Dile que suba —le contesto a María Paulina quien, al parecer, sigue de pie al otro lado de la puerta del baño, a juzgar por la sombra que veo en la rendija inferior.

—¿Estás segura?

—Sí.

—Vale, yo le digo. No te preocupes por mí, esta noche me quedo en el apartamento de Dominique para que puedan hablar con tranquilidad.

—No hay necesidad, Mapi. Seré breve.

—Mani —insiste, incómoda—, abre la puerta, porfa... para que hablemos mejor. O ¿te vas a poner pudorosa conmigo después de vieja?

—Me comí un calentado de fríjoles al almuerzo y la cuestión no está muy *sólida* que

digamos —respondo, sacando a la fuerza una broma mal armada que disperse sus sospechas. María Paulina, menos que nadie, puede saber que estoy de pie frente al lavamanos, esperando con angustia aquella línea que dividiría mi historia en dos, en un *antes* y el *ahora*.

—Al menos, escúchalo. Yo sé que estás herida, que todo lo que ha pasado entre ustedes sigue siendo doloroso y confuso pero... ajá...

—¿Ajá... qué, Mapi?

—Diego no está bien y tú necesitas saber qué pasó esa noche realmente. Ustedes necesitan una conversación, no una...

—Yo ya sé lo que le voy a decir, no te preocupes —la interrumpo en seco.

Sé que está de mi lado, Mapi es mi mejor amiga. Ella ha sido testigo de nuestra relación desde sus inicios, desde la primera mirada que Diego y yo cruzamos en la universidad, cuando nos conocimos. María Paulina lleva la cuenta del mínimo detalle de nuestra historia y podría escribir un libro entero con la suma de todos ellos (excepto los sexuales, por supuesto. O al menos, aquellos que nunca me he atrevido a contarle a riesgo de hacer explotar las neuronas de su admirable cerebro). Debe ser por eso, y porque es una romántica insufrible, adicta a los finales felices, que quiere abogar por él.

Y... ahí está la contradicción. ¿Cómo podría ser feliz... el *final* de una relación?

María Paulina desiste y, luego de unos segundos, me avisa que va de salida, dejando entreabierta la puerta del apartamento, lo que me da tiempo y espacio mental para respirar y procesar el resultado de la prueba. El tiempo y el destino acaban de darme su veredicto.

Escucho los pasos de Diego atravesando el umbral de la puerta del apartamento, cerrándola tras de sí. Respiro profundo una vez más y me repito a mí misma las palabras que me diría Dominique si estuviera aquí: «date tiempo, sé valiente. Este dolor no durará para siempre».

Salgo del baño y me encuentro de frente con la figura de Diego, cuán alto y erguido, esperándome de pie, al fondo de la sala. Las venas que recorren sus brazos se han hecho más notorias, en especial cuando los mueve para esconder sus manos en los bolsillos de unos *jeans* a los que parece sobrarles espacio. El hueso de su clavícula sobresale como una lanza atravesando sus hombros cincelados, marcando una línea recta que antes solo se asomaba para dar inicio a sus firmes pectorales. Jamás me lo imaginé en semejante estado de delgadez y fragilidad; mucho menos pensé ver el color avellana de sus iris esconderse en unos ojos hundidos que me duele mirar.

Evito detallar el resto de su cuerpo para no darle la impresión errónea de que lo observo con lástima. De todos los sentimientos que Diego podría inspirarme, bueno o malo, la lástima no podría ocupar ningún espacio. Preocupación, sí. Diego tampoco la ha pasado bien, se nota que ha dejado de comer a causa de su crisis de depresión. El brillo de sus ojos se ha desvanecido en el cansancio de la lucha constante consigo mismo y con los fantasmas que atormentan su alma.

—¿Cómo sigues? —le pregunto, cortando el silencio con una voz metálica que a mí misma me hiere.

—No muy bien. Ahí voy. Y ¿tú?, ¿cómo estás? —Aunque la frase suene a una pregunta, sus ojos vidriosos le dan el inconfundible tono de una súplica.

—En serio, ¿quieres saber?

Mi actitud le sorprende, pero Diego no tarda en darse cuenta de que no estoy para rodeos, ni juegos, ni ilusiones ópticas. Esta no es una conversación, como lo sugería María Paulina; tampoco es una competencia por ganarse la simpatía del que haya sufrido menos. Ambos estamos en igualdad de condiciones, no es necesario llevarla más allá de un mero intercambio de información, quizá con un par de signos de interrogación.

—Manuela... —dice y baja la mirada brevemente, como si quisiera tomar impulso antes de poder levantarla de nuevo y mirarme a los ojos—. *Linda...*

—No vuelvas a llamarme así —lo interrumpo, a duras penas moviendo mis labios fruncidos por la ira—. En este momento, no me interesa tanto escuchar tus explicaciones sino tus respuestas. Soy yo quien hará las preguntas. Si no estás de acuerdo, bien puedes salir por la misma puerta por la que entraste.

El asombro de Diego se transforma en resignación, dejando escapar un suspiro antes de mover su cabeza en un ligero gesto de asentimiento.

—Hace seis meses, cuando aceptaste la oferta de trabajo en BrandsMedia, tú sabías que yo trabajaba ahí. Sabías que volverías a verme. ¿Sí o no?

—Sí.

—Nuestro reencuentro no te tomó por sorpresa... y tampoco fue una coincidencia para ti. Tú mismo me lo dijiste.

—Lo fue cuando envié mi hoja de vida para postularme al cargo que dejaba Dominique. En ese momento yo no sabía que trabajabas ahí —aclara, haciendo una súbita interrupción.

—No te he preguntado nada todavía. —Lo corto tajante, a lo que él responde bajando la mirada—. Tú eras consciente de que trabajar conmigo implicaba recordar todos los días la decepción que te causé. ¿En serio, creíste que podías olvidarlo todo, hacer borrón y cuenta nueva y manejar la situación conmigo?

—Manuela... ¿a dónde quieres llegar con esto?

—¡Quiero la verdad, Diego! De todas las agencias de publicidad que te hubieran podido contratar a ojo cerrado, escogiste justo BrandsMedia, la agencia en la que trabajaba la mujer que te dejó plantado en el altar, y ahora me vas a decir que ¿no te importaba? ¿No será más bien que esa era la mejor parte del plan? ¿No querías, desde el principio, hacerte contratar en BrandsMedia, convertirte en mi jefe para luego...?

—¿De qué plan estás hablando? —replica, con el ceño fruncido, levantando la mirada entre confundido y... ¿ofendido? ¿Le quedan agallas para ofenderse?

—¡Vengarte de mí! Tú regresaste desde Londres, en donde tenías todas las oportunidades de quedarte. Allá tenías a tu novia, a tus amigos, tenías una carrera, lo tenías todo, pero el Brexit te dio la excusa perfecta para regresar y pasarme la cuenta de cobro por el dolor que te causé.

—Manuela...

—¿Me lo vas a negar? Aquí y ahora, ¿vas a negarme en mi cara que una de tus fantasías eróticas más salvajes era desquitarte de mí y pagarme con la misma moneda?

Diego me sostiene la mirada y, a pesar de su respiración entrecortada, puedo ver con claridad la verdad asomándose culpable en sus ojos.

—No lo niego, Manuela —dice, sin intentar ocultar su vergüenza—. Desde que firmé el contrato para asumir el cargo de director de medios digitales en BrandsMedia, hasta el momento en que nos besamos, en el ascensor de este mismo edificio... estuve esperando pacientemente el momento para reclamarte por haberme dejado plantado en el altar. Quería describirte la humillación a la que me sometiste, las pesadillas que empecé a tener contigo, quería que vieras las heridas que me abriste. Quería que te doliera, tanto como a mí, la decepción que me causaste. Pero, más allá de eso, quería que supieras que lo había superado, que me estaba recuperando y que... cualquiera que hubiera sido la razón por la que me dejaste, jamás sería tan poderosa como mi voluntad de salir adelante y ser feliz.

—Y el momento que esperaste con tanta paciencia para decirme todo eso —agrego, con todo el sarcasmo del que soy capaz—, era el momento en el que me enamorara de nuevo de ti.

Esperaste que mis ilusiones contigo estuvieran en el pico más alto posible, para poner en marcha el resto del plan y asegurarte de que la caída me doliera más.

—¡Eso no es así, Manuela!

—¡No me insultes tratando de negármelo ahora!

—¡Lo niego porque *esa parte* no es verdad! Desde el instante en que te vi de nuevo en BrandsMedia quise enloquecerme porque quería vengarme y al mismo tiempo, deseaba tenerte una vez más. Todos esos meses que trabajamos juntos fuiste un reto y una tentación para mí, Manuela. Eras la mujer que me había herido, pero también la ejecutiva eficiente, admirable y comprometida que siempre supe que eras. Eras la amiga incondicional, la sonrisa hermosa de la que me enamoré, los ojos inmensos que siempre me miraban con consideración, ¡eras el amor de mi vida!

—Y eso, a mí ¿de qué me sirve saberlo ahora? Así te hayas arrepentido, tu propósito siempre fue ese, regresar a mi vida para desquitarte de mí y destruirla. Todo lo que hiciste, todas las fichas que moviste tenían esa intención.

—Yo sé que merezco tu desprecio por haber regresado a tu vida y causarte el dolor que ahora sientes. No te voy a negar que... —Diego pasa una mano desesperada por su cabeza, antes de concentrarse en mí una vez más—. No te niego que... en algún momento de mi propio dolor quise desquitarme de ti por haberme dejado plantado en el altar. Mi resentimiento llegó a ser tan grande como para imaginarme el día que volvería a verte para demostrarte lo lejos que podía llegar sin ti. Pero no pude. Yo nunca pude vengarme porque, en el fondo, lo único que quería era volver a verte. Quería verte y convencerme de que mi vida sin ti funcionaría. Luego quise convencerme de que había tomado la decisión correcta al seguir mi relación con Ximena, intentar imaginarme un futuro con ella. Y después, cuando me dijiste la verdad, cuando me confesaste que me habías dejado plantado en el altar por culpa de mi mamá y mi hermana, lo único que quería era encontrar la manera de volver contigo, al precio que fuera.

—Ese precio tuve que pagarlo yo, Diego. Desafortunadamente, fue a mí a quien le tocó aprender que el *karma* no se queda con nada, porque también tengo que admitir que la plantada en Nero fue brillante, demasiado buena como para no haber sido planeada —insisto, con la amargura del escepticismo. Nada de lo que Diego me dice tiene sentido.

—Yo no te dejé plantada a propósito esa noche, en Nero. Te lo juro por mis hermanas, Emma y Emilia, que son lo más sagrado que me queda en la vida, que te estoy diciendo la verdad, Manuela. Nada habría querido más que estar contigo esa noche y probablemente ese fue mi error, no haber salido de la casa de mi mamá a tiempo para encontrarme contigo allí, como habíamos quedado. Yo asumo la responsabilidad de lo que pasó, aunque no haya sido mi culpa. La asumo y te pido perdón por haber llegado tarde al restaurante; es cierto que no nos cruzamos a tiempo, pero yo sí llegué... —Diego detiene el tren de sus frases para mantener la compostura. Puedo ver su manzana de Adán moverse de arriba abajo al tragar grueso para modular su voz y evitar quebrarse en la mitad de su discurso.

—¿A qué viniste, Diego? ¿Simplemente a explicarme lo que pasó esa noche para tranquilizar tu consciencia?

—Me importa un pito mi consciencia, a mí me importas tú. Y sí, vine a explicarte todo, pero primero a pedirte perdón por todo lo que mi familia te ha hecho sufrir, por las mentiras que te dijo mi hermana Eliana, tratando de convencerte de que yo amaba a Ximena por encima de ti. Te pido perdón por esa maldita fotografía que jamás debió haber llegado a tus manos...

—Escúchame, Diego. —Hago un esfuerzo enorme por suavizar el tono de mi voz afilada por la decepción—. Te perdono lo que sea con tal de que me dejes en paz. Te perdono lo que quieras,

con tal de que no vuelvas a buscarme para hablarme de amor. Acepto lo que sea, cualquier condición, estoy dispuesta a comerme la mentira que quieras con tal de que sea la última.

—Manuela, por favor, no me hables así...

—Prométeme que te vas con Ximena para nunca volver —insisto, sin darle el mínimo chance de hablar—. Prométeme que vas a ser feliz con ella bajo el sol radiante de Barcelona. Prométeme que se van a querer hasta el final de los tiempos, que van a construir un hogar, que tendrán muchos hijos, que vivirán un mar de aventuras... todas increíbles, las suficientes para que te olvides de mí de una vez y para siempre.

—Lo prometería si eso quisiera, pero mi vida no está en Barcelona, mucho menos al lado de Ximena. Yo jamás podría construir un hogar con ella, ni vivir aventuras o ser feliz a su lado porque la única mujer con quien he soñado todas esas cosas siempre has sido tú.

—¿Por qué carajos insistes en verme la cara de imbécil?! ¡Yo no era la mujer a quien abrazabas mientras estaba sola, esperándote como una idiota en Nero!

—Todo fue una trampa, Manuela. ¡Entiéndelo, por favor! ¡Yo también caí! Yo no estaba esperando a Ximena, ni siquiera sabía que venía en camino. Ella llegó a la casa de mi mamá en La Calera con Eliana y aunque no lo creas, mi mamá hizo todo lo posible por retenerla allí hasta que yo llegara. A mí no me quedó otra opción que subir a resolver el problema antes de que Ximena bajara al apartamento a hacerme un escándalo frente a ti.

—Y resolviste el problema dándole un cálido abrazo de bienvenida —dije, completándole la frase con sarcasmo—. Supongo que el resto sucedió a puerta cerrada, de lo contrario habría recibido el álbum completo del *Kamasutra*.

—Fue ella quien me abrazó a mí cuando entré a la casa y eso fue lo único que pasó entre ella y yo ese día. Ximena acababa de llegar de Londres, estaba llorando y lo único que hice fue tratar de calmarla para que me escuchara, porque no era bonito lo que le iba a decir...

—Dame una razón, una sola razón para creerte, Diego; porque hasta ahora, solo me queda claro que tienes una excusa para todo.

Diego me dedica una mirada desconsolada, frunciendo levemente el ceño; podría decir que le cabe algo de indignación en medio del silencio.

—Para ser honesto, no tengo ninguna. Te estoy diciendo la verdad, esa sería mi única razón.

—¿Qué pasó esa noche para que te deprimieras? No creo que haya sido porque te rechacé en Pravda, cuando fuiste a buscarme, tú eres mucho más fuerte que eso.

Diego mueve los labios, intentando hablar, pero los cierra de nuevo. Puedo ver sus dientes apretándose debajo de sus mejillas, reteniendo unas palabras que parecen enredarse en su garganta.

—Perdí el control. Fueron demasiadas cosas en una sola noche.

—¿Qué clase de «cosas», Diego? Dímelas antes de que me las imagine y bien sabes que nada podría ser peor que eso.

—No estoy listo para contártelo, es demasiado doloroso para mí. Ni siquiera he sido capaz de contárselo a mis hermanas, que son las directamente involucradas...

—Tú nunca estás listo para contarme nada, todo te lo guardas para el psicólogo y a mí solo me sueltas la mitad que te conviene; pero estoy segura de que si le pregunto a tu amigo Vikram o a tu hermana Emilia, ellos se saben la carreta completa, con lujo de detalles.

—Las únicas que lo saben son mi mamá y Eliana y tiene que ver con mi papá y mis traumas de infancia... eso es lo máximo que estoy dispuesto a contarte por ahora.

Diego sigue sosteniéndome la mirada sin parpadear, dándome a entender que su decisión es inamovible.

—¿Pasó algo con tu papá? —insisto, a pesar de la firmeza con la que intenta defender su posición.

—Ya te dije que no estoy listo, no me puedes obligar a decirte más.

—¿Ximena tampoco lo sabe? —Mi afirmación lo desencaja, quebrando sus defensas.

—Si lo sabe, no se enteró por mí. Eliana debió habérselo contado, pero ese no es el punto, yo no vine hasta acá para hablar de mis depresiones. Yo no soy el objeto de caridad ni el proyecto de reconstrucción de nadie más que de mí mismo, Manuela. Yo jamás he querido ponerte en el papel de mi salvadora o mi medicina, mucho menos convertirme en mi razón de vivir. Yo soy mucho más que mis fracturas y mis traumas.

—Yo sé perfectamente que tú eres mucho más que eso, pero tus depresiones son parte de ti y algo que yo debería conocer de primera mano. Puede que yo no sea psicóloga ni tenga experiencia como terapeuta, pero tampoco soy tan tonta como para no separar lo que siento por ti, lo que represento para ti y lo que tú necesitas. Además, se suponía que esa era la primera regla de nuestra relación, que íbamos a hablar siempre, que nos íbamos a contar todo. Si no viniste a decirme la verdad completa, entonces ¿a qué viniste?

—¡Vine a corregir mis errores y a empezar de nuevo! ¿O soy el único aquí que no tiene derecho a equivocarse? Yo vine a decirte que cumplí mi promesa de darle un final digno a mi relación con Ximena, a expensas de su propio dolor porque incluso ella fue una víctima en todo esto. Ya ni siquiera sé si debería atreverme a pedirte que me ames (y solo Dios sabe que lo haría de rodillas, si pudiera), pero no lo hago porque yo no quiero tu lástima por mis depresiones, yo quiero que me ames por lo que soy, por lo que ves aquí y ahora, por lo que conoces de mí y lo que te he demostrado.

—¿Y tú crees que yo he dejado de amarte en estas dos semanas, cuando no lo logré en cinco años? La vida no te alcanzaría para imaginarte lo que sentí cuando recibí esa foto tuya abrazando a Ximena. Yo me quise morir y, aun así, si tú me dices que no fue tu culpa, te creo. Así de fácil, te creo. No necesitas pedirme perdón si no fuiste tú el responsable. El problema es que yo no puedo someterme otra vez a la tortura de abandonarme en tus brazos sin dejar de preguntarme cuál será la próxima estrategia con la que tratarán de arrancarme de ahí la próxima vez, cuál será la próxima mentira que debo descubrir o de quién tendré que defenderme. Si volviera a besarte, sería imposible resistir la urgencia de abrir los ojos para anticipar con exactitud en qué dirección vendría el próximo golpe. Yo no puedo hacerme esto a mí misma en nombre del amor que siento por ti, Diego. Lo siento, pero no puedo.

» No voy a negar que una parte de mí quiere abrazarte en este momento y volver contigo. Tú sigues siendo el hombre admirable del que me enamoré. Admiro tu compromiso con tus terapias y tus tratamientos y que los confíes en la gente experta que puede ayudarte de verdad. Lo que haces todos los días para sanarte, para estabilizarte emocionalmente, para aprender a amarte a ti mismo y ofrecerle al mundo tu mejor versión, todo eso me hace quererte aún más. Mi problema es que... yo ya no soy la misma Manuela que se enamoró de ti. No soy la misma que una vez creyó que el amor le cumpliría sus sueños porque hasta ahora, ninguno se ha hecho realidad.

—Yo no te estoy pidiendo que te abandones en mis brazos a ciegas, Manuela, y sería un idiota si empezara a prometerte que voy a cumplir tus sueños. Solo te pido que no te rindas justo ahora que hemos superado todos los obstáculos, ni que te arroges el derecho a terminar nuestra relación sin habernos dado la oportunidad de recuperarla y empezar la vida que soñamos juntos, después de todos estos años que estuvimos separados.

—Si evitarnos más sufrimientos y dramas se entiende como «rendirme justo ahora», pues sí, me estoy rindiendo. Yo he luchado por esta relación tanto como tú, di un salto de fe por ti y caí

en un abismo del que no sé si voy a salir. ¿Tú crees que me quedan ganas de arriesgarme de nuevo? —le pregunto, destrabando con dificultad el nudo en mi garganta—. Yo quiero una relación estable, en la que me pueda sentir valorada, tranquila y segura, no una relación que deba defender en todo momento porque está rodeada de enemigos. Yo no quiero que el amor me siga doliendo, Diego. Y si amar duele tanto, definitivamente no es para mí.

Sin lugar a dudas, es desespero lo que veo en sus ojos, en sus labios que frunce nervioso, en sus manos temblorosas que saca de los bolsillos de sus *jeans* y posa en sus caderas, sin saber qué hacer con ellas.

—«Juntos, hasta los confines del espacio y el tiempo». Tú me hiciste esa promesa hace cinco años —atina a decir, con la voz quebrada.

—Sí y la mandé a grabar en un brazaletes de titanio que tú arrojaste al río Támesis —replico a la defensiva.

Diego me dedica una mirada incrédula y dolida. Yo no puedo más que bajar la cabeza y cubrir mis lágrimas con mis manos.

—Tan solo... —Le escucho decir mientras me envuelve en un abrazo desesperado—. Prométeme que te vas a cuidar.

—Diego, no hagas esto más difícil —le ruego, sin atreverme a levantar el rostro. Lo único que logro con mis palabras es que me comprima aún más en su pecho, como si quisiera atraparme en el interior de sus costillas, al lado de su corazón. Su mano derecha me acaricia el pelo para, luego, posarse en la base de mi nuca e incrustar mi cabeza en la curvatura de su cuello.

—Prométeme que vas a estar bien, que vas a volver a creer en el amor y vas a encontrar a alguien con quien quieras contar las estrellas por las noches —agrega, besándome en la frente con los labios húmedos de lágrimas antes de apartarse de mí en el acto, evitando mirarme mientras deja sobre la mesa del comedor, el estuche del anillo de compromiso que me regaló hace cinco años en aquella playa de la isla de San Andrés, en una época en la que la eternidad nos parecía demasiado corta para contar las estrellas juntos.

—Diego, no... por favor... llévatelo.

—Ese anillo es tuyo, ya te lo dije. Si no lo quieres, deshazte de él a tu manera —me responde sin titubeos, caminando decidido hacia la puerta, en donde se detiene por un instante antes de salir—. En lo que a mí respecta, me iré de aquí sin odios ni *remordimientos*, Manuela. Mal que bien, yo cumplí todas las promesas que te hice y de lo único que podrías acusarme sería de intentar, con todas mis fuerzas, que fueras feliz a mi lado. Tal vez, lo intenté demasiado.

Me promete que se cuidará, que estará bien y saldrá de la oscuridad... y sé que lo cumplirá porque es cierto lo que dijo. Diego nunca ha dejado una promesa a medio camino.

«Tarde o temprano, se cumplirá a sí mismo la promesa de olvidarme». La idea me atraviesa el pecho de una estocada. Eso es lo que deseo para él, que me supere y salga adelante, pero hay deseos del corazón que nos horrorizan cuando los escuchamos en voz alta.

Me quedo con su nombre atrapado en mi boca al verlo cerrar la puerta del apartamento tras de sí. Mis pies quedan clavados en el piso, sosteniendo el peso de mi soledad.

Como puedo, vuelvo al baño para revisar, por última vez, la prueba de embarazo, con la esperanza de que un milagro me diga que he tomado la decisión incorrecta.

Solo encuentro una línea. Necesitaba dos para recuperar la ilusión de que *estuviéramos* juntos y *fuéramos* felices... los tres.

2

DIEGO

Desde mi última recaída no he vuelto a tener pesadillas y debe ser porque mi vida, en sí misma, es una pesadilla. Y como en las películas, cuando la bomba explota a espaldas del protagonista, lo único que queda después del impacto es un pitido en el oído y los pies desorientados.

Esta es una de esas escenas.

Cierro la puerta del apartamento de Manuela lamentando haber venido, en primer lugar. Yo sabía de antemano que nuestra relación, o al menos aquella que habíamos planeado recuperar una vez terminara con Ximena, había llegado a su fin; pero escucharlo de su boca, controlando sus estertores, es más de lo que puedo soportar.

Me cuesta despegar las manos de la puerta y movilizar las piernas. Quiero volver a entrar al apartamento y lanzarme a sus pies.

Quiero abrazarme a sus rodillas, pedirle perdón, prometerle el cielo y la tierra y no soltarla hasta que me diga que sí, que vuelve conmigo.

Quiero tirar todo por la borda, contarle que estoy sufriendo y confesarle que mi vida sin ella simplemente no vale la pena.

Quiero arrojarme al vacío, quiero que el pavimento me detenga, quiero sentir un solo dolor y que el mundo para mí deje de girar y se funda a negro.

Me quiero morir.

Sin embargo, ¿qué conseguiría con eso? Herirla más. Hacerla responsable de una desgracia que es solo mía. Demostrar que, efectivamente, soy el hombre pusilánime que no merece su simpatía, mucho menos su amor.

No soy ni la sombra del hombre que ella solía admirar y del que se enamoró. Este tampoco es el hombre que yo querría entregarle. Un hombre roto, incompleto, hecho pedazos, sin un rumbo fijo... excepto ella.

Me parte el alma que ésta haya sido nuestra despedida. La última vez que hablamos de amor. Aun así, me niego a contaminar mis recuerdos a su lado con la amargura de las palabras que acabamos de cruzar. Prefiero quedarme con la música en su voz y los tañidos de su guitarra. Se me antoja recordarla leyéndome sus párrafos favoritos de *La dama de las camelias* durante las tardes lluviosas que pasábamos en su casa. Me quedo con el ardor de las yemas de sus dedos hundiéndose de placer en la piel de mi espalda cuando hacíamos el amor. Elijo mil veces la imagen de su pelo negro derramado sobre el pasto de aquel parque en París, en donde contemplamos juntos el cielo azul de la primavera. Elijo el eco de su risa mientras recorríamos las calles de Montmartre escuchando los acordes de *La vie en rose*.

Manuela representa para mí tantas cosas bellas que corre el riesgo de convertirse en la única y yo no puedo darme ese lujo. Yo necesito dos horas de terapia psicológica cada semana y un *set* de medicamentos para regular mi estado de ánimo. Si quiero vivir, debo encontrar todos los motivos posibles para despertarme cada día, aunque ella no esté a mi lado.

En un esfuerzo enorme, doy un paso hacia atrás... y luego otro, hasta separar la mano de la puerta. Le doy la espalda y sigo caminando por el pasillo hacia el ascensor, repitiendo en mi mente la frase que me desarmó: «si amar duele tanto, definitivamente no es para mí».

Y lo último que quiero... es que mi amor le duela.

—Manuela me decepciona —dice Emma, después de apagar el carro, una vez llegamos al parqueadero, cortando el largo silencio que ambientó el breve recorrido desde el apartamento de Manuela hasta el edificio donde vivo.

Me limito a exhalar el aire que retenía en mis pulmones cansados, antes de abrir la puerta del carro para salir. Emma me sigue hasta el ascensor, entrelazando su brazo con el mío en solidaridad.

—No me malinterpretes. Tú sabes lo mucho que la quiero, pero esta vez se está pasando de insensible...

—Si vas a hablar de Manuela en esos términos, bien puedes irte y hacerle el coro a Eliana.

—No me compares con Eliana —replica, ofendida.

—Entonces no actúes como ella —le digo, recostándome en la pared del ascensor con las manos en los bolsillos de mis *jeans*.

Emma recuesta su cabeza sobre mi hombro derecho y entrelaza sus dedos con los míos.

—Lo siento —dice, llevándose mi mano a su pecho.

—No espero que lo entiendas y tampoco que me juzgues... o la juzgues a ella. Así como estoy, no merezco estar a su lado.

—Ella sabe perfectamente quién eres, Diego, tú no tienes nada que demostrarle.

—Puede que a ella no... pero a mí, sí.

Desearía que fuera más evidente, que ella lo viera con la misma claridad con la que yo lo veo, pero lo obvio suele ocultarse con facilidad detrás de la cortina de nuestras negaciones.

Emma desaprueba, negando con la cabeza, frunciendo los labios en un intento valiente por reservarse sus opiniones y cambiarlas por una mirada comprensiva. Si hubiera estado en mi lugar y la misión hubiera sido recuperar al amor de su vida, estoy seguro de que habría abierto de par en par las puertas del apartamento, la habría tomado en sus brazos y de un beso ardiente habría cancelado aquellas amargas frases de despedida. De mis tres hermanas, Emma es la más arrebatada, la inquieta, la extrovertida; un alma llena de colores guiada por la fuerza de su corazón, no por su cabeza. Emma es todo lo opuesto a Emilia, su gemela idéntica, para quien la lógica es el mecanismo que mueve el universo.

Cuando Emma recibió la noticia de mi crisis de depresión, abordó el primer avión en Tokio, rumbo a Bogotá. Tardó tres días en llegar, pero lo logró, justo para entrar decidida a la casa de mi mamá a buscarme — o debería decir, a rescatarme.

Yo no tenía intenciones de poner un pie en ese lugar desde que mi mamá sentenció que Manuela nunca sería bienvenida allí, pero las circunstancias me obligaron a hacer una excepción para hablar con Ximena y finalizar con la mayor dignidad posible una relación marchita, sin futuro.

No estaba escrito para nosotros y, en el fondo, lo lamento. Ximena tuvo su lugar en mi vida y en mi familia; fue parte esencial de la creación de Petite Délice, la empresa que nos sacó de la pobreza a los seis, nos dio un lugar privilegiado en el limitado sector empresarial de nuestro país y aseguró nuestra supervivencia. Ximena y yo fuimos amigos, socios y novios, y muy a pesar de todo lo que compartimos y construimos juntos, nunca fuimos capaces de consolidar una sola cosa, un hogar.

Ximena no temía tanto perderme a mí como quedarse sola, a la deriva, desamparada. Ella misma me lo dijo sin darse cuenta de que sus propias palabras la traicionaban. Su amor por mí no

era más que apego emocional, miedo al fracaso, desconfianza en su propia capacidad de escoger un destino y caminar hacia él sostenida por sus propios pies. Yo no representaba otra cosa para ella que el recuerdo de una felicidad pasada. Yo no era más que su zona de confort, su puerto seguro, su protector, una oportunidad de pertenecer a una familia que la acogió y le brindó afecto. Nada significativo que resistiera la prueba ácida de la cotidianidad y la vida en pareja nos unía, a menos que uno de los dos estuviera dispuesto a sacrificar la mitad de su esencia.

Y a eso, yo no le llamo amor.

«¿De qué sirvió todo esto si solo fue para dejar dos corazones rotos? Tú no estás con Manuela y yo me quedo sin ti». Me preguntó Ximena, la noche que hablé con ella para convencerla de pasar la página, como vaticinando lo que vendría para mí, cuando aún quedaban algunos rayos de sol en el horizonte. El ocaso de nuestra relación.

El ataque que Manuela recibió en Nero por parte de Eliana y Ximena fue lo suficientemente fuerte para quebrarnos a ambos y reducirnos a escombros. Y como si perder a Manuela no fuera, en sí mismo, un atentado en contra de mi estabilidad emocional, Eliana, la hermana que alguna vez estuvo de mi lado, me traicionó, desenterrando los recuerdos de mi infancia que causaron mis problemas de depresión, descargando el insoportable peso de la culpa sobre mis hombros.

Un milagro me salvó de caer al abismo. Literalmente.

En su habitual rigor científico, mi hermana Emilia se niega a llamarlo «milagro». Ella prefiere el término «instinto natural de supervivencia». Milagro o instinto, lo cierto es que, en un momento de desesperación, aquella noche me asomé a la ventana de mi apartamento y estuve a punto de acabar con mi vida. Me salvó el aprecio que sigo sintiendo por la vida misma. A pesar de mi sufrimiento, mis errores y mis pérdidas, no todo en ella ha sido oscuro. Me siguen quedando mis hermanas menores y por ellas, o gracias a ellas, quiero seguir respirando.

El resto del trayecto en el ascensor se cubre en silencio. Emma continúa sosteniendo mi mano derecha contra su pecho como si fuera mi polo a tierra, mientras me dejo llevar recostado a la pared de acero inoxidable, tratando de percolar mi conversación con Manuela, guardando la esperanza de que me queden en el filtro el recuerdo de los mejores días.

—Yo pensé que, después de que ella escuchara el infierno que has padecido en estos días... —Emma levanta una mirada cautelosa para confrontarme. Yo me limito a apretar la mandíbula —. Porque supongo que le dijiste...

Permanezco en silencio, concentrado en los números electrónicos que marcan cada piso que sube el ascensor.

—No me digas que te quedaste callado —me reclama.

—¿Me crees capaz de decirle a Manuela que estuve a punto de suicidarme? ¿Tú, de verdad crees que yo le haría eso a *ella*? —replico, conteniendo la furia.

—Ese es el problema entre ustedes dos —continúa Emma, hirviendo en inconformidad—. Por alguna razón se les metió en la cabeza que, para estar juntos, necesitan ser perfectos, ser «su mejor versión». Y ¿quieres saber por qué los humanos no somos perfectos? Porque seríamos aburridísimos.

—Yo no aspiro a ser perfecto, solo quiero ser alguien de quien me pueda sentir orgulloso.

—Y seguramente Manuela está en el mismo plan. ¿Y qué?, ¿van a pasarse toda la eternidad separados tratando de convertirse en algo que solo pueden lograr estando juntos? Yo no soy la experta, nunca me he enamorado, pero creo que de eso se trata una relación, de confiar las debilidades del uno en el otro, de reconstruirse entre los dos, de que ambos se ayuden cuando más lo necesitan porque es ahí cuando la soledad empieza a dar los consejos equivocados.

—Le estás predicando al pastor, *Em*.

Yo habría podido arrodillarme, suplicarle y mendigarle una última oportunidad a Manuela, si fuera tan egoísta como para imponer sobre ella lo que *yo necesito* o lo que *yo creo* que debemos hacer juntos y no lo que *ambos* queremos para nuestras vidas. Eso fue precisamente lo que Ximena intentó hacer conmigo. Me quedaría muy mal caer en el mismo error.

Además, también lo hago por mí. Yo no he llegado tan lejos en este camino de reconstruirme a mí mismo, luchando con mi depresión y mi ansiedad a punta de ejercicio, terapias y pastillas, solo para ofrecerle a Manuela un hombre en ruinas con tantas necesidades afectivas insatisfechas. Yo la amo y nada desearía más en este mundo que estar a su lado, pero si algo he aprendido en este proceso, es que la primera relación que debo construir es la que tengo conmigo mismo.

Emma y yo entramos al apartamento, cortando la conversación al ver a Emilia sentada en el sofá, buscando algún *show* para ver en Netflix.

—Ey, *Milly bear*, ¿no estabas con Ben? —le pregunto.

—Sí, pero vine apenas Emma me texteo que ibas a hablar con Manuela. ¿Cómo te fue? —dice, acercándose a mí para envolverme en un abrazo.

—Digamos que... «me fue» —le contesto, descargando el peso de mi derrota en el sofá—. Huele a Chai.

—Ya te lo traigo. —Emilia se dirige a la cocina para traer de vuelta una taza humeante de Chai en leche y una tostada integral de siete granos, cubierta por una capa de queso crema y una torreja de salmón ahumado con alcaparras—. Te prepararé algo ligero para que pases bien la noche. No me lo vayas a dejar servido otra vez —agrega, en un suave tono maternal que me reconforta y me obliga a comer.

—Gracias, *Milly bear*.

—¿Esas cajas están llenas de munición o material radioactivo? —me pregunta Emilia, refiriéndose al par de cajas de cartón que siguen recostadas a la pared, en el rincón norte de la sala, al pie del sofá.

—No, ¿por qué?

—Entiendo que no estés listo para hablar de eso, pero si van a seguir ahí parqueadas estorbando o... peor, recordándote todos los días a Manuela, prefiero llevarlas a la bodega.

Dejo la tostada mordida por la mitad en el plato y me tomo mi tiempo para masticar antes de responder, y por «masticar» me refiero a reunir el coraje para escoger los sustantivos y los verbos correctos para explicarle a mis hermanas menores el contenido de esas cajas.

—No tienen nada que ver con Manuela, para variar.

—¿Y entonces?, ¿qué hay allí? —me pregunta Emma.

—Esas cajas contienen las únicas pistas que tenemos para encontrar a mi papá.

Emma y Emilia abren los ojos en una expresión idéntica de desconcierto.

—¿Federico? —me pregunta Emilia, tambaleando entre el disgusto y el miedo.

—Es el único papá que tenemos —le respondo.

—¿Es? ¿El tipo está vivo? —me pregunta Emma y la voz le tiembla de rabia.

—Eso espero.

—Con todo lo que ese tipo nos hizo ¿para qué queríamos encontrarlo? —insiste Emma quien, además del disgusto, no tiene problemas para encimarle a la pregunta todo el resentimiento que podría albergar en su alma.

—Para sanar mis heridas de infancia y completar mi proceso de recuperación, por un lado...

—Y... ¿por el otro? —insiste Emilia.

Tomo el Chai en mis manos y dejo que el calor recorra mis dedos. El primero que debe

controlar el impulso de estrellar la taza contra la pared soy yo.

—Necesito saber si... soy inocente.

El libro de los amores imposibles

3

MANUELA

Me cuesta dormir porque no quiero soñar. Me siento en la cama y permanezco allí, acurrucada. Me limito a parpadear y supongo que eso cuenta como «cerrar los ojos». El futuro que imaginé para mí es ahora una pintura en acuarela corroída por la amargura.

Salgo de la cama antes de escuchar la alarma de las seis de la mañana. Hago un esfuerzo enorme por entrar directo a la ducha, resistiendo la urgencia de deshacerme de ese sabor amargo en la saliva que me ha estado atormentando de un tiempo para acá. Hago lo posible por no vomitar, mas el sutil aroma de la avena en el jabón y la textura del cepillo de dientes en mis labios desencadenan las arcadas.

Me baño y me visto por la fuerza de la costumbre. Me desplazo por inercia, me empuja el sentido del deber más que la voluntad.

En el laboratorio me espera una enfermera sonriente que recolecta la muestra carmesí de mi sangre espesa en tres tubos de ensayo. Observo el procedimiento en detalle, la banda elástica apretando mi brazo, el algodón untado de alcohol sobre la piel en el pliegue de mi antebrazo, la aguja atravesando la vena cubital hinchada. Me concentro en el pinchazo, pero no siento nada. Es como si le ocurriera al brazo de la paciente de al lado.

Enciendo el computador portátil y alcanzo a enviarle un par de correos electrónicos urgentes a María Paulina para coordinar la facturación anticipada de una campaña, mientras espero que la doctora me reciba de nuevo en el consultorio.

La maquinaria de una agencia de medios no se detiene. En el inmenso mar de posibilidades que ofrece el capitalismo, nuestra misión es convencer al público objetivo de que solo un producto o un servicio solucionan todos sus problemas. ¡Vaya paradoja! Lo peor es que funciona gracias a que la publicidad, la ocupación que convertí en mi carrera y oficio, en realidad no vende nada que se pueda comer, oler, escuchar o tocar. En mi oficio vendemos una sola cosa, algo que se desdobra en una larga lista de aspiraciones, un concepto que cualquiera se puede imaginar a su manera, aunque sea inalcanzable: «felicidad».

Un nuevo correo electrónico atrapa mi atención en medio de mis divagaciones. Un correo que lleva su nombre. Diego. Se puede leer el profesionalismo y el liderazgo en el contenido de sus frases, informándoles a nuestros compañeros de trabajo sobre mi ausencia temporal de la oficina por motivos de salud, además de su reintegro inmediato a la agencia para ponerse al frente de cualquier asunto que necesite su atención, mientras esperan mi pronto regreso.

Seguro Roberto lo llamó una vez le avisé que me tomaría el día libre para ir al médico. Lo habrá obligado a regresar por anticipado para cumplir los compromisos de nuestro equipo, aun sabiendo que le quedaban un par de días más de incapacidad para recuperarse de sus propias aflicciones.

No era lo que yo hubiera querido, pero no puedo hacer nada, mis aflicciones tampoco dan

espera y yo cumplí de sobra con mi deber durante las dos semanas que Diego estuvo ausente.

No puedo más que relajarme al ver la secuencia de correos que llena mi bandeja de entrada con el pasar de los minutos; todos de él, respondiendo cada uno de los requerimientos que me han enviado los clientes y proveedores, diciéndoles más o menos lo mismo: él se ocupará por el momento del asunto junto a *fulanito* o *sutanito*, quienes están capacitados para ofrecerles la asistencia necesaria. Al final, se despide con un amable «quedo atento a cualquier pregunta adicional que tengan». En ese aspecto, puedo confiar. Diego no tendrá problema para organizar el trabajo y delegar las tareas de la semana entre los demás integrantes del equipo; esa debilidad siempre fue mía, lo que explica por qué terminé aquí, en la sala de espera de este centro médico.

Aprovecho entonces, para revisar la bandeja de borradores en donde permanece el *email* que redacté ayer para Marco Antonio con respecto a su pedido de auxilio. Un *email* que me pide a gritos tomar una decisión definitiva cuanto antes.

«*Quiubo*, Marco A. Confirмо recibido y gracias por tenerme en cuenta.

En la conversación telefónica dijiste que te habían aprobado el presupuesto para armar un equipo en Miami (...) de casualidad te interesaría...»

—¿Manuela? Sigue, por favor. La doctora te espera —me dice la voz neutral de la secretaria del consultorio.

Alargo un suspiro indeciso frente a la pantalla, al tiempo que me levanto de la silla y arrastro los pasos sin saber qué hacer con el *email*. La propuesta suena demasiado escueta y, sin embargo, agregarle algo más sería demostrar el hambre. Decido borrarlo antes de cruzar el umbral hacia el interior del consultorio. Un asunto como este no se puede resolver con un *email*. Esto amerita una conversación, preferiblemente en persona.

—La prueba de gravidez salió negativa, no estás embarazada. Los demás resultados nos llegarán mañana, pero todo apunta a que estás sufriendo un pico de estrés —me dice la doctora, interpretando los pocos resultados de los exámenes que le han llegado.

—¿Estrés? ¿Eso es todo? —le pregunto, incrédula.

—¿Te parece poquito? El cementerio está lleno de gente que se hizo la misma pregunta.

—Lo siento, no quise minimizarlo. Es solo que... me siento realmente mal. Las náuseas, los vómitos y la sensación de cansancio es horrible y llevo una semana esperando que me llegue la menstruación.

—El embarazo no es el único causante de esos síntomas —me explica con propiedad, para luego inclinarse hacia mí en una actitud comprensiva, casi solidaria—. Dime, ¿te preocupaba ese embarazo?

No... y sí. Un embarazo habría sido la señal inconfundible de que mi relación con Diego merecía una segunda... o una tercera oportunidad... siendo optimista. Sin embargo, mi lado realista acepta el resultado con alivio. Por más deseado y amado, un hijo habría sido un remedio desesperado para curar una relación fracturada por motivos totalmente ajenos a él.

—Digamos que... lo daba por hecho —respondo, bajando ligeramente la cabeza en un gesto inconsciente de derrota que no puedo evitar.

—Ahí tienes tu respuesta —afirma la doctora—. El estrés puede llegar a somatizarse en esos extremos y, aunque suene a mito urbano, es más común de lo que parece. Los ciclos hormonales son muy delicados; cualquier cambio repentino en la rutina diaria puede alterarlos y causar este tipo de síntomas, incluso en mujeres jóvenes y relativamente sanas como tú. Y digo «relativamente» porque, por lo visto, no estás llevando una vida muy saludable que digamos. En tu caso, no son simples «alteraciones» de la rutina diaria. Estamos hablando de jornadas laborales extenuantes en un trabajo intelectual demandante. Si a eso le sumamos una

alimentación irregular y a deshoras, tendencia al sedentarismo, traspasos seguidos, ingesta frecuente de alcohol y...

—Okey, ya entendí, doctora. Mi ángel de la guarda pierde una pluma de sus alas con cada mala decisión que tomo y, a este paso, va a terminar convertido en un murciélago.

—Eso no fue lo que quise decir —agrega, regalándome una sonrisa cómplice—. Yo solo te comparto los datos. Los juicios de valor, te los dejo a ti. La buena noticia es que tu recuperación está en tus manos. Solo es cuestión de que le bajes la intensidad al trabajo, adoptes una dieta saludable, hagas ejercicio y medites. Te voy a mandar tres días de incapacidad para que descanses, el resto lo decidimos cuando lleguen los demás resultados del laboratorio. —La doctora tipea las instrucciones en el teclado de su computador antes de darme una última mirada—. Vamos, ¡levanta ese ánimo! No todo puede estar mal en la vida de una mujer joven y linda como tú.

Si tan solo supiera.

Salgo del consultorio con las mismas dudas y una larga lista impresa de los hábitos que debo cambiar para recuperarme, que más parece una carta al Niño Dios. Si pudiera aplicar la mitad de ellas en mi vida cotidiana, no sería una persona normal de clase media que debe trabajar para vivir. En realidad, sería una de esas cortesanas aristócratas de las pinturas renacentistas, recostada en un par de mullidos almohadones, comiendo uvas al ritmo del abanico de plumas con el que la servidumbre airea la estancia.

Siendo consciente de mis necesidades, me echo el morral al hombro y empiezo mi vida de cortesana aristócrata con una larga caminata rumbo a mi apartamento, con la esperanza de poner en práctica el primer hábito en la lista y el más obvio, hacer ejercicio.

Cada paso que doy en la acera es un intento por encontrar una dirección concreta y darle respuesta a una pregunta tenebrosa para cualquiera en vísperas de su cumpleaños número treinta: «¿qué hago con mi vida después de haber fracasado en la mitad de los planes que tenía para ella?»

Hasta hace unas semanas creí en la visión hermosa que incluía a Diego. Aun temiendo la posibilidad de que él decidiera seguir su relación con Ximena, alcancé a dibujar un borrador en mi mente, en el que llegaríamos a casa a encender la chimenea luego de recorrer el mundo juntos. Allí, en ese borrador, ambos envejeceríamos agarrados de la mano, sentados en un balcón, mirando el atardecer.

Soñar tiene sus ventajas. Supongo. Desafortunadamente, a mi edad y con lo que he vivido hasta ahora, ya no se trata de dibujar sueños, sino de construir un futuro. Debe ser por eso que, cuando la doctora me habló de un cambio de hábitos, me fue casi imposible blanquear los ojos y contener la risotada de la diablo cínica que habita en mí. Lo que yo necesito va más allá de reemplazar el arroz por quinua, el café por *matcha* o la cerveza por *kombucha*. La voracidad que siento me pide algo distinto, elegir un nuevo horizonte y emprender un nuevo camino.

Me detengo en el semáforo de la carrera trece con cincuenta y tres. Según las cuentas de mi teléfono celular, he caminado por lo menos un kilómetro. Mientras espero el cambio de luz para cruzar la calle, me distraigo mirando hacia el occidente en dirección a la Avenida Caracas, la zona de las bien conocidas tiendas de manualidades y artesanías. Se me viene a la mente el recuerdo de mi infancia, recorriendo esa misma calle de arriba abajo y en diagonal junto a mi mamá, cuyo gusto por la Navidad raya en el vicio o el fanatismo, lo que suene más obsesivo. Las dos solíamos venir a visitarlas varias veces desde octubre para admirar las decoraciones decembrinas y llenar el arbolito con adornos nuevos, dignos de competirle a las vecinas, como si esperáramos que el Niño Dios nos premiara con los mejores regalos del barrio.

No puedo evitar sonreír y parece que, por fin, estoy sintiendo algo. Después de muchos días y horas de no sentir nada, me invade la nostalgia. Mis piernas responden al llamado.

—Buenas tardes, doña. ¿Me muestra, por favor, el gorrito de Papá Noel con lucecitas de colores que está en la vitrina, a mano derecha? —le pregunto a la vendedora, quien no duda en sacar el gorro para mostrármelo.

—Son setenta y cinco mil pesos —me dice, después de explicarme cómo funciona el mecanismo que activa las luces del gorrito al ritmo de *Jingle Bells*, cuando uno aplaude de cerca. Esta es la clase de chucherías que le fascinan a mi mamá.

Y a mí me haría bien un abrazo. Uno cálido y seguro. Uno de los suyos.

—¿Me lo empaca, por favor? Y, de paso, me empaca una madeja de lana blanca, de aquella de hilos gruesos... —Me detengo al ver un jarrón cilíndrico transparente lleno de arena de colores hasta la mitad, sosteniendo una heliconia de vibrante color naranja, parecida a una que vi muchos meses atrás en la entrada del edificio donde vive Diego. Aquella era la primera vez que ponía un pie allí gracias a una estrategia de emergencia que debíamos presentarle a un cliente al día siguiente. Esa fue nuestra primera presentación juntos. Nuestro primer caso de éxito como compañeros de trabajo.

—¿Y qué más sería? —insiste la vendedora, al verme concentrada en el jarrón.

—No, nada en particular. ¿Cuánto le debo?

Regreso al apartamento al final de la tarde, cargando mis compras en una bolsa de lienzo al hombro y sosteniendo en mis manos un ramo de rosas para mi mamá y un paquete de uvas pasas recubiertas de chocolate amargo para mi papá.

Por poco pierdo el balance al intentar cerrar la puerta con el pie derecho. Me veo obligada a dejarla entreabierta mientras deposito las compras sobre el comedor, en donde aún permanece el estuche del anillo de compromiso que me regaló Diego.

Otra decisión que tendré que tomar. Una de las más difíciles.

Mi celular timbra como si quisiera distraerme para espantar la tristeza y ahorrarme las lágrimas que seguiré derramando sobre mi almohada, cuando caiga la noche.

—Dime —respondo al teléfono con un aire de resignación, mientras cierro la puerta del apartamento y agarro un *Post-it* en el que le escribo a María Paulina que no voy a dormir aquí el resto de la semana.

—*Quiubo*, Manu. ¿Qué te dijo el doctor? —me pregunta un preocupado Roberto desde el otro lado de la línea, cosa que me sorprende porque la salud de sus esclavos (perdón, sus empleados) rara vez le ha importado.

—La doctora —le aclaro, mientras entro a mi habitación para armar mi morral de viaje—. Me dijo que debería renunciar y disfrutar mis últimos días al lado de los míos.

—Ja, ja, muy chistosa —me contesta con sarcasmo—. ¿Tus papás no te han enseñado que con la salud no se juega?

—Sí y por desobediente me acaban de sacar un litro de sangre. Cuéntame, ¿me hiciste el favor que te pedí?

—No, porque no lo necesitas. El Reino Unido dejó de pedirle visa a los colombianos hace poco.

Una punzada me atraviesa la garganta.

—¿Cómo así que... ya no nos piden visa? ¿Desde cuándo?

—No sé, desde hace como dos o tres meses, algo así. Si no me crees, pregúntale a Google. En todo caso, yo te llamaba para otra cosa. Necesito que vengas a la agencia el viernes por la tarde en el traje de ejecutiva más *titino* que tengas en el clóset.

—Lo siento en el alma, Roberto —agrego, sin dejar de pensar en el tema de la visa al Reino Unido—. Por si no leíste mi *email* completo, te informo que la doctora me recetó tres días de incapacidad.

—No te estoy diciendo que vengas a trabajar... o bueno... a trabajar sí, pero no así —dice y alarga un suspiro—. El viernes van a venir unos periodistas de la revista Consumo y Mercadeo para hacernos una entrevista y tomarnos fotos. Estoy raspando el fondo de la olla, Manu. Relaciones Públicas. —Por el tono de su voz, podría jurar que está compungido; ardido, incluso.

—Las relaciones públicas no son el fondo de la olla, son una pieza clave del mercadeo en cualquier organización. Pregúntale a Diego, él sabe mucho de eso.

—No necesito preguntarle, la idea fue suya y confío en que sea buena.

Por supuesto, ¿de quién más podría ser? Diego no ha llegado a la cima de su carrera echándole moneditas a la suerte. En los negocios, él es un hombre de instintos agudos y movidas estratégicas, el tipo de cualidades en un hombre que me aceleran el miocardio.

—Es una idea genial y tú lo sabes —digo, en un intento genuino por pasar una cortina en mi mente que cubra nuestra relación personal hecha escombros y enfocarme en aquella que nos ha dado los mejores resultados, nuestra relación laboral.

—¿Eso quiere decir que cuento contigo?

—Y... ¿para qué me necesitas allí? En la agencia hay gente mucho más importante y mejor capacitada para esa entrevista. Si las cuentas no me fallan, tienes cuatro vicepresidentes, cinco directores de cuenta...

—Todos vamos a hablar de lo que nos corresponde, pero tú y Diego son los directores del equipo digital, la dupla de oro. Yo los necesito a los dos para que hablen de la experiencia que ambos acumulan, de todos los clientes que han traído y los negocios que han desarrollado juntos. Esa entrevista es nuestra oportunidad, no solo para hablar de nuestros servicios, sino para vendernos y atraer nuevos clientes, Manu. Nos estamos jugando el todo por el todo.

—Me estás poniendo nerviosa. ¿Has sabido algo de Bebidas Sugarbeat?

—No, no he sabido nada, pero tampoco me puedo quedar de brazos cruzados esperando una respuesta de ellos. Si no quieren estar con nosotros, bien se pueden ir para otra agencia. Precisamente por eso te necesito aquí, con Diego. Los necesito a los dos.

Incluso con todo lo que BrandsMedia representa para mí, yo le he entregado a la agencia más de lo que podría cuantificar a costa de mi propia salud. No sería justo volver antes de tiempo teniendo tantas dudas que despejar, tantas preguntas para hacerme, tantas respuestas por encontrar. Necesito tomarme todo el tiempo del que pueda disponer, sin interrupciones, para recuperarme y reenfocar mis prioridades. Yo también me estoy jugando mi vida, el todo por el todo.

Quiero pensar muy bien lo que voy a hacer de ahora en adelante, pero tampoco son muchas las veces que el CEO, la máxima autoridad de la agencia de publicidad para la que trabajo, me llama a mi celular para suplicarme ayuda a cambio de un favor diplomático de extrema importancia. Por si fuera poco, BrandsMedia se ha convertido en parte de mi identidad, el lugar en el que mi talento ha germinado y crecido hasta convertirme en la directora de estrategia digital que soy hoy en día. Un favor solo se puede pagar con otro favor.

—Está bien. Cuenta conmigo... solo si me aceptas dos propuestas que te tengo.

—Manuela, ya te estás pasando de pedigüeña.

—Escúchame primero, te conviene. La primera, es que no dejes ir a Octavio de la agencia. Dile que se quede y ayude a Diego mientras yo no esté. Yo sé que el contrato se le vence la próxima semana, pero nosotros necesitamos ayuda.

—¿Octavio? —me pregunta, extrañado—, pero si él no sabe de publicidad digital. Lo suyo siempre ha sido televisión, radio y prensa.

—Octavio es un estratega brillante y uno de los publicistas más experimentados en este país. Yo estoy segura de que, en menos de dos semanas, él estará volando en medios digitales y sería una gran adición al equipo.

—Suponiendo que tuvieras razón y Octavio le agarrara el tiro a los medios digitales, de todas formas tú te reintegras la próxima semana y el equipo quedaría completo. Por más que quisiera retener a Octavio en la nómina, no tengo el presupuesto, Manuela. Él lo sabe.

—Y yo también lo sé, pero... ese es el punto. —Hago una pausa para pensar bien mis próximas palabras, al sentir mi propia garganta doblarse en un nudo.

—¿Cuál es el punto, Manu? —insiste Roberto.

—Tú sabes que Marco Antonio necesita ayuda con la cuenta de Pisos y Paredes... en Miami.

—¿Y?

—Y... ¿es que acaso soy yo la única que ve la carambola? —le pregunto, como si fuera lo más obvio del mundo.

DIEGO

Desafortunadamente ha sido mi lucha contra la depresión la que me ha llevado a apreciar la trascendencia de pequeños momentos como este, sentarme en el borde de la cama y contemplar mis dos opciones: seguir durmiendo y dejar que la vida me siga sucediendo o levantarme y ser yo mismo quien haga que mi vida suceda.

Y aunque me siga pareciendo imposible que mi vida suceda sin Manuela, la alternativa no es una opción para mí. Morir no es mi decisión.

Me levanto de la cama y me alisto para enfrentar uno de esos días difíciles en mi calendario. Un día lleno de decisiones, explicaciones y puede que... una despedida. De todas maneras, es un día más que decido vivir. Un día difícil no es el último.

—¿Quieres que te espere o me llamas cuando estés listo para recogerte? —me pregunta Emma, una vez acerca el carro al andén, frente al edificio de BrandsMedia.

—Yo creo que... —empiezo a decir, mientras desbloqueo mi celular para leer un mensaje de texto que me acaba de enviar Roberto, el jefe supremo de la agencia.

—¿Pasa algo? —me pregunta, al verme fruncir el ceño.

—No sé. Yo te aviso. Gracias, *Em* —le respondo, y me despido de mi hermana con un beso en la mejilla.

—¡Ey! no tan rápido. —Me retiene, agarrándome la mano izquierda, mirándome a los ojos—. Estamos juntos, los tres, y vamos a estar bien. Cuando salgas de todo esto iremos a buscar a Federico y luego nos largamos...

—*Em*, yo todavía no estoy seguro de querer irme para ninguna parte...

—No tienes que decidirlo ahora, solo piénsalo.

Acepto pensarlo a cambio de una promesa suya de que manejará con cuidado. Después de todos estos años viviendo en el exterior y usando, en mayor medida, el transporte público de los países en los que ha vivido, temo que se haya desacostumbrado al tráfico salvaje de nuestra caótica capital, Bogotá.

—¿Salimos esta noche a ver una película? —le pregunto.

—¿En serio, quieres salir? —Más que ir a cine, sé que le entusiasma la idea de escucharme hablar de salir de mi encierro auto-impuesto en el apartamento.

—Llama a Emilia y pregúntale si quiere pegarse al plan —le respondo y salgo del carro.

La veo alejarse, pensando en el abuso que estoy cometiendo al tomar prestado su tiempo y el de Emilia para navegar mi crisis y aun así, me siento afortunado de contar con su asistencia para superarla. Muchos de los que padecen esta misma condición están solos y sufren en silencio. Lo sé porque fui uno de ellos por mucho tiempo, hasta que me convencí de que la depresión no es algo de lo que deba sentirme avergonzado, mucho menos una falla que deba ocultarle a nadie.

«No será para siempre». Me prometo a mí mismo.

Aunque lo vea distante, llegará el momento de recuperar mi rutina diaria. Seré capaz de vivir solo en mi apartamento de nuevo, sin el acompañamiento de alguien que prevenga otra recaída que ponga en peligro mi vida. Volveré a manejar mi carro y a caminar por la acera sin tener que reprimir el impulso de arrojarme al tráfico. Emma volverá a Tokio, Emilia a su trabajo, su novio y su vida. Ninguna de las dos tendrá que turnarse para cuidarme y protegerme con su compañía. En algún punto recuperaré mi independencia, encontraré a mi papá, resolveré mis traumas de infancia o, por lo menos, los haré más llevaderos y luego... buscaré una nueva meta para continuar mi carrera profesional.

Pero antes de que todo eso pueda suceder, debo empezar por renunciar, no solo a mi trabajo, sino a la vida que creí que tendría.

Al ingresar a la oficina, le contesto el mensaje de texto a Roberto, confirmándole que me puede llamar en cualquier momento. Debe estar manejando, camino a la oficina. Sé que tardará en responderme por lo que aprovecho para contemplar, en silencio, los cubículos vacíos alineados en el amplio piso estilo *open-concept* de BrandsMedia. Sin duda, extrañaré este lugar. El nombre mismo de la agencia es sinónimo de *poder* y para cualquier publicista, ya sea novato o experimentado en la industria, es una marca de prestigio. Las empresas más importantes de este país han pasado por aquí. Las millonarias negociaciones de los contratos publicitarios con los medios se tejen en un sitio como este. ¿Qué otro lugar podría ofrecerme la misma satisfacción que se experimenta con el cierre de una alianza estratégica o la adquisición de una marca nueva?

Cualquiera en donde no esté Manuela. Por más difícil que sea de aceptar, esa es mi realidad.

Avanzo entre los cubículos, reconociendo a sus respectivos dueños con solo mirar los escritorios. La crema humectante para manos, el espejo para retocarse el maquillaje y la vela morada de la calma iluminando la cara de Maluma definen a Yamile, nuestra ejecutiva de medios digitales. El mapa del Tour de Francia señalando las etapas que ganó Egan Bernal pertenece a Jorge, nuestro genio de los reportes y el análisis de datos. La increíble fotografía de los árboles de cañahuat floridos, pintando de amarillo el horizonte de su amada ciudad, Valledupar, es de María Paulina, nuestra ejecutiva de compras y negociaciones digitales.

Es increíble cómo la convivencia define la profundidad de nuestros afectos, no tanto el tiempo. En los escasos seis meses que he trabajado con ellos, compartiendo sus preocupaciones, sus ideas, sus alegrías y miedos, siento que los conozco de toda la vida. Alcancé a apreciarlos como amigos y a quererlos como a una familia. Ahora me cuesta asimilar el dolor de perderlos e imaginarme lo mucho que los voy a extrañar.

Sigo adelante hasta contemplar la oficina de Manuela, incrustada en una esquina, al lado de la mía. Me acerco, recorriendo con mis ojos, a través de las paredes de vidrio, cada uno de los detalles que la dibujan a ella en su escritorio. Manuela necesita cuadernos grandes en los que quepan sus ingeniosas ideas. Manuela es una coleccionista compulsiva de resaltadores de colores que utiliza para diferenciar conceptos y trazar procesos. Manuela es una obsesiva de los diagramas de Venn en las presentaciones, los *pivots* en las hojas de cálculo, le fascina interpretar gráficas de doble eje y nada le causa más placer (laboral) que tachar una tarea como «finalizada» con un intenso marcador verde en su tablero.

A Manuela no le cabe una foto más de sus viajes por el mundo, de su familia y sus amigos, en el corcho colgado en la pared izquierda de su oficina, ni una planta adicional en el archivador horizontal, perpendicular a su escritorio.

A Manuela le encantan las flores, en especial si le llegan de sorpresa.

Me pregunto si Felipe le habrá enviado aquel ramo de rosas que empieza a marchitarse en un jarrón de cristal sobre su escritorio. No me sorprendería saber que decidió darle a él la oportunidad que me está negando a mí y por eso desistió de lo nuestro. Por más que me empute esa posibilidad (que no haya esperado a terminar conmigo antes de recibirle las coqueterías a otro), soy el menos indicado para reclamarle. Ella desea y merece una relación tranquila, con un hombre admirable que la trate en igualdad de condiciones, que pertenezca a una familia normal que la reciba con cariño y cordialidad genuina, no con la animosidad de mi hermana Eliana o el impulso controlador con el que mi mamá intentó imponerse sobre ella. Si Felipe puede ofrecerle eso, ¿qué derecho tengo a interponerme en su camino?

Renunciar a compartir con ella el mismo espacio de trabajo, al espontáneo intercambio de ideas al calor del café matutino y al encanto de nuestras interacciones diarias serán mi peor fracaso y, al mismo tiempo, la única manera de reconstruir una vida llevadera para mí en la que ella no estará presente.

El timbre de mi celular me saca de mis pensamientos y me da la excusa perfecta para detener la marea tóxica de especulaciones que empiezan a inundar mi cabeza.

—*Quiubo*, Roberto. ¿Cómo vas? Ya estoy en la oficina.

—¡Qué bien! —Roberto exclama con un alivio extraño—. ¿Quién te avisó? ¿Manuela?

—Avisarme ¿qué? —le pregunto, confundido.

—Que no puede ir hoy a la oficina porque se enfermó. Está en el consultorio médico.

Siento de inmediato la descarga de un rayo partiéndome en dos. Manuela en peligro es la clase de material del que están hechas mis pesadillas.

—¿Cómo así que Manuela está enferma? ¿Qué tiene? —Y más que preguntarle, le estoy exigiendo a mi propio jefe una respuesta.

—Si fue al médico es porque ni ella misma sabe. —Aunque me choca su actitud, merezco el sarcasmo con el que me da a entender lo estúpida que fue mi pregunta.

—Me refiero a los síntomas —atino a decirle, mientras abro mi oficina para descargar el morral y, de paso, buscar en mi celular el número de María Paulina.

—Ya te dije que no sé, después le preguntamos. Yo te llamaba para ver si era posible que te reintegraras y la cubrieras hasta que regrese, pero ya que volviste a la oficina, no tengo de qué preocuparme, ¿o sí?

—Parcialmente —le reclamo, airado—. Habíamos quedado en que yo iba a tomarme la incapacidad completa para recuperarme con la condición de que apoyaras a Manuela con el trabajo extra. ¿Me soñé esa conversación o qué?

—Yo estuve pendiente de ella todo el tiempo y me cansé de preguntarle si necesitaba algún tipo de apoyo...

—No era cuestión de preguntarle, tú debiste asignarle a alguien que le colaborara y obligarla a delegar el trabajo. Manuela prefiere morirse antes que admitir que necesita ayuda.

—Te recuerdo, por si se te olvida, que tú no estás en posición de reclamarme ni darme lecciones de cómo manejar a mi equipo; el jefe aquí soy yo y las preguntas me corresponden a mí —replica, tajante—. Y ya que estamos en estas, me puedes decir ¿qué carajos pasa entre ustedes dos?

—¿Entre nosotros dos? —Intento evadirle el reclamo con otra pregunta.

—No, entre mi abuelita y yo... —replica con furiosa ironía para, luego, rematar en un tono serio y firme de evidente exasperación—. Por supuesto que entre ustedes dos, ¿de quién más estaría hablando? Y espero que no me creas tan pendejo como para embolatarme con el cuento de que estas «emergencias médicas» de ambos son simples coincidencias porque hasta ahí me llega la paciencia.

—Roberto, más tarde te llamo. María Paulina acaba de llegar y necesito ponerme al día con ella, luego hablamos de lo demás. —Cuelgo en el acto y me acerco a María Paulina quien, efectivamente, está sacando el computador portátil de su morral para instalarlo en la *docking station* de su escritorio.

—Tranqui, ya hablé con ella. Por ahora no hay nada de qué alarmarse —me dice María Paulina tan pronto me ve caminar apresurado hacia ella. Maps conoce tan bien nuestra relación que no necesita escuchar la primera sílaba para anticipar mis preguntas—. Desde hace unos días se ha estado quejando de cansancio y solo hasta ahora me confesó que lleva días sintiendo mareos, vómitos y un hambre *cometrapo* insuperable...

—Mareo, vómitos y hambre... —repito como un autómatas, sintiendo el corazón enredado en la garganta.

—Cálmate y pon el freno de mano ahí —me dice, adelantándose a mis especulaciones—. Yo también me imaginé lo mismo, pero ya se hizo la prueba y salió negativa, así que... nada, por lo pronto... —Se detiene para dedicarme una mirada solidaria—. No voy a ser tía. ¿Quieres que te traiga un vaso con agua o una aromática? Estás pálido.

—¿En dónde está Manuela?

—No tengo idea y si supiera, tampoco te lo diría, por el bien de ambos. Lo único que lograrías sería alborotarle la bilirrubina más de lo que la tiene y créeme... esa mujer ya me está asustando con las decisiones que está tomando últimamente.

—¿Qué tipo de decisiones?

—La de anoche, por ejemplo. Pero esas son mis opiniones y me las reservo —me contesta, pasando sus dedos a lo largo de sus labios para sellar bajo cremallera el impulso de decirme lo que piensa sobre nuestra ruptura—. Ella sabe mejor que yo lo que está sufriendo por dentro y, después de lo que pasó *aquella* noche, no tengo forma defender lo indefendible.

—Solo quiero saber si está bien, Maps —le suplico, pasándome la mano por el pelo, desesperado—. No voy a poder concentrarme en lo que tengo que hacer si no la veo primero.

—No creo que necesite decirte lo mucho que te aprecio, Diego. Pero Manuela es mi amiga y a mí me queda muy mal jugar a dos bandas, no me sigas picando la lengua. El solo hecho de intentar hacerme la suiza y mantener la neutralidad para hablarte de ella es una traición a la patria.

—¿Es tanto lo que Manuela quiere verme fuera de su vida que no tengo derecho a preocuparme por ella?

—Si de verdad te preocupa Manuela y quieres hacer algo por ella, quítale un peso de encima, agarra el timón de esta oficina y saca adelante el trabajo que ella ha venido haciendo estas semanas, es lo mínimo que merece. El resto lo arreglas con ella después. Ella no te necesita en el consultorio preguntándole cómo se siente, lo que necesita es la tranquilidad de saber que *alguien* está al frente de la operación, ocupándose de todo lo que ella no puede hacer en este momento de crisis.

—Ya lo sé, no tienes que decírmelo, por eso estoy aquí. Pero una cosa es cumplir con mi deber y otra muy distinta es quedarme de brazos cruzados, esperando noticias en esta oficina cuando podría estar a su lado y... —Me freno al instante, fijándome en el ramo de rosas de su

escritorio que parece enviarme una señal. Tal vez, lo que María Paulina intenta decirme es que... no soy yo quien *ella* necesita a su lado—. Lo siento, Maps. Tienes razón. Me avisas si sabes algo —concluyo, volviendo a mi oficina.

Siento la mirada de María Paulina seguir mis movimientos, mientras saco el computador portátil de mi morral y lo conecto a la *docking station* con la intención de empezar la dura jornada laboral que me espera. Sé que no lo hace con esa intención, pero me molesta ser visto como un objeto de conmiseración, como el humilde buen perdedor a quien solo le queda una fibra inútil de dignidad que, a duras penas, le sirve para sostener el peso de su cuerpo.

—No quise presionarte así, Diego. Espero que me entiendas —me dice, asomándose a la puerta de mi oficina.

—Discúlpame tú a mí. No volverá a pasar. Y no te preocupes, yo seguiré monitoreando el correo electrónico de Manuela. Lili nos configuró el acceso a ambos, previendo una circunstancia como esta.

—Vale. De casualidad, ¿tienes una copia de la llave de su oficina?

—Sí, aquí está —le contesto, sacando la llave del bolsillo y extendiéndosela.

—Ven, acompáñame —me dice, sin recibirme la llave.

—Maps... en serio, tengo que...

—¡Acompáñame, *ombe*! —insiste con su típica actitud de matrona costeña cuya autoridad resulta imposible desafiar.

No tengo más remedio que levantarme de mi puesto y salir de mi oficina para abrir la de Manuela. Una vez allí, María Paulina despega del corcho una tarjeta parecida a una postal y se queda mirándola mientras me habla.

—Manuela me critica porque veo demasiadas telenovelas que cuentan la misma historia. Yo, por supuesto, estoy en desacuerdo, porque el amor no siempre es el mismo y eso es lo bonito. El amor no es una sola cosa, no es de un solo tamaño ni viene en un solo empaque. Lo encuentras en los lugares menos esperados, pero también allí, en donde siempre pensaste que estaría —dice, entregándome la postal—. No es algo que se pierda del todo, aunque nos alejemos. Y, a veces, para regresar a él necesitamos tomar distancia.

María Paulina se lleva el ramo de rosas, dejándome solo en la oficina de Manuela, concentrado en la tarjeta. En realidad es una foto en blanco y negro de María Paulina, Manuela, Dominique y Sebastián, los cuatro amigos celebrando sonrientes, cervezas en mano, la última fiesta de Navidad de la agencia.

«Para el amor de nuestras vidas... de los amores de su vida. Juntos lo tenemos todo», dice el mensaje escrito a mano, en tinta negra y roja.

Las rosas no fueron un regalo de Felipe, sino de sus amigos. Los verdaderos amores de su vida.

Regreso la tarjeta a su lugar en el corcho, aliviado al saber que Felipe no figura en esta historia, por un lado. Por el otro, me tranquiliza que Manuela tenga su propia red de apoyo, sus amigos, quienes siempre estarán ahí para ayudarla.

Lo que no puedo evitar es sentir una punzada atravesándome el pecho al darme cuenta de que, en ninguna de sus fotos, aparezco yo. No hago parte de su vida en ninguna forma y, por lo visto, mi regreso solo sirvió para hacerle daño.

Vuelvo a mi oficina y me *logueo* en mi computador para constatar que mi correo electrónico está a punto de estallar. Me enfoco en el de Manuela que, se supone, ha recibido los más urgentes. Activo la función de notificación automática para alertar sobre su ausencia a quienes le escriban, recomendándoles que me envíen los requerimientos a mí en su lugar. Acto seguido,

respondo algunos de los correos urgentes que le han enviado los clientes y asigno las correspondientes tareas a los integrantes del equipo que estén más capacitados para resolverlas.

Hago un escaneo general de la cuenta de Manuela, intentando priorizar las tareas dependiendo de la fecha límite de entrega. Por fortuna hoy no hay demasiadas, así que continúo con el resto de pendientes hasta que veo llegar un correo de Marco Antonio Guerra, uno de los directores de cuenta de la oficina de BrandsMedia en Miami.

«Buenos días, Manu F. ¿Cómo vas? Sé que estás hasta las tetas de trabajo en Bogotá, solo quería confirmar si recibiste el correo que te mandé ayer y si tienes alguna pregunta. Me extraña que no me hayas respondido, pero bueno, sé que estás ocupada y a ti te las perdono todas.

Abrazos,

Marco A.»

Me pregunto qué clase de correo le habría enviado a Manuela que tenga que ver con la oficina de Miami. Hasta donde yo sé, nosotros no tenemos nada que ver con ellos. Como si lo hubiera llamado con el pensamiento, mi teléfono timbra para darme una respuesta.

—¿Qué más, Marco Antonio? Aquí Diego.

—Bien y ¿usted qué?, ¿cómo sigue? Me dijeron que estaba enfermo —me responde en un tono amable.

—Me siento mejor, gracias por preguntar. Acabo de leer el correo que le envió a Manuela, pero estoy perdido, hermano. ¿Hay algo en lo que pueda ayudar o el asunto es estrictamente con ella?

—Si usted tiene tiempo, le agradecería que me diera una mano. Pero cuénteme ¿cómo así que Manu F. está indispuesta?, ¿hay algún virus por allá que los está mandando a la cama?

Si tan solo pudiera explicarle.

—Pues, el trabajo, ¿qué más virus que ese? Ahora sí, cuénteme usted, ¿para qué somos buenos?

—Estamos teniendo problemas con la ejecución de la campaña de Pisos y Paredes que ustedes vendieron hace unos meses, supongo que usted se acuerda.

—Como si fuera ayer.

—Manu y yo hablamos ayer y quedamos en que ella se encargaría directamente para hacerlo más rápido. Yo le envié un *email* con la información más reciente, pero quién sabe si lo recibió porque no me contestó.

—Sí lo recibió, aquí lo estoy leyendo y parece que ella le respondió.

—Muy raro. A mí no me ha llegado nada.

—Deme un segundo y reviso... —le digo, mientras busco, sin éxito, en la bandeja de correos enviados, por lo que me remito a la bandeja de salida en caso de que se haya quedado atascado allí.

—No veo nada, quién sabe si... —Me detengo al ver un correo en la bandeja de borradores —. Mentiras, aquí está. Parece que ella redactó el correo, pero no lo envió.

—¿Dice algo importante?

No sé ni cómo contestar esa pregunta. El mensaje parece casual, sin pretensiones, pero termina con una pregunta fría que me corre como un témpano de hielo a lo largo de la espalda.

—Humm, ella solo... confirma que recibió la información y que... gracias por tenerla en cuenta —respondo en un tartamudeo.

—Okey. ¿Qué hacemos, entonces? ¿Esperamos a que ella regrese o involucramos a alguien más?

—La verdad, no le sabría decir. Necesitaría hablar con Manuela o... con Roberto. ¿Por qué

no me deja pensarlo y lo llamo más tarde, cuando le tenga una respuesta?

Marco Antonio acepta y trato de despedirme en breve para poder descargar el peso de mi cuerpo en el espaldar de la silla, al tiempo que leo una vez más el *email* que Manuela planeaba enviarle.

«*Quiubo*, Marco A. Confirмо recibido y gracias por tenerme en cuenta.

En la conversación telefónica, dijiste que te habían aprobado el presupuesto para armar un equipo en Miami para los clientes pequeños. De casualidad... ¿te interesaría revisar mi hoja de vida?

Me cuentas.

Un saludo,

Manu F».

Manuela quiere irse para Miami.

Nuestra conversación de anoche... ahora tiene sentido.

4

MANUELA

La entrada de la casa de mis padres en Zipaquirá me recibe con el aroma a chocolate caliente que me despertaba los veinticinco de diciembre de cada año.

La emoción de encontrar el regalo del Niño Dios me hacía saltar de la cama de inmediato y bajar las escaleras hasta la sala a la velocidad de un rayo. Terminaba de rodillas al pie del frondoso arbolito de Navidad cuyas luces seguían titilando frenéticas a plena luz del día, al ritmo de los villancicos.

Hoy, a falta del arbolito de Navidad, me siento en el sofá y saco de la bolsa el gorro de Papá Noel que compré en la tienda de manualidades de Chapinero. Aplaudo un par de veces y lo hago cantar el *Jingle Bells*, en un intento por volver a mi niñez y refugiarme del dolor de mis pérdidas. La canción termina y no puedo evitar pensar en lo lejos que estoy de mi adorada infancia, cuando lo difícil era esperar un año entero para disfrutar de nuevo esa hora de felicidad pura, genuina, inolvidable. Irrepetible.

Me pregunto si volveré a sentirme así algún día. Si volveré a experimentar un minuto de esa misma alegría una vez más.

Mi mamá se asoma desde la cocina y me mira con ternura.

—La cena está lista. ¿Te sirvo ya?

Afirmo con la cabeza, devolviéndole la sonrisa, aunque la mía intenta disfrazar el cansancio y la hinchazón en mis ojos, opacados por el llanto.

Mi papá baja las escaleras y me contempla desde el último peldaño, dándome a entender que está listo para escucharme, en el momento en que yo esté lista para hablar.

La noche cae lentamente, haciendo amague de llover. El olor a tierra humedecida se esparce en el ambiente y sin embargo, en el último minuto, las nubes empiezan a romperse, revelando un trocito de la Luna en medio del cielo azul oscuro.

—Te va a sangrar la nariz de las ganas que tienes de sermonearme. No te preocupes, dale —le respondo a mi papá cuando me pregunta si me siento bien.

Nos acabamos de sentar en el patio de la casa, alrededor de la mesa de cemento en medio de la cual permanece encendida la fogata artificial que les regalé cuando se mudaron acá, hace un par de meses. Las llamas bailan serenas entre las piedras de vidrio, proyectando la luz en nuestros ojos. Mi mamá se nos une, trayendo la jarra con *aguapanela* caliente y queso doble-crema en cuadritos que nos prometió.

—¿Qué se supone que te debo decir? —me pregunta mi papá, mientras le ayuda a mi mamá a servir el *aguapanela* en las tazas.

—Que me lo advertiste y no te hice caso.

—Lo dices como si me alegrara lo que sucedió y no es así. Yo quise a Diego como a un hijo cuando ustedes estuvieron juntos, la primera vez. A quienes nunca soporté fue a su familia, por la forma como te trataron. Y la única razón por la que me tragué ese sapo fue por él, porque creí que era un buen tipo.

—Él sigue siendo un buen tipo, papi. —La aclaración se me sale de manera automática, como si la mínima referencia negativa sobre Diego fuera una afrenta personal hacia mí—. La mitad de la responsabilidad de todo lo que ha pasado entre él y yo es mía así que, porfa, ahorrémonos las acusaciones en su contra porque ese no es el punto.

—Empezaste de nuevo a culparte a ti misma de lo malo que ha pasado y ese, para mí, es el punto. Tú merecías una relación normal, bonita, con un hombre bueno que te cuidara, te valorara, te acompañara a recorrer el mundo. Un hombre que hiciera parte de una familia cariñosa que te quisiera y te abriera las puertas de su casa, como nosotros se las abrimos a él. ¿Era mucho pedirles a las Ospina que se portaran contigo como personas decentes, al menos? —increpa mi papá, sin ninguna intención de ocultar su resentimiento.

—Para tu tranquilidad, ya terminé con todo y me alejé de ellos. Deberías estar contento de saber que mi vida empieza de cero, sin él.

Mi papá contiene sus palabras al sentir la mano cálida de mi mamá sobre la suya.

—Nadie está contento, ni estamos celebrando nada. Al contrario, nos duele mucho lo que está pasando entre ustedes dos —me dice mi mamá en su particular tono calmado y conciliatorio, antes de dirigirse a mi papá—. Para Diego tampoco ha sido fácil y creo que, en ese sentido, Manuela tiene razón, Milton. No vale la pena montársela al pobre muchacho que ya tiene suficiente con esa enfermedad y con la familia que le tocó.

Los tres nos quedamos en silencio con la excusa de beber el *aguapanela* humeante y reconfortarnos al calor del dulce de caña de azúcar mezclado con la suavidad del queso. Saboreo por un largo rato nuestro eterno ritual de familia, queriendo mantenerlo por siempre en el primer plano de mi memoria y en la punta de mi lengua como un amuleto o... más bien, como una máquina del tiempo que me transporte a todas partes y me devuelva sana y salva a mi hogar, en mi propia versión de los zapatos mágicos de Dorothy, en *El mago de Oz*. El próximo paso en mi vida será el más difícil y necesito acaparar todas las herramientas emocionales de las que pueda disponer para tomar las decisiones correctas en mi presente, que le darán forma a mi futuro.

Los diez dedos de mis manos se aferran a la taza mientras tiento con mis labios la bebida caliente, antes de tomar otro sorbo largo y aclarar mi garganta, en preparación para lo que vine a contarles realmente a mis padres.

—En todo caso, de lo que se trata ahora es de darle un rumbo nuevo a mi vida y... puede que por ahí salga una oportunidad para mí... fuera del país.

Los dos giran la cabeza hacia mí al mismo tiempo, como si hubieran escuchado una alarma de incendios. Sus ojos no me miran, se clavan en mí con un enorme signo de interrogación reflejado en sus pupilas.

—¿Te vas? —me pregunta mi mamá, y yo no sabría reconocer con exactitud si la expresión de desconcierto en su rostro es de alarma u ofensa.

—Por ahora, es solo una idea. Uno de los directores de la oficina de BrandsMedia Miami necesita ayuda para implementar una campaña. Esta tarde hablé con él y con Roberto de los detalles, antes de venirme para acá, y ambos están de acuerdo conmigo en que sería más fácil si yo viajara y trabajara con ellos mientras hacemos la implementación. Creo que una semana sería tiempo suficiente para hacerme una idea de cómo sería mi vida allá.

Esperaba que me dieran un respiro mirándose entre sí para ponerse de acuerdo en sus opiniones antes de expresarlas, como ha sido siempre su costumbre. Sin embargo, parece que esta vez, dicha *opinión* es unánime. No necesitan mirarse para comunicármela.

—En el fondo yo sabía que un momento como este llegaría en tu carrera —dice mi papá, un poco más calmado que mi mamá, para mi sorpresa—. Esperaba que fuera un paso natural de tu

ascenso. Lo que no esperaba era que llegara a la fuerza, mucho menos como una salida de última hora para escapar de las circunstancias en las que estás con Diego.

—Yo no estoy escapando de nada, papi. Y tampoco tengo la culpa de que las oportunidades se estén presentando justo ahora...

—Si no estuvieras en este embolate con Diego, no estarías pensando seriamente en irte, Manuela, no te engañes —agrega mi mamá—. Yo entiendo que quieras alejarte de él y de su familia, pero ¿de nosotros también?, ¿de tus amigos y de todo lo que has construido a lo largo de estos años aquí?

—Lo que he construido no tiene por qué caerse si me voy lejos y Miami tampoco es el fin del mundo; son solo tres horas en avión y para ponerlo en perspectiva, hoy me demoré dos horas en bus llegando hasta acá desde Bogotá.

—¿En qué cabeza te cabe que eso se compare?

—¿Por qué no tratan de mirarlo por el lado positivo? Yo sé que no me verían tan seguido como ahora, pero las veces que venga a visitarlos, estaré mucho más tiempo y ustedes siempre podrán ir a visitarme a mí y pasarla bueno conmigo allá. Independientemente de mis motivos para contemplar esta opción, no hay razones para creer que sería una mala decisión, teniendo en cuenta que he tomado otras peores y he sobrevivido.

Mi mamá mueve la cabeza a ambos lados, en un esfuerzo por espantar con una negativa el temor de perderme. Mi papá, en cambio, suspira y ahora es él quien consuela a mi mamá poniendo su mano encima de la suya.

—Supongo que tienes razón. Solo me preocupa que sigas usando tu carrera como el único combustible para impulsar tu vida.

—Yo sé, papi, pero mi carrera y mi trabajo son lo mejor que sé hacer, lo que más gratificaciones me ha traído hasta ahora.

—Y te has excedido hasta enfermarte. Ojo con eso —me aconseja, mientras sostiene la mano de mi mamá—. Sobra decirte que, mientras Dios nos dé vida, Nelly y yo te apoyaremos en todos los proyectos que quieras realizar y las rutas que quieras emprender. Solo te pedimos que lo pienses bien antes de dar el paso, porque a tu edad, sería el definitivo.

«Mientras Dios nos dé vida». Me asusta cuando mis padres hablan de esa manera y ellos lo saben. Sé que no lo hacen por manipularme, es su forma sutil de decirme que algún día no estarán aquí. Un día serán ellos quienes se vayan, dejándome sola. Y no me refiero a «sola-solterona», me refiero a la soledad de no tener con quién rememorar las navidades o alguien que comparta conmigo el secreto de mi mamá de hablar sola mientras cocina, mañana de la que somos testigos cómplices mi papá y yo.

Ahora entiendo lo que Dominique me quiso decir en el funeral de Manon, su madre, de quien nos tuvimos que despedir hace poco más de un mes. Por primera vez fue capaz de admitir que tenía miedo de «quedarse sola en el mundo», al tiempo que yo insistía con terquedad en que María Paulina y yo, sus hermanas del alma, estaríamos siempre a su lado. Pero Dominique no hablaba de ese tipo de soledad.

Yo, al igual que Dominique, no tengo idea de lo que significa compartir la infancia, los padres y la vida con alguien más; con un hermano, por ejemplo. Yo crecí en el privilegio de ser la única receptora de todo el amor, la atención y el cuidado de mis padres, lo que equivale a ser la única que enfrente su pérdida... sola.

A esa soledad me refiero, la soledad que empieza a colarse entre las grietas de mi incipiente idea de buscar una nueva vida y un futuro lejos de aquí.

Debería estar durmiendo, pero sigue siendo difícil conciliar el sueño con tantos pensamientos revoloteando en mi cabeza y tantas emociones en mi pecho.

Decido sacar la lana y el par de agujas de tejer para terminar la bufanda blanca que empecé hace unos días, en un intento por controlar mi ansiedad.

—Sigue —digo, al escuchar unos toques suaves en la puerta de mi habitación.

—Con solo verte distraída en algo diferente a la agencia, hasta yo me estoy relajando —dice mi mamá al entrar a la habitación y verme tejer.

—De eso se trata, ma.

Mi mamá se limita a evaluarme con la mirada y decide sentarse en mi cama, señal inequívoca de que quiere darme su *verdadero* punto de vista sobre la conversación que tuvimos hace poco en el patio; un clásico ejemplo de la sutilidad de la señora Nelly Jiménez de Franco. Nada en ella me sorprende ya y la amo por eso.

—No sé si fue mi impresión o... si escuché mal. Ya me está empezando a fallar el oído.

—Sé que no quieres que me vaya para Miami, pero que uses tus achaques de la edad para manipularme es caer muy bajo. Pensé que querías envejecer con dignidad —le digo en broma.

—Si quisiera sacar achaques, estaría fingiendo una embolia.

—Te creo capaz.

—¿Tú eres consciente, hija, de que cambiar tu vida no significa necesariamente empezar de cero?

Aprieto mis labios y la observo por un segundo antes de seguir con la próxima puntada de la bufanda.

—Tú sigues siendo la misma persona, tu pasado sigue siendo el mismo y a donde quiera que vayas, irá contigo —continúa, con la candidez que la caracteriza—. Así que, antes de darle un nuevo giro a tu vida, yo te *recomendaría* que, en lo posible, dejaras todos los ciclos cerrados, todas las verdades dichas, todas las facturas canceladas y... hacer las despedidas debidas.

—Todavía es muy temprano para hablar de despedidas, yo no he tomado ninguna decisión. Y en cuanto al resto, por mi parte todo está saldado.

—¿Todo? ¿Estás segura?

—No te enredes con silogismos, mami. Yo ya le conté a Diego la verdad sobre la plantada en el altar. Él sabe perfectamente que todo fue culpa de su mamá y de Eliana y hasta me pidió perdón por eso. ¿Qué más esperas de mí?

—Creo que estás cometiendo un gran error dejando a Diego atrás —dice, directa y seria, tal y como se lo pedí—. Eres libre de tomar esa decisión, por supuesto, pero tú todavía lo amas y eso no va a cambiar con el solo hecho de que te vayas lejos.

—Yo no me voy lejos para dejar de amar a Diego. Solo estoy tratando de buscar un futuro que me ayude a sobrellevar una vida sin él.

—¿Y qué tan lejos llegarías en esa nueva vida sin él? ¿Te has puesto a calcular lo que podrías lograr si, en vez de invertir el tiempo y el esfuerzo que necesitarás para olvidarlo, lo invirtieras en construir, por fin, una relación con él ahora que tienen todo a su favor?

—Esta es la segunda vez que lo intento y el resultado sigue siendo el mismo: un corazón roto.

—¿Podrías, por un momento, dejar de pensar en ti, ponerte en *sus* zapatos e imaginarte lo que él debe estar padeciendo? —me reclama mi mamá y por primera vez en mucho tiempo, la veo genuinamente molesta conmigo—. ¿Podrías pensar, por un instante, en lo mucho que significaría para él que estuvieras a su lado así no le sirvieras para nada?

—¿Tú me estás hablando en serio o estás fingiendo la embolia desde ya? —le contesto y más

que ofendida, estoy desconcertada.

—Te estoy hablando muy en serio y más te vale que me escuches, Manuela Franco. Yo entiendo que hayas sufrido por él y, aquí donde me ves, estoy reprimiendo las ganas de tumbarle la puerta a esa señora Leticia y mandarla a comer barro, de solo recordar lo que esa familia te ha hecho, pero estamos hablando de él. De Diego. Si él no tuvo la culpa de lo que pasó, ¿por qué lo estás castigando?

—Yo no lo estoy castigando, me estoy protegiendo a mí misma en vista de que nadie más lo puede hacer por mí, ni siquiera ustedes —insisto, al tiempo que intento ponerle freno a la frustración de ver que mi mamá, de todas las personas en el mundo, parece no *querer* entenderme—. Yo luché por él, le di el espacio que necesitaba para que decidiera si quería estar conmigo o con Ximena; lo esperé el tiempo que me pidió y confié en que iba a darle un final digno a su relación con ella. Yo me arriesgué a construir algo con él y ¿qué saqué con eso? Que me hirieran, que se burlaran de mí, que destruyeran mi propia capacidad de confiar...

—Pero no fue él quien lo hizo, tú misma eres consciente de eso.

—Lo único que yo tengo claro es que cada vez que intento estar con Diego algo se atraviesa y termino mal, mamá. El amor que siento por él no es una excusa para condenarme a repetir el mismo ciclo de dolor y ¿a cuenta de qué?, ¿de no quedarme sola? Pues, ya lo estoy... y a todas estas ¿por qué lo estás defendiendo?

—Porque yo sé lo que es caer en ese abismo en el que él está. Yo perdí siete bebés que esperaba con amor en mi vientre, eso deprime a cualquiera. Faltó poco para perder la esperanza de ser madre y justo en ese momento llegaste tú para devolvérmela. ¿Tú te imaginas qué habría sido de mi vida y la de Milton si yo hubiera renunciado a mi sueño de ser mamá en el último minuto?

—Yo no existiría y en ese caso, me parece muy injusto que, a estas alturas de la vida, me echés en cara tu decisión de seguir intentándolo y de convertirme a mí en tu razón de vivir. Y para que sepas, Diego opina todo lo contrario a ti. Ayer me dejó muy claro que no quería que yo me convirtiera en su salvavidas porque eso sería atarme a tomar decisiones que solo lo favorecerían a él y en eso, estoy totalmente de acuerdo. El problema es que él prefiere no contarme nada sobre sus depresiones y sus traumas porque según él, lo voy a convertir en mi proyecto de caridad y con esa excusa, él podría ocultarme otras cosas que yo tengo derecho a saber.

—Te voy a decir una cosa sobre tu supuesto «derecho a saber»: te equivocas. En realidad, tú no tienes ese derecho, porque no te lo has ganado. Él no tiene ninguna obligación de contarte nada, de decirte lo que siente, ni de descargar sobre ti sus preocupaciones porque no está seguro de que puedas manejarlas y eso no quiere decir que no seas importante en su vida. Eso tampoco quiere decir que tú no puedas demostrarle que sí eres digna de compartir sus penas o al menos, ofrecerle un poquito de solidaridad o de apoyo moral y ser su compañía y soporte en el momento en el que más lo necesita. Si no puedes hacer eso, si solo estas dispuesta a estar con él en los momentos alegres y divertidos, me parece muy bien que te vayas y te alejes de él, porque es evidente que no mereces estar a su lado. Si ese es el caso, no te preocupes, yo misma te ayudaré a hacer la maleta para que te vayas para Miami y empieces tu nueva vida, tal y como la quieres.

Mi mamá sale de la habitación sin darme tiempo para responder, poseída por un tipo de ofuscación que no recuerdo haber visto antes en ella. ¿Será posible que... después de todo lo que me ha pasado con Diego, ahora resulta que soy yo quien le sale a deber?

A duras penas alcanzo a reponerme de la reprimenda de mi mamá cuando el timbre del celular me anuncia un mensaje de texto que tampoco esperaba.

Diego:

¿Cómo sigues?

DIEGO

Quien diga que dos minutos es poco tiempo, nunca ha esperado con impaciencia una respuesta a un mensaje de texto. Le llaman servicio de mensajería instantánea, pero para mí, no es más que un instrumento de tortura. Ahora más que nunca estoy convencido de que WhatsApp fue creado por el Tribunal de la Inquisición.

Dejo el celular bocabajo sobre la mesita de noche, no puedo ser tan masoquista. Ni tan pendejo. Por más que clave la pantalla entre mis ojos, la respuesta no me llegará más rápido y si llega, puede que ni siquiera sea sustancial.

Enciendo el televisor en mi pobre intento por mantener las manos ocupadas en otra cosa que no sea sostener el celular y evitar escribirle un memorial de agravios que describa, punto por punto, lo mucho que su silencio me hace sufrir.

Pero justo cuando decido olvidarme del asunto, el timbre del celular anuncia la ansiada notificación.

Manuela:

Bien. Por ahora parece que es estrés. El resto de los resultados salen el viernes.

En este punto de nuestra relación, sentimental o no, Manuela debería saber que no es eso lo que le estoy preguntando realmente, ni lo único que yo quisiera saber. Ella es consciente del efecto que producen en mí sus respuestas planas y sin embargo, decide tratarme como a un desconocido y no como al hombre que amó y con quien estuvo a punto de casarse una vez.

La rabia me arde en la palma de la mano con la que sostengo el teléfono celular.

Empiezo a escribir una respuesta digna de la suya, corta, punzante, airada... pero antes de que pueda enviarla, ella me gana.

Manuela:

Gracias por cubrirme hoy en la oficina. Siento que hayas tenido que reintegrarte antes de tiempo.

Yo le insistí a Roberto que no lo hiciera... obviamente le valió huevo.

¿Cómo estás tú?

Así de fácil me desarma. ¡Cómo hago para no amarla!

Diego:

Roberto hizo lo correcto. Yo ya estaba en la oficina cuando me llamó.

No te preocupes por mí.

Tipeo la frase «Yo estoy bien. Dentro de lo que se puede... sin ti» y me freno antes de enviarla. Se me hace casi imposible hablar con ella en estos términos, sin una miserable demostración de afecto, sin poder expresarle lo mucho que la extraño, que la amo, que me ahoga la angustia de no saber a ciencia cierta qué le está pasando, pero si cruzo esa raya me arriesgo a que corte la comunicación. Le daría un motivo más para alejarse. Teniendo en cuenta las circunstancias, este insípido intercambio de frases es mejor que nada.

Diego:

Yo estoy bien, aunque... preocupado por ti.

Es increíble. Después de todo lo que hemos vivido juntos y lo que hemos sufrido durante nuestra separación, terminamos reducidos a unas cuantas oraciones en una pantalla fría y distante que cabe en la palma de la mano y al tormento de ver los puntos suspensivos titilar después de la palabra «escribiendo».

Incapaz de quitarle los ojos de encima al *chat*, veo con ansiedad que Manuela deja de escribir y por poco se me sale un *puteadón*. ¡No es justo que haga esto conmigo! ¿Por qué no me habla?

Lo que me llega segundos después no es un mensaje de texto, sino un audio con su voz. Su hermosa voz.

—¿Tú crees que soy una egoísta? —me pregunta en el audio y, aunque no la tengo frente a mí, puedo dibujar la tristeza en su rostro por el tono en sus palabras.

—¿Quién te dijo eso? —le pregunto en otro audio.

—Eso no importa. Te pregunté a ti.

Empiezo a grabar un nuevo audio, pero me interrumpe una notificación. Es un nuevo mensaje de texto.

Manuela:

Mi mamá. Me lo acaba de decir en mi cara y le faltó poco para tirar la puerta de mi habitación al salir. Nunca la había visto reaccionar así.

Me debato entre responderle con otro mensaje de texto o grabar un audio. Está discutiendo con Nelly y eso no es buena señal. Manuela y yo ni siquiera hemos empezado a recuperarnos de nuestra ruptura, dudo mucho que la hayamos aceptado aún; y justo ahora que está enferma, tiene problemas con sus padres, las personas más importantes para ella en este mundo. Nelly y Milton son su guía, su soporte, su fortaleza. Nada funciona para Manuela si su relación con ellos no funciona.

Diego:

¿Quieres contarme qué pasó?

Manuela:

Tenía la esperanza de que, después de... la conversación que tuvimos anoche, me dieras una opinión imparcial.

Decido grabar otro audio.

—¿Y la opinión imparcial de mí sería esa? ¿Que eres egoísta?

Dejo ir ese primer trozo del audio en un intento por tranquilizarla y, mientras espero que me responda, pienso en el resto de mi discurso. Sería injusto con ella o conmigo mismo que intentase empalagarla con frases motivacionales para hacerla sentir bien, cuando lo que necesita (y lo que me está pidiendo) es que sea honesto.

—Puede que sí... puede que seas egoísta —le digo en un nuevo audio—. Porque siempre piensas en ti primero, pero desde donde yo lo veo, no hay nada inherentemente malo en pensar en uno mismo antes de pensar en los demás.

Dejo ir el segundo segmento y espero unos segundos con la esperanza de que me responda.

—Dejando de lado lo que siento por ti... que es mucho... —digo en otro audio, sin importarme ya si la estoy presionando. Ella sabe de sobra lo que siento por ella y lo que quiero de nosotros, sería ridículo ponerme en el papel de amiguito confidente—. Yo te he visto preocuparte por tus papás, asegurarte de que estén bien. También he visto lo mucho que te esmeras por ayudar a tus amigos y a tus colegas en la oficina. Tú le conseguiste trabajo a María Paulina en BrandsMedia, hace cinco años, para que pudiera empezar su carrera y tuviera una relación con Pedro. Sacrificaste una semana de tus vacaciones para viajar a París, a acompañar a Dominique en el funeral de su mamá y estuviste pendiente de ella en todo momento. Y ahora estás abogando para que Octavio entre al equipo digital y no pierda su empleo. Dime, ¿tú llamarías egoísta a una persona que ha hecho tantas cosas buenas por los demás?

Pasan varios segundos después de haberle enviado el audio sin que ella me responda, cosa que no es normal. ¿Estará discutiendo con Nelly de nuevo?

—¿Manuela? —insisto en un nuevo audio. Segundos después me llega otro mensaje de texto.

Manuela:

Roberto te contó.

Me tomo un instante para respirar profundo antes de responderle. Admito que me tranquiliza hablar con ella así sea en este engorroso intercambio de mensajes de texto y grabaciones en audio, pero si seguimos así, me voy a enloquecer.

Diego:

Manuela, tenemos que hablar. En serio.

Esta conversación no puede suceder por *chat*, ni por audios culos.

Un par de segundos después, mi celular timbra.

—Aló —le contesto.

—Estoy de acuerdo. El viernes regreso a Bogotá y podemos...

—Yo estoy en Zipaquirá, Manuela —le digo de inmediato, sin darle el chance de que me corte—. Acabo de hacer *check-in* en un hotel. Si no estoy frente a la casa de tus papás en este instante, tocando el timbre de tu puerta, es porque María Paulina no quiso darme la dirección, pero bien sabes que más te demorarías en decírmela que yo en llegar a donde sea que estés.

Sin duda necesitaba desahogarme y en el proceso, dejé otro jirón de la poca dignidad que me queda frente a Manuela. Poco me importa ya. Cuando lo has entregado todo, no hay nada más que temas perder.

—¿En qué hotel estás? —me pregunta, luego de una pausa larga.

—En uno que queda a media cuadra de la Plaza de la Independencia.

—Envíame la ubicación. Y dame quince minutos.

El sonido de la moto deportiva no me causa mayor curiosidad hasta que la siento acercarse lo suficiente para hacerme levantar la cabeza y reconocer su figura esbelta, curvilínea, desafiante, sentada detrás del conductor.

Después de intercambiar un par de mensajes, decidimos encontrarnos en un lugar neutral, por decirlo de alguna manera; una cafetería cercana al hotel en donde me hospedo, con espacio al aire libre y mesas blancas de diseño minimalista, al estilo escandinavo, que contrastan las luces

colgantes que evocan las construcciones industriales modernas.

—No sé cuánto nos vayamos a demorar, si algo te aviso y me devuelvo en taxi —le dice Manuela al conductor de la moto, mientras se quita el casco y libera su hermoso cabello cuyo negro intenso me eriza la piel.

—¿Van a tomar? —le pregunta el conductor, inclinando la cabeza hacia ella. Su voz se me hace conocida, aunque el hermetismo del casco no me permite escucharlo con tanta claridad para identificarlo.

—¿Cerveza? No. Tampoco nos vamos a trasnochar. No te preocupes.

El conductor levanta la cabeza, supongo que ponderando las opciones.

—¡Ay, Manuela! Si llegas sola en taxi a la casa, mi tío se las pilla de una. A ti no te hace nada, pero a mí ¡me mata! —concluye, apagando la moto para bajarse—. Yo veré. Si le encuentro algún arañazo...

—Si no confías en mí, no me la dejes —replica Manuela, bajándose de la moto—. ¿Para dónde vas?

—A parchar donde Ali. Me recoges allá, a menos que quieran que me quede en plan de violinista —bromea el conductor quien finalmente se baja de la moto, removiendo el casco de su cabeza con la mano izquierda—. *Quiubo*, Diego, ¿cómo le va?

—¿Jerónimo? —atino a decir entre sorprendido y confundido, mientras me levanto de la silla para corresponderle el saludo—. Viejo, no lo había reconocido... yo estoy bien, gracias. ¿Y usted?

—Bien, por ahora —me contesta, mirando a Manuela con una sonrisa suspicaz, mientras le entrega las llaves de la moto—. Se van por la sombrita. Nos vemos más tarde.

Jerónimo le entrega el casco a Manuela, al tiempo que levanta la mano para tomar un taxi.

—No pensé que me fuera a demorar tanto —me dice Manuela, acomodando los dos cascos en el compartimento trasero de la moto, antes de acercarse a la mesa—. Necesitaba una excusa para salir de la casa sin demasiadas explicaciones y Jero me debía un favor.

—Siempre hay un primo compinche para las escapadas —le digo y, luego de una pausa, agregó—: La última vez que lo vi era un muchachito, ni siquiera se le asomaba la barba.

—La última vez que lo viste... ¿fue en la iglesia?

El día que, se suponía, nos íbamos a casar, ella y yo. Me limito a responder inclinando levemente la cabeza.

—Es mucho lo que una persona puede cambiar en cinco años —concluye.

Manuela sigue en pie, frente a mí, intentando conservar la serenidad a pesar de la ansiedad que se asoma en su mirada.

—¿Quieres tomar algo? —le pregunto, ofreciéndole una de las sillas al lado de la mía.

—No sé... lo que sea que estés tomando tú —dice, mientras se sienta—. ¿Cómo supiste que estaba aquí, en Zipaquirá?

—No lo supe, me lo imaginé —le contesto, al tiempo que le hago señas a la mesera para que nos traiga otro Chai en leche de avena—. Fui a buscarte al apartamento, pero María Paulina me dijo que estaba perdiendo el tiempo porque no ibas a estar ahí el resto de la semana. Supuse que solo había un lugar en el que podrías estar, la casa de tus papás.

—Y... ¿manejaste hasta acá? —me pregunta, sin ocultar su genuina preocupación.

—Willy me trajo. Se acaba de devolver para Bogotá.

—Me preocupaba que estuvieras manejando. Yo sé que no te sientes cómodo frente al volante cuando estás... —Duda por un largo instante.

—Deprimido —le completo, al sentir su vacilación. El tema de mis depresiones es nuevo

para ella y todavía le cuesta hablar en el lenguaje apropiado para referirse a mi condición, por temor a incomodarme—. Es cierto. Prefiero esperar a recuperar el control de mis emociones antes de sentarme al volante. Mi meta es retomar la rutina la próxima semana. Por ahora estoy dejando que Emma me sirva de chofer.

—¿Emma está aquí? —Más que una pregunta suena a una exclamación que me reconforta. Su expresión de grata sorpresa al escuchar el nombre de mi hermana me confirma que no todas las integrantes de mi familia le causan repulsión.

—Llegó hace poco, cuando supo de mi crisis.

La mesera trae el Chai para Manuela y me pregunta si quiero algo más para tomar, a lo que declino con cortesía. Una vez la mesera se retira, me quedo observando a Manuela por un momento. Ella se tensiona, presintiendo que es hora de retomar la conversación que dejamos pendiente en WhatsApp.

—Desde hace algunos...

—Tú me reclamaste...

Ambos empezamos a hablar al mismo tiempo, atropellando las frases, por lo que hacemos una pausa para mirarnos a los ojos, como si quisiéramos regresar a los viejos tiempos, cuando las palabras sobaban para decirnos todo. Yo hago un gesto con la cabeza para cederle el turno a ella.

—Desde hace algunos días... yo tenía mis sospechas, pero solo hasta ayer pude reunir el coraje para hacerme la prueba —dice, cruzando las manos sobre su cintura—. Pensaba que solo era cuestión de confirmarlo porque... yo juraba que estaba embarazada. Cuando la prueba salió negativa...

—¿Confías en el diagnóstico de la doctora?

—La doctora Zapata es muy buena. Ella conoce mi historia clínica y sé que no está tomándose las cosas a la ligera. Me mandó un montón de exámenes y le pidió al laboratorio que priorizaran los más urgentes para empezar a descartar posibilidades. La prueba de embarazo fue la primera en salir negativa, así que decidimos esperar a que saliera el resto de los resultados para revisarlos pasado mañana. Dependiendo de eso, ella definirá el diagnóstico y el tratamiento. Por ahora, parece que estoy somatizando el estrés que vengo acumulando desde hace meses.

—¿No preferirías... no sé, consultar una segunda opinión? Yo tengo contactos que podrían atenderte ya mismo, si quieres.

—Yo llamé a Nicolás, no sé si te acuerdas de él...

—El vecino de tu casa en Bonanza.

—Sí, él. Lo llamé y vino a verme al apartamento después de mi consulta con la doctora Zapata. Nico también piensa que es estrés y tú sabes que él me conoce mejor que cualquiera... —dice y se apresura a aclarar—: En el plano médico, quiero decir.

—Por supuesto.

Manuela guarda silencio y yo exhalo el resto del aire contenido en mis pulmones, agradeciendo que todo esté bajo control en lo que respecta a su salud. No me imagino el terror que debió haber sentido anoche después de darse cuenta de que no estaba embarazada y aun así, seguir padeciendo esos síntomas, sin otra explicación.

—No me lo pensabas decir, entonces. Que el resultado había salido negativo.

—Cuando llegaste al apartamento, yo tenía todo un discurso perfectamente montado, convencida de que el resultado sería positivo. La verdad, no estaba preparada para un resultado negativo y por eso supuse que no tenía sentido decírtelo. Lo único que lograría sería enredar una conversación que, de por sí, era complicada.

—Y... ¿cuál era el discurso que tenías preparado? —le pregunto, haciendo un esfuerzo enorme por mantener la serenidad.

Manuela se tensiona de nuevo, podría ver sus dientes apretándose los unos contra los otros debajo de sus mejillas, al tiempo que la brisa delicada de la noche mueve su pelo hacia un lado, suavizando sus facciones. Manuela hace una pausa para controlar los mechones que intentan cubrirle los ojos y yo entregaría mi vida entera porque fueran mis dedos los que acariciarán su hermoso cabello y lo ajustaran detrás de su oreja.

—Yo pensaba que te ibas para Barcelona con Ximena...

—Lo escucho y no lo creo, Manuela —la interrumpo, sin ser capaz de contener mi decepción—. En serio, ¿te creíste ese cuento?

—¿Te parece ridículo que me lo creyera después de que la misma Trudy lo escuchara de labios de Ximena, cuando fue a visitarte? —Manuela replica desafiante, sin darme la menor oportunidad de recuperarme de mi estupor—. ¿Después de escuchar a Roberto repetir con exactitud la misma frase y preguntarme si yo sabía algo al respecto, ya que tú y yo éramos «tan buenos amigos»? Y eso sin mencionar a tu hermana Eliana, que no hizo otra cosa que repetirme lo mucho que ustedes dos se adoraban. —Manuela se recompone en su silla al verse a sí misma levantar la voz y llamar la atención de los demás clientes de la cafetería—. Para mí era obvio, pero eso es harina de otro costal. Y a estas alturas, no vale la pena hablar de eso.

No sé qué hacer, ni qué decir. Solo atino a frotarme la frente con mis dedos, presintiendo la agonía del inminente dolor de cabeza que no demorará en aparecer. Si las últimas semanas han sido un infierno para mí, reclamándoles a mi mamá, a mi hermana y a Ximena por sus acciones, mientras luchaba con mi depresión; para Manuela debieron haber sido los peores días de su vida y todo por mi causa.

—Para responder tu pregunta, sí, te lo iba a decir. Con todas las complicaciones que hubiera traído una circunstancia como esa entre tú, Ximena y yo, te lo habría dicho —afirma y levanta la taza del Chai para llevársela a los labios.

—Y tú sabes que yo habría dejado lo que fuera, habría sacrificado cualquier cosa por mi hijo y por ti —le aclaro.

Manuela mueve los labios en una sonrisa sutil que tiene más de ironía que de satisfacción. Una sonrisa poco convencida... o tal vez... ¿cínica?

—Ahí está el detalle del asunto —susurra, bajando la mirada hacia el dobladillo de la chaqueta que lleva puesta, en donde sus dedos juegan con un hilo suelto—. Yo no habría permitido que tú renunciaras a nada porque el hogar de mi hijo sería yo.

Manuela no bien termina de decir la última frase cuando levanta la mirada, dispuesta a defender su posición, sabiendo de antemano lo difícil que habría sido nuestra confrontación si *aquel* hubiera sido el escenario. Yo habría luchado con uñas y dientes por mi hijo también.

—Por fortuna, estabas haciendo planes con las suposiciones equivocadas —le contesto, cruzando las piernas y dejando caer mi espalda sobre la silla mientras le hablo, mis ojos clavados en los suyos—. Porque *ese* habría sido el escenario menos probable.

—Es cierto —dice y alarga un suspiro—, pero no te voy a negar que fueron los minutos más angustiantes de mi vida, no porque temiera una confrontación contigo, con Ximena y tu familia entera. —Manuela muerde su labio inferior, mirando hacia el cielo como si temiera recibir un castigo divino a causa de las palabras que intenta pronunciar—. Lo que realmente temía, eran las consecuencias que un hijo habría traído para mí.

—¿En qué sentido? Tú sabes que, cualquiera que hubieran sido las circunstancias en las que viniera al mundo, un hijo nuestro, tuyo y mío, lo tendría todo.

—Yo sé y eso era lo que más temía —dice, bajando la mirada a manera de confesión—. Un hijo para mí sería lo más importante, lo primero. Yo sería capaz de entregarme en cuerpo y alma de tal manera que sería lo único para mí —agrega, levantando de nuevo la mirada—. Y hasta ahí llegarían mis proyectos, mi carrera... mis sueños.

Las lágrimas empiezan a inundar los ojos de Manuela y, aunque no llegan al punto de derramarse, sus sentimientos y sus conflictos internos se reflejan en ellas. Para Manuela, sus metas profesionales son tan importantes como su familia y sus amigos. Su carrera es parte de su identidad, sus logros la han mantenido en pie cuando todo lo demás ha fallado. Un hijo hubiera significado un cambio demasiado drástico para el que no estaba ni remotamente preparada.

—¿Ves por qué soy una egoísta? En lo único que pienso es en mí misma —continúa y esta vez, las lágrimas son incontenibles—. Incluso con la sospecha de que alguien más habitaba en mi cuerpo, un ser hermoso de quien ya estaba enamorada, aun sin conocerlo... lo primero que se me ocurrió pensar fue en cómo cambiarían los planes que tenía en mi vida.

Sin pensarlo un segundo alargo mis brazos hacia ella y la envuelvo en ellos. Me importa un pito que ella no abra los suyos para corresponderme, para abrazarme también; me conformo con sostenerla en mi pecho y acunar su cabeza en la curvatura de mi cuello, mientras mi mano derecha acaricia su pelo.

—Te aseguro que todos los que han sido padres en este mundo, aun los mejores, han pensado lo mismo en algún punto de sus vidas. Sin importar si era el mejor o el peor momento para traer un bebé al mundo, estoy seguro de que todos se han hecho esa misma pregunta.

Por un breve instante permanecemos así, inmóviles, indecisos. Manuela mueve su cabeza por lo que suavizo mis brazos para darle espacio, suponiendo que desea apartarse de mí, pero en realidad, termina acomodándose para mirarme a los ojos.

—¿Te ha pasado antes? ¿Que hayan sospechado... un embarazo?

Afirmo con la cabeza, otorgándome a mí mismo unos cuantos segundos para respirar profundo antes de responderle.

—Una vez. Y sé lo que se siente... ese temor del que hablas.

—¿Qué sentiste en ese momento?

—Sentí que mi vida entera pasaba delante de mis ojos y... luego... el peso de la realidad me cayó en el pecho, como un mazo. Yo siempre he querido ser papá, pero en esa ocasión me sentí indigno de merecerlo. ¿Cómo carajos iba a asumir esa responsabilidad cuando ni siquiera había sido lo suficientemente inteligente para tomar precauciones?

—No era el momento —comenta Manuela, acomodándose en la silla y recostando su cabeza en mi hombro izquierdo—. Supongo que entiendes entonces que, en el fondo, es un alivio que no haya una atadura como esa entre nosotros.

—¿Un hijo habría sido una atadura?

Manuela suspira y separa su cabeza de mi hombro para mirarme de nuevo.

—Yo jamás querría que un hijo fuera la única razón para estar con alguien, así ese alguien fueras tú.

—Yo sé. Para mí tampoco sería justo que, de todas las razones que tenemos para estar juntos, un bebé sea la principal. Yo diría que *amarnos*, es una de esas razones y la más importante.

Su mirada sigue en mí, ya no prevenida ni desafiante, tampoco defensiva. Manuela me mira con la serenidad de quien no tiene nada que esconder.

—Amarnos no es suficiente, Diego. Nunca lo ha sido.

—Yo no dije que fuera una razón suficiente, dije que es la más importante.

Manuela intenta mover los labios para responderme, luego los cierra al ver a la mesera

acercarse.

—Que pena, en quince minutos cerramos. Si quieren algo más, este es el último chance de hacer el pedido.

Miro a Manuela, a la espera de su decisión.

—Yo estoy bien así, gracias —dice y hace una pausa para dejarme saldar la cuenta. La mesera se aleja una vez más con el dinero que le acabo de entregar, deseándonos una feliz noche.

—¿Qué hacemos? —me pregunta Manuela.

—Cualquier cosa que no sea dejar esta conversación a medias.

Manuela pondera las opciones, dando unos toques sonoros en la superficie de la mesa con la punta de sus dedos, mientras yo reprimo la urgencia por soltar un par de ideas que se me ocurren, a riesgo de que ella las rechace de inmediato.

—Ahora que lo pienso, nunca he podido darte un paseo en moto —comenta Manuela, como si fuera lo más natural del mundo.

—Sabes que haría lo que fuera por estar contigo, pero... montarme en una moto...

—¿Te da miedo? —Más que una pregunta, es un desafío.

—Por supuesto que no...

—Me tienes miedo *a mí* en una moto, que es diferente —replica con sorna.

Tal vez sí, y no me avergonzaría admitirlo. El hecho de ser hombre no significa negar mis temores, mucho menos falsificarlos, pero este no es el caso.

—Ni lo uno, ni lo otro. Es solo que preferiría evitarlo, en lo posible.

—¿Por lo de tu depresión? —me pregunta, comprensiva—. Lo siento, no sé en qué estaba pensando. No debe ser saludable para ti en estos momentos exponerte a emociones fuertes o sensaciones que disparen tu ansiedad.

—Has estado leyendo —le digo, sin reprimir una sonrisa.

—Desde que me contaste, en París.

—No se trata de eso. En general, no me gustan las motos. Sigo pensando que son demasiado peligrosas, pero si la condición para seguir esta conversación es montarme en ese aparato contigo... podríamos llegar a un acuerdo.

Manuela inclina la cabeza hacia la derecha, revelando en sus ojos un gesto inconfundible de intriga que me acaba de condenar al mencionado instrumento de tortura.

—¿Qué tipo de acuerdo? —me pregunta, desafiándome con esos mismos ojos negros inmensos que parecieran hablar con voz propia.

—Acepto con la condición de que no sea la última vez y que la próxima, lleves aquellos pantalones de cuero que tanto me gustaron.

—¿No dijiste que «preferirías evitarlo, en lo posible»? —insiste, parafraseándome con un hilo de sorna.

—Me temo que esta es una de esas raras excepciones a la regla.

Nunca ha sido fácil para mí delegar el control de nada, en especial cuando se trata de un automotor, mucho menos una motocicleta de alto cilindraje, como esta. Al recibirle el casco, por poco caigo en la tentación de decirle que preferiría manejar yo, me sentiría mucho más seguro, pero echaría a perder una oportunidad única para recuperar su confianza en mí.

—¿Hace cuánto no montabas en una? —me pregunta, mientras se sienta a horcajadas en la moto, buscando el punto exacto de equilibrio.

—Hace bastante. Todavía vivíamos en el barrio y teníamos la panadería. Si las cuentas no me fallan, serían unos trece años, más o menos —le contesto, acomodando mis piernas detrás de las suyas—. A esta se le siente el cilindraje, se nota que está casi nueva. ¿Cuántas veces la has

manejado?

—Es mi primera vez. Jerónimo no se la suelta a nadie...

—Interpretaré ese comentario como uno de tus chistes flojos.

—Agárrate bien —dice, al tiempo que se pone el casco y se acomoda el pelo que le sobra en la espalda—. No te preocupes, estás en buenas manos. Lo peor que puede pasar es que quedemos como tortillas en el pavimento.

—¿Podrías, por favor, dejar de repetir las pendejadas que te he dicho en la vida?

Manuela enciende la moto y arranca antes de darme el chance de arrepentirme y bajarme. Por primera vez en mucho tiempo sé lo que se siente tener las gónadas en la garganta.

Luego de rezar mentalmente un Padre Nuestro y encomendarme a las benditas ánimas del purgatorio, empiezo a disfrutar el paseo. Manuela parece tener el control absoluto de la moto y me sorprende darme cuenta de lo relajada que se nota, como si ésta fuera una actividad cotidiana de cada día equivalente a subirse a un ascensor. Algo me dice que su idea de llamar a su primo Jerónimo para que la recogiera en su casa, no tenía tanto que ver con buscar una excusa para salir, sino para soltar un poco de adrenalina y bajarle al estrés que la ha estado afectando, al punto de causarle reacciones físicas en su cuerpo.

—¿Vas bien? —me pregunta, al detenerse en un semáforo en rojo.

—Mejor de lo que esperaba. —Mi corazón empieza a latir desenfrenado al sentir su espalda reclinarsse en mi pecho, impregnándolo con la calidez de su cuerpo. Sé que lo hace con la única intención de asegurarse de que la pueda escuchar a pesar del casco, pero me cuesta contener la reacción que las rosas de su perfume y el contacto de su cuerpo incitan en el mío. Me muero por rodear su cintura con mis brazos, inclinarme y decirle en un susurro lo increíblemente sexi que se ve, pero a lo máximo que me atrevo es a deslizar con cautela mi mano derecha sobre su cadera, con el modesto propósito de mantener el equilibrio.

—Vale. Si en algún momento quieres parar, me avisas.

Me limito a darle un suave apretón en la cadera a manera de confirmación para evitar abrir la boca y pronunciar las únicas palabras que se me ocurren: «te amo con locura, linda».

Manuela se inclina ligeramente hacia el frente para retomar los manubrios de la moto. Su mano izquierda presiona el embrague al tiempo que su pie libera el cambio a primera. Su mano derecha acelera mientras va soltando el freno, poco a poco, hasta arrancar la moto con increíble facilidad, una vez el semáforo cambia a verde.

No me cabe la menor duda, Manuela sabe lo que está haciendo. Quiere demostrarme que, a pesar del impacto emocional de nuestra ruptura, del estrés laboral y el dolor que ha soportado en estas últimas semanas, ella sigue teniendo el control de sí misma, de su vida y sus actos. Cualquiera diría que las decisiones que ha tomado o esté a punto de tomar son producto de la rabia, el rencor, la inmadurez o la desesperación. Su mejor amiga, María Paulina, se atrevió a sugerirlo esta mañana y por un segundo estuve de acuerdo... por un corto instante de arrogancia y estupidez pensé que Manuela estaba perdiendo la cabeza.

¡Pobre idiota! Soy yo quien la está perdiendo a ella, por las razones correctas. Y el peso de esta realidad se hunde en lo profundo de mi estómago. Manuela se irá para Miami en las próximas semanas... o incluso días. Se irá sin que yo pueda evitarlo. ¿Y yo? no tengo un futuro para ofrecerle a cambio o una promesa que ella esté dispuesta a creerme. No tengo nada más que a mí mismo y mi corazón roto que sigue latiendo por ella.

Suavizo la presión que mis manos mantienen inconscientemente en sus caderas, liberándola. Manuela conduce con destreza por la avenida principal de Zipaquirá, guardando la distancia entre los carros y haciendo *zig-zag* en un par de ocasiones para ganar ventaja entre ellos.

Mentiría si dijera que no disfruto la vista delante de mí. Tendría que estar muerto para ignorar las curvas atrapantes de su figura, la postura recta de sus hombros, su espalda alargada y exquisita que desemboca en una cintura firme y angosta, sus piernas torneadas reposando a cada lado de la moto, manteniéndonos equilibrados. Y su trasero redondo y perfecto rozando mi entrepierna. ¡Dios bendito! ¿Por qué me castigas así? Necesito con urgencia pensar en... no sé, las verrugas en la nariz del diablo, cualquier cosa con tal de distraer mi imaginación. Lo último que me puedo permitir, en este momento, es tener una erección justo ahora.

Trago grueso y levanto la mirada, concentrándome en los rápidos destellos de las luces de una avenida que poco a poco desemboca en una carretera, hasta dejar el pueblo atrás.

—Sé que piensas que soy una gallina, pero... ¿has visto las noticias últimamente? —le pregunto, inclinando mi cabeza por encima de sus hombros para acercarme a su oído y asegurarme de que me esté escuchando a través del casco.

—¿Por qué lo dices? Hasta donde tengo entendido, no le tienes miedo a la oscuridad.

—En este momento es debatible. A menos que la Catedral de Sal tenga horario extendido, no creo que vayamos para allá, ¿o sí? —le pregunto por curiosidad.

—No, no vamos para allá.

Manuela acelera y podría jurar que sonrío maldadosa detrás del visor del casco, al sentir el agarre de mis manos en su cintura, una reacción inconsciente por mantener el balance de mi cuerpo en la moto. La aguja del velocímetro se acerca a los cien kilómetros por hora, pero algo me dice que Manuela quiere empujar sus emociones un poco más allá, tentando sus propios límites, queriendo saber qué tan lejos es capaz de llegar. Y eso me excita, más allá del límite de la decencia.

A lo lejos alcanza a asomarse un desvío en la carretera. Manuela desacelera un poco y gira hacia la derecha para tomarlo y continuar unos cuantos metros hasta llegar a, lo que parece ser, un portón metálico al que no le vendría mal una capa de pintura.

—¿Puedes bajarte y empujar el portón, porfa?

—Espero que no estés pensando en invadir propiedad privada.

—El portón no está asegurado. Lo tienen de adorno, prácticamente.

—Manuela...

—Dale, no pasa nada. El mirador está aquí cerquita, más te demoras en empujar el portón, que nosotros en llegar.

—Si veníamos para el mirador, hubieras podido dar la vuelta y tomar la vía principal.

—¿Y tú no crees que si yo hubiera querido tomar esa vía, no la habría tomado?

—Pues sí, pero nos hubiéramos ahorrado...

—Por esto, precisamente, es que no me gusta pedir favores ni opiniones —replica, cansada de la discusión, mientras se acomoda en la moto para bajarse.

—Ya voy, ya voy... —me apresuro a responder, derrotado, reteniéndola en la silla con un suave apretón de mi mano derecha en su cintura.

Me bajo de la moto y Manuela dirige el haz de luz hacia mí, supongo que para iluminarme y evitar que tropiece con alguna piedra y caiga de culo en el suelo, mientras empujo el portón.

—¿Si ves lo fácil que es? —me pregunta con sorna, subiendo el visor de su casco para observarme con detenimiento, de arriba abajo.

—Podría estar llamando a la policía en este instante.

—No sería la primera vez que tuviera problemas con la ley en este pueblo.

—Ah ¿sí? ¿Estoy a punto de conocer el lado oscuro de Manuela Franco?

La veo levantar una ceja en un gesto desafiante que podría arrastrarme por el pavimento al

menor descuido de mi parte. Manuela acelera la moto y la conduce a través de la entrada, sin quitarme los ojos de encima. Yo me limito a servirle de portero y cerrar la reja tras de mí antes de volver a la moto.

—Aquí tienes que agarrarte fuerte porque el terreno no está pavimentado e iremos de subida.

—Solo tengo una opción, agarrarme de tu cintura —replico, desafiándola—. ¿Puedo?

Manuela debió haber entendido mi mensaje porque gira la cabeza hacia mí, el visor aún arriba, dejándome ver sus ojos.

—Haz lo que tengas que hacer, pero no te sueltes —me responde, bajando el visor del casco—. Si te pasa algo a ti, me pasa a mí.

No quiero interpretar sus palabras ni extrapolar sus intenciones. Solo está hablando del recorrido en moto, no de nuestra relación. *No te ilusiones, pendejo*. Le digo al estúpido órgano en mi pecho que late a mil, como si quisiera abrirse paso por entre mis costillas para llegar hasta ella.

No tardamos en llegar al Mirador de Salinas que, junto a la Catedral de Sal de Zipaquirá, es uno de los sitios turísticos más emblemáticos de la región.

Manuela y yo nos abrimos paso entre los pocos visitantes que contemplan las luces del pueblo, que parecen mezclarse con las estrellas titilantes en el cielo.

—Este muro es un accidente a punto de suceder —comenta Manuela, metiéndose las manos en los bolsillos de la chaqueta, mirando con desconfianza un tramo desgastado del muro.

—Manu, ya hemos dado demasiadas vueltas. Vamos al grano, porfa.

Manuela asiente y suspira.

—Tienes razón. Hay algo más que debo contarte. Surgió prácticamente de la nada, ayer.

—Yo sé —le contesto. Ella me mira, inquieta.

—Roberto es una tumba, pero con parlantes.

—No fue su culpa. Yo me enteré sin querer esta mañana, cuando leí el *email* que le enviaste a Marco Antonio.

—¿Cuál *email* que le envié a Marco Antonio? —Manuela frunce el ceño al hacerme la pregunta, como si no supiera de lo que estoy hablando.

—El *email* en el que le preguntas si... —Dudo por un instante. Haber leído un correo electrónico ajeno, de por sí, me llena de remordimientos, y si a eso le sumo la intención del contenido, resulta la aleación perfecta de la daga que me atraviesa la garganta en este momento—. Si le interesaría revisar tu hoja de vida.

Manuela asiente, confirmando que ambos estamos hablando de lo mismo, para mi desgracia.

—Lo leí sin querer, Manuela, te lo juro. Yo estaba revisando tus correos para hacerme cargo de todos tus pendientes y... se me dio por mirar en tu bandeja de borradores. Pensé que era algún correo que habías olvidado enviarle a Marco Antonio.

—Pensaba enviárselo esta mañana, pero lo borré —aclara, volviendo la vista hacia las luces del pueblo—. Lo pensé bien y me di cuenta de que lo mejor era hablar con Roberto y Marco Antonio directamente.

La vista del mirador es perfecta y aun así, lo único que quiero ver es el perfil de Manuela encarando el horizonte y el reflejo de las luces del pueblo en sus ojos.

—Estoy confundida, Diego. Siento que, en veinticuatro horas, me ha pasado una vida entera y a duras penas he tenido tiempo de cambiarme la ropa interior. Si no fuera porque yo juraba que tú ya tenías tu futuro definido con Ximena, en Barcelona, ni siquiera le habría prestado atención a Marco Antonio, cuando me dijo que iba a armar su propio equipo en Miami. Yo estaba más pendiente de encontrarle reemplazo a Connie que de cambiar de trabajo, mucho menos de ciudad

o de país.

—No tienes que explicarme nada, Manu. Es una gran oportunidad para ti.

—Pero no sé hasta qué punto sea lo que quiero en este momento de mi vida. Tampoco estoy segura de que sea lo mejor para mí o lo que me convenga... o si es solo una excusa para escapar de este dolor que me sigue consumiendo por dentro y... —Manuela se interrumpe, moviendo su cabeza hacia el otro lado para secar una lágrima que, de seguro, se le ha derramado en la mejilla y no quiere que yo vea—. De lo que sigo sintiendo por ti —agrega, dejando escapar un suspiro—. Lo único que sé es que la oportunidad está ahí, es una puerta que se acaba de abrir y la única forma de saber si me llevará a donde quiero es... —Un nudo en la garganta le impide terminar la frase.

—Atravesando el umbral —le completo y me atrevo a extender mi mano para rozar mis dedos con los suyos. Ella responde como nunca me lo imaginé, entrelazándolos con los míos—. ¿Qué sientes por mí, Manuela? Quiero que lo pongas en palabras y me lo digas, aunque sea difícil de pronunciar. Así me hiera, necesito escucharlo.

—Yo siento... que contigo me río al lado de mi mejor amigo. Que nunca he sentido mayor placer en mi vida que cuando hacemos el amor. Que las mejores ideas que se me han ocurrido son las que tú me has querido tumbar, precisamente porque sabes que siempre se me ocurre una mejor. Contigo siento que no existe nadie más en este planeta con quien quisiera recorrer el mundo o contar las estrellas en el cielo.

La última frase me saca el aire de los pulmones.

—Por ti sigo sintiendo eso y también... —Manuela continúa en un tono de reproche que conozco demasiado bien—, esa grieta que empezó a abrirse en mi pecho mientras te esperaba sentada en ese restaurante, sola, tratando de disimular con una sonrisa lo abandonada que me sentí.

Manuela levanta la mirada para clavarla en mis ojos, demandando en silencio una respuesta mía.

—Lo siento —susurro, sosteniéndole la mirada por un par de segundos antes de cerrar mis ojos y agachar la cabeza, apabullado por el peso de la derrota.

El silencio nos gana. Solo se escuchan las conversaciones casuales de los pocos visitantes en el mirador que empiezan a abandonar el lugar. Poco a poco, el único sonido que queda es el de los insectos entre los arbustos y nuestra propia respiración.

—Si no fue tu culpa, ¿por qué dices que lo sientes? —me pregunta, o más bien, me cuestiona.

—Yo no diseñé la trampa, Manuela, pero fue por mí que caíste en ella.

—¿Y te parece justo aceptar esa responsabilidad? —insiste.

—No sé si sea lo justo, pero es lo único que puedo hacer para darte una respuesta, ya que no puedo solucionar el problema ni cambiar lo que pasó. Ni mi mamá ni Eliana van a darte la cara, mucho menos Ximena. El único que queda soy yo, pero soy consciente de que nada de lo que haga podría devolverte la confianza en mí, mucho menos compensaría la decepción que debes estar sintiendo. Ni siquiera me atrevo a pedirte una segunda oportunidad. Mejor dicho, una tercera. Aun así, créeme que haría cualquier cosa por recuperarte. Le vendería el alma a cualquiera que quisiera comprarla con tal de tenerte de vuelta.

—Y yo vendería la mía por tener la certeza de que solo sería cuestión de darnos un beso para reconciliarnos y volver a estar juntos porque... —Manuela frunce los labios, la rabia inunda su voz—. ¡Maldita sea! Eso es lo único que quiero en este momento. Quiero besarte, pasar la noche contigo y amanecer con tu cuerpo entre mis piernas.

—Manuela, no me digas eso si no quieres que agarre esa moto y te lleve de vuelta al hotel y no precisamente a dormir.

—Estoy hablando en serio, Diego. Yo quisiera creer que puedo olvidar lo que pasó así de fácil, borrarlo de mi memoria y hacer de cuenta que el dolor desapareció por arte de magia, pero me estaría engañando a mí misma. De la misma forma que me estaría engañando si, al contrario, me aferrara a mi decepción para dejarte, largarme de aquí y buscar mi futuro en Miami o en cualquier otra parte.

—Entonces ¿por qué no tomas *esa* maldita decisión de una vez por todas? —replico, desesperado—. ¿Por qué no pides el traslado a Miami y empiezas una nueva vida?

—Porque eso sería repetir el mismo error de hace cinco años, cuando te dejé plantado en el altar. Esta vez no quiero simplemente salir corriendo detrás de una oportunidad para huir de nada. Esta vez quiero tomar la mejor decisión para mi vida.

—Si ese es el caso, no entiendo ¿qué papel juego en tu dilema? Si decides irte para Miami o quedarte, lo que cambia es tu prospecto laboral, pero la realidad entre nosotros dos sigue siendo la misma, a menos que quieras ponerme a prueba.

Manuela se tensa, entre sorprendida y desconcertada.

—¿Ponerme a prueba? —me pregunta, confundida.

—Quieres tener la seguridad de que, mientras estás en Miami tratando de decidir si eso es lo que quieres, yo voy a permanecer aquí esperando tu veredicto para saber si soy digno de estar contigo o no.

A juzgar por la manera en la que abre los ojos, de par en par, y separa sus labios en desconcierto, pareciera que le acabo de mover el piso debajo de sus botas. Manuela no esperaba mi respuesta o no era consciente de las verdaderas implicaciones de esta conversación.

—No, no era eso lo que... —intenta decir, para luego ocultar sus ojos debajo de su mano derecha—. Eso suena horrible —agrega y me da la espalda como si quisiera usarla como escudo para esconder su vergüenza.

—Manuela, ven acá. Mírame. —Pongo mis manos sobre sus hombros para voltearla, a lo que ella se opone—. Yo no te estaba juzgando. ¡Dios! soy el que menos derecho tiene. Solo estoy tratando de decirte lo que veo desde mi orilla. Yo también quiero que tomes la mejor decisión en tu vida, así como tú también has querido siempre que yo escoja lo mejor para mí. —Al ver que no se voltea, pese a mis intentos, decido moverme para quedar frente a ella, tomándola con suavidad por el mentón para que me mire—. Yo no quiero que te vayas para Miami pensando que debes escoger entre tu carrera o yo, porque esa no es la disyuntiva. Yo jamás sería un obstáculo para ti en ese sentido y si me preguntas mi opinión objetiva, creo que eso es lo que deberías hacer, así me muera al verte ir.

—Tú ¿crees que debería irme?

—Eso es algo que solo tú puedes responder, *linda*.

Manuela traga grueso, sosteniéndome la mirada, para luego girar la cabeza, hacia las luces de Zipaquirá y las estrellas que nos acompañan.

—Si quieres ponerme a prueba, aquí estoy. Me someto a lo que sea con tal de tener una mínima esperanza de estar contigo. No me importa esperarte mil años o soportar el dolor de perderte en un segundo. Me importa que tú seas feliz.

Mis ojos siguen clavados en los suyos como un par de puntillas en una pared. Manuela retiene sus lágrimas y finalmente me abraza.

Los dos nos aferramos el uno al otro, temiendo que nos arranquen de nuestro lugar a la fuerza. Y yo siento que, paso a paso, mi alma empieza a regresar a mi cuerpo.

El momento en que Manuela parquea la moto frente al hotel es el momento en el que empiezo a extrañarla. Esa parece ser mi condición crónica por defecto. Extrañarla.

—¿Tienes que ir muy lejos a recoger a Jerónimo? —le pregunto, mientras me bajo de la moto y me quito el casco.

—En menos de quince minutos estaré en mi casa —me dice y, notando la tensión en mi mandíbula, agrega—: Tendré cuidado, no te preocupes.

—¿Me lo prometes? —La pregunta se me sale sin pensar. No desconfío de sus habilidades, pero sí de los trogloditas que siguen en la vía a esta hora de la noche.

Manuela apaga la moto y se acomoda para girar su cuerpo y mirarme de frente.

—¿Estarías más tranquilo si... —Manuela hace una pausa para mirar por encima de mis hombros, hacia el hotel, calculando sus próximas palabras—, llamo a Jerónimo para que venga a recoger la moto?

Mi corazón se quiere salir de mi pecho al escuchar la pregunta. Manuela está considerando *la posibilidad* de quedarse conmigo esta noche.

—Solo si tú quieres. —Es lo único que atino a responder, a duras penas conteniendo la emoción en mi voz.

—Pero eso estaría atado a una única condición —dice.

—La que sea.

—Que me cuentes lo que pasó con tu papá.

—Manuela...

—No te estoy pidiendo el cielo y la Luna, Diego. Solo estoy pidiendo que no cometamos el mismo error de siempre: ocultarnos las verdades por miedo a perdernos. Por supuesto, tú eres libre de escoger. En este momento solo somos compañeros de trabajo y podemos seguir así, nada tiene por qué afectar nuestra relación laboral porque, mal que bien, es lo único en lo que no hemos fallado. Lo último que querría sería obligarte a hacer algo que no quieres, pero si de verdad confías en mí, si yo significo tanto para ti, como dices, creo que tengo derecho a saber todo de ti, de la misma forma que me exigiste contarte todo de mí, hace cinco años. ¿Te acuerdas?

¿Cómo olvidarlo? Se refiere a aquella vez que perdió su trabajo en la oficina de abogados y yo le reclamé por ocultármelo, haciéndole saber que confiar el uno en el otro y contarnos todo era un punto básico, no negociable, en nuestra relación.

Siento un baldado de agua fría bajar por mi espalda. Yo mismo acabo de decir que haría cualquier cosa por ella, que me sometería a cualquier prueba, que le vendería mi alma al que sea con tal de tenerla, pero lo que me pide es abrir la puerta a ese rincón oscuro de mí que más me avergüenza.

No solo eso. Si conozco bien a Manuela, podría apostar que está trabajando en su lista de *pros y contras* para mudarse a Miami o quedarse en Bogotá y seguramente, lo que sea que yo le cuente sobre mis traumas figurará en una de esas columnas. Y yo no quiero figurar en ninguna. No quiero ser una razón para que ella renuncie a una oportunidad que podría llevarla lejos en sus planes a futuro.

Luego de una pausa larga, respiro profundo.

—Ahora entiendo lo que me dijiste en la casa campestre de mi familia, la primera vez que estuvimos juntos.

—La primera vez que cancelaste tu viaje a Londres por estar conmigo.

—Así es. Me pediste que no te convirtiera a ti en una razón para quedarme.

Manuela me sostiene la mirada, tensando su mandíbula. Puedo leer la impotencia en su rostro.

—¿Sabes qué? Haz lo que quieras. Eres libre de guardarte tus propios secretos. Yo no soy nadie para reclamar el derecho a conocerlos —dice, antes de ponerse el casco y arrancar la moto, rumbo a su casa.

5

DIEGO

En mi cuarto intento por acomodarme el cuello de la camisa me doy cuenta del terrible error que cometí al entrar a la reunión como si fuera la ceremonia de los premios Oscar. La corbata me molesta, pero no tanto como las barbaridades que estoy escuchando de labios de la nueva cliente que Roberto nos acaba de asignar a Sebastián y a mí.

—Ese es el problema de los partidos políticos de hoy en día, la hipocresía. Con tal de sumar votos, le prometen el cielo y la tierra a Dios y al diablo por igual, en nombre del tan mentado respeto a la «libre expresión de la personalidad» —dice Carmela Alfaro, líder del partido político Transformacionista, en su pulcro vestido de Chanel blanco y rosado, apoyando los codos sobre la mesa con la gracia de una dama aristocrática—. Yo me pregunto, ¿a qué le llaman personalidad?, ¿a un hombre poniéndose tacones y maquillándose como una mujer?

—Yo le llamo masoquismo, pero para gustos, los colores, como dicen por ahí —responde Sebastián en un tono casual y tranquilo—. Se podría decir, entonces, que los seguidores de su partido se identifican con una visión tradicionalista de la sociedad —agrega, tomando atenta nota en su iPad.

—Orgullosamente tradicionalista, sí señor —concluye Carmela, con una sonrisa confiada, si no altanera—. Nosotros defendemos a la familia como el núcleo básico de la sociedad y una familia solo puede estar compuesta por un padre, una madre y sus hijos.

—¿Y qué pasa con las familias que no tienen un padre o una madre? ¿Simplemente no existen? —le pregunto, haciendo un esfuerzo por contener la indignación que me causa su comentario.

Carmela se gira hacia mí con una mirada serena, siendo consciente de la herida incómoda que acaba de escarbar en mí. Yo tampoco dejo de observarla, aunque una parte de mí lamenta haber hecho el comentario y la manera en la que me acabo de poner en evidencia. Mi mamá y mi hermana Eliana estuvieron lejos de portarse como mi familia cuando rechazaron a Manuela e hicieron lo imposible por alejarla de mí, sin tener el mínimo reparo en el daño que nos hacían a ambos, en especial, a ella.

—Salvo por la muerte de la pareja, el matrimonio es un vínculo sagrado para toda la vida, en especial si hay hijos de por medio. Nosotros creemos que conservar la unidad familiar, a toda costa, es el mejor camino. Los niños son los que más sufren en las separaciones y cuando crecen, son los primeros en pagar las consecuencias de la falta de coraje de sus padres para mantenerse unidos. Lo irónico es que la gente que no puede casarse ni formar una familia, son los que más lloran para que la ley reconozca sus uniones como «matrimonios».

—¿A quiénes se refiere? —le pregunto, y el tono desafiante en mi voz es intencional.

—A los homosexuales, por supuesto.

Para mi sorpresa, Sebastián permanece incólume en su silla, sin darse por aludido. De hecho, parece escuchar con aplomo e interés a Carmela, desplegando una calma admirable mientras toma atenta nota de todo lo que ella dice, como si estuviera recibiendo una clase magistral de sociología y derechos humanos. Yo abandono la conversación y me limito a mover la cabeza afirmativamente para dar la sensación de seguirles el hilo, pero por dentro, estoy conteniendo las

ganas de sacar a la vieja a gritos de la sala de juntas.

—¿Usted no cree que apelar a la tradición podría alejar a los posibles electores? La sociedad, hoy en día, está lejos de ser tradicional —comento, jugando con el bolígrafo en la mano, resistiendo el deseo de deshacer el nudo de la corbata y arrancármela del cuello de un jalonazo.

—Yo no estaría tan segura, Diego. Hoy en día el menú de creencias y convicciones está tan saturado que la gente se agarra de lo primero que huele a novedad con tal de sentirse seguros y darle un propósito a su vida, incluso si la novedad es la misma tradición —dice Carmela, recostándose con actitud de emperatriz en el espaldar de la silla—. Ustedes no tienen la culpa porque todavía son jovencitos para entenderlo, pero me darán la razón cuando lancemos la campaña. Aunque parezca que la mentalidad de la sociedad evoluciona, en realidad, solo cambia en apariencia. La política es un péndulo, las ideologías van y vienen con la inercia de los acontecimientos y regresan al mismo sitio porque, en el fondo, la humanidad sigue creyendo en los mismos valores y las mismas premisas, así se vistan de modernidad.

Después de una diatriba que se extiende por quince minutos más, Carmela se despide de nosotros con la pasmosa convicción de que, gracias a nuestros servicios publicitarios, conquistará los nueve escaños en el Senado y cinco más en la Cámara de Representantes que se ha propuesto para las próximas elecciones del Congreso. Como si la doña necesitara razones para contratarnos, Roberto llega en el momento exacto para ofrecerse de chaperón y conducirla hacia la salida, librándome a mí de la tortura de escoltarla.

—Conservadores, tradicionalistas, seguramente adscritos a una religión organizada... la veo más bien fácil —comenta Sebastián, mientras cierra el iPad y se levanta de la silla—. ¿Usted va a hacer el plan o esperamos a que Manuela regrese de la incapacidad?

—Ni siquiera sé si vamos a hacer ese plan —le respondo, pensativo—. Yo hablo con Roberto y le aviso.

—¿Avisarme qué, exactamente? —me pregunta, mientras salimos de la sala de juntas y caminamos hacia nuestras respectivas oficinas.

—Si vamos a firmar o no con ellos. Supongo que usted no se siente del todo a gusto trabajando con un cliente abiertamente anti-LGTBIQ+ y todo lo que esté por fuera del canon sagrado de la «familia tradicional» —digo, acomodándome el cuello de la camisa y la corbata una vez más—. Yo, por lo menos, estaba que me vomitaba encima de la mesa al escucharla.

—Ustedes, los *heteros*, son increíbles. Cuando se les acaban los dramas propios, no tienen ningún reparo en agarrarse de los ajenos.

—¿Eso qué quiere decir? —increpo, frunciendo el ceño.

—Nadie le está pidiendo que proteste por mis derechos, fresco.

—Mi hermana es lesbiana y protesto por *sus* derechos, porque se me da la gana. Lo que es con ella, es conmigo —le digo, sin ocultar mi disgusto—. En serio, ¿usted no tiene ningún reparo en trabajar con un partido político que está en contra de todo lo que usted es y representa?

—Yo no pago mi hipoteca siendo *gay*, Diego. Lo hago trabajando como director de inteligencia del consumidor en esta agencia y como tal, mi función es ayudarle a clientes como Carmela a definir su audiencia y decirles qué medios utilizar para llegarles. Para defender mis derechos como ciudadano no necesito negarme a hacer mi trabajo, eso sería negligencia.

—¿Usted está dispuesto a hacerlo aun en contra de sus propios valores? Yo, por lo menos, tengo conflictos éticos con esto.

—¿Los tendría si fuera una cuenta de cigarrillos o alcohol? —me cuestiona.

—Eso es diferente. Aquí estamos hablando de derechos humanos, de simple y básico respeto por la vida y las decisiones de los demás —replico, sin dejar de sentirme absurdo sabiendo que,

en el fondo, Sebastián está de acuerdo conmigo.

—Es diferente ¿en qué sentido? —insiste, para mi desconcierto.

—Cada persona es libre de morirse de cáncer o emborracharse si eso es lo que desea, pero personas como Carmela no tienen ningún derecho a imponer sus convicciones morales en los demás y llamar a eso «democracia».

—Ella y su partido político están en todo su derecho de pensar y expresar públicamente que gente como tu hermana Emma o yo no tenemos derechos y a eso, es a lo que yo llamo democracia —replica, con serenidad—. Si yo no estoy de acuerdo con lo que esa gente piensa o dice, simplemente no voto por ellos y punto. Eso es mucho más efectivo que hacerme el indignado y negarme a ofrecerles un servicio que bien pueden encontrar en otra agencia.

Por más enredada que la encuentre, la lógica de Sebastián parece cobrar sentido con cada argumento que dispara, hasta el punto de hacerme sentir a mí como el retrógrado antiliberal que jamás me perdonaría ser.

Mientras atravesamos el piso de la oficina, una notificación en mi celular me avisa que ha llegado la hora de la famosa entrevista con el equipo de la revista Consumo y Mercadeo, seguida por la correspondiente sesión de fotos para la portada y los artículos interiores, razón por la cual debí meterme en este traje de ejecutivo de alto rango que se me hace insoportable. Hacía tanto tiempo no sufría una crisis de depresión que había olvidado lo mucho que me molestan las ataduras en el cuello cuando me siento así. ¡Y pensar que fui yo quien le dio a Roberto la grandiosa idea de hacer el especial con la revista! A veces me pregunto cómo es que sigo vivo, a juzgar por el precario instinto de supervivencia que me gasto.

—¡Llegó la hermosura de esta oficina! —Le escucho decir a Sebastián, refiriéndose a la mujer elegante que nos da la espalda mientras habla con las demás chicas de la agencia, quienes contemplan extasiadas el fino traje de ejecutiva color crema que trae puesto.

—Tenía entendido que no te gustaban las mujeres —dice la voz radiante que me acelera el pulso con la primera entonación de sus sílabas.

Manuela, la mujer de mi vida, se voltea para corresponder el abrazo fraternal con el que Sebastián la saluda. Por encima de los amplios hombros de Sebastián, sin apartarse de él, Manuela abre los ojos y una sola mirada suya activa para mí el mecanismo que gobierna el universo.

—Te hemos extrañado a muerte. ¿Cómo sigues? —le pregunta Sebastián.

—Mejorando. Gracias por estar pendiente... y por las flores que me mandaste. Veo que por fin sacaste el Armani del clóset —Manuela comenta, mirando a Sebastián de arriba abajo. Y luego a mí—. Y a ti, definitivamente te luce Prada.

—Yves Saint Laurent —aclaro, sin demasiada pompa, reprimiendo el deseo incontenible de abrazarla y susurrarle al oído lo mucho que me ha costado respirar en su ausencia—. ¿Cómo salieron tus exámenes? —le pregunto, disfrazando de simple curiosidad mi ansiedad por saber los detalles de cada resultado.

—Bien, solo tengo el colesterol un poco alto, eso es todo. Me mandaron a comer zanahoria y lechuga —me contesta, intentando una broma.

—Míralo por el lado positivo. Vas a conservar la talla para que puedas seguir luciendo esta belleza de traje —Sebastián agrega con ironía—. ¿Ese fue el que te regaló la diseñadora Beatriz González Camargo? ¿Para que lo usaras en ocasiones especiales, junto con tu *amor propio*? —. Por la mirada reprobatoria con la que ella le responde, el comentario de Sebastián parece más una lanza de sarcasmo volando directo hacia mí. Lejos está de sorprenderme, mucho menos ofenderme. Desde el encontrón que tuvimos en Pravda, en el que Sebastián casi se agarra a

golpes conmigo tratando de defender a Manuela, él y yo, a duras penas, nos soportamos como compañeros de trabajo.

—Voy a dejar el computador portátil en mi oficina, nos vemos en la sala de juntas. Los periodistas ya llegaron —le digo a Manuela y empiezo a caminar.

—Necesito hablar un par de cositas contigo, Diego. ¿Tienes tiempo? —me pregunta Manuela.

—Después de la entrevista y la sesión de fotos, soy todo tuyo.

—¡Uy! ¡Qué ricura, Manu! Todo ese pernil pa usted sola —comenta Yamile en tono burlón, incitando la risa de María Paulina y el resto de las chicas a nuestro alrededor.

Manuela blanquea los ojos y las reprende con un siseo, regalándome una sonrisa nostálgica.

Si fuera por mí, no necesitaría darle tiempo. Bastaría con entregarle mi vida entera, si ella la quisiera.

—Hace seis meses llegué a BrandsMedia con la expectativa de trazar el futuro de la unidad digital y me sorprendí gratamente al encontrar un equipo de trabajo bien consolidado, con unos procesos definidos y, sobre todo... —No puedo evitar hacer una pausa en medio de la frase para darle un vistazo rápido a Manuela, quien sigue sentada a mi lado, en medio de la sala de juntas, con una pierna cruzada sobre la otra y las manos sobre sus muslos, en esa pose de ejecutiva segura y realizada que me fascina—. Con mucho talento y buenas ideas —concluyo frente a Lorena Martínez, la periodista de la revista Consumo y Mercadeo, quien toma notas en su cuaderno, mientras la grabadora registra nuestras respuestas.

—No sabía que te habías cambiado el nombre. Tenía entendido hasta hace poco que te llamabas Diego —me dice Manuela, con picardía en sus ojos.

—¿Cómo así? —le pregunto, confundido.

—Parece que ahora te llamas «Modesto» Ospina —responde, dirigiendo la mirada hacia Lorena.

Aprieto los labios para reprimir la risa. ¿Por qué me tortura de esa manera? Ella sabe que consigue de mí lo que quiera con solo hacerme reír. Y sé que lo hace para que la entrevista salga bien, es obvio que quiere mostrar nuestro mejor ángulo, el gran equipo de trabajo que somos los dos, porque es lo que nos conviene para conseguir clientes. Siento mi pecho a punto de explotar de lo mucho que la estoy amando en este instante.

—Me imagino. La modestia es adorable, pero definitivamente no combina con esos ojos verdes —comenta Lorena.

—¿Verdes? —Manuela interviene, frunciendo el entrecejo, lanzándome una mirada desafiante para inspeccionar mis ojos—. Yo juraba que eran color avellana. En fin, no soy la experta.

—A Manuela le encanta cambiarme el nombre —agrego, luego de un carraspeo con el que trato de llamar la atención de ambas—. Una vez se atrevió a decirme que yo tenía cara de Eustaquio.

Manuela no puede evitar una sonrisa nostálgica al recordar ese momento, en el Teatro Colón, el lugar de nuestra primera cita oficial.

—Siendo honestos —Manuela continúa—, si bien es cierto que la unidad digital ya tenía unos procesos definidos y habíamos logrado establecer roles en el equipo con base en nuestras habilidades, necesitábamos una visión mucho más ambiciosa para conseguir más clientes e incrementar la facturación y eso es lo que Diego ha traído consigo. Yo, por lo menos, me siento

muy afortunada de contar con alguien como él en la agencia.

—Veo... —dice Lorena, observándonos a ambos—. Pensamiento estratégico y visión de negocio. Roberto los describe como «la pareja perfecta de la agencia». ¿Ustedes están de acuerdo con esa definición?

Es cierto. Roberto suele llamarnos así y, en parte, tiene razón. Nuestra relación laboral es perfecta, no le falta ni le sobra nada. Es en el plano personal en donde Manuela y yo seguimos siendo un desastre.

Así, la entrevista continúa en el mejor de los ánimos. Roberto me había avisado con anterioridad que Manuela vendría, pero, después de nuestra última conversación en Zipaquirá, hace un par de días, supuse que ella declinaría el pedido de Roberto y tampoco me atreví a preguntarle si llegaría, a decir verdad. No quería someterla al martirio de verme sabiendo que estaba enferma y necesitaba descansar.

Sin embargo, aquí está, iluminando el ambiente con su bella sonrisa, contestando las preguntas con asertividad y algo de humor; siendo ella misma.

—Muchísimas gracias a ambos por su tiempo. Con esto tengo material de sobra para el artículo —dice Lorena, levantándose de su silla—. Ahora viene la parte divertida.

—¿Los fotógrafos vienen hasta acá? —le pregunta Manuela, refiriéndose a la falta de parafernalia en la sala de juntas para la sesión de fotos.

—No, ellos están en la oficina de Roberto. Creo que tienen pensado hacer otra sesión en la terraza, con todo el equipo —le respondo, mientras sostengo la puerta para que ambas puedan salir de la sala de juntas.

Caminamos por el pasillo que conduce a la oficina más deseada de la agencia, incrustada en una de las esquinas del edificio orientadas hacia el norte. Yo cierro los ojos al entrar y respiro profundo antes de volverlos a abrir, evitando observar de frente las amplias ventanas de cielo a piso que revelan la mejor vista de los edificios de la ciudad.

—¿Estás bien? —me pregunta Manuela, entre curiosa y preocupada. Seguro notó la tensión en mi mandíbula y en mis hombros al ver los ventanales expuestos.

—Sí... estoy bien —le contesto, obligándome a mí mismo a entrar a la oficina y actuar normal, como si nada *me* estuviera pasando.

Lo cierto es que, desde esa noche oscura en la que estuve, literalmente, a punto de caer al vacío, no soporto ver una ventana descubierta.

—Vamos a empezar con una toma de Manuela y Diego cerca al escritorio, dándole la espalda a la ciudad —explica el director de iluminación, haciéndole señas al asistente para que sitúe las luces y los reflectores a cada lado del escritorio.

—¿Aquí? —le pregunto al director de fotografía, mientras me ubico por delante del escritorio, lo más lejos posible de los ventanales.

—Ahí está bien, de pronto si te mueves un poco más a la derecha, sería perfecto —interviene Trudy, entrando a la oficina con su cámara fotográfica colgada al cuello.

—¡Trudy! —exclama Manuela con grata sorpresa—. ¿Vas a hacer la sesión fotográfica?

—Mi año sabático empezó bien, ya tengo mi primer contrato. —Trudy asiente y Manuela me mira, adivinando lo que eso significa, que finalmente acepté la oferta de reemplazar a Trudy por un año como vicepresidente de nuevos negocios y alianzas estratégicas.

—Manu querida, en posición por favor, al lado de Diego. Frente en alto, escondiendo barriga.

Manuela sigue las instrucciones y ambos nos alistamos para posar.

—Tus manos siguen frías —me susurra Manuela al oído, rozando sus dedos con los míos—.

Algo te está afectando.

—No es nada grave, no te preocupes —le respondo en otro susurro.

—Diego, tienes la corbata torcida —dice Trudy, antes de tomar la primera fotografía.

—Yo te ayudo —dice Lorena, acercándose lo suficiente—. ¿Puedo?

—Sí... claro —le confirmo, mirando por el rabillo del ojo a una desconcertada Manuela quien, a su vez, intenta disimular su incomodidad.

Shoot! La mujer de mi vida está celosa y, si fuéramos novios, yo ya sería hombre muerto.

—¿Saben? No me está gustando tenerlos a los dos con corbata, se ven demasiado acartonados. ¿Qué les parece si uno de los dos se la quita?

—Dame un segundo, Tru —dice Manuela, llevándose las manos a su cuello para desatarse la corbata.

—No, fresca. Yo me la quito —me apresuro a decir, aliviado, por lo que Lorena se aparta.

—¿Seguro? Por mí no habría problema...

—Me siento mejor sin corbata —insisto y me libero, por fin, de la atadura en mi cuello que tanto me ha molestado desde esta mañana—. Además, a ti se te ve mejor.

—Diego tiene razón, Manu. Ese traje se te ve espectacular, *by the way* —agrega Trudy, complacida—. Me encanta que seas tú quien lleve la corbata, nos hace ver modernos y progresistas. Espero que no te ofendas, Diego.

—Nada de lo que me digas me podría ofender —le contesto, tratando de decidir en cuál de mis bolsillos deposito la corbata.

—Yo te la guardo mientras tanto. —Lorena se ofrece con amabilidad, por lo que acepto entregársela. Manuela me mira por un microsegundo antes de blanquear los ojos y desde ya presiento la cantaleta épica que me espera a la salida. No sé si alegrarme por el prospecto de que me reclame porque otra vieja me mira o temer por mi vida. Nada me haría más feliz que jurarle que soy todo suyo.

—Listo, ahora sí. —La voz de Trudy me devuelve a la realidad—. Digan... «¡aguardiente!».

Manuela y yo desplegamos la mejor de nuestras sonrisas ante el lente de la cámara de Trudy, como si quisiéramos dejar constancia de que nuestra felicidad no necesariamente viene adherida a la crema de un pastel de bodas.

Si hay algo peor que una despedida, son esos minutos previos a la misma. Intentas hacerlo casual, como si el acto no fuera nada del otro mundo porque, en el fondo, quieres convencerte de que en menos de lo que piensas, la volverás a ver. Al mismo tiempo, deseas que el momento sea significativo, en caso de que sea... la última vez.

Luego de la sesión de fotos, Manuela y yo caminamos por el pasillo que nos lleva a su oficina, con la excusa de recoger su cuaderno de notas para llevar consigo a Miami.

—Dame un segundo —me dice, avistando a Lorena a lo lejos—. Lorena, ¿te puedo hacer una pregunta?

Lorena se voltea a la mención de su nombre y le sonríe a Manuela, mientras camina hacia nosotros.

—¡Claro que sí! Dime, ¿en qué te puedo ayudar?

—¿Me entregas la corbata de Diego, por favor?

No fue una pregunta, fue una orden que sorprende a Lorena y me hace tragar grueso a mí.

—¡Que pena! Se me había olvidado.

Lorena se disculpa una vez más, extendiéndole la corbata a Manuela. Ambas se despiden con

un intercambio de sonrisas y la promesa de «volverse a ver» cuando la revista salga a circulación.

—¿En serio no pensabas pedirselas?, ¿o lo hiciste a propósito para darme celos? —Manuela me cuestiona, al entregarme la corbata.

—¿Por qué diablos querría hacerte sentir celosa?

Manuela permanece en silencio, pero la determinación en cada paso que da en sus tacones altos es respuesta suficiente para mí.

Antes de salir de la oficina de Roberto, habíamos quedado en hablar en La Tiendita de Lucho, a media cuadra de BrandsMedia, pero yo siento que no puedo soportarlo más. Antes de llegar al final del pasillo que desemboca en el área de cubículos, tomo la mano de Manuela y la jalo hacia el cuarto de impresión y copiado que, milagrosamente, está desocupado.

—¿Qué bicho te picó ahora? —me pregunta, desconcertada.

No soy capaz de pronunciar una palabra teniéndola tan cerca, de frente. Su cara hermosa, las curvas de sus carnosos labios, el negro intenso de sus ojos me roban el aliento. Levanto mi mano derecha para acariciar con mis dedos la línea de su cabello sobre la frente, la sien, su delicada mejilla, la curvatura de su exquisita mandíbula.

—¿Por qué te pondrías celosa, linda, si tú sabes que soy tuyo? Tú sabes que te seguiría hasta el último rincón del infierno con tal de estar contigo —le digo, levantando su mentón, atrayéndola hacia mí para besarla.

—Diego... —Manuela me reprende suave y se aparta un poco para señalar, con sus ojos, la cámara de seguridad instalada en uno de los rincones del cielo raso. No puedo más que sonreír.

—No me digas que aquella vez...

—Yo creo que don Nebardo nos vio.

Ambos reprimimos la risa al recordar esa noche. Manuela se había quedado trabajando hasta tarde y yo vine a traerle algo de comer. Terminamos besándonos en este mismo lugar, ella alcanzó a quitarme la camisa y yo estuve a punto de desabrochar su brasier. Si no hubiera sido por Sebastián, quien llegó justo en ese momento, habríamos terminado en una posición deliciosamente comprometedora.

—No me voy para el infierno, sino para Miami —Manuela dice con una leve sonrisa que se desvanece en cuestión de segundos—. Pero yo sé que no puedes irte conmigo.

Afirmo con la cabeza.

—Quisiera poder decirte que me iría contigo, pero yo necesito estabilidad y... encontrar a Federico.

—No tienes que explicarme, lo sé.

Manuela intenta decir algo más, pero al final, aprieta los labios y esconde su cara en mi pecho. Yo la envuelvo en mis brazos y le doy un beso en la frente.

—Por aquí deben estar.

Manuela y yo nos separamos de inmediato al escuchar la voz de Roberto desde el pasillo y, como un par de resortes, nos expulsamos el uno al otro hacia las esquinas opuestas del cuarto de impresión.

—¿Ustedes qué están haciendo aquí? —nos pregunta Roberto, asomando la cabeza.

—¿Nosotros? Pues... vinimos a... —Manuela tartamudea, mientras sus ojos intentan decidir entre mirarme a mí o a Roberto.

—Imprimir los tiquetes de Manuela —me apresuro a decir—, para su viaje a Miami.

—De eso también tenemos que hablar, pero primero, lo primero. Caminen que Trudy nos está esperando en su oficina —nos anuncia Roberto, mirándonos a cada uno con un aire de

sospecha.

—¿Trudy? —Manuela frunce el ceño, extrañada—. ¿Para qué?

—Para contarles el plan de acción que tienen que seguir una vez aterricen en las Antillas. Necesito que se embolsillen al ministro de turismo de las islas y lo convenzan de contratarnos como su nueva agencia de medios.

Nuestra reacción es instantánea. Los glóbulos oculares de Manuela y los míos por poco ruedan por el piso de lo mucho que nuestros párpados se abren.

—¡Qué lástima perderme ese paseo, Roberto! —dice Manuela, derramando el sarcasmo en sus palabras—. Pero tú bien sabes que yo salgo para Miami el lunes en la mañana —concluye, una vez atravesamos el umbral de la puerta de la oficina de Trudy, en donde Octavio y ella nos esperan.

—*Salías*, mi querida Manu. Lotario está haciendo el cambio de tiquetes en este preciso instante para que Diego y tú salgan mañana a las ocho y media de la mañana. Ahí perdonarán que los haga madrugar, pero véanlo por el lado positivo. Llegan a Oranjestad justo para almorzar.

Falta poco para que Manuela le empiece a disparar dardos a Roberto a través de sus hermosos ojos negros. Yo, por mi lado, ni siquiera he logrado procesar del todo la situación, mucho menos las implicaciones de ese viaje. Lo único que sé es que si yo mismo lo hubiera planeado, no habría salido así de perfecto.

—No, un momento... ¿cómo así? —protesta Manuela, incrédula—. Yo ya me había comprometido con Marco Antonio para viajar a Miami y desenredar la campaña de Pisos y Paredes...

—Ese enredo no es más que un problema de facturación que María Paulina puede resolver perfectamente, ¿sí o qué, Marco?

—Usted lo ha dicho, capitán. —A Manuela y a mí nos toma por sorpresa escuchar a Marco Antonio en altavoz, a través del teléfono celular de Trudy sobre el escritorio—. No te preocupes, Manu. De lo «otro» hablamos después.

Manuela traga grueso, dándonos una mirada rápida a todos, sabiendo de sobra lo que Marco Antonio quiso disimular con aquello de «lo otro».

—¿No sería más coherente si... —intervengo con cautela—, Trudy fuera conmigo a las Antillas para que Manuela pueda ir a Miami, como estaba planeado inicialmente?

—Yo tengo demasiados asuntos que resolver aquí, Diego —Trudy responde de inmediato, enderezando su espalda en la silla. Tanto la expresión de su rostro como la profunda soledad reflejada en sus ojos me dicen con claridad que dichos asuntos no son del todo laborales. Y sin más preguntas o explicaciones, bajo la cabeza en señal de aceptación.

—Si Diego y yo vamos a las Antillas, ¿quién se quedaría al mando de la unidad digital?

—Octavio, por supuesto —Roberto responde, como si fuera lo más obvio del mundo, mientras tipea algo en su celular—. Tú misma me diste la idea.

—Yo sé que no soy el experto en digital, Manu, pero no los voy a hacer quedar mal. Además, el equipo que ustedes tienen prácticamente se manda solo.

—El resto lo vamos solucionando en el camino, muchachos. Por ahora necesito que se concentren porque la estabilidad de la agencia depende de que este negocio salga. —Roberto levanta su celular, haciendo énfasis en la importancia de la misión—. Les acabo de enviar al correo el *brief* de la licitación que Guillaume, el ministro de turismo de las Antillas, muy

amablemente me envió, después de unos *whiskicitos* que nos tomamos anoche durante el seminario de Marca País, organizado por la cancillería. El tipo no está esperando una presentación formal en este viaje, a él le interesa más conocer a las personas detrás de la operación y ver qué tanto *rappport* genera con ustedes. No creo que tenga que explicarles cómo funcionan las cosas con la gente del Caribe; todo es cuestión de encontrar la vibra y el *feeling* correcto.

—Ya tú has tenido experiencia con Mapi —Trudy le dice a Manuela—. Si hay una bogotana en esta agencia que entiende el *swing* costeño, eres tú.

—Precisamente por eso quiero que Manuela y Diego se encarguen. Mientras el uno lo distrae, el otro le mete la mano al bolsillo —agrega Roberto.

—No sé cuál de las dos cosas suena más desagradable —Manuela replica, removiéndose incómoda en la silla.

—¿Cuánto tiempo vamos a estar allá? —pregunto, revisando el *brief* en mi correo electrónico.

—Una semana, pero con esa química brutal que ustedes dos se gastan, le doy veinticuatro horas al pobre Gill para que caiga redondito en la red.

Algo en el tono de Roberto me suena a ironía, como si, en el fondo, estuviera enviando a un par de piratas a robarse un tesoro escondido en una isla paradisíaca del Caribe.

También es posible que, dadas las circunstancias entre Manuela y yo, esté sobreinterpretando cualquier cosa que Roberto dice y, en realidad, eso es lo de menos. Lo cierto es que el universo no habría podido lanzarme un salvavidas mejor que este.

Que me lleve el carajo si después de este viaje no logro recuperar a Manuela, de una vez y para siempre.

Hazte la sorprendida

6

MANUELA

Diego retira nuestras maletas de la banda transportadora en el aeropuerto y se apresta a llevarlas por su propia cuenta.

—Gracias, pero yo puedo llevar la mía —insisto, caminando tras él, tratando de agarrar la manija de mi maleta.

—Yo sé que tú la puedes llevar, pero a mí me fascina sacarte la piedra —me responde, sin tomarse la molestia de girar la cabeza para mirarme.

Levanto los ojos al cielo, implorándole a Dios que derrame el don de la divina paciencia sobre mí. No ha pasado una hora desde que aterrizamos y ya estoy que lo arrojo al mar, ¿qué me espera para el resto de la semana?

A pesar de que me muero de ganas por responderle con un madrazo, me lo aguanto al verlo dirigirse a la ventanilla del servicio de alquiler de carros.

—¿No se supone que alguien venía a recogernos? —le pregunto.

—Sí, pero Roberto y Trudy estuvieron de acuerdo conmigo en evitarle la molestia al ministro de organizarnos el viaje. Los interesados en ganarnos la cuenta somos nosotros y, desde donde yo lo veo, seríamos mucho más efectivos si le hacemos sentir al ministro que está de vacaciones en su propia isla, no al contrario.

Me arrepiento de haberle preguntado. Cada vez que Diego habla de trabajo y plantea una de esas estrategias de negocios increíbles, se me disparan las endorfinas y el corazón se me alborota, comprobando así que, independientemente de nuestra situación personal, para mí no hay imagen pornográfica más poderosa que la de él en su papel de ejecutivo brillante y exitoso.

Una vez en el carro, bajo el vidrio y poso mi mentón sobre mis antebrazos cruzados en la orilla de la ventana, aspirando a ojo cerrado las notas cítricas y salinas en la refrescante brisa del mar caribeño, mientras Diego nos conduce por una amplia vía pavimentada a lo largo de la costa. Me concentro en el mar que no estoy viendo, pero que puedo sentir a lo largo de mi cuerpo con solo inhalar su esencia impregnada en el aire. El recuerdo de una sensación similar viene a mí, en un viaje parecido en el que Diego también estuvo presente. Un viaje lleno de amor y del que regresé con un anillo de compromiso en mi dedo.

—¿Quieres agua? —Diego me pregunta, arrastrándome al presente.

—No, así estoy bien. —Abro los ojos y me reacomodo en la silla del carro.

—Yo sí tengo sed. ¿Me podrías ayudar, porfa?

Supongo que sería un pecado imperdonable negarme a suplir una necesidad vital básica de la persona que me conduce hacia mi próximo lugar de descanso y quien, además, es mi compañero de trabajo. Por no mencionar que estuve a punto de casarme con él, hace cinco años.

Tomo en mis manos una de las dos botellas de agua que Diego compró en la máquina dispensadora, mientras esperábamos el carro en la oficina de alquileres. El frío que emana del

líquido se siente delicioso en mis manos, aliviando por un instante el intenso calor del mediodía.

—¿Qué tan lejos queda el hotel? —le pregunto mientras abro la botella de agua y se la ofrezco.

—No es un hotel. Por lo que vi en la página *web* del sitio, el paisaje es espectacular.

Giro la cabeza, abismada, y lo primero que veo es el hoyuelo en su mejilla derecha, evidenciando una de esas sonrisas maldadasas que más de una vez me ha hecho perder la cabeza.

—Lo que sea que eso signifique, más te vale que el lugar en donde yo vaya a dormir tenga una cama, cuatro paredes y un techo a dos metros sobre mi cabeza.

—¡Qué mujer tan específica!

—No estoy para bromas, Diego.

—Tendrás eso y mucho más, no te preocupes.

—¿Ah sí? Y como ¿qué?

—¿Me crees capaz de llevarte a un cuchitril? —Es lo único que atina a decirme con un tinte de decepción en el tono de su voz—. En fin. Ya te formarás tu propia opinión cuando la veas.

Y mi opinión, una vez desciendo del carro y camino unos cuantos metros hacia mi izquierda, se puede resumir en un hecho concreto: estoy a punto de perder mi mandíbula en medio de la arena blanca de la playa, al ver el hermoso mar color turquesa que domina el paisaje que Diego describió con un simple y desabrido «espectacular». La modestia del adjetivo es un insulto al paraíso.

—¿Qué tal las cuatro paredes? —me pregunta Diego, entregándome la manija de la maleta para poder buscar las llaves del lugar en uno de sus bolsillos.

Giro en mi propio eje para encontrar dos hileras de pequeñas plantas de banano ornamentales paralelas entre sí, que marcan el camino hacia la entrada de la espléndida cabaña de paredes blancas y puertas y ventanas azul mediterráneo en la que nos hospedaremos por los próximos seis días.

—¿Sólo tiene cuatro paredes? ¡El colmo! —le respondo con una sonrisa irónica.

—Y eso que todavía no has visto la peor parte —dice, siguiéndome la corriente mientras me entrega las llaves—. ¿Me harías el honor? Necesito sacar mi maleta del carro.

—¿Quieres que te ayude con algo más?

Diego niega con la cabeza en su trayecto hacia el carro, lo que quiere decir que la mejor ayuda que puedo ofrecer es abrir la rejilla protectora contra insectos y luego, la puerta hacia lo que parece ser, la casa de verano ideal de cualquier ciudadano promedio que disfrute la buena vida.

Me siento entrando al catálogo de una revista de viajes en la que yo soy la protagonista, o mejor, una faraona, contemplando extasiada la prístina cocina de gabinetes y encimeras blancas que hacen resaltar los colores intensos de las frutas apiladas en las canastas de mimbre y el brillante acero inoxidable de los electrodomésticos de última generación. A mi lado derecho, la luz del sol se derrama a través de las ventanas como una cálida invitación a sentarme en los cómodos sofás y sillones azules.

Respiro profundo. El aire acondicionado ni siquiera se siente como tal. Sé que está instalado y funcionando, pero la frescura del interior de la cabaña parece venir directamente de la relajante brisa del mar cuya fragancia empiezo a catalogar con mis sentidos, junto al exquisito aroma de los mariscos que parece provenir de las bandejas situadas sobre la isla de la cocina.

La boca se me hace agua, por lo que me acerco a la isla y destapo una de las bandejas.

—¡Ah! ¡Qué delicia! —exclama Diego, mientras entra a la cabaña, dejando caer su cabeza ligeramente hacia atrás en un inconfundible gesto de alivio—. Me estaba cocinando allá afuera.

—Llegamos apenas para el festín. ¡Mira el tamaño de estas corvinas! —respondo, cuidando de no babearme encima de las cacerolas rebosantes de pescado en salsa de vino blanco, ceviche de atún de aleta azul, ensalada *thai* de mango, pimentón rojo y cilantro, verduras asadas, arroz de almendras y otras delicias cuyo nombre aún desconozco.

—¡Wow! Trajeron comida para un equipo entero de *hockey* —dice Diego, acercándose con cautela a las bandejas.

—¿Quieres que te sirva? —le pregunto, caminando disparada hacia las alacenas en busca de platos, olvidándome de la maleta en la sala—. Yo estoy que me parto de hambre.

—No, fresca, yo... —Diego se pone una mano en el estómago, haciendo una mueca de desaliento—. Todavía estoy lleno.

—¿Lleno de qué?, ¿del sandwichito pecueco que nos dieron en el avión? A mí se me quedó pegado en una muela —insisto, colocando dos platos frente a las bandejas.

—No me vayas a servir todavía, Manu. Esta noche tenemos una cena con el cliente para conocerlo. Nos esperan en el restaurante a eso de las siete y media.

No puedo evitar mirarlo con el ceño fruncido en desconcierto. Me vale un pito la cena con el cliente, algo en él no está bien. Si tuviera que definir a Diego en una sola palabra, la primera que se me vendría a la cabeza (además de buenorro) sería «tragón». El hombre se sometería a cualquier tortura china menos a dejar un grano de arroz en el plato.

—¿No quieres darle una pruebita?

—Come tranquila. Yo me voy a dar un duchazo, capaz y se me abre el apetito.

Diego sigue caminando, conduciendo su maleta hacia al pasillo de habitaciones desde donde le escucho decir:

—La tuya es la habitación principal. La puerta de la derecha. —Un segundo después escucho el clic de una puerta cerrarse.

De repente me he quedado sola en medio de la cocina, con el cucharón en la mano, dudando entre tocarle la puerta e insistirle para que almuerce como la gente decente, a la hora correcta, o dejarlo en paz y comer a mi antojo.

Opto por la segunda opción, en vista de que embutirle la corvina y las papas horneadas a las hiervas por la nariz sería *un poco* rudo.

Luego del festival de la glotonería que celebro a mis anchas en la cocina, entro a la habitación principal y me falta poco para saltar de la emoción al ver la mullida cama que me espera, perfectamente tendida con impolutas sábanas blancas de algodón egipcio de quién sabe cuántos hilos, y decorada con un par de almohadas tan esponjosas, que no sé si recostar la cabeza en ellas o echarles salsa de chocolate y comérmelas, como un par de masmelos.

Incluso con el meticuloso confort de la habitación, no hay duda de que lo mejor está afuera: el balcón con la vista perfecta al paraíso de arena blanca y aguas de mil tonalidades turquesa en las que se reflejan los rayos dorados del sol, cuya calidez acaricia mi piel, me llega al alma y me hace sonreír. No puedo más que respirar profundo y disfrutar el alegre sonido de la isla que parece habitar en el aire mismo, invadiendo hasta el último alvéolo de mis pulmones.

Me doy un ligero duchazo para aclimatar mi cuerpo y cambiarme de ropa. Esta vez escojo un vestido de algodón estampado con flores blancas sobre un fondo azul, con un corpiño ceñido al cuerpo hasta la cintura y una falda suelta, dejando el aire circular libre alrededor de mis piernas.

Salgo de la habitación aplicándome los últimos toques de bloqueador solar en mi cara, esperando ver a Diego en la cocina, solo para darme cuenta de que el lugar no ha cambiado mucho en los últimos cuarenta minutos en los que estuve encerrada en mi habitación.

No lo veo en la sala, ni en el jardín o en el porche; por lo que vuelvo al interior de la cabaña,

atravesando el pasillo principal, hasta que descubro la puerta trasera que da al área de la piscina privada en la que, además, encuentro un jacuzzi, un asador de barbacoa y un bar al estilo hawaiano. Por las copas, el mini-refrigerador empotrado en un rincón y las botellas de licores desplegadas en la estantería, puedo adivinar que está completamente equipado y listo para usar.

La curiosidad me pica en la planta de los pies, pero doy un paso atrás y regreso al interior de la casa, pensando que el bar sería un buen anzuelo para sacar a Diego de la habitación y, de pronto, abrirle el apetito con un cóctel.

—¿Diego? —llamo con suavidad, luego de darle un par de leves golpes a la puerta con mis nudillos.

El silencio absoluto es lo único que recibo como respuesta. Dudo por un instante y bajo la mirada, hacia la perilla. No quiero invadirlo en su espacio, pero me preocupa que pase más tiempo sin comer, sé que debe tener hambre. Como también sé que no he sido la mejor compañera de viaje hasta ahora; no debería extrañarme que intente recluirse en la habitación para evitar mi presencia.

Giro la perilla con cautela, evitando algún sonido brusco que alerte mi intromisión. Después de contener la respiración por un par de segundos, empujo la puerta un poco, lo suficiente para asomarme por la hendidura y ver las pantorrillas de Diego tendidas sobre la cama. Abro un poco más para ver su cuerpo en su totalidad o, debería decir, en todo su esplendor, acostado boca abajo sobre la cama, durmiendo profundamente.

Mi corazón, que es un idiota sin remedio, empieza a latir desenfrenado con la foto que le pintan mis ojos del hombre que, por mucho tiempo, ha sido el material de mis fantasías más excitantes.

Por su cabello húmedo sobre la almohada puedo constatar que, en efecto, se pegó un duchazo, pero no se molestó en peinarse o vestirse con otra cosa que con sus *boxers*, antes de tumbarse sobre la cama. El cansancio no le dio más que para cubrirse los muslos con una sábana ligera, dejando descubierta esa gloriosa espalda sobre la que yo solía mapear constelaciones, uniendo con mis dedos, y muchos besos, las pecas que se dibujan en su piel.

Al menos está descansando. Por ahí dicen que el sueño es el mejor alimento de la mente.

Decido salir de la cabaña y regalarme a mí misma una caminata por la hermosa playa privada de, lo que parece ser, un complejo turístico para los visitantes que prefieren disfrutar una experiencia más auténtica de la isla o, al menos, una diferente a la de los hoteles. Luego de casi media hora de caminar, me detengo para disfrutar la sensación de la arena blanca invadiendo mis pies descalzos, mientras contemplo la indescriptible belleza del sol que empieza su descenso hacia la línea del horizonte.

En un instante mágico, una suave corriente de plenitud inunda mi alma, arrancándome una sonrisa genuina. Después de semanas enteras de soportar el golpe de la decepción y la tristeza del desamor, me llegó la hora de sonreírme a mí misma.

Por increíble que parezca, me doy cuenta de que vivir el día a día, verlo en detalle con una lupa y sufrirlo una y otra vez me ha sumergido de tal manera en mi propia monotonía, que he dejado de ver las cosas que de verdad importan. Dejé de ver el paisaje para concentrarme en las hojas secas de mi fallida historia de amor.

Lo irónico es que, para corregir la miopía de mi vida cotidiana y ser capaz de apreciar la fortuna que me rodea, el destino me ha obligado a alejarme de ella.

Me siento sobre la arena y cruzo mis piernas en flor de loto. Luego de recalibrar mis ojos y mi mente, le declaro al universo que no me sobra ni me falta nada. Que después de todas las caídas y recaídas, decido que soy *feliz*. Porque, para mí, la felicidad no es un destino, si no un

camino. Ser feliz es mi decisión y la puedo escribir en la arena con mis propias manos, en letras mayúsculas.

SOY PUTAMENTE FELIZ.

Al terminar de dibujar la «Z», me sacudo la arena en mis manos y remuevo los granos que se han incrustado debajo de mis uñas.

—Suerte que no me hice el *manicure* —me digo a mí misma, contemplando una vez más mis diez dedos.

Una nueva ola de nostalgia me comprime el pecho. En un sitio similar a este, con un cielo pintado de azul, iluminado por el sol y con la arena acariciando nuestros pies, Diego me propuso matrimonio, hace cinco años. Y, en ese instante, cuando acepté su petición y él deslizó el anillo de zafiro en mi dedo anular, fui la mujer más feliz del universo.

Observo nuevamente el letrero sobre la arena y trazo una línea curva a su lado.

Minutos después, me levanto de la arena y emprendo mi camino de regreso a la cabaña, abandonando el letrero que acabo de escribir, aunque para hacer honor a la verdad, decido que la frase «SOY PUTAMENTE FELIZ» no puede terminar con un punto final, sino con un signo de interrogación.

Una hora y media después de haber llegado de la caminata, me asomo una vez más a la habitación de Diego, solo para constatar que vive y respira. Me pregunto si se habrá acostado tarde la noche anterior o si habrá tenido dificultades para conciliar el sueño del todo.

Aunque no deje de preocuparme, por ahora no tengo motivos reales para alarmarme o intentar despertarlo, por lo que, a falta de una idea mejor, decido ponerme el vestido de baño y salir al área de la piscina para preparar una piña colada en el bar.

Me siento al borde de la piscina y sumerjo los pies en el agua sin poder evitar un gemido de placer al sentir mi cuerpo refrescarse. María Paulina tiene razón, soy un alma costeña atrapada en un cuerpo del altiplano. Me pregunto si todos los días en Miami serán así, excepto en invierno, por supuesto, pero si los rumores son ciertos, aun en invierno podría disfrutar de un buen piscinazo en un lugar climatizado. Dudo que sea difícil acostumbrarme al clima o a un ambiente como este, mucho más relajado y amable que el caos del tráfico y la incertidumbre de la situación social en Bogotá. Al menos, en una ciudad cosmopolita como Miami y en un país diverso como Estados Unidos, podría vivir una experiencia cultural diferente y conocer otras perspectivas de vida.

Por un largo rato me pierdo en los pensamientos acumulados en mi cabeza, yendo y viniendo como las ondas del agua en la piscina. No soy consciente de cuánto tiempo ha pasado con exactitud, solo sé que mi piña colada va más allá de la mitad. Cuando menos lo espero, escucho la voz ronca de Diego, detrás de mí.

—Te veo bien acompañada —dice, me imagino que refiriéndose a mi bebida.

—¿Quieres? —le pregunto, levantando la cabeza para mirarlo, mientras le ofrezco lo que queda del cóctel.

Diego recibe el vaso y da un pequeño sorbo a través del pitillo, levantando las cejas en señal de aprobación.

—Está bueno. ¿Quién lo preparó? ¿Joe?

Chasqueo la lengua, fingiendo estar ofendida.

—¡Psss! ¡Oigan a mi tío! Yo no sabré cocinar, pero preparando cócteles, no hay quien me gane.

—El éxito es de quienes saben definir a tiempo sus prioridades.

—Sabias palabras —digo, terminando lo que queda del cóctel—. Y a todas estas, ¿quién es Joe?

—Johnston. El administrador del condominio. En la cocina hay un citófono para llamarlo en caso de que necesitemos cualquier cosa.

—Bueno, como puedes ver, Joe no tuvo nada que ver con mi cóctel. Queda comprobado que tengo talento para el alcohol.

—No me queda la menor duda —dice, ofreciéndome una de esas sonrisas sarcásticas capaces de derretir roca sólida, aderezada con esos magníficos hoyuelos en sus mejillas. La vida es así de cruel conmigo.

—¿Ya quieres almorzar....?

Mi pregunta queda en el aire gracias a la gran salpicada que Diego hace al tirarse a la piscina y apostaría mi sueldo del próximo año entero si no lo hizo a propósito.

—¡Cuidado con mi pelo! —me quejo una vez lo veo emerger del agua y nadar hacia mí.

—¿Con qué? —pregunta, fingiendo no escucharme, mientras agita su pelo para salpicarme agua.

—No, Diego... es en serio. Te puedes meter con cualquier cosa menos con mi pelo —insisto, tratando inútilmente de cubrir, con la palma de mis manos, mi pelo amarrado en lo alto de mi cabeza y envuelto en una pañoleta de algodón roja con líneas blancas.

—¿Qué pasa con tu pelo? ¿Se te va a derretir? —Diego llega nadando hasta mí con una sonrisa maldadosa, chapoteando agua.

—¡Ni se te ocurra! —insisto, atrapando sus manos a la altura de las muñecas para evitar que siga salpicándome—. ¡Necesito mis ondas bien armadas para la cena de esta noche!

—Te debes ver hermosa con un afro bien esponjado. —Me reta con la mirada, y ante la imposibilidad de liberarse de mi agarre en sus muñecas, empieza a alejarse hacia el interior de la piscina, amenazando con zambullirme del todo.

—¡Pilas con lo que estás hacie...!

¡Si seré idiota! De nada me vale soltar sus muñecas porque igual me agarra de la cintura y, de un solo movimiento de sus poderosos brazos, me hace volar por el aire y caer a la piscina. Ahora me pregunto qué tan bien se sentirá retorcerle el cuello con mis propias manos.

Saco mi cara a la superficie para tomar aire y mandarlo al zarzo de un buen madrazo, solo para sentir debajo de mis muslos, la solidez de unos hombros que me impulsan hacia arriba y se ajustan para servirme de silla.

—¡Esto no te lo voy a perdonar jamás! —Y la madre si no reclamo venganza por esta humillación.

—Me puedes mandar al infierno, si quieres, pero la cara que hiciste cuando caíste a la piscina... —El muy cínico ni siquiera es capaz de contener la carcajada para terminar la frase—. Hay cosas en la vida que no tienen precio.

—Sí, como un cuello roto —digo, cerrando las piernas alrededor de su cuello. Diego responde sumergiéndonos a ambos, deshaciéndose de la presión que ejerzo con mis muslos para, luego, voltearse y abrazarme por la cintura.

—Yo no haría eso, si fuera tú —me dice, una vez emergemos a la superficie del agua.

—¿Me estás amenazando?

—Tómalo como una advertencia. Tú sabes muy bien lo mucho que me fascina jugar entre tus piernas.

Podría dejarlo inconsciente de un golpe en la nuca en este momento, si eso no pusiera en

peligro mi propia vida ya que, en este lado de la piscina, mis pies ni siquiera tocan el fondo.

Me limito a mirarlo a la cara, recorriendo con mis ojos las curvas y líneas de ese rostro simétrico y varonil que me sé de memoria. Y sus labios, carnosos y voraces, que han recorrido con deseo los rincones íntimos de mi cuerpo. Fijo mis ojos en los suyos, escapando de mis propias fantasías a plena luz del día por temor a que él las vea escritas en mi rostro.

—No has comido nada en toda la tarde —le digo.

—Me comí un banano antes de entrar a la piscina.

—¿Y vas a pasar con un banano hasta la cena?

—El cliente escogió el restaurante. Si me lleno antes de tiempo, van a pensar que la comida no me gustó.

No sé en qué cabeza le cabe a Diego la remota idea de tratar de engañarme con semejantes excusas tan flojas.

—¿Tú crees que yo nací ayer o me caí del zarzo, o qué?

—¿De qué hablas? —Y tiene el descaro de intentar distraerme con una carcajada mal disimulada por los nervios.

—La depresión te quita el apetito y la ansiedad te hace comer hasta la suela de los zapatos. ¿No fue eso lo que me dijiste en París?

Diego deja escapar un suspiro inconforme.

—Creo que te dije demasiadas estupideces en París.

—Diego...

—Manuela... —Él insiste y pone su dedo índice sobre mis labios al primer movimiento que hago para hablar—. Mi depresión no es el fin del mundo. Para eso estoy tomando medicamentos y hablo dos veces a la semana con mi terapeuta.

—Eso no quiere decir que estés curado. —Hablo por encima de su dedo.

—Eso quiere decir que, por más adorable que te veas preocupándote por mí, no es necesario. Yo me estoy ocupando del asunto con el tratamiento adecuado.

—Solo quiero saber si puedo hacer algo, o por lo menos... quiero saber si... en caso de que necesitaras algo, tú me contarías.

Diego me lanza una mirada cargada de intención, o tal vez una invitación, acomodando mis piernas alrededor de su cintura para sostenerme mientras nada de espalda.

—Y ¿para qué te contaría? —me pregunta, sin dejar de mirarme.

—Porque... de lo contrario querría decir que... —Me detengo, buscando las palabras en mi cerebro que, al parecer, perdió el oxígeno debido a que la sangre en mis venas ha decidido bajar hacia el sur y concentrarse en otro punto muy específico de mi cuerpo, uno muy sensible y no me refiero precisamente a mi corazón—. ¿Si ves lo que haces? —le reclamo, intentando recuperar mis piernas, pero él las mantiene en su sitio con un solo toque firme de su mano en mi espalda baja.

—¿Qué estoy haciendo? —La pregunta, en esa voz seductora, es una gota de chocolate tibio bajando a lo largo de mi cuello.

La presión de su pelvis en el área sensible de mi entrepierna empieza a despertar en mí aquella deliciosa sensación de ternura mezclada con deseo que me acelera el pulso; como si estuviera a punto de subirme a una montaña rusa sin abrocharme el cinturón de seguridad, solo por sentir la adrenalina burbujear a través de mi cuerpo, hasta la punta de mis dedos.

—Me... me arruinaste el cepillado —atino a decir en un tartamudeo—. Voy a necesitar una hora más para arreglarme para la cena.

Diego sonrío de medio lado antes de voltear la cabeza para ubicar la escalera de la piscina en

una esquina y nadar conmigo hacia ella para dejarme salir.
O quizá debería decir, dejarme escapar de sus garras.

—Manu, no es por apurarte —le escucho decir a Diego desde el pasillo—, pero tenemos que manejar veinte minutos para llegar a Oranjestad y... ¡Oh!

Asomo la cabeza por la puerta de la habitación con el único propósito de mostrarle el nido de pájaro en el que se ha convertido mi cabello gracias a sus bromitas en la piscina.

—Por mí, te puedes ir solo. Dile al cliente que le mando saludos —replico, sin ahorrarme una gota de veneno en mi voz resentida. Y como si no hubiera sido suficiente para él arruinarme el cepillado y planchado por el que empecé un ojo de la cara en la peluquería, antes del viaje, Diego tiene el gran descaro de fruncir sus labios para evitar reírse en mi cara—. ¡Lárgate de una buena vez! Antes de que te haga tragar este cepillo —refunfuño, volviendo al baño en aras de hacer un último esfuerzo por salvar la situación con el secador.

—No seas dramática. ¿Trajiste la plancha? —dice, y por la cercanía de sus pasos, asumo que viene detrás de mí.

—Está en la maleta, pero no creo que funcione con la humedad y la salinidad en el aire.

Un par de segundos después, Diego entra al baño con mi plancha para el pelo en la mano y la conecta en uno de los tomacorrientes.

—¿Por qué me miras así? ¿Nunca has visto a un tipo con una plancha para el pelo en la mano? —me dice, con sorna.

Como respuesta, me limito a contemplarlo de arriba abajo, admirando sin escrúpulos su figura atlética y elegante, vistiendo una camisa amarilla clara de líneas delgadas blancas y *jeans* casuales, azul oscuro.

—Lo que muy pocas veces veo, es a un tipo entrando al baño mientras me estoy peinando.

—Quiere decir que sí los has visto. —Diego se me acerca con una sonrisa insinuante de medio lado.

—Si cuentas a mi papá, cuando vivía con ellos en la casa de Bonanza, sí.

Diego me sostiene la mirada al tiempo que sus manos empiezan a reburujar en mi bolsa de viaje, en donde guardo mis productos de cuidado personal.

—Me gusta esa blusa —me dice, largándome una mirada poco disimulada—. ¿Alguna vez te he dicho que te ves hermosa en *strapless*? —agrega, bajando la mirada para leer la etiqueta de una de las botellitas que acaba de sacar de mi bolsa.

—Me has dicho que te gustan mis hombros, pero es la primera vez que te refieres específicamente a los *strapless* —le contesto a mil por hora, tratando de cortar el tema de conversación—. La plancha ya está caliente, pero... en serio, voy a terminar con los brazos molidos si lo intento y... tú ya sabes como soy. Ni a palo salgo a la puerta con la mecha horrible.

—Yo sé, tú eres como Sansón. Tu estado de ánimo está en el pelo —comenta, extrayendo un poco de mi crema para el pelo de la botellita y frotándola en la palma de sus manos.

—¿Sansón? —Le lanzo una mirada ofendida a través del espejo—. Lo tomo como un insulto y lo voy a resentir por el resto de mi vida... ¿Qué estás haciendo? —Giro la cabeza de inmediato para mirarlo de frente.

—Poniéndote la crema primero —responde, extendiendo las palmas de sus manos untadas de crema sobre mi cabeza—. No te voy a pasar la plancha así nada más, sin protección.

—¿En serio? —exclamo, entre desconfiada y sorprendida—. ¿Me vas a planchar el pelo?

A duras penas alcanzo a terminar la frase antes de soltar un gemido de placer involuntario, al

sentir el contacto de sus dedos sobre la piel de mi cráneo, masajeando con suavidad mi cabello desde la raíz hasta las puntas.

—Soy un hombre, no un gorila que no sabe lo que está haciendo. Te recuerdo que crecí con tres hermanas. Tengo más experiencia en emergencias estilísticas de lo que te imaginas —dice, asegurándose de haber aplicado la crema en todo mi cabello antes de testear la temperatura en la plancha—. Quédate quieta, en menos de diez minutos estarás lista para salir.

Lo observo dividir mi cabello en tres segmentos y sostener dos de ellos en lo alto de mi cabeza con dos pinzas para, luego, peinar la porción que quedó suelta antes de aplicar la plancha con el cuidado de un experto.

—Pensé que ellas se peinaban entre sí.

—Eliana y yo teníamos que turnarnos a las gemelas para llegar a tiempo al colegio.

—¿Y les hacías trenzas y todo?

—Trenzas y todo —Diego confirma—. Baja la cabeza un poco, porfa.

Sigo sus instrucciones para que pueda acceder a esa pequeña porción de cabello debajo de mi nuca, lo que desencadena toda clase de reacciones en mi cuerpo con el simple roce aterciopelado de sus dedos, a tan solo milímetros de una de mis zonas más sensibles. Mi cerebro hace sonar la alarma de emergencias de inmediato, alertándome del riesgo al que estoy expuesta, muy a pesar de que el resto de mis órganos pide a gritos más de aquellas sensaciones.

—Lo siento —susurra, al observar mi piel erizada.

—¿Y siempre frunces las cejas cuando peinas a tus hermanas? —le pregunto, en un intento flojo de desviar su atención, mientras él termina con el primer segmento de mi pelo y empieza con el segundo.

Diego suaviza sus facciones y sonrío. Podría decir que se está ruborizando.

—Ya no tengo que peinarlas. Ellas pueden hacerlo solitas o pagarle a alguien para que lo haga. Ahora necesito que le bajes a la charla para poder concentrarme. No tenemos mucho tiempo, pero sobre todo, jamás me perdonaría hacerle algo a tu pelo.

Lo dice con justa razón, el silencio lo hace más eficiente, por no mencionar lo infinitamente atractivo que se ve concentrado en su tarea.

En menos de veinte minutos de pacientes brochazos, Diego logra lo impensable, convertir mi «nido de pájaro» en la melena brillante y sedosa de siempre. De todas las partes que me gustan de mi cuerpo, mi cabello se sitúa en el podio de mis afectos y no hay nada que me levante el ánimo o me haga sentir más sexi que tenerlo arreglado y verlo caer sobre mis hombros y mi espalda.

—No debería sorprenderme, pero... ¡wow! —digo, genuinamente emocionada al ver el cambio.

—En serio, ¿te gusta? —me pregunta, sacudiendo un poco mi pelo hacia adelante, para que yo misma pueda chequearme las puntas.

—Lo resumiré en una frase: tus hijas serán las mujeres más afortunadas del planeta.

Diego levanta la mirada hacia el espejo para fijar sus ojos en el reflejo de los míos.

—Eso mismo pienso yo —dice, sus palabras derramando tanta seguridad que raya en arrogancia—, porque van a heredar tu cabello.

Ambos nos quedamos mirando en el espejo y algo en la intensidad del color avellana en sus ojos y en la forma como sus manos se acercan lentamente, buscando mi cintura, me dice que está listo para dar el próximo paso.

Mi corazón se agita de repente, queriendo treparse a mi garganta. Yo permanezco allí, paralizada entre la emoción, el deseo y... el miedo. Esto no debería estar pasando, Diego y yo ya

habíamos puesto las cartas sobre la mesa, habíamos aceptado nuestra derrota sentimental, ¿a qué juega el destino esta vez?, ¿a tirarnos al precipicio sin paracaídas y sufrir otra estrepitosa caída?

—Necesito hacer chichí antes de salir. —Logro balbucear, haciendo un valiente esfuerzo por respirar.

—Vale —Diego responde—. Te espero en el carro.

Nos distraemos en una animada conversación sobre el *forecast* del próximo trimestre durante el recorrido hacia Oranjestad, ambientada con una lista de reproducción que he estado armando en Spotify y a la que he titulado «cualquier cosita es cariño».

—Suenan deprimente y lo dice un experto en la materia. —Diego se burla, sus ojos fijos en la carretera.

—No dirás lo mismo cuando la escuches.

En cuestión de segundos, los dedos de Diego empiezan a tamborilear en el volante, siguiendo el ritmo contagioso de la canción *As it was*, de Harry Styles, y entre chistes y risas, llegamos a una lujosa construcción de paredes blancas y sólidas, disimulada entre hileras de frondosas palmeras.

En el interior del restaurante de paredes blancas y acabados dorados, nos recibe la contagiosa sonrisa de Guillaume, un hombre afable y elegante de piel morena y modales exquisitos que se levanta de la silla para rodearnos en sus brazos.

—¡Bienvenidos a las Antillas holandesas! No se imaginan lo honrado que me siento de tenerlos aquí.

—El placer es todo nuestro, ministro —responde Diego, correspondiendo su abrazo y estrechándole la mano al final—. Muchísimas gracias por invitarnos a conocer el paraíso.

—¡Como se nota que eres un adulador! —acusa Jasmín, la esposa del ministro, con una espléndida sonrisa de dientes perlados que adornan su hermosa piel morena.

—Y eso que apenas está calentando motores —comento, saludando de beso en la mejilla a Jasmín.

Después de un ameno intercambio de saludos, seguidos por una corta presentación de credenciales, Diego logra envolver al ministro en la conversación al punto de hacerlo confesar la raíz de sus problemas existenciales.

—Islandia ha hecho un trabajo increíble en la última década, posicionándose en el mundo entero como un destino turístico único —dice Guillaume y, a pesar de mis intentos por escucharlo con atención, no puedo evitar fijarme en el plato que el mesero está retirando del lado de Diego. La ensalada que pidió hace un rato se está yendo intacta hacia la cocina, junto con los demás platos vacíos de nuestros aperitivos—. En mi opinión, ellos han sabido despertar la curiosidad del resto del planeta, contando cómo sus habitantes sobreviven en una geografía tan particular, en donde se pueden ver las auroras boreales prácticamente durante todo el año. Díganme ustedes, ¿quién no querría conocer un país que se hace llamar la tierra del fuego y el hielo?

—Y lleno de guapos vikingos —completa Jasmín, guiñándome el ojo con un disimulado cantadito seductor.

—No he tenido el placer de conocer Islandia, pero no ha sido por falta de ganas —agrego, siguiéndole la corriente a Jasmín, al tiempo que el mesero llega con nuestros platos principales—. ¡Mi solomillo se ve delicioso! —exclamo, antes de chismosear el plato de Diego—. Ni hablar de esos langostinos.

—¿Quieres probar? —Diego me ofrece.

—No, tranquilo. Disfrútalo tú primero.

—Ministro... —Diego intenta decir, pero se detiene al ver a Guillaume levantar la mano.

—Guillaume, por favor. O simplemente Gill.

—Guillaume, volviendo al tema, es cierto que Islandia, como destino turístico, tiene atractivos muy peculiares, pero las Antillas también tienen lo suyo.

—Cierto. Tenemos las mismas historias de los piratas que enterraron tesoros aquí, el mar de los siete colores que, para ser honestos, son muchísimo más que siete tonalidades del mismo color turquesa que uno puede ver en el mar Mediterráneo, la Polinesia y el resto de las islas del Caribe. Argentina tiene la majestuosidad de los glaciares en el Cabo de Hornos; Chile, el misticismo de la Isla de Pascua; Brasil nada más y nada menos que el Carnaval de Rio, ¿y México? No sabría por dónde empezar, si lo tiene todo. Habría que preguntarse, ¿cómo competimos nosotros en esas circunstancias? ¿Qué querría ver un latinoamericano aquí que no encuentre en su propio país? Esa es la cuestión.

Por alguna razón, Guillaume parece demasiado cómodo explicándonos los retos de posicionar una marca país sin que seamos todavía la agencia oficial. No cabe duda de que Diego ya lo tiene de este lado de la mesa y ni el mismo Guillaume se ha dado cuenta.

Diego asiente y responde con un par de aquellos comentarios acertados que lo caracterizan, dándole la razón a Guillaume, pero sé que, en el interior de su ingeniosa cabeza, está tomando detalladas notas mentales y preparando el próximo paso para ganárselo sin tener que hacer un *pitch* extensivo, como el que debimos hacer para Sugarbeat.

Lo que me sigue rayando un poco es que Diego no se ha molestado en hincarle el tenedor a sus langostinos a la parrilla, a pesar de que el resto de nuestros platos van más allá de la mitad.

—Solo tengo una condición. No quiero ver la palabra *aventura* por ninguna parte. Atrae al elemento indeseado. No podemos evitar que los jefes traigan a sus amantes acá, pero tampoco queremos capitalizar eso, mucho menos validarlo.

—¿Y qué clase de «elementos» querrían atraer, Guillaume? En castellano, ¿quiénes serían su público objetivo? —le pregunto.

Guillaume y Jasmín se miran entre sí con una sonrisa maliciosa compartida, antes de mirarnos a nosotros.

—Gente como ustedes dos. Jóvenes profesionales, afluentes, educados y... enamorados.

Diego y yo reprimimos una sonrisa nerviosa.

—Yo tengo otra condición —agrega Jasmín—. Cerremos con un brindis la parte aburrida de la cena para que podamos, por fin, divertirnos.

—Apoyo la moción —me apresuro a decir, levantando mi copa de merlot para corresponder el brindis—. No puedo decir que hablar de publicidad me aburra, pero ya es hora de cambiar el tema —agrego en un tono casual—. Me van a perdonar, pero yo todavía no me repongo. Nunca en mi vida había probado un solomillo tan delicioso, prácticamente se derrite en la boca. —Giro la cabeza para hablarle a Diego, mientras ensarto una pequeña porción en mi tenedor—. Tienes que probarlo.

—Fresca, Manu. Yo todavía estoy ocupado con mis langostinos.

Ignorando su respuesta, me inclino ligeramente hacia él para ofrecerle la pieza de solomillo en mi tenedor.

—No lo vas a creer, te lo juro. El chef debe ser un mago porque lograr este perfil de sabor, no es de humanos.

Diego mira el tenedor, sosteniendo una sonrisa embarazosa.

—Se... ve muy bien, Manu. Podemos volver mañana y...

—Solo este bocadito, no te vas a arrepentir —insisto, levantando el tenedor a una distancia

prudente de su boca. Ganas de embutírselo por la nariz no me faltan, pero sería una anécdota demasiado grotesca para rememorar en la oficina, por lo que me transo con desplegar la mejor de mis sonrisas y la versión más encantadora de mis ojitos de princesa de Disney para implorarlo—: Por favor.

Si los ojos de Diego tuvieran brazos, me estarían ahorcando en este momento. Guillaume y Jasmín nos observan con caritas de tórtolos y poco les falta para que empiecen a salirles burbujas en forma de corazón por los oídos.

—Y así, la dama conquistó el universo —dice Diego, antes de abrir la boca para recibirme la pieza de solomillo.

—Ustedes parecen sacados de un cuento de hadas —Jasmín comenta, llevándose a la boca una pequeña pieza de *steak* de atún—. ¿Cuánto tiempo llevan juntos?

—En la oficina... —Diego empieza a decir, cubriéndose la boca con la servilleta mientras termina de masticar el solomillo.

—Cinco años —lo interrumpo, para luego aclarar—: Quiero decir, nos conocimos hace cinco años y... —No puedo evitar lanzarle al ministro y a su esposa una miradita gatuna, cómplice—. Por cosas de la vida nos alejamos. Por mucho tiempo no volvimos a saber el uno del otro hasta que él llegó a BrandsMedia, hace unos... —Miro a Diego, tratando de calcular el tiempo—. ¿Cuatro meses?

—Cinco —Diego aclara e intenta decir algo, pero yo me le adelanto.

—Y ahora somos los mejores *amigos*.

Conozco la clase de mirada que Diego me clava no bien termino mi frase. Sus cejas se fruncen un poco y sus párpados se ensanchan un par de milímetros. Puede que el movimiento sea imperceptible para Guillaume y Jasmín, pero para mí, sus ojos son un libro abierto, escrito en un idioma que manejo a la perfección. Y esa expresión serena en su rostro, sosteniendo una sonrisa de ira contenida, solo puede significar una cosa: acabo de meter la pata.

—Hacemos un buen equipo —Diego les dice a nuestros anfitriones de la noche, en un tono que sigue siendo jovial y amable, pero forzado. Lo sé. La tensión en su mandíbula lo delata—. Y somos afortunados de trabajar en una agencia que aprecia el talento de las personas.

Admito que la actitud de Diego empieza a preocuparme, pero tengo a mi favor la calidez y espontaneidad con la que Jasmín y Guillaume dominan la conversación, haciéndonos reír a carcajadas con sus anécdotas de viaje.

Por el rabillo del ojo puedo darme cuenta de que Diego me mira con el ceño fruncido, por lo que me apresuro a cambiar el tema, preguntándole a Jasmín:

—¿Qué tal estuvo tu *mousse* de chocolate y pistacho? ¡Esa salsa de frambuesa parecía sangre de verdad!

El resto de la velada se nos va volando, sin darnos cuenta, entre risas, reflexiones de vida y uno que otro comentario sobre las expectativas de la presentación que haríamos en dos semanas con el fin de ganarnos la cuenta.

—Si todo sale bien en la presentación, yo creo que a Guillaume le sonaría la idea de darnos la compra de medios de toda la región latinoamericana, no solo de Colombia. —Es lo que Diego me responde en el carro cuando, después de casi diez minutos de silencio sepulcral, me atrevo a preguntarle cómo se sintió en la cena.

—No me refería a eso —digo en voz baja. No estoy segura de querer escuchar el reclamo que siento venir como un maremoto.

Y a juzgar por la sobriedad en sus palabras, parece que Diego tampoco está de ánimo para hablar, mucho menos mientras maneja, así que me limito a escuchar canciones al azar en mi cabeza para espantar la soledad de nuestro silencio en lo que queda de camino.

—Creo que necesito un poco de agua con limón para bajar la llenura —digo, al entrar a la cabaña—. ¿Quieres que te prepare algo?

—¿Qué es lo que quieres, Manuela? Dime de una buena vez —Diego increpa, cerrando la puerta tras de sí.

—Vas a tener que ser más específico —le respondo, poniendo mis manos a cada lado de mis caderas—. ¿De qué estás hablando?

—¿Amigos? ¿En serio? —Me larga una mirada de resentimiento puro y crudo.

—¿Qué querías que le dijera a Jasmín? ¿Que nos amábamos con locura y estuvimos a punto de casarnos, pero salí corriendo de la iglesia en el último minuto porque no supe manejar un conflicto con tu mamá y tu hermana?

—¡No me veas la cara de imbécil, Manuela! —Diego levanta la voz y, a pesar de que da un par de pasos amenazantes hacia mí, yo permanezco en mi lugar, encarándolo.

—Fue un simple comentario en una cena con un cliente...

—¡Pudiste haberles dicho la verdad! ¡Que somos compañeros de trabajo y nada más! ¿Por qué putas tenías que sacar a relucir que nos conocíamos desde hace cinco años como si a ellos les importara? Y ni te esfuerces en explicarme porque yo ya sé a qué ibas. Querías hacerme comer y jugar a que te importo un bledo.

—¡Tú me importas, Diego!

—¡Yo no quiero importarte, ni mucho menos ser tu *amigo*, maldita sea! —exclama con vehemencia, extendiendo los brazos a cada lado de su cuerpo—. Yo no quiero tus preocupaciones, ni tus bocaditos de solomillo, ni tus preguntas sobre mi estado de ánimo. Te lo he dicho mil veces desde que nos conocimos. A mí no me interesa ninguna amistad contigo, ni ir de *brunch* los domingos, o acompañarte a comprar zapatos, ni ser otro par de orejas a las que les cuentas tus cuitas, como Dominique, Mapi o Sebastián. Yo quiero una esposa, un hogar, unos hijos; y, aunque me estoy muriendo por dentro, tratando de aceptar que ese no es el futuro que quieres para ti, al menos no conmigo, estoy respetando tu decisión y aferrándome a la idea de que algún día voy a salir de esto y voy a encontrar a alguien con quien hacer realidad por lo menos una de esas tres metas. Lo mínimo que yo esperarí de ti, es que hicieras lo mismo conmigo, en vez de usarme para jugar a cuidar al hermanito que nunca tuviste.

Dejo deslizar el comentario del «hermanito que nunca tuviste» solo porque me duele más el pinchazo que acabo de sentir en mi corazón con la mera idea de imaginármelo con otra.

—Entonces ¿qué? ¿Este es el típico caso de «si no estás conmigo, no quiero nada»? ¿En serio quieres que tiremos a la basura lo bueno que queda entre nosotros?

—No me vengas ahora con frases de cajón culas, Manuela. Lo único que funciona entre nosotros es una relación laboral y nada más. Y falta ver si esa nos dura un brinco, después de que te vayas para Miami.

—Eso todavía no se sabe.

—¡Pff! Como si fueras a rechazar la oportunidad —increpa, con decepción en su voz—. Roberto y Marco Antonio ya están negociando tu traslado, por si no lo sabías. —Diego me da la espalda y camina decidido por el pasillo hacia su habitación—. En cualquier momento te llaman para hacerte la oferta formal. Cuando contestes el teléfono, hazte la sorprendida.

Mi cuerpo reacciona con un sobresalto al escuchar el portazo que da luego de entrar a su habitación. A falta de mejor consuelo, no puedo más que rodear mi cintura con mis propios

brazos, como si quisiera resguardarme de la oscuridad que inunda el interior de la cabaña en medio de la noche.

Por un segundo me debato entre lavar el plato o dejarlo en una esquina para que Manuela vea los restos de avena en hojuelas en él y sepa que desayuné. Después de lo que le dije anoche, puede que se lo tome a mal, la señal de que no quiero que se preocupe.

Y pensar que no siento el mínimo remordimiento por las palabras que pronuncié, pese a la carga de vulnerabilidad que vi en sus ojos. Era lo que sentía, no tiene caso retractarme.

Decido ser consecuente con mis propios hábitos y lavo el plato. Es hora de dejar la bendita costumbre de preocuparme por lo que ella piense o no de mí. Lo cierto es que, no recuerdo un momento en mi vida en el que haya hablado con tanta convicción como anoche, particularmente el instante en el que mencioné aquellas tres cosas. Una esposa, un hogar, unos hijos. Tres sustantivos simples, concretos... imaginables.

Exhalo a profundidad, vaciando el aire en mis pulmones, antes de retirar el jabón del plato. Siento como si una puerta se hubiera abierto para mí, dejando colar un hilo de luz en la oscuridad. Un hilo de esperanza.

Puedo lograrlo. Si puedo imaginarlo, puedo lograrlo. Con alguien más, en el futuro, el día que pueda olvidarla.

Al diablo con mi plan de recuperar a Manuela. No sé en qué cabeza me cupo ilusionarme en primer lugar y, a decir verdad, mi cabeza ni siquiera tiene la culpa. Es mi corazón el que insiste en guardar su espacio, en atesorar nuestros recuerdos y aferrarse a ellos como si fueran goticas de agua para calmar la sed que me produce su ausencia, ignorando que Manuela decidió salir de allí por sus propios medios, dejando la puerta abierta.

Y la herida sangrando.

Salgo a correr con los primeros rayos del alba, aprovechando la brisa de la mañana que modera la temperatura. Solo es cuestión de sobrevivir el resto de la semana usando el cliente como fachada y la presentación de la propuesta como excusa. En la pausa que hago para dar la vuelta y volver a la cabaña, reviso el itinerario en mi celular y le envío un mensaje, proponiéndole que ella escoja la actividad que quiera hacer en la isla mientras yo exploro la costa en *kayak*.

Regreso a la cabaña a tiempo para obligarme a comer una porción de melón y banano antes de ducharme. En la puerta de la nevera encuentro un *Post-it* amarillo con un mensaje escrito en la letra de Manuela.

«Jasmín vino a recogerme para dar un paseo en el centro de Oranjestad. Supongo que iremos de compras también. NTP».

NTP. No te preocupes.

En otros tiempos, nuestras notas solían terminar con cuatro iniciales muy diferentes.

YTAM. Yo te amo más.

Algunas nubes empiezan a juntarse en el cielo, amenazando con cubrir el sol buena parte de la tarde. Si el sentido común no me engaña, eso hará más placentera la ronda en *kayak*.

—Solo me queda este de dos puestos, pero no tendrá problema para maniobrar si se sienta en el de atrás.

Eso dijo el administrador de la caseta y ahora dudo que me lo haya entregado de buena fe. Se debe estar riendo de mí allá adentro, de solo imaginarse el enredo en el que estoy, tratando de dirigir el *kayak* hacia la izquierda, en contra de las olas que me empujan hacia la derecha. Estoy considerando seriamente la posibilidad de volver y pagarle a algún empleado por hora para que navegue conmigo, aunque eso sería raspar el fondo del barril de la humillación.

Me acomodo las gafas de sol una vez más y respiro profundo para seguir remando solo, aunque sea el doble de complicado. Y extremadamente aburrido.

Vuelvo a la cabaña pasada la hora del almuerzo. Las notas del perfume de Manuela flotando en el ambiente me hacen agua la boca, alertándome de su presencia. Parece que ha vuelto de su ronda de compras. Me distraigo devorando una porción de la ensalada de palmito que encuentro en la nevera mientras, en un rincón de mi cerebro, me pregunto con curiosidad ¿cómo la habrá pasado Manuela en Oranjestad?, ¿qué habrá comprado?, ¿le habrá gustado la ciudad, la gente, el ambiente?

Aprieto los dientes, recordándome a mí mismo una vez más que *nada de lo que ella haga es asunto mío*. Y esa debería ser la única respuesta a las muchas preguntas que siguen asaltando mi cabeza, una tras otra, sin parar. Es difícil controlarlo ahora porque solo es el principio, pero tal y como lo hice con el *kayak* en el mar, solo es cuestión de encontrar la maniobra correcta. Las preguntas irán mermando con el paso del tiempo y llegará el día en que desaparezcan por completo.

Entro a la habitación pensando en cambiarme para meterme a la piscina un rato, o de pronto al jacuzzi, cuando escucho una puerta cerrarse. Espero por un segundo y al ver que no escucho la voz de Johnston o alguno de los empleados preguntando si queremos cambio de toallas o sábanas, decido echarle un vistazo a la sala.

El lugar permanece tan solitario como lo dejé. A través de la persiana entreabierta de la ventana de la sala, veo la figura de Manuela en un vaporoso pareo azul, su cabello amarrado en lo alto de su cabeza se sostiene con una *bandana* amarilla. Un par de tirantas rojas atadas en un nudo, en la base de su nuca, sugieren un bikini. Sus manos meten un libro en la mochila que cuelga de su hombro, antes de bajar las escaleras del porche y caminar hacia la playa.

¿Irás a nadar un rato o solo querrás broncearse? ¿Se tardará mucho? ¿Cuál novela estará leyendo ahora?

Muevo la cabeza de un lado a otro, queriendo dispersar las preguntas como si fueran abejas revoloteando a mi alrededor. El día que desaparezcan todavía está lejos.

Y también será el día que deje de quererla.

La garganta se me enreda en un nudo. Una cosa es aprender a vivir sin ella, otra muy distinta es dejar de extrañarla.

El *boom* del trueno se escucha a lo lejos segundos después de un destello intenso, estremeciendo las vigas que sostienen la hamaca. Abro los ojos en el acto y me toma un segundo volver a la realidad. La lluvia arranca de forma instantánea, como si alguien allá arriba hubiera recibido la señal de abrir las compuertas y dejar al cielo desplomarse en forma de gruesas gotas de agua que estremecen el suelo a su caída.

Me recompongo en la hamaca y miro hacia arriba, el día se ha vuelto completamente gris, opaco. Lúgubre.

Otra descarga eléctrica me enceguece, seguida por un relámpago y la explosión de un nuevo trueno. Alguien me había dicho ya que las tormentas en las islas del Caribe son las más

bulliciosas. Y las más peligrosas.

Salgo de la hamaca apresurado e intento ponerme las chancas, pero ya están mojadas. No tiene caso. Entro a la cabaña y camino apresurado por el pasillo de las habitaciones cuyas puertas siguen abiertas de par en par. No veo a Manuela por ninguna parte. Ni en la sala, o en la cocina. Me asomo a la ventana y veo el carro parqueado. Ella tampoco está allí.

Me calzo los tenis y en menos de lo que pienso salgo corriendo de la cabaña, en medio del torrencial aguacero.

Como es de esperarse en un clima así, no hay un alma en los alrededores, ni en la playa privada del condominio. Si Manuela no está dentro de la cabaña, no me imagino en dónde puede estar. Es poco probable que haya buscado refugio en las demás unidades del complejo y aun así, le toco la puerta a un par de «vecinos» quienes dicen no haber visto a ninguna mujer hermosa de cabello negro, en un pareo azul, con una *bandana* amarilla en la cabeza.

Las gotas de agua me arden en la piel de lo fuerte que caen sobre mí, pero me niego a volver a la cabaña sin saber en dónde está Manuela. La marea ha subido considerablemente, comparada con el nivel de esta mañana, y en estas condiciones, sería muy fácil para cualquiera perder la batalla contra las olas y... dejarse ir.

No. No. No. Manuela no.

Sigo corriendo a pesar de que los tenis se hunden en la arena por el peso adicional del agua. Y de repente veo la *bandana* amarilla de Manuela tirada en la playa. Mis pulmones cortan de tajo el flujo de mi respiración. Casi que puedo sentir mi sangre drenarse de mis venas.

Agarro la *bandana* y miro hacia todos lados, luego al mar. Es inútil. Me podría pasar el resto del aguacero recorriendo la playa de arriba abajo y lo único que lograría sería tener un ataque de pánico aquí mismo y, lejos de mejorar la situación, la empeoraría.

Necesito pensar. Necesito la cabeza fría. Necesito ayuda.

Camino a paso apresurado en dirección a la cabaña cuando una voz me llama.

—¡Diego!

Es ella. ¡Divino Niño Jesús, tiene que ser ella!

En efecto, me volteo y la veo correr hacia mí. Antes de que mi cerebro termine de hacer los cálculos mentales, mi cuerpo ya está en movimiento, corriendo hacia ella, abriendo los brazos para recibirla.

—¡Qué carajos estás haciendo aquí afuera, en este aguacero! —me reprende, empujándome, una vez sus manos llegan a mi pecho.

—¡Eso mismo te pregunto yo! —Le devuelvo el reclamo, agarrándola de los antebrazos para inspeccionarla de arriba abajo—. ¿Y por qué estás a pie descalzo? ¿No ves que está relampagueando? Si cae un rayo te puedes electrocutar.

—¡Y todo por tu culpa! ¿A quién, en su sano juicio, se le ocurre salir a trotar en un clima así? —La verdad no tengo tiempo ni ánimos para discutir. No bien termina la frase cuando mis brazos ya están rodeando sus caderas para cargármela al hombro y regresar con ella a la cabaña—. ¿Qué estás haciendo? Yo no soy un bulto de papas. ¡Bájame!

—Yo no salí a trotar. Salí corriendo, como el imbécil que soy, a buscarte.

—¿Y no se te ocurrió buscarme *dentro* de la cabaña? De golpe me hubieras encontrado más rápido —dice, irónica, a lo que yo respondo con un sacudón—. ¡Ah! ¿Se te salió el cavernícola o qué?

—¡No seas mentirosa! Por supuesto que te busqué dentro de la cabaña, pero tú no estabas por ningún lado.

—¡Yo estaba en plena...! —protesta, para luego frenarse en seco y recomponerse—. En el

baño.

La aclaración me arranca una risa inconsciente, que reprimo mordiéndome los labios por dentro.

—Estabas en plena ¿qué? —le pregunto, una vez la descargo en la sala de la cabaña, conteniendo la risa.

La única respuesta que recibo de su parte es un puño en el brazo.

—¡Ve a secarte y a ponerte ropa decente! —espeta, apartándose de mí y mirándome de arriba abajo—. ¡Saliste prácticamente en viringas!

—No estoy desnudo, esto es un *short* especial para correr —aclaro, al verla cruzar la sala, en dirección a su habitación.

A decir verdad, salí descamisado y un *short* como estos, mojado por la lluvia, pegándose a mis muslos y a mi entrepierna como si fuera una segunda piel, deja muy poco a la imaginación. Con razón los vecinos a quienes les toqué la puerta para preguntarles por ella querían despacharme rápido con respuestas sucintas.

Me quito los zapatos y los dejo por fuera, en el porche, y sigo hacia mi habitación, en donde me doy otro duchazo antes de cambiarme de ropa o, debería decir, *ponerme* ropa.

Mientras escurro la *bandana* amarilla en el lavamanos para devolvérsela a Manuela, pienso en lo absurda e inútil que fue la pelea de anoche. ¿Cómo le voy a pedir a Manuela que deje de preocuparse por mí si yo mismo me quise morir con el solo hecho de no saber en donde estaba? Con este susto que acabo de pasar, la rabia que sentí anoche ante la posibilidad de que Manuela me mandara a la *friend zone*, se acaba de ir por un tubo directo al infierno.

Yo nunca podré ser su amigo, pero eso no quiere decir que no sea capaz de meter las manos al fuego por ella.

La noche cae, pero la lluvia sigue arreciando afuera, confinándonos en la cabaña sin mucho más que hacer que ver el tiempo pasar en nuestras respectivas habitaciones.

Antes de que empiece el siguiente capítulo de *Beastmaster* en Netflix, decido cerrar el computador y salir del encierro con la *bandana* amarilla en la mano.

—Espero que hayas olvidado esto y no lo hayas plantado en la playa para matarme de un infarto —le digo a Manuela, asomándome a su habitación.

—¡La encontraste! —Manuela salta de la cama, en donde estaba sentada leyendo su libro, para recibirme la *bandana*—. Se me había caído y cuando intenté recogerla, la brisa se la llevó hacia el mar. ¡Pensé que la había perdido!

El jalón en mi corazón me hace sonreír. Su cara preciosa siempre ha sido mi talón de Aquiles, pero sus ojos saltones y su risa, son mi perdición.

—Voy a preparar chocolate caliente. ¿Quieres? —le pregunto.

—¿Te puedo dar las gracias primero?

—No tienes que agradecerme, pero si quieres hacerme compañía en la cocina, yo no me pongo bravo.

Manuela deja la *bandana* colgando en el baño para que termine de secarse y sigue conmigo hacia la cocina, reclamando una de las sillas de la isla.

—Pensé que me ibas a ayudar —comento con sorna, mientras saco la leche de la nevera y la vierto en una olla, dándole la espalda a Manuela por un momento para encender la estufa.

—Me pediste específicamente que te hiciera compañía y, después de lo de anoche, prefiero tomar distancia. No vaya a ser que esa ollita termine en mi cabeza.

Para ser honesto, en momentos como estos me pregunto si nuestra relación, sentimental o no,

tiene futuro. Haciendo un recuento de todo lo que hemos vivido juntos, el porcentaje de peleas versus conversaciones normales es curiosamente alto. Para la muestra, un botón. Hace poco más de una hora nos gritábamos como locos en pleno aguacero.

Y aun así, aquí estamos, en la cocina de una cabaña, en una esquina del paraíso, preparando chocolate caliente para ambos.

Gradúo la intensidad de la llama en la estufa antes de voltearme para mirarla de frente.

—Lamento haberte levantado la voz anoche. Por más rabia que tuviera, esa no era la forma de hablarle a nadie, mucho menos a la mujer que amo —digo, sin rodeos.

—Disculpas aceptadas —me contesta Manuela y muerde su labio inferior, en un gesto de duda—. La verdad, me tomó por sorpresa tu reacción. Jamás pensé que te tomarías tan en serio lo que le dije a Guillaume y a Jazmín. —Manuela aclara su garganta y baja la mirada hacia la superficie de la isla, por un segundo—. Que éramos *amigos*.

—No te voy a negar que eso me sacó de casillas y... sí, la reacción fue exagerada, pero necesito que me lo digas, Manuela. ¿Es eso lo que esperas de mí? ¿Que sea tu amigo?

Manuela frunce las cejas en una extraña expresión de súplica que no alcanzo a interpretar del todo. O tal vez no quiero leer demasiado sus gestos, temiendo que esa sea la respuesta a mi pregunta, por lo que me giro de medio lado para revolver el chocolate en la olla.

—Yo jamás podría verte *solo* como a un amigo. Hace mucho tiempo llegué a esa conclusión, Diego. Y si mencioné la berraca palabra anoche fue porque... de todos los demás términos en mi vocabulario, no encontré otro para definir lo que realmente hay entre nosotros, al menos en este momento. Tampoco puedo decir que lo que siento por ti es una sola cosa. Son muchas, todas importantes e intensas al mismo tiempo. Supongo que... —Manuela suspira y yo me giro una vez más para ofrecerle toda mi atención—. Quise decir que eres *mi persona* en el mundo. Eres esa parte de mí que vive por fuera de mi propio cuerpo.

La frase de Manuela se me clava en el pecho. La siento hendirse en el esternón, no para abrirlo y herirme, sino para entrar y anidarse allí, buscando refugio.

—Algo así como... ¿la media naranja?

Manuela niega con la cabeza.

—Yo no creo que ninguno de los dos seamos dos mitades de un todo. Me gusta pensar que somos... como dos cometas atravesando el universo, buscando la misma órbita.

A falta de una respuesta concreta, decido prestarle atención al chocolate que está a punto de hervir.

—Una almojábana caería bien con ese chocolate. Huele delicioso —Manuela comenta.

—Te quedo debiendo la almojábana, pero creo que todavía quedan *muffins* y rollos de canela.

Mientras sirvo el chocolate en las tazas, Manuela se levanta de la silla para sacar de la panera un *muffin* de arándanos para ella y un rollo de canela para mí.

—¿Tú simplemente asumes que me voy a comer el rollo de canela, sin preguntarme primero si quiero? —le digo, en una burla.

—Te puedes comer el *muffin* —me contesta, encogiéndose de hombros—, yo me transo con cualquiera de los dos.

Manuela me sigue con los ojos mientras divido tanto el muffin como el rollo por la mitad.

—¿Te parece? —le digo y ella asiente con una sonrisa que desaparece detrás de la taza humeante de chocolate.

—Gracias. Por el chocolate y por rescatar la *bandana* —me dice, luego de dar el primer sorbo.

—No fue nada —digo, tomando un sorbo de mi propia taza, sentándome en la silla a su lado.

—Y por salir a buscarme. A pesar de que... no estábamos en los mejores términos.

—No me recuerdes eso, Manu. No sé ni qué habría hecho si algo te hubiera pasado.

—¿Qué habrías hecho? —La pregunta me toma por sorpresa, al igual que la carga de intensidad en sus ojos.

—Afortunadamente no pasó nada...

—¿Qué habrías hecho? —insiste.

Me habría arrojado al mar. Así de sencillo. Sin dudarle un instante, pero ella no me perdonaría si le dijera eso, y yo tampoco.

—Cualquier otro tipo que te amara la mitad de lo que yo te amo te diría que... se moriría, pero tú sabes que yo prefiero no hacer esos juegos de palabras.

Manuela pone su mano libre sobre la mía, que reposa en mi muslo.

—Eso tampoco es romántico para mí, que alguien dijera que se moriría si algo me sucediera. Yo jamás querría que le pasara nada a mi persona favorita en el mundo.

Me llevo su mano a mis labios y le beso los nudillos, reconfortándome en el aroma a rosas que emana de su piel, mezclado con los acentos de vainilla y arándanos del *muffin* que está comiendo.

—Yo sé que la batalla que libras todos los días con tu depresión es difícil —continúa, sin darme el chance de responderle—. Sé que cada decisión en tu vida, por básica que sea, es un dilema terrible para ti. Yo no sé ni de qué estoy hablando, acepto que soy una completa ignorante, pero... porfa, prométeme que nunca vas a dejar de luchar por tu vida.

—Esa es una promesa fácil de hacer porque sé que tú harías lo mismo por mí.

Ambos saboreamos el silencio mientras nos tomamos a sorbos el chocolate.

—¿Qué tal el rollo? —me pregunta.

—Está bueno, ¿quieres?

—¿Por qué crees que te pregunté? —dice entre risas.

Yo separo un pedazo del rollo con mis dedos y se lo ofrezco.

—Me da pereza traer un tenedor —le digo, retándola con la mirada para que me lo reciba directamente de mis dedos.

Manuela levanta su pulgar y su dedo índice en forma de pinza para agarrar el rollo, pero yo niego con la cabeza y lo acerco a sus labios.

—Recursos humanos no aprobaría esto como un comportamiento apropiado entre compañeros de trabajo. Y ni hablar del departamento de sanidad e higiene —me dice, estirando sus labios en una sonrisa burlona.

—¡Vete a la porra! Me acabas de decir que soy tu persona favorita en el mundo. Estoy reclamando mi derecho a hacer lo que se me dé la gana con ese título.

Manuela gira levemente la cabeza en un ligero coqueteo antes de abrir los labios y recibir la porción del rollo, inclinándose un poco hacia mis dedos para rozarlos en un movimiento sensual que empieza a batir la sangre en mis venas.

—No quiero que confundamos las cosas, Diego. Si algo entendí de la discusión de ayer y lo que nos acaba de pasar ahora es que... —dice, haciendo pausas cortas para masticar—, tú y yo somos pésimos respetando nuestros propios límites. En especial cuando estamos por fuera de la oficina.

Yo también creí lo mismo, para ser honesto. Nosotros no estamos hechos para manejar nuestros sentimientos a término medio.

—Hablas como si pudiéramos decidir qué sentimos o no el uno por el otro, Manu. Yo no decidí enamorarme de ti, simplemente pasó; y por cinco años, me negué a aceptar que seguía

amándote, aun cuando me habías dejado plantado en el altar, pero lo único que logré reprimiendo mis sentimientos, disfrazándolos de resentimiento, fue hacernos daño.

—Entonces, ¿la moraleja de la historia es dejar nuestros sentimientos a cargo de nuestras decisiones?

—No soy el experto en el tema —digo, y me acomodo en la silla para mirarla de frente—, pero si algo te puedo decir de lo que la vida me ha enseñado hasta ahora es que, antes de tomar cualquier decisión, especialmente si tiene que ver con el corazón, uno tiene que saber muy bien por quién palpita.

Manuela termina el último sorbo de chocolate y pone la taza sobre la superficie de la isla, raspando con la uña de su dedo pulgar una imperfección invisible en la oreja de la taza, sin apartar los ojos de la misma.

—Tú ya sabes lo que sientes por mí y tomaste tus decisiones —me dice.

—De la misma forma que tú has tomado la tuya.

Manuela mueve su cabeza de lado a lado, en negación.

—¿Qué? —pregunto.

—Nada —susurra, mirando la lluvia caer a través de la ventana, dejando escapar un largo suspiro—. Voy a ver si termino el libro. Si necesitas algo, me avisas. —Manuela se levanta de la silla y toma la taza para meterla en el lavaplatos eléctrico, antes de seguir a su habitación—. Gracias de nuevo, por el chocolate. Estaba delicioso.

Manuela nunca grita más alto que cuando guarda silencio. Y es ahí cuando mis impulsos pelean con mi lógica. ¿Qué estará pasando por su cabeza en este momento?

Me paso los dedos por entre mi pelo, como si lo que necesitara fuera un nuevo peinado para aclarar mi mente.

Es increíble que estemos repitiendo el mismo ciclo, Diego.

¿Sabes qué? Haz lo que quieras. Eres libre de guardarte tus propios secretos. Yo no soy nadie para reclamar el derecho de conocerlos.

El recuerdo de la conversación que sostuvimos en Zipaquirá rebota en mi pecho. Es evidente que le sigue faltando una pieza al rompecabezas de mis decisiones.

Porque lo importante no es tomarlas, si no... asegurarme de que sean las correctas.

Luego de varios minutos que se hacen eternos, rumiando mis dilemas, me levanto de la silla y camino hacia la habitación de Manuela.

—Dime. —Manuela gira la cabeza hacia mí, al verme en el quicio de la puerta.

No me atrevo a hablarle, me limito a recorrer su rostro con la mirada. Manuela se recompone en la cama, enderezando su cuerpo contra el espaldar, cruzando las piernas en flor de loto.

—Entra —insiste, poniendo una mano sobre la cama, una invitación para que me siente a su lado.

Yo accedo y lo único que se me ocurre como respuesta es extender mi mano hacia su rostro para acariciar ese mechón rebelde que posa sobre su frente, obstruyendo la visión en su ojo derecho y al mismo tiempo, haciéndola ver hermosa. Tan ella.

Podría pasar por un adolescente a punto de perder la virginidad, de lo nervioso que estoy. De sobra sé que no puedo hacerme ilusiones de tener el mínimo contacto físico con Manuela, pero el solo hecho de volver a tener intimidad emocional con ella es más de lo que podría pedirle al universo.

Me asusta, eso sí, lo que pueda pasar en el proceso. No estoy listo para abrir esa caja oscura de mi pasado que por poco me quita la vida semanas atrás y temo por las consecuencias que pueda traer en la vida de Manuela. La cuestión es que, poniendo en un lado de la balanza el

hecho de contarle a Manuela sobre mi papá y los traumas de infancia que él generó; y en el otro, la posibilidad de perderla quedándome callado, la segunda opción es la que más me aterra.

Contarle tampoco garantiza que volverá conmigo, pero es una prueba de lo que estoy dispuesto a hacer, no solo por ella, si no por mí mismo. Me ha llegado la hora de reconocer que ella también es mi lugar seguro, de la misma forma que yo estoy dispuesto a serlo para ella.

—Yo tuve que aprender a hacerles trenzas a mis hermanas para que mi mamá pudiera empacarnos la lonchera —digo, ajustando el mechón detrás de su oreja—. No quedaban perfectas, pero al menos nadie se burlaba.

La comisura de los labios de Manuela se mueve hacia arriba, regalándome una tímida sonrisa, llena de ternura. Trago grueso, tratando de desatar el nudo en mi garganta.

—Nosotros vivíamos en una casita arrendada, en Filadelfia, un municipio de Caldas. Un día de estos te llevo. Está rodeado de montañas llenas de cafetales —continúo, los ojos de Manuela siguen clavados en mí, mientras hablo—. La casa solo tenía dos habitaciones, la de mis papás y la nuestra, pero cuando cumplí diez años, mi papá me mandó a dormir al sofá porque ya no estaba en edad de compartir la habitación con mis hermanas. Seguro pensaba que me iba a volver un marica o un afeminado si dormía en el mismo espacio con ellas. Lo que no sé es... si él sabía o era consciente del daño real que me estaba haciendo con su desprecio.

Manuela se tensa y agarra mis manos entre las suyas, como queriendo sostenerme mientras caminamos por un sendero desnivelado por las piedras.

—Un día me encontró en la habitación, peinando a Emilia. Me sacó de ahí a rastras, agarrándome la mano y me llevó a la cocina. La estufa estaba encendida, la olla a presión estaba caliente... —Cierro los ojos y tomo aire, reuniendo fuerzas para terminar la frase—. Si no hubiera sido por mi mamá, que llegó a tiempo, seguramente hubiera tenido que aprender a escribir con la mano izquierda.

Abro los ojos y lo primero que veo son los labios de Manuela entreabiertos, sus cejas arqueadas hacia arriba, sus propios ojos en una redondez inusual. El retrato mismo del horror.

—Manu, yo no te estoy contando esto para...

—¿Qué pasó después?

Una señal clara para hacerme saber que está lista para escuchar.

8

DIEGO

Filadelfia, Caldas. Veintidós años atrás.

El deporte favorito de la gente del pueblo donde crecí era decir que yo era igualito a mi papá, sin imaginarse que, para mí, ese era el peor de los insultos.

En los cortos once años que lo conocí y viví bajo el mismo techo que él, Federico García nunca me dio nada que valiera la pena. El tipo solo aportó los veintitrés cromosomas que se necesitaron para concebirme y eso le parecía demasiado. El resto me lo dio mi mamá, desde el apellido que figura en mi registro civil hasta el último par de zapatos que me regaló en Navidad, hace un año.

Eso sí, los golpes nunca faltaron. El solo hecho de respirar a su alrededor era una muenda garantizada para mí. Curiosamente, nunca les puso un dedo a mis hermanas, cosa que agradezco en el alma porque me habría enloquecido. Supongo que golpear a mi mamá era suficiente para él. Para mí, era más de lo que podía soportar.

Es posible que la frustración lo haya llevado a ese extremo. Mi mamá solía decir que, cuando lo conoció y empezaron su noviazgo, Federico García era un caballero en el sentido estricto de la palabra. Además de amable era extrovertido, carismático y *atlético*. Estoy seguro de que mi madre usaba el último adjetivo como un eufemismo para decir que, en realidad, el hombre era atractivo. El *tumbalocas* de la cuadra, como solían decir en el pueblo. Lo que mi madre nunca ha negado es que esa fue la razón por la cual ella se fijó en él, aunque fuera dos años menor que ella.

Lo de *atlético* también tenía que ver con su talento para el fútbol y si a eso le sumaba una disciplina de acero, el pronóstico de su futuro parecía brillar. Federico ya tenía contactos con un par de reclutadores que estaban interesados en llevarlo a jugar a alguno de los equipos de la región como el Once Caldas. Incluso hablaban del Nacional de Medellín o los Millonarios de Bogotá. Ser futbolista profesional era más que un sueño, era su proyecto de vida, su meta, su gran oportunidad para salir de la pobreza... hasta que yo aparecí en escena.

Mi mamá no pensaba decirle nada sobre la prueba de embarazo, pero mi abuelo reveló la noticia, cuando la llevó a la casa de Federico y la tiró al suelo, en medio de la sala, frente a los ojos atónitos de mi padre y uno de los reclutadores con quienes intentaba concretar un juego de práctica para foguearse con el Once.

—Ese hijo no es mío. —Fue lo primero que se le ocurrió decir mientras mi mamá se levantaba del piso.

El acuerdo con los reclutadores se deshizo en ese momento. Mi abuela María los sacó a ambos de la casa para que armaran su «rancho aparte», mandándolo a trabajar a las fincas de la familia para responder por la obligación.

Mi mamá se quedó con él porque no tenía a dónde más ir. Y porque lo amaba, por supuesto. Ella esperó once largos años a que sus sentimientos fueran correspondidos, mientras trabajaba como secretaria en la escuela durante el día y planchaba ropa ajena por las noches para que él no perdiera sus entrenamientos. De hecho, pagó varios viajes que él hizo a Manizales y Medellín, con la esperanza de que los equipos lo contrataran, pero quién sabe si él se presentó ante ellos.

Conociéndolo, no dudo que se haya gastado los viáticos en otro tipo de actividades, muy diferentes al fútbol.

Federico trabajaba por temporadas en las fincas cafeteras de mis tíos o con los amigos de la familia y se gastaba lo que se ganaba en viejas y alcohol. Lo digo con certeza puesto que más de una vez pagué con dolor y moretones esas infortunadas ocasiones en que lo vi con mis propios ojos en las cantinas. Él me acusaba de ser el sapo que le contaba a mi mamá lo que para nadie era un secreto en el pueblo.

Cualquier excusa era perfecta para golpearme. En el fondo, nunca me perdonó haber arruinado su oportunidad de salir adelante.

Es posible que mi mamá hubiera estado planeando la huida desde hace tiempo, de lo contrario no se explicaría cómo logramos llegar a Bogotá aquella misma noche, cuando todo sucedió.

Después de llegar de su trabajo en la escuela, mi mamá salió a entregar un lote de ropa que había planchado la noche anterior y a recoger a Eliana de su práctica de béisbol. Ella siempre fue la favorita de mi papá. Al parecer ella le heredó el mismo carisma y el temple competitivo de los deportistas, aunque ella no escogió el fútbol. Por alguna razón, siempre le gustó el béisbol.

Yo me quedé en la cocina lavando los platos, pero en cuanto escuché los pasos de Federico entrando a la casa, cerré la llave y corrí a la nevera, fingiendo que estaba sacando una manzana para comer. El tipo detestaba verme haciendo «oficios de mujeres». Para él, esa era solo una prueba de que yo era un «maricón enclosetado».

—¿A qué horas viene su mamá? —preguntó mientras se acercó a la nevera por un vaso de agua. El olor a aguardiente parecía desprenderse de su piel. Si alguien le hubiera acercado un fósforo encendido, habría podido explotar en llamas de inmediato.

—No sé, no debe demorar —musité, sin poder evitar una mueca de dolor al morder la manzana.

—¡Ay, no pues! Tan delicadito —espetó Federico con sorna. Como el buen *mal padre* que era, mi expresión de dolor no le causaba la mínima preocupación. Al contrario, cualquier signo de debilidad por mi parte le producía asco y decepción.

—Tengo un diente flojo. —Y era verdad. A mis once años, aún me faltaba mudar uno de mis dientes frontales y cuatro muelas. El odontólogo solía decir que mi dentición estaba retrasada y aunque él no veía motivos para preocuparse, yo empecé a obsesionarme con mis dientes desde pequeño. Tenía pesadillas recurrentes en las que los veía caer de repente en el lavamanos mientras me cepillaba. De ahí mi comportamiento compulsivo de mirarme los dientes cada vez que estoy frente a un espejo o el de echar un cepillo de dientes en el carrito de compras cada vez que hago mercado. Una vez alcancé a acumular veinte cepillos de dientes nuevos en el cajón de aseo personal en el baño, pero eso es algo en lo que he venido trabajando. Hoy en día, a lo mucho tengo uno o dos.

—Muestre a ver —dijo, recostando el culo en la pared para mantenerse balanceado mientras se inclinaba para revisarme la boca—. Eso sale de un solo jalonazo.

—Todavía no está listo —me apresuré a decir. El diente no solo no estaba listo, yo sabía que la intervención de Federico iba a hacer el proceso mucho más traumático.

—No sea pendejo, ¡camíne!

Mi padre me agarró de la muñeca y prácticamente me sacó de la cocina a rastras. No tenía paciencia suficiente para esperar a que yo caminara por mi propia cuenta. De un solo movimiento brusco me sentó en una de las sillas del comedor.

—Leticia dijo que tenía Xilocaína en la mesita de noche —afirmó, entrando a la habitación

principal a reburujar entre los cajones de mi mamá. Por un instante pensé en salir corriendo, pero habría sido peor.

Federico volvió con el pequeño tubo de anestesia en una mano y un carrete de *nylon* de pescar en la otra, junto con una navaja.

—No, por favor no. Yo no necesito que me saque el diente todavía. —Poco me faltaba para implorarlo.

—No remilgue tanto. Es un solo dolor y ya —dijo mientras untaba la crema sedante en su dedo y luego en mis encías. La fría sensación de la sustancia adormeciendo mis terminaciones nerviosas fue casi inmediata. Mi terror crecía al verlo desenredar el *nylon* y cortar un trozo con la navaja. Su asqueroso aliento impregnado de aguardiente y perfume barato invadía mi espacio vital, cortando el poco aire que quedaba a mi alrededor para respirar.

—No, no, no ¡¡por favor!! ¡Papá por favor no me haga eso! Me duele, me duele, ¡me duele mucho! —grité a todo pulmón con la boca adormecida por la Xilocaína una vez Federico forzó el primer jalonazo. El tipo aplicó toda la fuerza que pudo aun en su ebriedad, pero como lo predije, el diente no salió. Seguía atascado en mi encía.

—¡Deje la lloradera, carajete! ¡Quién lo manda a sacarle a su mamá esos dientes tan mal hechos! Agárrese duro de la silla y saque esa guapera que usted es un macho. ¡Hágale pues! a la una, a las dos y a las...

—¡¡No, no, no por favor!! —grité una vez más. Las lágrimas rodaban por mis mejillas sin control mientras trataba inútilmente de detener sus avances, agarrándolo desesperado de los brazos.

—¡¡No me llore, ya le dije!! si no quiere que le saque ese diente de una cachetada bien recostada.

No tuve más remedio que cerrar la boca y presionar los labios para contener el llanto al tiempo que él se sacaba la correa.

—¿Ah, es que la chilladera es en serio? ¡Vea pues! —amenazó, mientras me amarraba a la silla con la correa. En ese punto mi respiración era un caos total, mis pulmones parecían pelearse el poco aire que les llegaba.

—Vea, Diego, conmigo le va a tocar estrenar esos cojones y aguantarse porque yo estoy criando a un hombre y ¡LOS HOMBRES NO LLORAN!

Puede que la Xilocaína haya tenido algo que ver, o la falta de aire respirable, o mis nervios que no pudieron más. El todo es que, después de esa frase, el recuerdo se funde a negro y lo próximo que sentí fueron los brazos de Eliana que me levantaban del piso y su voz gritándole a mi papá que no golpeará más a mi mamá.

Solo pude abrir el ojo derecho y lo primero que vi fue el diente enredado en el *nylon* sobre el piso y el bate de béisbol de Eliana, abandonado al lado de la silla del comedor que yacía en el suelo, volteada. Un dolor punzante me invadió la mejilla izquierda, llegando a la mandíbula, el oído me zumbaba. No creo que él me haya golpeado tan duro como para moretearme media cara, estaba demasiado borracho para eso. Lo más probable es que haya sido el impacto de ese lado de mi cara contra el suelo.

—¿En dónde estaba, *porquería*? ¿Otra vez coqueteándole al doctorcito ese de mierda? —le escuché decir a Federico en un tono que sonaba más al ladrido de un perro furioso. Mis instintos dirigieron los impulsos de mi cuerpo e hicieron el resto.

Estiré el brazo hasta alcanzar el bate de Eliana y ese mismo bate me sirvió de bastón para levantarme del suelo y equilibrar mi peso sobre mis dos pies.

—¿Diego? ¿Qué vas a hacer? —me preguntó mi hermana, temerosa.

Mi cabeza era una bóveda compacta en donde solo existía el silencio. En unos cuantos pasos atravesé la sala y me acerqué a mi padre quien, en ese momento, tenía agarrada a mi mamá por el cuello, hundiéndola en el sofá con sus enormes brazos. Todavía recuerdo la flexión de sus músculos aplicando presión sobre la frágil garganta de mi madre. Los iris color avellana en los ojos de mi mamá se movieron para fijarse en mí, se podía ver el terror reflejado en sus pupilas.

Con las pocas fuerzas que le quedaban, mi mamá trató inútilmente de arañar la piel en los antebrazos de mi padre y lo único que logró fue que él presionara más, pero para ese momento yo ya tenía los brazos en posición, mis manos agarradas en la base del bate y mi mirada fija en ese punto del cráneo en el que termina el lóbulo de la oreja. El golpe fue certero. El sonido como el crujir de una galleta de soda.

9

DIEGO

Ahora

Un par de lágrimas corren por las mejillas de Manuela, su mano derecha permanece sobre su boca, cubriendo parcialmente una inconfundible expresión de *shock*.

—¿Estás bien? —le pregunto, preocupado.

Manuela mueve la cabeza a ambos lados.

—Ese tipo era un monstruo.

La reacción de Manuela es apenas comprensible. Ella creció en un hogar hermoso, fue una hija deseada y amada por sus padres; todo lo opuesto a lo que yo viví. Una historia como la mía obviamente se sale de los límites de lo imaginable para ella.

—No me tengas lástima, Manu —susurro, abriendo las palmas de mis manos sobre sus piernas, aún cruzadas sobre la cama. Manuela responde de inmediato, envolviéndome en un abrazo.

—¡Donde quiera que esté ese tipo, debe estar pagándolas todas! —me dice entre dientes, conteniendo la furia en su voz—. Una frustración profesional no es un motivo para tratar así a nadie, mucho menos a su pareja y a su hijo. Nada justifica lo que ese hombre les hizo a Leticia y a ti.

Los estertores bloquean las palabras en su garganta y yo no tengo más remedio que traerla hacia mí para acunarla entre mis brazos.

—Tú no tienes por qué sufrirlo, linda. No voy a decir que lo he superado del todo, pero al menos, quedó en el pasado. Lo importante ahora es encontrarlo y...

—¡Y ojalá vivo para darle su merecido por malparido! —Los dedos de Manuela se enroscan alrededor de los pliegues de mi camiseta en la espalda, cerrando sus manos en un par de sólidos puños—. No te preocupes, ni te darás cuenta. Todo el mundo creerá que fue un accidente.

—¡Wow! Ese chocolate te alborotó la adrenalina.

—Yo no estoy jugando —insiste, separándose de mí ligeramente para mirarme a los ojos. Nunca había visto o sentido tanta convicción en sus palabras y sus gestos—. Mañana mismo regresamos a Bogotá para planear la búsqueda.

—¿De qué estás hablando? —la interrumpo, desconcertado—. Tú no vas para Bogotá a buscar a nadie.

—Tú no me dices a mí lo que tengo o no tengo qué hacer.

—Manu, este es un asunto mío y de mis hermanas, tú no tienes nada qué ver...

—¿Cómo que no tengo nada qué ver? —alega, separándose por completo de mí—. ¡Si realmente quieres que yo haga parte de tu vida tienes que dejarme librar todas las batallas contigo!

Cierro los ojos, exhalando profundo. Justo lo que temía.

—¿Ves por qué no quería contarte? —digo, levantándome de la cama—. Aquí no hay ninguna batalla que librar, Manu. Este es un asunto mío y de mis hermanas. Nadie te está llamando para que seas la heroína de *mi* historia.

—¿Qué carajos quieres decir con eso, Diego? ¿Que soy una inútil que se debe quedar callada

y de brazos cruzados mirando la película de lejos?

—Mientras tú tengas tus propios conflictos por resolver, sí.

Manuela retrocede por instinto, sin dar crédito a lo que escucha de mis labios.

—Manu, yo te amo. Me muero por estar a tu lado y vivir contigo los mejores momentos de mi vida y los peores, pero mis problemas personales no son una excusa para que dejes los tuyos a medio camino. Tú quieres estar en una relación que te haga sentir segura y tranquila, yo quiero una relación en la que ninguno de los dos tenga que hacer un sacrificio por amor.

—Yo no estoy sacrificando nada...

—Manuela, escúchame —insisto con firmeza, aunque me duela hablarle así—. Yo acabo de abrirte mi corazón para confiarte el momento más oscuro de mi vida y el de mi familia. No creas que fue fácil para mí. —Me detengo al sentir un nudo formarse en mi garganta—. Por lo que más quieras, no me hagas lamentar haberlo hecho.

Luego de un largo silencio en el que permanecemos inmóviles, Manuela se levanta de la cama para acercarse a mí.

—Todo es perfecto cuando estamos juntos, Diego. Cada vez que nos separamos, pasa algo que nos rompe.

—En este momento no estamos juntos. Tú tienes tus decisiones por tomar y yo tengo las mías. Y por melodramático que te parezca... puede que esta sea la prueba ácida que nos dirá de qué material están hechos nuestros sentimientos. Puede que este sea el último desafío que definirá si lo nuestro queda escrito o no en el libro de los amores imposibles.

—Gracias por contarme —susurra, parpadeando un par de veces para disipar las lágrimas acumulándose en sus ojos—. Aunque... creo que voy a tener pesadillas esta noche.

—Lo siento. Lo último que quería era soltarte esta carga.

—Al contrario, me tranquiliza que lo hayas hecho. Así tú tengas que llevar la carga en tus propios hombros, sabes que no estás solo.

Ambos nos quedamos mirando por un largo rato, contemplando en silencio las líneas de nuestras manos, los ángulos y curvas de nuestros rostros, la nostalgia dibujada en nuestros ojos.

—¿Escuchamos algo? —me pregunta, tomando su teléfono celular de la mesita de noche—. Todavía es temprano para dormir y... —Se gira hacia la ventana para comprobar que aún sigue lloviendo—. Dudo que haya algo interesante que hacer a esta hora allá afuera.

—¿Tienes algo de los Rollings? —le pregunto en broma, a lo que me responde arqueándome una ceja, en una mirada jactanciosa.

—*Bitch, please.*

Manuela escoge *Angie*, una de sus canciones favoritas, no precisamente por ser la más alegre, ni esperanzadora. De hecho, creo que es una de esas que escuchas en *loop* por el solo placer de sentir ese dolor intenso y exquisito en el pecho al que llamamos melancolía.

Manuela vuelve a sentarse en la cama y yo me tiendo a su lado, usando el codo sobre el colchón para apoyar mi cabeza en mi mano izquierda, mientras con la derecha, le hago masajes en los tobillos.

—Si decido quedarme en Miami, no significa que no te ame —me dice, acomodando su cabeza sobre la almohada.

—Lo sé.

—Y tienes que saber que... si me necesitas, solo tienes que llamarme —insiste, con la voz estrangulada por las lágrimas.

La yema de sus dedos se entrelaza en el pelo que cae sobre mi frente, un gesto inconsciente cuyo significado conozco a la perfección. Tiene algo que contarme.

—Roberto y Marco Antonio me llamaron cuando saliste a buscarme, en medio de la tormenta. Yo estaba encerrada en el baño, atendiendo la llamada, por eso no me viste en mi habitación. Quieren que vaya a Miami lo antes posible para discutir conmigo los términos del traslado.

—¿Te hiciste la sorprendida?

Manuela asiente.

Solo algo tan maravilloso como el amor puede romperte el alma en mil pedazos mientras sigues respirando.

—Ahora escoge tú —dice Manuela, extendiéndome el celular.

De todas las opciones que se me vienen a la cabeza, elijo un clásico de los Beatles.

Let it be.

El último adiós en el paraíso

10

DIEGO

En contraste con mi estómago, que insiste en seguir cerrado en un puño de acero, la boca se me derrite con el provocador aroma de los huevos rancheros en el sartén.

—¿No se suponía que íbamos a desayunar en el *buffet* que nos recomendó Johnston? —me pregunta Manuela en una voz perezosa y juguetona.

Giro la cabeza hacia un lado para ver a Manuela sentarse en una de las sillas de la isla y acomodarse el cabello sobre uno de sus hombros, mientras alarga un bostezo.

—Me antojé de algo diferente.

—No me di cuenta a qué horas me quedé dormida.

—La última canción que recuerdo antes de que mi cerebro se fundiera a negro fue una de U2. Creo que fue *The Troubles* —digo, apartándome un momento de la estufa para servirle café en una taza.

—Yo caí primero, entonces. No me acuerdo de esa —responde, recibíendome la taza con un suave roce en mis dedos—. Gracias.

La tostadora dispara los *bagels* que había puesto hace un momento, interrumpiendo el breve contacto de nuestra piel. No es la primera vez que nos tocamos, pero la carga eléctrica sigue ahí, así como el impulso palpitante de mi deseo reprimido.

—Yo me ocupo —dice, levantándose de nuevo hacia la tostadora para untar el queso crema sobre los *bagels*.

—¿Tienes planes para hoy? —le pregunto.

—¿Planes? —Manuela deja escapar una risita socarrona—. Sentarme a trabajar, como para empezar. ¿Por qué?

—Si por «trabajar» te refieres a que vayamos a dar el paseo en catamarán que Guillaume y Jasmín nos recomendaron durante la cena, creo que estamos en la misma página.

Manuela sigue sonriéndole al queso crema mientras termina de esparcirlo sobre los *bagels*.

—¿Por qué no nos ahorramos la carreta y me dices de una vez qué estás tramando? —me pregunta, lanzándome una mirada retadora—. Al menos para saber qué ropa ponerme.

Apago la estufa y sirvo en dos platos una cantidad proporcionada de huevos rancheros.

—¿Quieres jugo de naranja? —Pongo los platos sobre la isla, en donde ya están servidas las porciones de fruta.

—Te hice una pregunta —insiste, colocando un *bagel* en cada plato.

Manuela se recuesta en la isla a mi lado, con los brazos cruzados sobre su pecho, cuestionando mi silencio. No puedo más que poner mis manos sobre sus antebrazos, para descruzarlos suavemente y entrelazar mis dedos con los suyos.

—Primero vamos a navegar en catamarán con un grupo de turistas del complejo de cabañas. Luego nos llevan a explorar una caverna en donde, supuestamente, Barba Roja escondió un

tesoro.

—¿Supuestamente? O sea que no hay tesoro —me pregunta con picardía.

—Lo más seguro es que encontremos murciélagos y bichos, pero tengo curiosidad por conocer la geología del lugar.

—¡No seas nerdo! ¿Y qué más?

—Podemos hacer *kitesurfing*.

—No. Olvídate. Yo no me voy a amarrar un paracaídas en la cintura para terminar revolcada en medio de las olas y con un galón de agua salada en el estómago.

—¿Ni siquiera lo vas a intentar?

—¿Qué tal si le damos la vuelta a la bahía en *jetski*?

—Me parece perfecto.

—Súper, pero nada de eso responde mi pregunta, Diego. ¿Qué estás tramando?

Esta mujer no se queda con nada. No me deja otra opción que exhalar un suspiro y rendirme.

—Quiero que celebremos tu vida, Manu. Tal y como la has escogido —le digo, poniendo mis manos a lo largo de su cuello, acariciando su mentón con mis pulgares—. Quiero celebrar tus decisiones porque te han llevado lejos. Aunque muchas de ellas hayan sido difíciles y algunas nos hayan alejado, cualquiera que haya sido la razón, eso no importa. Lo importante es que estás a punto de dar un gran paso en tu carrera, algo con lo que soñaste por mucho tiempo y que, estoy seguro, llenará tu alma de muchas satisfacciones. Solo Dios sabe por qué nos mandó para acá justo en este momento, pero yo lo tomo como un regalo. Una oportunidad única para disfrutar hasta el último minuto que me quede de ti.

Manuela hunde su cara sobre mi pecho y yo planto un beso en la corona de su cabeza.

—En cuarenta minutos nos recogen, Manu. Y yo diría que sería bueno que te pusieras esa tanguita brasileira que compraste en estos días...

—¡Cuál tanguita brasileira! ¡Oigan a este! —Manuela se separa de mí, dándome un pellizco en la cadera.

—¡Me dolió!

No, no me dolió. Fue perfecto, porque no se trata de desperdiciar el poco tiempo que nos queda en una despedida, sino de celebrar que tenemos la dicha de compartir una aventura juntos sin ninguna expectativa, más allá de disfrutar de nuestra compañía y vivir un momento que quedará en nuestra memoria como el retrato de nuestra felicidad, aunque haya sido corta.

Hemos mantenido el plan, tal y como lo enunciamos durante el desayuno, solo cambiamos la visita a la cueva del tesoro/murciélagos por una caminata por la bahía, ya que el recorrido en catamarán tomó más tiempo del que habíamos pronosticado al inicio.

Luego de un almuerzo ligero, hacemos un *tour* por la capital junto a un grupo de turistas para conocer la historia de la isla, la cultura de sus primeros habitantes y la influencia que ha recibido a lo largo de los tiempos por las potencias de turno, empezando por los españoles, luego los ingleses y franceses, hasta los holandeses, cada uno dejando una huella gigante en un territorio relativamente pequeño; así como las personas dejan su propia huella en nuestras almas, unas más dulces que otras.

—Playa, vacaciones, deportes acuáticos, más playa... el plan de medios prácticamente se hace solo —dice Manuela, entre un par de sorbos de su granizado de fresa y kiwi.

—¿Será que podemos cerrar la oficina y tirar la llave al mar por el resto del día? —le digo y agrego una buena blanqueada de ojos para hacer énfasis.

—¿Cuál es la palabra mágica? —insiste, castigándome con una mirada acusadora.

—Por favor.

—Buen chico —dice, mirando el reloj—. Y creo que estamos justo a tiempo para regresar a la cabaña...

—¿Regresar? No son ni las cinco. Todavía nos falta ir a la galería de...

—El plan de galería lo podemos dejar para después. Hay algo que quiero mostrarte, sé que te va a gustar.

—¿Por qué no empezaste por ahí?

—Porque me fascina ver esas cejas fruncidas.

—No se vale si lo haces a propósito.

—¿Quién te dijo que tú ponías las reglas? —me cuestiona, caminando hacia atrás para no perderme de vista.

Nos montamos al carro y volvemos a la cabaña a recoger una canasta de pícnic que Johnston tenía preparada para nosotros, siguiendo las instrucciones de Manuela. De ahí, nos dirigimos a una pequeña colina al occidente de la isla, a las afueras de Oranjestad.

Llegué a imaginarme que iríamos a algún restaurante excéntrico, pero Manuela escogió algo mucho mejor: un pícnic de salmón ahumado, ensalada caprese y vino blanco, con vistas al mar, en el pico de la colina.

Parqueamos el carro en un claro de la carretera y llegamos al punto exacto que Manuela tenía planeado, caminando por un rústico sendero, delineado por la apacible figura verde esmeralda de los cactus erguidos humildemente, en medio de la casi total aridez del terreno, en compañía de los intrincados árboles *dividivis* que apuntan siempre al suroeste.

—¿Estás segura de que esto no tiene alcohol?

—Eso leí en el menú del restaurante. Se supone que es una *kombucha* rara que hacen con uvas verdes, por eso tiene cara de vino blanco burbujeante. ¿Por qué? ¿Te estás sintiendo *happy*?

—*Happy* sí estoy, pero no me refiero al efecto, sino al sabor. Me gusta. —Pongo la copa sobre el suelo para dejar a Manuela recostarse en mi pecho y contemplar juntos la puesta de sol—. Por mí no te preocupes. Si quieres tomar alcohol, está bien.

—No, yo también tengo que bajarle a la bebida —dice, ajustándose el vestido blanco de algodón entre las piernas para resguardarlo de la brisa—. ¿Tus medicamentos tendrían algún efecto negativo si te tomaras una cerveza?

—Anoche me tomé una copa de vino en la cena con Guillaume. No me lo prohibieron tajantemente, pero tampoco es recomendable, eso es todo.

—Hoy has comido mejor. Terminaste el *bagel* del desayuno y la ensalada del almuerzo.

—¿Ves? Puedo sobrevivir en la escasez.

—No bromees con eso.

—Yo crecí en la pobreza, Manu. Tengo todo el derecho.

Manuela permanece en silencio por los próximos minutos, viendo cómo el sol se hunde con lentitud en el horizonte, arrastrando consigo los últimos jirones rojos y naranjas esparcidos en el cielo.

—¿Ya tienes alguna pista de... en dónde empezar a buscar a tu papá?

—No. He estado revisando el material del investigador que contrató Eliana y, la verdad, yo creo que el tipo la tumbó. No hay un solo detalle de mi papá, solo de Marino, el amigo que supuestamente lo encontró muerto.

—Yo no conozco a tu hermana Eliana tan bien como tú, pero si algo *no* podría creer de ella es que se deje estafar así de fácil. Ella contrató al investigador para seguir a Marino y eso fue lo que él hizo.

—Cierto. Igual, creo que nos va a tocar empezar por el principio. Yendo a Filadelfia.

—Pero tu mamá fue y nadie le dio razón de él.

—Eso fue lo que ella dijo.

Manuela se mueve un poco entre mis brazos para mirarme.

—¿No le crees? —me pregunta y yo no puedo evitar exhalar profundo.

—Solo quiero... constatarlo por mí mismo. La última vez que ella estuvo allá fue hace cinco años, puede que las cosas hayan cambiado y él haya regresado.

—Puede que sí, pero tiene que haber alguna otra forma de encontrarlo. Es increíble que hoy en día, con toda la tecnología que hay... —Manuela se detiene para mirarme una vez más, sus iris se mueven hacia todos los lados, detallando mi cara—. ¿Ustedes no tienen una foto de él para poner en las redes sociales? Con el alcance que Emma tiene en su canal de YouTube y su cuenta de Instagram, sería imposible que nadie lo reconociera, suponiendo que esté vivo.

—Las dos maletas que tú y yo trajimos en este viaje son más grandes que las maletas con las que mi mamá, mis hermanas y yo llegamos a Bogotá. Mi mamá, a duras penas, alcanzó a empacar nuestros documentos cuando huimos de la casa.

—Pues sí. Y ella tampoco es que estuviera loca por conservar las fotos familiares para recordarlo.

—Pero... ¿sabes que no es mala idea? Podríamos contratar a un artista o un ilustrador para que haga un retrato hablado o algo así...

—¡No! Espérate un segundo... ¡Lo tengo! —Manuela se apresura a sacar su teléfono celular del bolso.

—¿Qué cosa?

—¿No has visto los videos de la gente que usa el filtro de TikTok para saber cómo se ven cuando sean cuchos?

—Yo no tengo redes sociales, Manu —le contesto, sin poder reprimir la risa.

—¡El colmo! Yo todavía no me explico cómo te haces llamar experto en *marketing* digital si no tienes redes sociales.

—Garantía de que sobreviviré el apocalipsis.

—Como las cucarachas. —Y es tan descarada que se ríe en mi propia jeta. ¡Cómo la amo!

— ¡Aquí está! —dice, apuntándome con la cámara del celular—. A ver, bebé, una sonrisita para mamá.

—¡No me jodas!

—¡Mira esta ternurita! Vas a ser un viejito coquetón.

Manuela me entrega su celular y se acomoda de nuevo sobre mi pecho para que ambos podamos ver la foto que me acaba de tomar, y aunque admito que la experiencia es divertida, la imagen de mí mismo con las mismas arrugas en la frente, las canas en la sien y las sombras debajo de los ojos que mi padre probablemente tiene, forma un nudo en mi estómago. De repente quiero vomitar.

—Ahora tú —le digo a Manuela, activando la cámara en modo *selfie* para tomarle la foto—. Vamos a ver ¿qué tipo de viejita vas a ser? Una bien verde, me imagino.

—Verde, pero exigente. Yo no le doy la hora a cualquier culicagado que se me arrime —bromea, posando frente a la cámara con esa sonrisa amplia y genuina que compite con la hermosa vista del mar frente a nosotros. Lo juro, su sonrisa es la *kriptonita* de mis rodillas.

Tomamos varias fotos con diferentes ángulos, porque la vanidad de Manuela, como la Luna, no se conforma con una sola pose, ni una sola cara. Cada reflejo de la luz en sus ojos, cada sombra escondiéndose detrás de sus curvas, cada mechón de su pelo revoloteando en la brisa es una capa que hace parte de su ser, agregándole color y dimensión.

—¿Me regalas la última pose antes de que se ponga el sol?

—Dale, ¿en dónde me quieres? —me pregunta, no solo con sus palabras, si no con sus ojos abiertos en una expresión de audaz coquetería.

—Esa pregunta es peligrosa —le digo, devolviéndole el coqueteo con un guiño—, pero digamos que... por ahora, podrías sentarte otra vez aquí, a mi lado.

Manuela permanece inmóvil, tratando de leer mis intenciones en mi rostro.

—Solo quiero ver... cómo luciríamos si llegáramos a viejos... juntos. —La frase sale de mi boca casi a las malas, salvándose de caer en el vacío que siento en mi pecho ante la inminencia de nuestra despedida.

La expresión de Manuela se suaviza mientras se me acerca, ya no solo hay coquetería, también hay un toque de ternura y añoranza.

—Claro que sí —susurra, acomodándose detrás de mí para abrazarme por detrás, pasando uno de sus brazos alrededor de mi cuello y el otro por mi cintura.

Yo sostengo el celular con los brazos estirados hasta encontrar el mejor ángulo y a la voz de «¡aguardiente!» presiono el botón rojo del obturador, plasmando en el presente un instante del futuro que durará una eternidad en mi memoria. Así sea solo una ilusión. Un sueño imposible. Un pinche filtro de TikTok para recordar que, hasta el último minuto, fuimos felices.

La última línea del sol desapareciendo en el horizonte es la más dramática. Sus rayos se extienden en todas las direcciones como brazos tratando de aferrarse a la cortina del cielo. La inmensidad de la vista comprime mi pecho. El tiempo se acaba y, una vez más tendré que decirle adiós a una relación frente al ocaso.

—¿Te gustó? —Manuela me pregunta, antes de que yo pueda abrir la boca para pronunciar su nombre.

—Cada segundo.

—¿Cuál es el plan ahora? —Manuela me susurra al oído, rozando su mejilla aterciopelada en el borde del pabellón de mi oreja. La piel se me eriza al instante.

—¿Cómo así? —respondo con otra pregunta solo porque mi cerebro está demasiado ocupado, procesando todos los estímulos sensoriales que ha recibido en tan poco tiempo.

—Podemos volver a Oranjestad y... no sé, irnos de rumba. Todavía nos falta experimentar la vida nocturna de la ciudad. Es parte de nuestro perfil demográfico.

—Tienes toda la razón —digo, siguiéndole la corriente mientras la ayudo a empacar la canasta del pícnic—. Debemos completar esta fase de investigación.

—Y es muy importante que tengamos toda la información que necesitamos para hacer el plan de medios —Manuela insiste en un tono robótico deliberado, estirando sus labios en una sonrisa maldadosa.

—¿Quieres que pasemos primero por la cabaña para cambiarte?

La pregunta timbra a Manuela, quien se detiene en el acto para mirarse el atuendo.

—¿Me veo muy fea?

—¡Cómo se te ocurre! —No tengo otra alternativa que reírme—. Te lo he dicho mil veces, tú te ves hermosa así te vistas con un costal de papas. Claro que... si me preguntas... —agrego, modulando el tono de mi voz con la muy evidente intención de hacerla sonrojar—. Te diría que mi *look* favorito es *au naturel*. Como Dios te trajo al mundo.

—Ya quisieras —dice, empujando mi hombro con el suyo, contoneando sus provocativas caderas a propósito, al caminar por el sendero.

Y yo estoy que me trago mi propia lengua al ritmo de esas curvas paseándose por el lugar, con ínfulas de dueña y señora, con la bella arrogancia de quien tiene el mundo en sus manos.

—Espera un segundo. —Manuela se detiene frente a la fachada de un almacén de perfumes para mirarse en el reflejo de la inmensa vitrina de vidrio—. ¿Me puedes cubrir, porfa?

—Manu... aquí no puedes. Si necesitas ir al baño...

—¡No seas tonto! —me reprende, metiéndose una mano entre el escote para acomodarse los senos dentro del brasier.

—Se te va a caer una —bromeo, mientras me posiciono entre ella y el resto de los transeúntes, con la esperanza de que mi espalda resguarde lo que sea que necesite hacer en privado.

—Tú, preocúpate por tus propios colganderos.

—¡Colganderos! ¡Ja! Así es como nos respetamos —replico, con toda la ironía de la que soy capaz.

Manuela me ignora mientras termina de ajustarse el vestido a lo largo de su figura esbelta y curvilínea. Saca de su bolso un cepillo pequeño que usa para peinar su sedoso cabello negro, antes de acomodarse los mechones que enmarcan su frente y el contorno de su cara.

Yo me deleito observando su reflejo en la vitrina, saboreando sus movimientos.

—¿Será que me aplico labial? —Porque la conozco, sé que no me lo está preguntando a mí, si no a sí misma. Su propia opinión de sí misma es la que siempre le ha importado y si hay algo que me enloquece de ella, es que sepa quién es y lo que quiere; por lo que permanezco callado, contemplando su figura como el idiota enamorado que soy.

—¿Tú qué dices? —Sus ojos conectan con los míos en el reflejo de ambos en la vitrina.

—Si mal no recuerdo, solo hay una razón por la cual querías aplicártelo —le digo, aflojándole las riendas a mis escrúpulos.

—¿Y esa es? —Manuela arquea la ceja derecha y con ese simple gesto, el termómetro de mi cuerpo empieza a marcar un pico en la temperatura.

Me inclino un poco hacia ella para rozar mi mentón en su sien.

—Para que yo te lo quite con mis labios.

Manuela reprime la risa mientras gira en su propio eje para mirarme de frente y, si sus ojos pudieran disparar, yo ya habría caído herido.

Y no me importaría, siempre y cuando cayera en sus brazos.

—Un retoque de brillo será suficiente —comenta, sacando el Chapstick de su bolso.

Empezamos la noche en medio de las luces de neón y la música electrónica de la discoteca de uno de los hoteles cinco estrellas más populares de la isla. Luego de empalagarnos con una buena dosis de «chispún», caminamos un par de calles hacia el centro de la capital en donde la rumba real ya está prendida, a pesar de ser lunes.

Nos decidimos por un cóctel sin alcohol en un piano-bar, acompañado por unas notas vibrantes de *jazz* que improvisa una banda en vivo.

—¡Salud! Por el mejor trabajo del mundo —digo, levantando el vaso de mi Shirley Temple—. Si no nos ganamos la cuenta, al menos nos la gozamos.

—¿De cuándo acá eres tan pesimista?

—No es pesimismo, es realismo.

—¡Ni siquiera lo intentes porque esa mentira no me la como! ¡Suéltala! ¿Qué es lo que te preocupa realmente?

Es inútil tratar de ocultarle lo que siento por dentro. Hicimos un trato, nada de lo que yo le diga tiene por qué afectar sus planes de carrera, no porque no le importe dejarme, sino porque a mí me importa más ella y su futuro.

—¿Muy temprano para confesiones escabrosas? —Manuela insiste con cautela.

—No... no es eso. No estoy preocupado. Me siento más bien... ansioso.

—Ansioso. —Manuela repite la palabra como si se tratara de un aparato nuevo que está aprendiendo a usar.

—No te voy a negar que una de mis metas en BrandsMedia era ser vicepresidente, pero jamás pensé que la oportunidad se presentaría tan pronto y... —Respiro profundo, liberando la tensión en los músculos de mis hombros y mi espalda—. No sé si le voy a dar la talla a Trudy.

Manuela sonríe y deja escapar un suspiro de alivio.

—Te queda muy bonita la carita de falsa modestia y todo, pero ni tú mismo te la crees. Si hay algo para lo que eres bueno es para hacer negocios... entre otras cosas.

—¿Ah, sí? Otras cosas como... ¿cuáles?

—En principio, yo diría que vas a terminar quedándote con el puesto de Trudy indefinidamente.

—No digas eso. Yo la aprecio mucho como para robarle la banca así.

—Ella no va a regresar a BrandsMedia. Cuando una mujer como Trudy renuncia a algo tan importante como una vicepresidencia, lo único que le queda es salirse con la suya.

—¿Por qué estás tan convencida?

—Porque ya la he visto en acción. Cuando se le mete algo en la cabeza, no la agacha hasta que lo consigue.

—¿Estás hablando de Trudy o de ti misma?

Manuela toma un sorbo de su piña colada sin ron, examinándome con la mirada.

—Supongo que de las dos. Trudy es el tipo de mujer que siempre he querido ser. Ella ha sido mi modelo a seguir desde que entré a la agencia.

Los dos compartimos un largo silencio, ambientado por el sonido del *jazz* como telón de fondo.

—Te lo digo en serio, no para aliviar tu ansiedad. —Manuela pone una mano sobre la mía—. Yo creo que la vas a sacar del estadio como vicepresidente de nuevos negocios.

Reacomodo mi mano para envolver la suya en mis dedos y acariciar su piel con mi pulgar, anticipando el vacío que sentiré en mi pecho cuando llegue el momento de extrañarla.

—¿Quieres bailar? —le pregunto.

Salimos del piano-bar y a juzgar por la Luna, posicionada en el cenit de un cielo sin nubes, de un azul intenso y penetrante, diría que ya pasamos la media noche.

El palpitante ritmo de las trompetas y las congas se siente incluso a través del asfalto, haciéndole cosquillas a nuestros pies, mientras la refrescante brisa del mar nos atrae irremediabilmente a la playa, en donde un grupo de jóvenes reproduce sus canciones de reguetón favoritas, en un par de inmensos parlantes conectados por *bluetooth* a sus celulares, marcando el compás de la fiesta en el paraíso.

Manuela y yo solo necesitamos una mirada para encaramarnos en el tablado de la pista de baile, que se erige en medio de la arena de la playa, y en donde nos abrimos espacio entre las demás parejas para dejarnos llevar por el ritmo de *Ojitos lindos* de Bad Bunny.

Conforme las estrellas se van moviendo en el cielo para dar paso al azul índigo de la madrugada, las canciones se van haciendo más suaves, hasta llegar a la sublime *Te busco* de Celia Cruz, con la que es prácticamente imposible no terminar abrazados.

—Ya se terminó la canción —me dice Manuela, aun cuando sus brazos siguen aferrados a mi cuello.

—Yo todavía la estoy escuchando. —Y mis brazos se aferran a su cintura con voluntad

propia.

Intentamos sostenernos la mirada, pero yo, por lo menos, sé que solo es cuestión de dar un suspiro para que ese beso hermoso con el que empezó nuestra historia, frente a un bar de mala muerte en la calle cincuenta y una, en Bogotá, se repita. Desafortunadamente, esta vez la magia se convertiría en remordimiento; y me niego a ponerle esa mancha a mi primer recuerdo con Manuela. Me limito entonces a recostar su cabeza sobre mi pecho y celebrar por última vez la fortuna que tuve de conocer el amor a su lado.

—Me duelen los pies, es hora de regresar a la cabaña —me dice, y por el tono de su voz, sé que el comentario es una excusa para espantar la tristeza con una broma.

Y así se conjura la magia que hubiera podido llevarnos demasiado lejos, al lugar al que quisiéramos volver, pero que... puede que ya no exista.

De regreso, Manuela conecta su teléfono celular al *bluetooth* del carro. Segundos después, las sensuales notas de una canción que no reconozco me llegan a los oídos.

—Se llama *Somebody else*, de Aysanabee —me dice, cuando le pregunto por el nombre de la canción.

—¿Por qué siempre haces eso? —insisto, mirándola con una sonrisa, antes de volver los ojos hacia la carretera—. Agregar el nombre del artista a la canción, como si fuera una cita en un libro.

Manuela frunce el ceño sin dejar de sonreír.

—No me había fijado en eso hasta ahora —comenta, estirando sus piernas y colocándolas, cuan largas son, sobre la guantera, cruzando un talón sobre otro—. Supongo que, para mí, el artista y su obra son una sola cosa.

El vestido de Manuela se desliza sobre sus muslos torneados hasta acumularse a la altura de sus caderas, dejando al descubierto la gloriosa piel dorada por el sol que envuelve sus piernas, sin que ella haga nada por evitarlo. Su atención se centra en la música que emana de los parlantes del carro, mientras canta con la misma efusividad con la que cantaría en un escenario. Y verla cantar y reírse y hablar y decirme lo bien que se siente es otra de esas razones por las cuales vale la pena vivir. La vida no ha hecho otra cosa que negármela, pero el amor la mantendrá intacta a mi lado, en un rincón de mi memoria y mi corazón, que solo le pertenecerá a ella.

Me doy la inmerecida indulgencia de mirarla por el rabillo del ojo. De toda la ropa en su clóset, ella tuvo que ponerse el vestido más corto posible para acelerarme el pulso y mandar mi presión arterial a la estratósfera. De repente siento la cremallera de mis *jeans* demasiado apretada para considerarme a mí mismo un hombre decente. Manuela se ve increíble con cualquier cosa que se ponga, pero sus faldas y vestidos son mi ruina total.

La línea de rejas blancas que delimitan el complejo de cabañas se hace visible y empiezo a sentir agujas picando la palma de mis manos. Nuestro tiempo se agota y no voy a ser capaz de hablarle... decirle todo lo que siento, lo que significa que se vaya, lo mucho que me hará falta.

Pero quizá ya no sea necesario. Quizá las palabras sobren cuando lo has vivido todo y solo te queda la decisión de seguir la ruta del presente y aprovechar los pocos segundos que quedan para sonreírle, en vez de gastarlos lamentando la eternidad que nunca sucedió entre nosotros.

Manuela sube las escaleras del porche perezosamente, masajeando su cabello negro que cae sobre sus hombros y a lo largo de su espalda.

—¿Perdiste tus llaves? —le pregunto, al ver que se recuesta en la pared, al lado de la puerta.

—No. ¿Tú perdiste las tuyas? —susurra, largándome una mirada intencional que no logro interpretar por completo. Tal vez estoy confundido por la penumbra que nos rodea, o quizá hay algo en el tono de su voz que me... ¿seduce?

—Siempre han estado aquí —digo, bajando el barítono de mi voz un par de notas.

Abro la puerta de la cabaña y espero, recostado en el marco, a que ella ingrese primero.

—Creo que no te lo he dicho en todo el día —me dice, poniendo el dedo índice en la mitad de mi pecho, como presionando el botón correcto para encender el motor de mi deseo.

—¿Qué cosa? —La pregunta es innecesaria, pero insisto en hacerla para mantener el foco en la realidad y no en el hecho de que, mientras la yema de sus dedos acaricia la piel en mi esternón, deshaciendo los dos primeros botones de mi camisa para pasearse indiferente entre mis pectorales, su cuerpo entero se alinea frente a mí y sus piernas encuentran su lugar entre las mías.

Manuela acerca su rostro a mi cuello, trayendo su carga eléctrica consigo. Yo no intento moverme un centímetro y, al mismo tiempo, quiero huir de sus deliciosas caricias antes de que sea demasiado tarde.

—El aroma del mar te sienta bien. —Manuela roza la punta de su nariz con el borde de mi mandíbula y sube un poco más hacia el lóbulo de mi oreja, inspirando el aroma de mi perfume —. Cítrico, dulce... fresco.

Los latidos del traidor de mi corazón se aceleran con el roce aterciopelado de sus labios en una esquina de los míos.

Ni siquiera sé en qué momento entro a la cabaña y cierro la puerta detrás de mí. Solo sé que estoy sosteniendo a Manuela por la cintura y ella presiona su cuerpo acalorado contra mi torso, mientras devoro esos exquisitos labios que chocan hambrientos con los míos.

—Manu... esto no era lo que tenía en mente... —alcanzo a decirle al oído, ahogando un jadeo.

—Déjame llevarme este recuerdo de ti... conmigo. Solo esta vez —me dice, moviendo sus labios sobre los míos—. No te estoy pidiendo lo imposible, ¿o sí?

—¿Así no seamos nada el día de mañana?

Debería soltarla y alejarme de ella, mantener la compostura como el caballero que debería ser, para evitar hacerle más daño. Pero el demandante toque de sus manos en la parte interna de mis muslos es suficiente para apretar mis caderas contra las suyas y presionar mi erección entre sus piernas, arrancándole un gemido cargado de deseo. Tal vez... yo no sea ni la mitad del caballero que creía ser.

—Me vale tres pitos el día de mañana... yo te necesito ahora. —Manuela gime una vez más, acorralándome contra la puerta—. A menos que tú no quieras —continúa con una voz sensual, consumida por la lujuria, mientras se aparta ligeramente para deslizar sus manos debajo de las tirantas de su vestido, retirándolas de sus preciosos hombros. El vestido cae por acción de la gravedad alrededor de sus pies, revelando ante mí, sus perfectos senos contenidos en un sujetador de encaje color piel, que apenas cubre sus pezones—. Si ese es el caso, es solo que me digas y me detengo. —Manuela hace una breve pausa, bajando lentamente hasta quedar de rodillas, mientras sus manos recorren mi pecho, mi abdomen y se detienen en el área ardiente en deseo, entre mis piernas—. Sin resentimientos ni objeciones. Esta noche solo quiero lo que tú quieras —añade, solicitando aprobación con sus ojos, mientras dibuja una sonrisita maldadosa en sus labios.

¿Y se supone que debo decirle que no? Tendría que estar loco. Manuela de rodillas, frente a mí, es el paraíso encarnado en la mujer por quien le entregaría mi vida entera, mi corazón y mi pobre alma pecadora al diablo.

—¿Quién te dijo que te detuvieras? —le ordeno, en el tono de mando que sé que le encanta escuchar de mí.

Manuela me mira con ojos codiciosos y una sonrisa traviesa, mientras me desabrocho los

jeans y bajo la cremallera. Sus manos presurosas agarran la pretina de mis *jeans* y me ayudan a bajarlos, junto con mis *boxers*.

—Buen chico —dice en una voz sensual, al contemplar mi erección. Siento mi propia sangre hervir en mis venas ante la imagen de sus ojos gatunos y el sonido de su voz juguetona—. ¿Sabes qué? Tengo un *gran* problema. Perdí el elástico para agarrarme el pelo —agrega, en un ronroneo.

—Yo puedo ayudarte con eso —respondo, devolviéndole la sonrisa.

—¿Te importaría?

Acepto, no como el favor que me pide sino como una orden que me está dando. Sé que no necesita que mueva su cabeza en ninguna dirección; lo que Manuela quiere es abandonarse en el placer que encuentra en la forma como mis manos acarician la piel de su nuca y recogen su cabello brillante entre mis dedos, disfrutando la textura sedosa de sus mechones para, luego, agarrarlos con firmeza en mi puño.

Manuela agarra mis caderas, a su vez, asegurándose contra la puerta. No puedo evitar cerrar los ojos y apretar mis párpados ante la increíble sensación de su lengua húmeda y cálida recorriendo mi sexo, desde la base hasta la cima. Aun en mi éxtasis, puedo sentir sus labios sonriendo sobre mí mientras gimo y dejo escapar un madrazo.

—Guarda un poco de esas vulgaridades para más tarde —bromea, rodeando mi sexo con su mano derecha, antes de ponerlo en su boca.

Y aquí, en este instante, es cuando me rindo y entrego mi voluntad, porque el verdadero dolor que experimenté durante los cinco años que estuve sin ella, no fue por la humillación de haber sido plantado en el altar, sino por el vacío que dejó en mi vida y la tortura de extrañar su dulce voz susurrándome al oído, diciéndome que creía en mí, en mis sueños; haciéndome sentir digno, admirado y amado.

Manuela no solo me hace feliz, ella es mi lugar seguro, mi persona favorita en el mundo, mi todo. No existe nadie más a quien quiera pertenecer. Yo solo puedo ser suyo, aunque ella jamás vuelva a ser mía.

Siento la palma de su mano sobre el dorso de la mía, su señal para que yo abra los ojos y la vea dándome placer, moviéndose al ritmo de mi respiración que se hace más agitada, en la medida en que mi excitación demanda más velocidad, pero muy a pesar del deseo desenfrenado que veo en sus ojos de hacerme llegar a mi clímax, logro contenerme de milagro.

—No. —Es lo único que alcanzo a decir, sosteniendo su cuello entre mis manos para ayudarla a ponerse de pie.

—Pero si... no he terminado... —insiste entre jadeos, su respiración sigue entrecortada por la excitación. Para el momento en que intenta oponer resistencia, yo ya la tengo cargada en mis brazos, con sus piernas envolviendo mi cintura.

—No. Tú empezaste, yo termino. Y prepárate porque si alguien va a llegar esta noche, más de una vez, vas a ser tú.

—Entonces... necesito mi cartera.

Me inclino rápidamente para que ella pueda recoger la cartera olvidada en el piso, devorando sus labios con la misma ansiedad de una bestia hambrienta. Ella se aferra a mí mientras camino a su habitación, sosteniéndola con todas mis fuerzas por la cintura.

—¿Estás seguro de que quieres esto? —Manuela murmura y su voz parece estar batiendo una pelea con su necesidad básica de respirar—. Esto no quiere decir que hayamos vuelto, es solo un servicio social que le estás brindando a una mujer desesperada.

—Habrías podido escoger a cualquiera de los tipos que te miraban esta noche. No creas que

no me di cuenta.

—Ni me fijé. Yo solo he tenido ojos para ti, desde la primera vez que te vi. —Me devuelve un beso intenso, abriendo mi boca con sus labios, asaltando cada rincón con su lengua.

—¿De qué hablas? Ni que no hubieras estado con nadie más en cinco años —le digo, justo cuando cruzamos la puerta de la habitación.

—¿Importaría? —Manuela presiona sus talones sobre mis nalgas mientras desabotona del todo mi camisa y la abre de par en par para besar mi pecho.

—Lo único que me importa es que, en este momento, solo soy yo. —Me detengo al sentir sus manos bajar por mi abdomen hacia mi vientre para masajear mi erección—. ¡Dios santo! ¡Manuela, ten piedad!

Ella me silencia con otro beso profundo en el que pruebo las dulces notas del sabor a cereza de su Chapstick, mezclado con sorbete de fresa y puro deseo. Respondo con la misma necesidad, manteniendo mi brazo derecho alrededor de su cintura y pasando mi mano izquierda por su espalda hasta la base de su cabeza, en donde paso mis dedos por su cabello, sujetándolo con fuerza.

Manuela se retira un poco para ofrecerme una sonrisa traviesa.

—Puedes jalar un poco más duro. Me fascina.

—¿No hubo nadie más? —le pregunto.

Ella me blanquea los ojos, sosteniendo la sonrisa en sus labios.

—¿Te acuerdas de aquella noche... después de la cena de ensayo, antes de la boda? Esa fue mi última vez, antes de que lo hiciéramos de nuevo, en el baño de Blue Monkey.

La maldita cena de ensayo que terminó en discordia por culpa de mi mamá, mi hermana y su necesidad constante de meterse en mi vida. Esa noche por poco cancelamos la boda y hasta habría sido una sabia decisión en comparación con lo que sucedió después. Sin embargo, esa fue una de las mejores reconciliaciones que Manuela y yo tuvimos siendo novios. También fue la última vez que estuvimos juntos y...

No puede ser. Mi corazón se encoge al caer en cuenta de lo que esto significa.

—¿No has estado con nadie más en cinco años?

—Lo dices como si me hubieran mandado a un convento con un cinturón de castidad. Fue mi elección y no me arrepiento.

—Por favor, Manu. No me digas que te dejaste ganar del sentimiento de culpa por haberme dejado plantado y te negaste a ti misma la oportunidad de estar con alguien más. Tú mereces toda la felicidad de este mundo, Manuela. Independientemente de lo que me hayas hecho o no.

—No fue el sentimiento de culpa, Diego. No estaba interesada en nadie más, eso es todo. Solo quería estar contigo de nuevo, así fuera uno de mis sueños imposibles.

Coloco su cabeza debajo de mi barbilla y su cara contra mi pecho. La única razón por la cual no la abrazo más fuerte es porque podría aplastarla contra mí. Lejos de halagar mi ego masculino, me siento devastado al saber que Manuela se negó a sí misma la posibilidad de conocer a otra persona y encontrar allí el cariño y el cuidado que merecía durante cinco largos años, por culpa del profundo remordimiento que la hacía sentir indigna del amor de alguien más.

—¿Qué hubiera pasado si yo no hubiera regresado de Londres y no nos hubiéramos reencontrado?

—No lo sé, la verdad. No estaba planeando morir solterona, pero tampoco estaba buscando... a nadie. —Manuela se las arregla para liberar su mano derecha de mi abrazo y me agarra por el mentón, lanzándome una mirada exigente y juguetona—. Yo no recuerdo que fueras tan charlatán durante los preliminares. Si vas a seguir hablando, será mejor que utilices la palabra

«coger» entre frase y frase, porque a eso es a lo que vinimos.

Sonrí, embelesado por su audacia. ¡Cómo no adorarla!

—Yo soy tuyo para que me ames, me uses o me deseches, me importa un carajo —digo, recorriendo su cuello con mis labios—. Pero yo a ti, no te voy a coger, linda. Yo te voy a hacer el amor. Montones. Suave y dulce, áspero y sucio, pero siempre será amor.

Nos besamos una vez más mientras la acuesto sobre las lujosas almohadas reunidas contra la cabecera, con el cuidado y el amor que se merece, como la preciosa joya que ella es para mí.

Devastamos nuestras bocas con caricias lujuriosas de labios, lenguas y dientes. Son cinco largos años de ausencia que debo reparar y, aunque una noche no sea suficiente para ponerme al día, es justo lo que necesito para demostrarle lo mucho que me importa su felicidad.

Recorro con mis nudillos la línea de su mandíbula suave hacia adelante y hacia atrás un par de veces, reconociendo cada milímetro de la piel que había estado deseando tocar durante tanto tiempo.

Manuela se deshace de mi camisa, dejando expuesta mi espalda; tiene prisa por sentir mi cuerpo desnudo contra el suyo y, aunque no quiero hacerla esperar, contengo mi necesidad por ella para dejar un rastro de besos a lo largo de su cuello, en donde busco esa pequeña área, entre el final de su mandíbula y la parte posterior del lóbulo de su oreja, que la hace gemir. El santo grial de nuestro juego previo.

—Dale. Tú ya conoces las reglas —dice, colocando una mano en mi espalda baja y la otra en mi nuca, presionándome contra ella.

—El límite es el cielo y la palabra «no» —digo, como recitando una plegaria que solo conocemos los dos, arrastrando mis dientes sobre ese parche sensible de piel antes de hundirlos allí, aplicando la cantidad adecuada de presión sin que le duela, la suficiente para ganarme uno de sus profundos gemidos de placer.

Manuela arquea la espalda, encantada.

—¡Otra vez!

Muerdo su cuello una vez más, esta vez apretando mi sexo contra el suyo, sintiendo su humedad empapando su ropa interior.

—Mis pesadillas todos estos años... —digo, con una voz ronca—, no eran porque te odiara a ti, Manuela. Odiaba sentir el espacio vacío a mi lado, en mi cama, en donde se suponía que debías estar.

Manuela me empuja hacia ella una vez más y muevo mis caderas sobre ella, mientras recorro con mi lengua su cuello y su pecho. Allí me detengo para besar su esternón, el área entre sus senos.

—¿Te gusta? —Manuela me pregunta con deseo, al sentir mis dedos tentando la piel debajo de la fina capa de encaje de su brasier.

—Suave y sedoso, como tu piel. Apruebo.

—Lo compré ayer, pensando en ti.

Manuela mueve su torso para dejarme quitarle el sostén y me detengo un instante para contemplar su cuerpo casi desnudo, a excepción de la tanga de encaje. Lo mejor se guarda para el final.

—Hermosa, como siempre —le digo al oído antes de perderme en el agujero negro de sus ojos bellos.

Repaso con mi nariz la piel entre sus pechos, absorbiendo el aroma a rosas y melocotón de su perfume. No puedo creer que haya sobrevivido todos estos años con el mero recuerdo de ese aroma que hacía latir mi corazón, aunque estuviera roto.

Los dedos de Manuela encuentran su lugar en mi nuca, mientras beso sus senos y sello mis labios sobre su pezón derecho. Sus piernas se tensan, envolviendo mi cintura, al sentir mi lengua alrededor del pico sensible, al mismo tiempo que mis dedos viajan hacia el sur, dibujando líneas y círculos en su abdomen, antes de deslizarse debajo de la costura de su tanga.

—Diego, no aguanto más. Te quiero ya —Manuela suplica.

—No estoy jugando contigo, te lo juro. Solo quiero tocarte. Déjame tocarte.

Deslizo la yema de mis dedos por debajo de su ropa interior, llegando a los pliegues sensibles que protegen su entrada, hasta encontrar el punto exacto en donde su placer se hace más intenso. Mi lengua imita en sus pezones, el movimiento de mis dedos entre sus piernas, siguiendo la intensidad de sus gemidos, señal de que su momento ha llegado.

Dejo otro rastro de besos en mi camino hacia su abdomen y su ombligo, en donde me detengo por un momento para masajearlo con mi lengua, mientras mis dedos acarician la piel debajo de su ropa interior, antes de quitársela.

Manuela me pide que me mueva dentro de ella, pero cambia de opinión con el primer roce de la punta de mi lengua en su centro. Quiero que ella encuentre su clímax primero, una recompensa por todas las veces que dejé que mi resentimiento la alejara de mí, pensando que no podía volver a confiar en ella, cuando en realidad, era yo quien no podía confiar en mí mismo para recuperarla y hacerla feliz.

Manuela clava sus dedos con más fuerza en mi nuca y gime mientras deslizo un dedo dentro de ella, mi boca todavía trabajando en el manojito de nervios en la parte superior. Si yo mismo estoy al borde de mi propio clímax al sentir su cuerpo tensarse, solo puedo imaginar el trance de placer en el que se encuentra en este momento.

—¡Perfecto! ¡No... no te detengas! —Manuela jadea, cerrando los ojos y apretando con fuerza sus párpados.

¿Detenerme? Nunca. Su placer es mi deber sagrado. Ella nunca me ha pedido nada para sí misma, ni consuelo, seguridad o apoyo financiero, solo que la ame, y esa es razón suficiente para querer complacerla hasta el límite de mis fuerzas, darle todo y más, mi vida entera si es necesario. Continúo con el mismo ritmo y dedicación hasta que siento sus músculos internos contraerse y expandirse vigorosamente alrededor de mis dedos, señal de que ha logrado su orgasmo.

Solo cuando retira sus manos de mi cuello y siento su cuerpo relajarse, me alejo un poco para sacar la tira de condones de su cartera y prepararme, mientras Manuela me besa la boca.

Mi media naranja, una mitad que lo tiene todo. La frase me llega a la mente ante la suave y dulce sensación de mi sexo unirse al suyo. ¿Cómo podría contemplar un futuro sin ella? ¿De dónde salió la estúpida idea de que podría sostener una relación con Ximena cuando Manuela seguía ocupando mi corazón? Es tan absurdo que raya en traición.

Aun así, Manuela no quiere castigarme yéndose para Miami. Lo sé. Ella quiere encontrar su propio camino, un futuro, y lo único que puedo hacer es pedirle al universo que algún día ese camino se junte con el mío, de alguna forma.

—¿Sí me escuchaste o ya te dormiste? —Manuela bromea, sacándome de mis propios pensamientos.

—¡Aquí estoy, mamacita! Esto es lo que quieres, ¿cierto? —digo con voz ronca mientras me aparto por un breve segundo para voltear su cuerpo, dejándola boca abajo sobre la cama, agarrándola por las caderas, trayéndola hacia mí—. Quieres que te haga llegar una y otra vez, hasta sacarte de la cabeza la estúpida idea de irte para Miami.

—¡Maldita sea, sí! ¡Quiero que me lleves a la Luna y me regreses a la Tierra! —ordena,

girando la cabeza para darme una mirada penetrante y lujuriosa por encima del hombro—. ¡Muéstrame todas esas cosas ricas de las que me estaría perdiendo si me largo!

—¿Qué tal que conozcas a alguien más allá? —pregunto, separando sus rodillas para tener acceso a ella.

—¿Para qué querría conocer a alguien más? —Manuela gime, apretando con fuerza las sábanas entre sus manos, mientras ingreso a ella de nuevo—. ¡Tú sabes exactamente lo que me gusta!

Justo la frase que necesitaba para perder el control. Nos abandonamos al placer de nuestros movimientos desenfrenados, a la fricción deliciosa de nuestros cuerpos, al sabor de nuestro sudor acumulándose en la piel. El mundo solo parece cobrar sentido cuando estamos juntos. Separados, solo somos dos cometas girando alrededor de algún planeta perdido en medio del vasto universo, esperando el momento de colisionar el uno con el otro y convertirnos en una sola estrella.

La tomo por el cuello para traerla hacia mí y mi corazón da un vuelco al sentir el cálido contacto de la piel de su espalda contra mi abdomen.

—Aquí estoy, linda. Solo existo para ti. —Continúo moviéndome dentro de ella mientras mi mano alcanza su zona más sensible, en el vértice de su sexo, para masajearlo una vez más. Mi mente se funde a negro ante la intensa ola de energía que emana de su segundo orgasmo y el mío. Ambos llegamos al clímax de nuestro placer al mismo tiempo, como siempre nos ha gustado.

Manuela cae boca abajo sobre la cama, exhausta, respirando profundo para recuperar el aliento. Hago una breve pausa para desechar el condón antes de recostarme con cuidado sobre su espalda, resguardando su cuerpo con el mío.

—¿Estás bien? —me pregunta Manuela, al acariciar mi mejilla y encontrar una lágrima rodando.

—Estoy bien, linda. No te preocupes —confieso—. Ahora lo estoy.

Manuela se voltea para verme de frente y atrapa una segunda lágrima con sus labios, besando mis pómulos mientras pasa sus dedos por mi cabello. Recuesto mi cabeza sobre su pecho y me relajo... hasta sumirme en el más increíble de los sueños. A su lado.

11

MANUELA

No suelo usar mi brazo para barrer mi maquillaje, mis productos para el pelo y de aseo personal del tocador del baño y meterlos de un solo brochazo en mi bolso de viaje, pero la cuestión es de tiempo. No puedo darme el lujo de perder un segundo.

—¡Johnston!... ¡Dios te guarde! —le digo al celular, apenas logro contestar—. Gracias por devolverme la llamada. ¿Estás muy ocupado?

—Nada de preguntas. Dígame, ¿para qué soy bueno? —me dice la voz amable y gentil del administrador del complejo de cabañas que atiende mi llamado de auxilio al otro lado de la línea.

—Me cogió la tarde y necesito llegar al aeropuerto cuanto antes.

—¿En diez minutos estaría bien?

Abro la boca para contestar la pregunta y la cierro de inmediato al entrar de nuevo a la habitación y ver mi maleta a medio hacer.

—Deme quince.

Cuelgo el celular y me enfoco en lo urgente. Hacer la maleta y ponerme la primera prenda de vestir que encuentre. La llamada que le debo a Roberto y a Marco Antonio y la correspondiente explicación, las hago después.

No sé si Diego realmente pensó que no lo sentí moverse entre las sábanas esta madrugada y deslizarse con el sigilo de un espía ninja de la cama. No intentó hablarme, ni siquiera tocarme, supongo que para evitar despertarme. Lo cierto es que, a pesar de la inmovilidad en la que mantuve mis extremidades mientras él salía de la habitación a hurtadillas, mis sentidos y mi cerebro estaban alerta y en pleno funcionamiento. Mis ojos permanecían cerrados, cubriendo detrás de la cortina de mis párpados, el movimiento vertiginoso de mis pensamientos que giraban alrededor de una gran decisión en la que Diego tenía todo que ver, pero de la que él no quería ser parte.

No sé por qué no quise abrir los ojos ni dar señales de vida, pero algo me dice que hice lo correcto. Diego quiso irse sin despedirse y, después de lo que pasó ayer (y anoche) yo no habría podido soportar la palabra «adiós» saliendo de sus labios. Definitivamente el material del que ambos estamos hechos lo aguanta todo menos las despedidas.

El timbre en la puerta anuncia la llegada de Johnston. Y eso me alegra porque para lo único que no tengo paciencia el día de hoy es para esperar.

La media hora que hay de la cabaña al aeropuerto se hace eterna. Suerte que Johnston es un buen charlador y me ha mantenido distraída y, lo más importante, despierta. Anoche tuve muchas y muy buenas razones para no dormir. Lástima que no sean las mismas para dejarlo todo y empezar de cero en Miami.

—¿Qué debería hacer con el carro, entonces? —me pregunta Johnston, una vez nos despedimos.

—Lléveselo a Diego. Él todavía lo necesita un par de días más. Además, fue él quien lo rentó, supongo que es él quien debe entregarlo.

Me acerco a la ventanilla de la aerolínea para hacer *check-in*. Paso sin mayor problema los controles de seguridad y la revisión de mi pasaporte en inmigración, hasta llegar a la sala de

espera en donde, por fin, puedo sentarme y relajarme, antes de abordar el vuelo. Lo urgente ha sido resuelto, ahora es el turno de pensar en lo importante: la llave que Diego me dejó sobre la mesita de noche, antes de cerrar la puerta de mi habitación tras de sí, junto con una nota escrita de su puño y letra.

Manuela, mi amor.

Odio hacer esto, pero no me dejas otra opción. Voy a chequearme en un hotel por el resto de la semana, tú te puedes quedar en la cabaña el tiempo que quieras. Johnston ya tiene instrucciones de atender cualquiera de tus solicitudes.

Roberto me confirmó que sales directo para Miami desde Oranjestad y si yo no fuera un maldito debilucho y cobarde, te llevaría yo mismo al aeropuerto. Pero debo admitirlo. En este momento no estoy en condiciones emocionales para despedirme de ti, como lo hubiera querido. Quisiera poder decirte que me iría contigo para Miami, pero... precisamente por la fragilidad de mi salud mental, necesito continuar mi proceso de recuperación. Yo necesito estabilidad, una rutina más o menos consistente, necesito echar raíces en alguna parte y... encontrar a Federico, mi padre.

Son demasiadas las cosas que me atan a Bogotá, aunque mi lugar esté contigo.

De todas maneras, quiero que sepas que no tengo planes deirme para ninguna otra parte... ni amar a otra persona. Tú eres la única para mí y voy a esperarte el tiempo que sea necesario, sin importar la medida. Si vuelves, por favor vuelve conmigo. El día que sea, en el año que sea, a la hora que quieras, abre de par en par las puertas de mi apartamento y llega a mis brazos, que siempre estarán allí, esperando por ti.

Lo que encuentras al lado de esta nota es una copia de la llave de mi apartamento en Bogotá, que es tuyo también, igual que mi corazón. Mientras la conserves te estaré esperando.

Aquí tengo que detenerme para secarme las lágrimas y tragar grueso el nudo en mi garganta que corta mi respiración.

Pero si encuentras tu lugar en el mundo al lado de una persona especial que comparta tus sueños y te trate bien, tal como lo mereces... primero que todo, tienes que saber que nada me hará más feliz que saber que tú lo eres; me fascina cuando te sales con la tuya. Deseo lo mejor para ti, Manu, tú lo sabes. Deseo que tus aventuras sean tan increíbles como las imaginas, que tus viajes por el mundo te sorprendan con lo inesperado. No dudo que encontrarás eso y mucho más, porque solo lo extraordinario le sucede a gente extraordinaria como tú.

Lo único que me restaría pedirte sería que me enviaras la llave de regreso, sin notas, explicaciones, ni despedidas. Todo está dicho entre nosotros, linda. No hay necesidad de cruzar una palabra más.

El día que reciba mi llave de vuelta, sabré dejarte ir, te lo prometo.

Diego.

He leído la carta unas veinte veces, cinco de ellas durante las últimas dos horas del vuelo, repasando con mis dedos su caligrafía, como si quisiera que él sintiera las caricias de mis dedos en su piel aun en la distancia, a través de las letras.

—Miss? —La oficial de inmigración me hace señas para seguir hasta su ventanilla y presentar mi pasaporte.

—*What's the purpose of your trip?*

—Tuve que venir hasta acá para regresar.

—*Excuse me?* —La confusión de la oficial es total. Y yo soy una hueva. Le acabo de responder en español su pregunta sobre el propósito de mi viaje.

—*Sorry...* —Bajo la mirada, intentando armar una sonrisa en mi cara trasnochada—. *It's been a long trip.* —Respiro profundo y rectifico mis hombros, reacomodando mi postura—. *I'm here to visit a friend.*

Espero que no se note demasiado las atribuciones que me estoy tomando con el término *friend*, pero no tengo otra opción. No soporté casi diez horas encapsulada en un avión para salir corriendo en el último minuto.

La oficial le da una última ojeada a mi pasaporte con sus manos enguantadas, antes de estampar el sello en una de las páginas y entregármelo, plantando una amable sonrisa en su cara.

—*Very well, miss. Welcome to the United Kingdom. Enjoy your stay.*

Bienvenida al Reino Unido. La frase que había soñado escuchar por tantos años.

Me tomo un instante para reunir toda la fuerza de voluntad en mí y devolverle la sonrisa a la oficial, a pesar de que mis lágrimas se acumulan en las orillas de mis ojos. Lo que hubiera dado por escuchar esa frase cuatro años atrás, la primera y última vez que usé las pocas migajas de coraje en mi alma para decidir buscar a Diego y contarle la verdad de por qué lo dejé plantado en el altar. Sé que hubiera llegado hasta acá, hasta el Reino Unido, si la embajada no me hubiera negado la visa en aquel entonces. Es difícil saber con certeza si lo habría recuperado, pero al menos habría saldado esa deuda con él y habría evitado tantos años de ausencia y dolor para ambos.

Ya no importa. Supongo que nunca es tarde para llegar al lugar correcto y cerrar las cuentas pendientes de una vez por todas. Eso, si encuentro la forma de salir del laberinto que es el aeropuerto de Heathrow de Londres y llegar a alguna parte que valga la pena que no sea el baño de damas o el ascensor.

Puede que no todos los caminos conduzcan a Roma, pero si algo puedo decir de Londres es que, sin importar el punto de partida, cualquier combinación de las líneas del Tube conducen al Big Ben, la inmensa torre neoclásica a orillas del río Támesis.

Diez horas de viaje y la decisión más importante de mi vida me han traído hasta acá. Aprieto mis puños mientras contemplo la corriente del río, los botes transportando turistas de lado a lado, las olas que van y vienen. Todavía me cuesta creer lo fácil que resultó para él arrojar, desde este preciso lugar, el brazalete que le regalé cinco años atrás para celebrar nuestro compromiso. Me pregunto si, para mí, sería igual de sencillo deshacerme de una parte de él que fue testigo de nuestra historia.

Abro mis puños, la forma del anillo ha quedado impresa en la palma de mi mano derecha, a fuerza de convicción, como han quedado los besos de Diego en mi piel y su nombre en mi alma. El zafiro incrustado en las bandas de oro blanco brilla con el reflejo del sol, al igual que las crestas de las olas en el río, dándole una textura escarchada al agua.

Mi hermoso anillo de compromiso ha quedado solitario en una combinación que, se suponía, debía ser de dos. Diego me dio la opción de deshacerme de él a mi manera, pero ¿cómo podría tirar al olvido una piedra del color del cielo en la noche que nos besamos por primera vez, rodeada por nueve diminutos diamantes que representan las estrellas de mi constelación?

¿Qué otro lugar le correspondería a una pieza de nuestra historia que ha sobrevivido tanto dolor? El fondo del Támesis no es ese lugar. El amor de Diego se queda conmigo, al igual que el anillo en mi dedo.

—*Hello, there! What a surprise!* —Escucho la voz petulante de Vikram acercarse a mí y no puedo más que exhalar aliviada y sonreír para mí misma. Por fin, una voz conocida. Por alguna razón, la primera que se me viene a la mente es María Paulina. Mi amiga me voltearía el mascadero de una cachetada si me viera en estas con el hombre que más odia en este planeta

—Juro que voy a mandar a instalar una placa conmemorativa en este lugar —continúa.

—¿Ah sí? Y ¿qué diría la placa?

—«Este sitio está reservado para Diego y Manuela...» —dice, sus manos en forma de corchetes para enfatizar—, «un par de imbéciles que, amándose como locos, harían cualquier cosa por mantenerse separados».

—¡Ah! ¡Qué ternura! Yo también te odio. —No puedo evitar sonreírle y fingir ojos enamoradizos. El tipo es un fastidio adorable—. Pero me alegra mucho verte.

Vikram da un par de pasos más hacia mí para envolverme en un abrazo fraternal.

—¿Cómo estuvo el viaje? ¿Quieres comer algo?

—No, gracias. Yo estoy bien. —Respiro profundo, frotándome las manos sobre los *jeans* en mis muslos, haciendo acopio del coraje que necesito para preguntarle—: La verdad quiero salir de esto lo más rápido posible. ¿Me puedes llevar?

—¿Estás completamente segura de que quieres hacerlo? —Vikram frunce el entrecejo, sin ninguna intención de ocultar su preocupación—. Yo sé que no me estás preguntando mi opinión, pero... Manu, yo no veo nada bueno salir de esto.

—Puede que no, Vikram. Puede que sea la peor idea del mundo, pero tengo que hacerlo. Necesito asegurarme de que nadie va a meter las narices o a sabotear mi relación con Diego de nuevo.

Vikram descarga sus hombros con una profunda exhalación en señal de derrota. Él sabe que, ya estando en Londres, es muy poco lo que puede hacer para disuadirme, por lo que hace un gesto con la cabeza en dirección hacia la calle, para que lo siga.

—*What are you doing here?* —le grita una expresiva pelirroja a Vikram, apenas abre la puerta del edificio para salir de allí y confrontarlo. Si no fuera porque me he visto las siete temporadas de *Outlander* y la película *Corazón valiente* de Mel Gibson, no le entendería una palabra de lo que dice en inglés, en su particular acento escocés—. Si vienes a traerle razones del pendejo de Diego, dile que bien se puede largar al infierno.

—*Excuse me?* ¿De cuál pendejo estás hablando? —Por poco le ladro. Una palabra más y trapeo el andén con esas mechas.

—Yo no vine a traerle mensajes de Diego —Vikram interviene, cauteloso—. Pero necesito hablar con ella. ¿Podrías ayudarme a...?

—Ximena no está aquí —la escocesa replica, levantando una ceja displicente—. Y no entiendo, ¿de qué necesitarías hablar *tú* con ella?

—Eso quiere decir que ella sigue aquí, en Londres. —El comentario se me sale sin pensar y ya entrada en gastos, no tengo otra opción que seguir—. En realidad, soy yo quien necesita hablar con ella —aclaro, mirándola de frente, en lo profundo de sus ojos azules—. Mucho gusto, soy Manuela Franco.

Esos mismos ojos se agrandan con la sola mención de mi nombre. No cabe la menor duda de que la mujer sabe quién soy y, aunque siga sin entender la razón de mi visita, muchas de sus preguntas deben estar cobrando sentido en su cabeza. Juro que podría ver a través de sus ojos el mecanismo de su cerebro produciendo muchas más preguntas, todas salpicadas con una buena

dosis de endorfinas hirviendo en curiosidad.

—*Are you?* —me pregunta, mirándome de arriba abajo, como si le sorprendiera que yo hablara inglés—. Ximena no lo va a creer cuando le cuente.

—No tienes que contarle nada, para eso vine a buscarla, para hablar con ella directamente. Si no está en casa en este momento, ¿me podrías decir a qué horas llega?

—No pierdas tu tiempo. Ella no va a querer hablar contigo.

—Pues... que me lo diga ella misma. ¿No te parece... Chelsey?

La escocesa se cruza de brazos, le sorprende que yo sepa su nombre.

—Lo siento mucho, chicos, pero me temo que no voy a poder ayudarlos. Lo último que Ximena quiere y necesita en este momento es tener algo que ver con Diego. Déjenla en paz.

Chelsey vuelve al edificio sin importarle cerrarnos la puerta en la cara.

—Te lo dije. —Vikram se voltea para emprender nuestro camino de vuelta.

—La frase que nos encanta decirle a los amigos cuando se meten en problemas.

—¿Eso quiere decir que ya somos amigos, tú y yo?

—Los amigos de mi novio son mis amigos.

—¿Mi novio? No entiendo, Manuela. Diego y tú ¿volvieron o no?

—Sí, ya volvimos... lo que pasa es que... él todavía no lo sabe —respondo con una sonrisa pícaro y agregó en broma—: Es secreto de confesión. No le puedes decir, me dañas la sorpresa.

—Tú necesitas ayuda, ¿sabías? —Vikram mueve el dedo índice alrededor de su oreja, la señal inconfundible de que me falta un tornillo en la cabeza—. ¿Qué quieres que hagamos ahora?

—No sé. La verdad no quiero caerle al restaurante. Es su lugar de trabajo.

—No me refería a eso. Preguntaba si querías almorzar o conocer algún sitio. Supongo que querrás, al menos, tomarte una foto frente al Palacio de Buckingham o algo así.

—Sí, podemos hacer eso... pero... —Por primera vez en mucho tiempo mi cerebro queda estático, demasiado ocupado en sus propias maquinaciones.

—Diego tenía razón, solo basta mirarte a los ojos para saber que algo estás tramando.

—Relájate. Ni que estuviera...

—Planeando alguna emboscada. Sí, eso temo.

Podría adivinar que Vikram está pensando lo mismo que el hemisferio izquierdo de mi cerebro: debería ir a recoger mi maleta al hostel y largarme en el primer vuelo que me lleve de vuelta a Bogotá. Eso sería lo que cualquier persona racional y en sus cabales haría.

Pero este no es un asunto para resolver con la cabeza, sino con el corazón, porque es allí donde encuentro la certeza de que esto no es solamente lo correcto, sino lo que quiero y necesito, por más ilógico y estúpido que parezca. Yo no vine a esta increíble ciudad, en este lejano país, a pasear, ni a perder mi tiempo, si no a defender lo que es mío. Mi relación con Diego.

—Okey, me atrapaste. Detesto la idea de invadirla en su propio terreno, pero en guerra larga hay desquite, como decimos en mi tierra. Y ella me las debe. Ahora, sé un buen ciudadano y préstame tu teléfono celular. No voy a extorsionar a nadie ni a cometer ningún crimen, te lo prometo. Será una llamada inocente y estrictamente profesional.

Aun en contra de su voluntad, Vikram saca el celular del bolsillo de su chaqueta y me lo entrega y con ese simple acto de generosidad (o debilidad, no lo podría asegurar), me demuestra lo afortunado que Diego fue al encontrar a un amigo como él.

Solo me toma una búsqueda en Google para encontrar el teléfono de Barren Land, el restaurante donde Ximena trabaja, y una rápida llamada para reservar la próxima mesa disponible lo más pronto posible, es decir, mañana por la noche, lo que no me molesta para nada puesto que, por lo menos, voy a tener el resto de la noche y todo un día para pensar en mi plan o

dejarlo en las manos de Dios, lo que sea más fácil y efectivo.

—¿Segura que no quieres que te acompañe? —Vikram me pregunta con preocupación, como si la reservación que acabo de hacer en Barren Land fuera para una colonoscopia, mientras nos sentamos a la mesa de una hamburguesería, a esperar nuestro pedido.

—No es necesario, deja el drama. Además, hice la reserva solo para mí. Se supone que soy una periodista gastronómica que trabaja para una revista colombiana; si llego contigo, tendría que inventarme una historia más larga y, honestamente, no tengo el ancho de banda en este momento para pensar en otra cosa que no sea hablar con Ximena sin que ella intente sacarme los ojos con una espátula.

—¿Eres consciente de que eso puede pasar?

—Estoy hablando en sentido figurado. La vieja puede tener todos los motivos para odiarme, pero dudo que sea una asesina en serie. —Me acomodo en la silla y reviso mis uñas antes de preguntarle a Vikram—: Diego siempre me ha hablado muy bien de ella. No hace sino decir que es muy talentosa.

—Y eso te crispa los celos.

—Dime la verdad, Vikram. ¿Qué tan felices crees que ellos habrían podido ser si Diego no se hubiera dado cuenta del desliz que ella tuvo con su jefe? Porque esa fue una de las razones por las cuales esa relación se acabó.

—No te digas mentiras a ti misma, Manuela. Diego terminó con Ximena porque se dio cuenta de que te amaba, independientemente de que tú le hayas contado la verdadera razón por la que lo dejaste plantado en el altar.

—Pero... supongamos que Diego no hubiera perdido el trabajo aquí y no hubiera tenido que devolverse para Colombia. ¿No crees que estarían en el mejor momento de su relación? ¿Incluso que... estuvieran planeando su boda?

Vikram mueve los labios para decir algo, pero se detiene al ver al mesero acercarse para traernos la bandeja con el pedido. Luego de considerar por un largo minuto sus palabras, decide hablar.

—Diego hubiera podido quedarse si hubiera querido, Manuela. —Más que un recuento de los hechos, el tono de su voz sugiere que está a punto de hacer una confesión—. Diego y yo éramos directores de grupo de cuentas en Vértigo, una agencia independiente aquí, en Londres.

—Sí, Diego me contó. También me dijo que habían perdido un cliente por el Brexit y, para colmo, su permiso de trabajo había expirado cuando terminó su MBA.

—Pero seguramente no te contó que, después de que perdimos el cliente, tuvieron que reestructurar la agencia y fusionar nuestras cuentas en una sola unidad para poder dejar a un solo director.

Vikram se interrumpe y me mira, asegurándose de que estoy siguiendo la lógica.

—Que serías tú... —digo, como si intentara completar un rompecabezas forzando una ficha que no cabe del todo.

—Alan, el CEO de la agencia, nos pidió que decidiéramos entre los dos quién se quedaba. Para ambos era claro que Alan quería que Diego se quedara, pero no quería cargar con el peso de la decisión. Digamos que... era un tema políticamente sensible.

—No entiendo. Tú eres ciudadano británico. La opción más obvia eras tú.

—No es tan obvio, Manu. Yo nací y crecí aquí, soy y me siento británico, pero mis padres provienen de la India. Eso me da ciertos... matices. Me hace diferente—. Vikram me mira por un instante, ofreciéndome una sonrisa melancólica—. Tú no lo ves así porque en tu país, el tema racial es diferente. Yo no soy el experto, pero a mi modo de ver, la discriminación en tu país

tiene que ver más con el clasismo que con la raza como tal.

—Yo no estaría tan segura. Ese tema es material de discusión para una facultad de sociología completa.

—Cierto. En fin, el todo es que, Diego y yo no logramos ponernos de acuerdo así que lo echamos a la suerte y él ganó. Al día siguiente intenté pasar mi carta de renuncia, solo para enterarme de que Diego ya había renunciado. Lo hizo justo después de que Alan nos pusiera a decidir.

Y en gestos como ese puedo reconocer la clase de hombre que vive en mi corazón y lo hace latir. Diego no tolera una injusticia, por más pequeña que sea, y aun si la intención de Alan hubiera sido genuina, Diego hubiera renunciado de todas formas, con tal de que su amigo conservara su puesto.

—Siento mucho que haya sucedido de esa forma, Vik. Sobre todo porque sé que habrías querido conservar tu trabajo por tus capacidades, no porque alguien haya hecho un sacrificio.

—*Nonsense*. —Vikram termina de darle un mordisco a su hamburguesa y mastica un par de veces antes de deglutir y continuar su idea—. Yo sé lo que tengo y lo que valgo como profesional, no necesito la validación de nadie y tampoco siento la necesidad de demostrarle a nadie que soy bueno en lo que hago, pero me decepcioné de mí mismo por no haber hecho lo mismo por él. Es decir, ¿por qué no se me ocurrió a mí renunciar primero? Diego es mi amigo, es como un hermano para mí, tanto como yo lo soy para él, y no fui capaz de pensar en algo para ayudarlo.

—*Okey*, lo acepto. Pero te estás yendo por la tangente. No entiendo ¿yo qué tengo que ver en eso? Diego lo hizo por ti.

—En parte. Diego nunca lo admitirá, así lo metan en una cámara de tortura, pero yo lo conozco y sé que a él le estaba haciendo falta algo que no podía encontrar en su trabajo, ni en sus terapias, o en su relación con Ximena. Y al parecer, ese algo... estaba en Colombia, en BrandsMedia.

La insinuación de Vikram enciende mis mejillas. A pesar de todo lo que ha sucedido desde que Diego volvió a mi vida, en especial la última noche que pasamos juntos y la nota que dejó en mi mesita de noche, me sigue pareciendo increíble que, en el fondo, Diego me haya extrañado durante todos estos años.

—¿Fuiste tú quien le dijo que, tal vez, la única forma de deshacerse de sus pesadillas era volviéndolas realidad?

Vikram sonríe y mueve la cabeza de lado a lado, en señal de negación.

—El doctor Crane. Diego da la vida por su terapeuta. Tenlo en cuenta cuando envíes las tarjetas de Navidad.

Vikram termina la frase guiñándome el ojo, antes de darle otro mordisco a su hamburguesa. Yo hago una pausa para desempacar la mía y en esas, se me escapa un bostezo.

—¿En dónde te estás quedando?

—En un hostel cerca a Hyde Park.

—Yo te dije que podías quedarte en mi apartamento. Mi *roommate* es una mujer, si eso era lo que te preocupaba.

—Gracias por el ofrecimiento, Vik. Sinceramente, cuando te llamé ya había hecho la reserva por Internet, en caso de que estuvieras fuera de la ciudad o no lograra contactarte. Y, por otro lado, tampoco quería abusar de tu confianza. Ya suficiente has hecho con escaparte de la oficina toda una tarde para ayudarme a buscar a Ximena.

La amplia sonrisa de Vikram se angosta en una modesta línea horizontal.

—No me escapé de la oficina. En realidad, desde la semana pasada estoy sin trabajo. Me detengo en el acto, justo antes de hincarle el diente a mi hamburguesa.

—¿Renunciaste?

Vikram niega y su repentino cambio de ánimo me dice que he vuelto a reincidir en mi pecado original: meter la nariz en los asuntos ajenos, haciendo preguntas impertinentes.

—Lo siento mucho, Vik.

—*It's okay!* La agencia necesitaba *otro* cambio de estructura para mantenerse a flote y tuvieron que dar de baja a algunos empleados. O por lo menos eso dice la carta que me entregaron. —Vikram hace una pausa para tomar un poco de su bebida antes de continuar—. No quiero pensar demasiado en eso. Tal vez el *dharma* tiene algo mejor preparado para mí.

—¿El *dharma*?

—El orden que hace posible la vida y el universo.

Se dice que los mejores momentos de la vida no se pueden describir con palabras, puesto que el viaje del alma a través del espacio y el tiempo simplemente no puede ser encapsulado en un solo concepto ni articulado en un sonido. Solo *es*. Pero también pasa que la vida misma te sorprende con la palabra exacta que conecta todos los puntos de tu cuerpo, tu mente y tu espíritu en un solo lugar, un solo segundo, un solo pensamiento, como una ficha de tetris que desbloquea una hilera completa cuando cae en el lugar correcto.

Dharma.

De repente sientes que no estás sola, ni eres un pedazo de roca flotante, perdida en el inmenso vacío del cosmos.

The cash, the cellphone, and the stone

12

MANUELA

Evidentemente este no es el momento de sentirme una roca perdida en el cosmos, sino una vil cucaracha haciéndose pasar por una agraciada mariposa o, para ser más exacta, una publicista fingiendo saber de gastronomía cuando, a lo mucho, logra prender una estufa y freír un huevo.

El equipo del restaurante me ha recibido con amabilidad extrema, rayando en devoción. Los meseros y el *sommelier* han estado atentos a cualquier inquietud, pregunta o solicitud de mi parte y la comida que me han ofrecido va más allá de ser deliciosa. La experiencia de Barren Land ha sido perfecta, excepto por una sola cosa: la respuesta de Ximena que la mesera está a punto de entregarme.

—Ximena dijo que te mostrara... esto. —Por la cara de chihuahua asustadiza y el tono irregular de su voz, puedo adivinar que no me trae buenas noticias. La mesera mira a su izquierda y a su derecha, recorriendo con sus ojos el amplio y elegante espacio de estilo industrial, paredes de ladrillo expuesto, mesas negras y sillas forradas en terciopelo verde, asegurándose de que ningún otro comensal vea lo que sea que me trae escondido en el puño de su mano derecha.

Entre curiosidad, intriga y preocupación, me quedo mirando a la mesera quien, en contra de su voluntad, estira su dedo medio mientras los demás permanecen contraídos en un puño. La señal universal que significa, en cualquier idioma, «vete a la mierda».

La respuesta no me sorprende, pero me siento mal por la pobre mesera que se llevó la peor parte de la experiencia solo por tener la amabilidad suficiente para hacerme un favor. Espero que la propina que le voy a dejar compense en algo el esfuerzo.

—Okey. —Respiro profundo, una última plegaria para asumir la derrota—. Creo que ya estoy lista para pagar la cuenta.

Mi frase queda suspendida en el aire, interrumpida por una voz masculina que nos sorprende a ambas.

—¿Lorena Martínez? *Nice to meet you, I'm Keneth Doyle*. —El hombre se detiene al lado de la mesera y extiende la mano para saludarme. Yo no puedo más que corresponderle las atenciones con una sonrisa demasiado amplia para mi gusto. Así que este es el tal «Ken».

Ahora entiendo por qué Ximena cayó en la tentación hace unos meses, mientras era novia de Diego. El tipo es un roble alto y fornido, además de gentil y amable. Las comparaciones son odiosas, pero como no estoy obligada a dar una opinión imparcial, me atrevo a decir que no me lo imagino en un traje de ejecutivo como Diego ni cumpliendo horario de oficina, por lo que a mí, personalmente, no me inspira ni un mal pensamiento, pero tampoco me pudre el ojo. A decir verdad, el exterior es agradable a la vista, con un aire de cazador... o de pronto, leñador. Por alguna razón, me lo puedo imaginar como uno de esos hombres circunspectos, acostumbrados a trabajar al aire libre, enfrentando los rigores de la naturaleza, habitando una cabaña entre las

montañas.

—Siento muchísimo no haberme acercado antes a saludar. Hemos tenido una noche ocupada en la cocina.

—¡Oh! No hay problema, he estado muy bien atendida y la comida... ha sido... increíble. Exquisita. Fuera de este mundo. —Como buen anfitrión y embajador de su propio negocio, Keneth me escucha con atención y es evidente que está esperando de mí, la supuesta periodista gastronómica, una opinión mucho más elaborada que el chorro de adjetivos babosos que salen de mi boca—. Lástima que ya sea tan tarde y... me tenga que ir. Fue un placer visitar su restaurante. —Miro nuevamente a la mesera—. ¿Me puedes traer la cuenta?

—Nuestras pruebas de menú no tienen costo para los medios. Solo pedimos que nos envíen una copia del artículo publicado en la revista. —Con un guiño, Keneth le hace señas a la mesera de que puede retirarse.

—Muchísimas gracias, Ken. —Los nervios traicionan mi voz, podría contar en este momento cada una de las gotas de sudor frío bajando por mi espalda—. Por favor, extiende mis agradecimientos, en nombre de la Revista *Saló*, a tu equipo. Han hecho un trabajo increíble.

—Puedes venir conmigo a la cocina para agradecerles en persona. Les encantará conocer tu *feedback*. *C'mon!*

Mi garganta se cierra por completo por el pánico. Una cosa es fingir algo que no soy para acercarme a Ximena, pero otra muy distinta es tenderle una emboscada en su propio lugar de trabajo.

—¡No! Tranquilo, no es necesario. Lo último que quiero es molestarlos justo ahora que están tan ocupados.

—No nos tomará mucho tiempo, no te preocupes. De hecho, es lo que se acostumbra cuando alguien de los medios viene a las pruebas de menú.

El cabello en la base de mi nuca se me eriza y justo así debe sentirse alguien que está tendiendo el cuello sobre el bloque de madera en el cual le van a cortar la cabeza. Antes de que yo pueda articular alguna otra excusa para sacarle el culo, el tipo ya ha caminado varios pasos hacia donde, supongo, queda la cocina.

No tengo más remedio que seguirlo, impostando una tímida sonrisa que disfrace mi pánico generalizado, invadiendo cada extremidad de mi cuerpo y mis intestinos.

—¡Aquí, equipo! Un momento por favor —le escucho decir a Keneth, luego de dar un par de sonoras palmadas para llamar la atención del grupo de chefs en sus impecables uniformes. Yo me limito a seguirlo a prudente distancia, cruzando un brazo sobre mi cintura, bajando la mirada como si el arte del disimulo fuera un escudo—. Nuestra invitada de hoy, Lorena Martínez, de la revista colombiana *Saló*, viene a darles las gracias personalmente por el gran trabajo que han hecho en la noche de hoy.

De repente, el claqueo de las cucharas sobre las sartenes, los cuchillos sobre las tablas de cortar y las espátulas contra los tazones, se detiene. Me da por pensar que incluso nuestra respiración se corta de tajo con mi presencia en la cocina.

No hace falta que levante los ojos para saber que sus miradas están clavadas en mí, puedo sentir el peso de sus expectativas aplastándome con la anticipación de lo que les voy a decir, pero por el rabillo del ojo, puedo comprobar que alguien en particular estaría feliz de clavarme en la pared con solo lanzarme uno de esos extraordinarios cuchillos para filetear salmón.

No tiene sentido hacerles perder un minuto más de su precioso tiempo laboral, así que levanto el rostro y dirijo la mirada hacia la esquina desde donde Ximena Cardona me observa con furia contenida.

—El placer ha sido todo mío, el de conocerlos y disfrutar de sus creaciones. La experiencia, simplemente, me ha dejado sin palabras. —En el momento en que giro la cabeza hacia Keneth, puedo ver en su rostro que la actitud de Ximena se lo ha dicho todo, por lo que apresuro la última línea de mi discurso—. Muchísimas gracias por su hospitalidad. Espero volver a tener la oportunidad de admirar su talento en el futuro.

Con una mirada desafiante, Ximena agarra una toalla que lleva colgada en la pretina de su delantal para secarse las manos y mueve la cabeza hacia la puerta trasera de la cocina. La señal no podría ser más clara. Vamos a arreglar el asunto entre damas. En la calle y agarradas de las mechas.

—No pude haber sido más clara en el mensaje que te envié a la mesa con Reagan. ¿Necesitabas que te mandara el dedo pintado en un plato o qué? —Ximena me reclama en un tono ácido, lleno de resentimiento, una vez cierro la puerta trasera del restaurante tras de mí.

—No fue mi intención llegar hasta la cocina. De hecho, yo ya me iba, pero ni modo, aquí estoy. Yo necesito hablar contigo...

—Dime, ¿quedarte con él no fue suficiente? —Ximena me interrumpe de un tajo—. ¿Era realmente necesario venir a restregármelo en la cara y humillarme frente a todos mis compañeros de trabajo?

—Yo no vine a restregarte nada en la cara. Al contrario, vine a ponerte la cara para que me digas de frente lo que debiste haberme dicho hace tres semanas, cuando viajaste a Colombia a confabularte con Eliana para hacernos daño a Diego y a mí.

—¡No seas cínica, Manuela Franco! —me dice entre dientes, frunciendo los labios hasta reducirlos a una línea firme—. Fuiste tú la que se metió con *mi* novio y destruyó una relación seria y estable. ¿De dónde sacas el coraje para decir que yo les hice daño?

—Yo no me metí con tu novio. Ustedes habían terminado cuando Diego volvió a Bogotá. Aun así, Diego intentó hablar contigo una última vez para aclarar lo de las acciones que todavía tienes en Petite Délice. Dime, ¿por qué te escondiste durante semanas enteras cuando Diego te estaba buscando? Si querías defender tu relación con él y recuperarlo, ¿por qué no me buscaste a mí para decirme las cosas de frente, en lugar de esconderte detrás de las faldas de tu amiga y enviarme una foto abrazando a Diego?

—Yo no tengo tiempo para discutir tus delirios de persecución ni darte explicaciones de absolutamente nada, Manuela. Tú dejaste plantado a Diego en el altar y, aun así, él prefirió quedarse en el limbo contigo en vez de ser feliz conmigo. A mi modo de ver, la única que salió ganando fuiste tú porque, hagas lo que hagas, él siempre te elegirá a ti, como el masoquista que es.

Ximena camina hacia la puerta trasera del restaurante, tropezando mi hombro con el suyo a propósito, para hacerme tambalear.

—Yo solo vine a que me dijeras una cosa, Ximena —le pregunto, antes de que abra la puerta para entrar—. ¿Tú lo planeaste todo con Eliana o dejaste que te usara una vez más, como siempre lo ha hecho contigo y con Diego?

—Por mí, puedes irte derecho para el carajo a sacar tus propias conclusiones.

La onda sonora del portazo que da al entrar a la cocina por poco quiebra el bombillo de la calle y el vidrio de un par de ventanas en el acto, dejándome sola en el callejón que, hasta el momento, no me había parecido tan oscuro y lúgubre como ahora.

—*That's quite the slam!* —una voz masculina dice, antes de soltar una risa burlona.

Mi básico instinto de conservación me impide mover la cabeza en dirección a la voz, por lo que me limito a mirar por el rabillo del ojo para ver dos figuras moviéndose hacia mí a paso

lento. Respiro profundo y doy media vuelta para emprender mi camino hacia la calle principal. Habiendo nacido y crecido en las calles de Bogotá, se necesita mucho más que esto para crispar mis nervios.

—*Hey, you! Want some company?*

—*Maybe a couple of drinks to make you feel good.*

Las voces insisten en seguirme con el mismo ritmo con el que yo intento alejarme, la diferencia es que sus zancadas parecen ser más amplias y ágiles, hasta el punto de alcanzarme y flanquearme, reduciendo mis opciones para escapar. La calle no está muy concurrida a esta hora de la noche, a mitad de semana. Vikram ya me había advertido que esta zona de la ciudad no es la más turística ni pintoresca. De hecho, solía ser un barrio notorio por su dudosa reputación hasta que algunos valientes emprendedores decidieron aprovechar el bajo costo de los arriendos para ubicar sus negocios aquí y cambiar, poco a poco, el semblante de la zona.

Por lo visto, aquello de «poco a poco» es literal. Y esta vez, me tocó a mí lidiar con la parte «dudosa» de la reputación del barrio.

—No te preocupes, *lovely* —dice la voz ronca de la derecha en inglés, en un acento que no reconozco, pero que tampoco me importa descifrar—. Será fácil, rápido y, sobre todo, cerca.

No necesito dejarlo completar la frase para acelerar el paso con la fútil esperanza de escapar, pero ambos me agarran del antebrazo, sonriendo ante los pocos transeúntes que deambulan por ahí, fingiendo que somos amigos.

—Más vale que me suelten porque no estoy de humor para aguantarle una mierda a nadie más —digo en inglés, con un tono de acero y las manos cerradas en dos puños compactos, aunque por dentro, mi estómago se quiere desprender del peritoneo y caer sobre el pavimento de la acera. No me preocupa tanto que me roben, sino lo que planeen hacer conmigo después.

—*They're pretty when they're mad!* —El segundo abordó lo dice queriendo sonar amenazante. Pobres idiotas, no les he visto la cara, pero por el timbre de su voz y lo que dicen, a leguas se nota que son principiantes. Lo digo por conocimiento de causa. De donde yo vengo, incluso los principiantes suenan como la peor de las pesadillas.

—¡Les dije que me suelten! —Intento forcejear inútilmente ante la desviación que me están obligando a hacer en una de las esquinas hacia otro callejón oscuro, entre un par de edificios centenarios con fachadas de ladrillo expuesto.

No es hora de detenerme a contemplar el lugar y tampoco es necesario. El olor a basura en descomposición mezclado con orina y quién sabe qué otras porquerías más penetra en mi nariz de inmediato, cortando mi respiración.

—Hazlo fácil para ti misma. Ya sabes lo que queremos. —El tipo que me tiene agarrada del codo derecho me empuja hacia un lado del callejón, delimitado por una pared. Ahora lo puedo ver de frente, aunque las sombras de la noche me impiden detallar su rostro. Solo alcanzo a fijarme en los jirones rubios de su cabello y su barba de una semana aderezando su rostro—. *The cash, the cellphone, and the stone* —agrega sin titubear, señalando el pequeño canguro que llevo cruzado sobre el pecho.

Pero el tipo no solo se refiere al canguro en el que llevo mi plata y mi teléfono celular. Dijo «*The stone*», refiriéndose al zafiro de mi anillo de compromiso con Diego, justo aquello que no estoy dispuesta a entregar así de fácil. No sin dar la pelea por él.

—¿No te parece que, para andar en la calle mendigando, pides demasiado? —le digo como distracción para darle un golpe certero en los dos oídos con toda la fuerza que soy capaz de acopiar en mis dos puños. El tipo pierde el equilibrio al instante, abriéndome un espacio por el que emprendo la huida. Desafortunadamente solo alcanzo a avanzar un par de metros hasta que

su compinche me intercepta y me empuja por los hombros hacia la pared.

—Buen intento, *lovely*! —El muy maldito se ríe en mi cara, pero una buena patada en las huevas lo haría chillar como un niño chiquito si tan solo mi pie alcanzara el objetivo. Para mi desgracia, su compañero me detiene, aunque siga tambaleando.

—Dos perros callejeros contra una sola dama. ¡Así cualquiera saca cojones! —dice Ximena, en inglés, con un tono impasible aunque recio, irguiéndose frente a nosotros cuán alta y larga es, como si se tratara de un Transformer revelando sus dimensiones y medidas reales ¡y la madre si no las tiene! Hasta ahora, que la veo en acción, puedo darme cuenta de que la vieja es altísima. Es un poste de luz con curvas sinuosas y aire de guerrera amazona.

—*The more, the merrier*! —dice el tipo a quien golpeé en los oídos, sacando un arma del interior de sus jeans desgastados—. Ya no tengo que compartir el aperitivo con Jay, porque me llegó el plato principal.

—Ustedes nos tocan un pelo y les juro que se arrepienten. —La tensión en la mandíbula de Ximena es palpable, siento como si fueran mis propios dientes los que estuvieran rechinando detrás de mis mejillas. No se muestra asustada, pero tampoco tan segura de su poder de maniobra ahora que hay un arma en escena. Cualquier cosa podría pasar con el mínimo movimiento que intentáramos y las primeras en lamentarlo seríamos nosotras mismas.

El tipo con el arma avanza hacia Ximena, quien se mantiene firme en su lugar. Supongo que teme un disparo por la espalda en el momento que intente correr para salvarse y todo por mi culpa. Si yo no hubiera venido a buscarla para hablar con ella, estaría trabajando en la cocina del restaurante, en vez de tratar de involucrarse en un lío que yo misma inicié sin quererlo.

—Si esto es lo que buscan, ¡aquí lo tienen! —grito en inglés, retirando nerviosamente el anillo de mi dedo y extendiéndoselos con mi mano derecha—. Seguro lo malgastarán comiendo langosta, caviar y champaña esta noche. Ojalá les dé diarrea y la ambulancia los recoja del suelo con una pala.

—Bueno, sí, *whatever* —dice el cobarde que me empujó contra la pared, arrebatándome el anillo de la mano—. El celular y el efectivo.

—¡No le vayas a dar nada más, Manuela! —me grita una enfurecida Ximena, pero para ese punto yo ya le he entregado el celular.

Una vez el tipo agarra mi teléfono, el sonido de una sirena de la policía que viene a lo lejos nos alerta a todos, en especial al par de cobardes que salen corriendo hacia el callejón a la primera oportunidad.

Ximena intenta correr para alejarse también, pero mis piernas me traicionan, las articulaciones se me doblan al instante, como si mis huesos se hubieran diluido en el ácido crudo de mis temores revueltos con mi ansiedad y mis nervios, dejando un amasijo de carne tirado en medio del asqueroso callejón.

—¿Manuela, estás bien? ¿Te hicieron algo? —Ximena se devuelve apresurada, agachándose a mi lado. Su mandíbula tiembla de angustia.

Niego con la cabeza a falta de voz que desahogue mi impotencia a gritos. Todo me tiembla, desde mi pelo hasta mis labios, mis brazos y la punta de mis dedos.

—Tranquila, no pasó nada, todo está bien —Ximena insiste.

—Mi anillo. —El único sonido que logro articular en medio de mi angustia y mi dolor—. Se llevaron mi anillo.

—Yo sé, pero tenemos que volarnos de aquí. Esta callecita es una olla inmundada.

—No puedo, no siento mis piernas. —Ni mis brazos o mi cuerpo entero que parecen haber caído en un alambrado eléctrico en pleno corto circuito, al punto que debo agitar mis manos con

fuerza a riesgo de perder la movilidad de mis dedos.

—Tampoco nos podemos quedar aquí. Como sea tenemos que volver al restaurante —dice, levantando mi brazo derecho y pasándolo a lo largo de sus hombros para ayudarme a ponerme de pie—. Vamos, yo te sostengo.

—No doy para... no puedo. —Las lágrimas ganan la batalla de mi voluntad arrugada y maltrecha, entre la impotencia de haber causado la cadena de eventos desafortunados que nos trajeron a Ximena y a mí misma a esta situación y el hecho de haber perdido un tesoro precioso que Diego y yo habíamos mantenido guardado, como testigo material de la esperanza que ambos conservamos intacta durante años enteros.

—¿Quieres que llame a Diego? —La pregunta de Ximena me llega como un viento de aire caliente a los pulmones—. De pronto te puedes calmar más fácil si hablas con él.

—¡No! ¡Ni se te ocurra!

Mis piernas siguen descuajadas sobre el suelo con la consistencia de un helado derretido, pero la sola insinuación de llamar a Diego a esta hora para hacerle perder la cabeza sería la cereza sobre la malteada de mis desaciertos.

Tomo aire y cierro los ojos, haciendo acopio de mi fuerza de voluntad perdida entre el tejido de mis nervios sobresaturados.

—¿A la voz de tres? —No puedo más que asentir a la pregunta de Ximena mientras ella se prepara para levantarse del piso con mi brazo cruzado sobre sus hombros.

Como puedo, me levanto con ella al sonido del número tres en su voz. El olor putrefacto a basura desaparece conforme nos alejamos del callejón y retornamos a la luz de la calle principal que nos conduce de nuevo al restaurante.

13

MANUELA

Para el momento en que llegamos a la puerta trasera del restaurante, he recobrado el uso total de mis piernas y puedo caminar por mis propios medios, dando gracias al cielo por conservar intactos cada uno de mis dedos y mis extremidades, pero sobre todo, porque la situación no terminó en una tragedia.

—Gracias por defenderme, Ximena —le digo, mirándola a los ojos.

—Con esto quedamos a paz y salvo. —Ximena abre la puerta y se queda de pie a un lado—. ¿Era tu anillo de compromiso?

Paso mi pulgar izquierdo por mi dedo anular, la sensación de ausencia me arde tanto como el vacío en mi alma. Afirmo con la cabeza a falta de disposición en mi garganta para articular el monosílabo.

Ximena suspira, levantando ligeramente su mentón, con un aire de resignación.

—Una vez más, te sales con la tuya. —Ximena inclina su cabeza de nuevo hacia el interior del lugar y me pregunto si es un ademán característico o si es su forma de demostrarme lo mucho que le disgusta la idea de hablarme como a una persona normal. Aunque... es obvio que estoy lejos de ser una persona normal para ella—. ¿Te tomas un té? Yo, por lo menos, voy a necesitar algo más fuerte.

No tiene caso negarme justo ahora que Ximena ha decidido abrir la puerta y, con ella, la posibilidad de tener la conversación honesta a la que yo aspiraba desde el principio y que es, en últimas, la razón de este viaje.

Una vez en el interior, Ximena abre una segunda puerta en el pasillo y me pide que la espere allí, mientras chequea el estatus del equipo en la cocina y habla con Keneth para reportarle la situación.

Sin otra alternativa, me asomo a la puerta que me acaba de señalar Ximena, más con curiosidad que con cautela y, en vez de la oficina o el cuarto de almacenamiento que esperaba ver, descubro con sorpresa una impecable estancia de paredes blancas con estantes enmontados, llenos de recipientes herméticos con toda clase de ingredientes organizados por colores, tamaños y texturas. Una extensa superficie de granito de muro a muro domina el lugar y sobre la cual reposa una gran variedad de pequeños electrodomésticos de cocina de última generación, recipientes de vidrio de todos los tamaños y formas, y otros utensilios de acero inoxidable que parecen sacados de un laboratorio o, mejor, de un quirófano. En la mitad, se erige una pequeña isla que, a juzgar por las tres sillas alineadas y escondidas debajo de la misma, hace las veces de comedor y superficie para amasar.

—Al fin no me dijiste qué te provoca. Traje lo básico. —La voz de Ximena entrando al laboratorio me sorprende por la espalda.

—Pensé que habías dicho que estabas lista para algo más «fuerte» que un té —comento, al ver la botella de cabernet sauvignon que coloca sobre la isla, junto con dos copas.

—Esto tiene catorce grados de alcohol —me responde y podría jurar que la comisura de sus labios se tensan, reprimiendo una sonrisa.

Yo levanto una ceja desafiante, como diciéndole con claridad que ese porcentaje no me hace

ni cosquillas. La palabra «escrúpulos» acaba de desaparecer de mi diccionario.

—Entonces arreglemos esto a la colombiana —dice.

Ximena se voltea para abrir un gabinete en la parte inferior de la isla, de donde saca una botella que podría reconocer entre millones. La clásica y bien ponderada *media de aguardiente*. La bebida colombiana por excelencia.

—Chef Carré me estaría zumbando los oídos de un grito si me viera cometer este sacrilegio —comenta Ximena, vertiendo dos dedos de nuestro preciado destilado en una de las copas de vino.

—Las chicas pueden salir de la montaña, pero la montaña jamás saldrá de las chicas —digo, recibiendo la copa de aguardiente que me ofrece.

Guardo silencio por un instante, sin perder de vista los movimientos de la mujer frente a mí, mientras ella sirve su propia copa. Ximena es exactamente como me la imaginaba, incluso antes de verla en la fotografía que recibí. Su estatura es increíble, superando de sobra el promedio de cualquier mujer colombiana. Podría decir que es tan alta como Diego. Sus ojos color miel y sus largas pestañas podrían derretir un glaciar entero en el corazón de cualquier hombre que pose de rudo. Su nariz fina, sus cejas pobladas y rectas, del mismo color caramelo de su pelo, enmarcan una cara alargada, dándole un aire delicado y... frágil, por decirlo de alguna manera. Podría apostar sin miedo que, si la repostería no se hubiera cruzado en su camino, Ximena habría podido ser una modelo de alta costura, una actriz de televisión o quizá, una poderosa empresaria del mundo del entretenimiento. Sin embargo, algo en el movimiento agraciado de sus manos al manipular las copas, en el garbo con el que porta su uniforme de chef, con la bandera de nuestro país bordada en el cuello, me dice que este es el mundo al que ella orgullosamente pertenece. El mundo de la creación artística. De repente, la idea me estremece. El mismo mundo al que pertenece Leticia Ospina. Mi suegra.

Ximena y yo nos miramos frente a frente, cada una con su copa de aguardiente en la mano.

—Serían siete años de mal polvo —dice, mirando con disimulo su copa.

—Dios y la Virgen Santísima nos libren —contesto y después de darnos un par de segundos para dudar, ambas decidimos tácitamente que nuestra animosidad no vale la pena una maldición de ese calibre, por lo que chocamos las copas a manera de brindis y nos tomamos el aguardiente a fondo blanco.

Hasta aquí llega mi valiente periodo de abstinencia etílica, pero digamos que la interrupción se justifica. El fuego del aguardiente parece haber descongelado los tentáculos del miedo y la ansiedad que mantenían mis músculos tensos después del robo.

—¿Es aquí donde la magia sucede? —pregunto, admirando el mundo de posibilidades creativas en este lugar.

Ximena asiente, siguiendo con la mirada mis movimientos.

—Este es nuestro taller creativo. Aquí es donde descubrimos nuevos sabores y combinaciones para nuestros platos —me contesta, sirviendo otra ronda de aguardiente—. ¿Por qué estás aquí y no arrunchando a Diego entre las cobijas? Por Dios Santísimo que eso sería lo que yo estaría haciendo en tu lugar —me pregunta, mientras camina hacia el inmenso refrigerador de puertas de vidrio para sacar una larga bandeja llena de tortas y esponjas de todos los colores.

—Yo solo quiero saber ¿qué pasó ese día? Cuando llegaste a Colombia a buscarlo.

—¿Él no te contó ya? —Ximena me interrumpe y en el tono de su voz puedo sentir el peso del hastío.

—Si estoy aquí es porque me interesa escuchar *tu* versión de los hechos.

Ximena se voltea para encararme con una mirada inquisidora.

—¿Eso qué quiere decir? ¿Que me creerías más a mí que a él?

—Yo no tengo por qué dudar de Diego. Yo le creo, no solo porque es un hombre honesto sino porque sé, por experiencia, lo lejos que pueden llegar Eliana y Leticia con tal de manipularle la vida.

Ximena suspira y toma un plato blanco, totalmente plano, de uno de los estantes expuestos del laboratorio.

—¿Te importa si trabajo mientras hablamos? Mi aprendiz no da abasto.

—Por supuesto que no. —Me detengo solo por disfrutar el ridículo placer de observarla cortar con precisión una rodaja de torta, supongo que de vainilla, y ponerla sobre el plato.

Ximena me da la espalda y camina de nuevo hacia el refrigerador, de donde saca un contenedor con un líquido amarillo en el interior, otro rojo y otro color chocolate. No me cabe duda de que se trata de diferentes salsas para aderezar la torta.

—¿Y yo qué velas tengo en ese entierro? Tú misma lo acabas de decir, ese es un asunto entre las Ospina y tú —replica, formando un círculo perfecto con la salsa roja, seguro de fresa o frambuesa, alrededor de la pieza de torta en el plato.

—Lo resolvería si ellas se dignaran a darme la cara y defenderse, en vez de dejar a Diego solo, asumiendo toda la responsabilidad de lo que pasó, siendo inocente. No sé a ti, pero a mí, me parece muy injusto que hagan eso con él, después de todo lo que ha sacrificado de sí mismo por ellas durante tantos años.

Ximena me mira con ojos afilados por un breve instante, mientras estira su brazo para tomar el tarro con salsa amarilla en sus manos.

—¿Lo justo sería entonces que yo asumiera la culpa para liberar a Diego? —me pregunta, dibujando puntos amarillos en el plato.

—¿A alguna de ustedes le interesa Diego en lo absoluto? —insisto, cruzándome de brazos en total desconcierto y al ver que Ximena mueve los labios para responderme, yo levanto una mano para detenerla—. Que quede claro de una vez por todas, Ximena. Yo no vine a cazar culpables y tampoco se trata de ajusticiar a nadie sino de proteger a Diego y para ello necesito entender contra quién me estoy enfrentando realmente. Lo que pasó ese día, el hecho de que me hayan enviado esa foto tuya abrazando a Diego con el único propósito de herirme y separarme de él... es lo más bajo que alguien podría caer por despecho. Y tú lo sabes.

—¿Y qué esperas que te diga, Manuela? ¿Que lo siento mucho?, ¿que qué pena haberte incomodado mientras yo trataba de recuperar a mi novio de tus garras?

—Primero que todo... yo no tengo garras. Yo me arreglo las uñas sagradamente todos los sábados. Y segundo, yo podría entender muy bien que lo hayas hecho tú, tienes todos los motivos del mundo para odiarme, pero... ¿Eliana? ¿Su propia hermana? A mí todavía no me cabe en la cabeza. Y en el fondo sé que a ti tampoco. Eliana puede ser tu mejor amiga, pero apuesto lo que sea que no apruebas lo que hizo. A menos que la idea haya sido tuya desde el principio.

Ximena blanquea los ojos y en su actitud, puedo ver el rostro de la exasperación. No sé si admirarla por querer cubrir a su mejor amiga o sacudirla para que despierte y, por una vez en su vida, admita su error.

Por más que quiera sacarle las palabras de la boca con una ganzúa, contengo mis frustraciones, entrelazando los dedos sobre mis muslos, esperando su respuesta, pero Ximena solo se limita a bajar la mirada, hacia el plato con el postre a medias.

—A esto le falta algo... crocante —concluye y con solo estirar su brazo derecho hacia la

estantería de ingredientes, Ximena alcanza uno de los recipientes herméticos, lleno de papas fritas—. Y de pronto algo picante. ¿Me puedes alcanzar aquel tarrito de polvo de chile en aquella fila? El tercero de izquierda a derecha.

Por un segundo se me antoja mandarla para el carajo, pero luego recuerdo que, como buena bogotana, primero están los modales y un favor no se le niega a nadie, ni siquiera al diablo, cuando lo pide con decencia.

—Gracias —dice, recibíendome el polvo de chile que deposita en un mortero, antes de agregarle las papas fritas.

—Ximena, por favor dime, ¿fue idea tuya? Y no me refiero al postre que estás haciendo —insisto.

Ximena tritura las papas fritas y mi paciencia en el mortero como si tuviera todo el tiempo del mundo, sin que yo pueda hacer nada para evitarlo.

—Eliana entró a la habitación de huéspedes, después de que Diego salió de la casa de Leticia a buscarte, y me mostró la obra de arte que te envió al celular. —Ximena suspira y mueve su cabeza de lado a lado en un gesto que puedo leer como profunda decepción. Ni siquiera necesitaría preguntárselo, está prácticamente escrita en su cara—. No sé si pensó que la iba a felicitar por la hazaña, pero para mí, fue la última palada de tierra que sepultó mi relación con Diego. Eli prácticamente te convirtió en una mártir ante los ojos de Diego y yo quedé como la bruja malvada de Blanca Nieves.

Los ojos miel de Ximena se clavan en los míos, confirmando con un dejo de nostalgia mis sospechas. Tanto ella como Diego no fueron más que fichas en el tablero de ajedrez de Eliana.

—Eliana debe parecerte un monstruo y en eso no puedo contradecirte porque sus acciones hablan por sí solas. —Ximena continúa su discurso, capturando una vez más mi atención, mientras saca una cucharada de la mezcla de papas fritas y chile en polvo del mortero para salpicarla sobre el postre que está preparando—. Pero yo, que fui parte de esa familia y construí una empresa con ellos, solo puedo decir que Eliana fue la hermana que nunca tuve y Leticia, la única mujer a quien yo reconozco como mamá. Ellas pusieron un techo sobre mi cabeza, comida en mi mesa y por un breve instante en mi vida, me brindaron un hogar y aseguraron mi futuro. Y Diego fue mi príncipe azul, el hombre que me protegió, me dio cariño, me enseñó a amar. Los Ospina lo fueron todo para mí hasta hace dos semanas, Manuela. Yo hubiera podido ser parte de esa familia para siempre, si tan solo hubiera jugado bien mis cartas. Pero... supongo que el amor no estaba de mi lado esta vez y con el chasquido de un dedo, los perdí a todos.

—Lo siento mucho, Ximena. Yo sé que para ti no es ningún consuelo, pero no sabría qué otra cosa decirte.

—¿No será porque no te correspondía decir nada, o venir hasta acá a hacerme preguntas? Diego me dijo todo lo que él tenía que decir y lo que yo necesitaba escuchar, nada de esto era necesario. —Ximena se gira hacia la puerta de acero inoxidable de lo que ahora puedo reconocer como un congelador y saca un litro de helado—. Después de todo, era un asunto entre nosotros dos. Nuestra ruptura. Pero hasta en esta sopa tenías que meter la cucharada, Manuela Franco. No podías resistirte.

Es imposible negar que, en cierto sentido, tiene razón. Vine hasta acá buscando sus respuestas y en el intento, invadí un espacio en el que solo cabían ella y Diego; esa parte de su historia que solo les pertenecía a ellos dos.

—Yo no habría venido hasta acá si no supiera lo importante que tú has sido para la familia y... para Diego. Y por más que intentes hacerme sentir mal por meter la nariz en tu historia con él, no te voy a dar la satisfacción de decirte que me arrepiento de estar aquí, porque no es así. Tú

misma me acabas de dar la certeza de que estás preparada para seguir adelante con tu vida sin mirar atrás, pero Eliana tal vez no. Y no sabes cuánto quisiera que me importara un bledo, pero el problema es que... no puedo. Eliana es su hermana, Leticia es su mamá, en algún momento de nuestras vidas ellas tendrán que regresar y ser parte de la familia.

—Te voy a decir lo único que necesitas saber de tu futura cuñada —dice, sacando una cucharada de un helado verde que bien podría ser de menta o pistacho y, usando otra cuchara, forma un delicado óvalo satinado que finalmente pone sobre la rebanada de torta en el plato—. Eliana es tribal. En su cabeza no existe la noción de individuo, solo le importa la manada y lo que sea mejor para ellos. Si haces parte de la manada, Eliana hace lo que sea por ti, es capaz de tirarse de la cima de un volcán y sacrificarse a ciegas con tal de asegurar tu bienestar.

—Pero si no soy parte de la manada, simplemente soy una amenaza.

—¿Es una pregunta o una afirmación?

—Es un hecho comprobable y verificable.

Ximena me sostiene la mirada por un largo instante, antes de sacar un par de cucharitas de un cajón y ofrecermela una de ellas, para mi sorpresa.

—¿Eres alérgica a algo? —me pregunta al ver el desconcierto en mi cara.

—No... es solo que... pensé que era un pedido para algún cliente del restaurante.

—No está envenenado, si es lo que te preocupa.

La risa se me sale sin querer, entre la costura de mis labios cerrados.

—Siento que estoy profanando un cuadro de Miró —digo, tomando una de las cucharas de la mano de Ximena.

—¿Cómo así? —me pregunta, con un aire de intriga.

—Me refiero al postre —aclaro, en el tono más sincero que puedo—. Podría tomarle una foto, enmarcarla y colgarla en una pared de la sala y nadie me creería si les dijera que es una obra de arte a la que le hinqué la cuchara.

Los ojos de Ximena se abren de par en par, en una expresión que no logro definir del todo, como si acabara de ver a la Virgen María aparecer en la pared y no supiera si sorprenderse, emocionarse o salir corriendo despavorida. Sea lo que sea, no cabe duda de que algo se está moviendo allá dentro, en lo profundo de su cerebro, y justo cuando está a punto de hablar, la puerta del laboratorio se abre. Keneth se asoma con cautela.

—*Are you okay?* —nos pregunta.

—Yo estoy mejor —le contesto.

No necesita repetirme la pregunta a Ximena, con un solo intercambio de miradas, ambos se lo dicen todo. Aun desde mi posición, puedo ver a Ximena tragando grueso el nudo que se le forma en la garganta y las lágrimas que tratan de acumularse en la esquina de sus ojos. Le conmueve que él se haya preocupado por ella.

—De hecho —Keneth continúa, después de un leve carraspeo—, los oficiales de la policía están esperando afuera. No alcanzaron a atrapar a los ladrones, pero los tienen identificados. Quisieran saber si estarían dispuestas a declarar, como víctimas, para hacer la denuncia.

Y es a mí a quien se le forma un nudo en la garganta, o quizá es mi corazón que se ha trepado, agarrándose de mis cuerdas vocales.

Mis piernas se mueven por decisión propia y, en menos de lo que pienso, estoy declarando frente a dos oficiales de la policía que toman notas, me hacen toda clase de preguntas y me entregan un par de formularios con mi testimonio para que los firme.

—¿Hay algo más que podamos hacer por ti? —me pregunta Keneth con amabilidad, después de despedirnos de los oficiales.

Yo niego con la cabeza.

—No. Solo necesito... volver a casa.

Y como si se tratara de un proyecto comunitario, mi necesidad de volver a Colombia se ha convertido en la misión de Keneth y Ximena, quienes no dudan en ofrecerme el computador del restaurante, para que yo pueda cambiar la fecha de regreso en mi tiquete.

—De verdad, ya he abusado demasiado de tu tiempo, no necesitas ir conmigo hasta el aeropuerto —le digo a Ximena.

—Yo tampoco me estoy muriendo por pasar tiempo de calidad contigo, no te emociones — me responde con todo el sarcasmo del que es capaz—. Solo quiero asegurarme de que te largues de aquí lo más pronto posible, sana y salva.

—El vuelo sale en seis horas...

—Entonces, mueve ese culito, mijita. Te vas para Colombia así sea amarrada al tren de aterrizaje de ese bendito avión.

Los pasabordos de mi vuelo salen de la impresora de Keneth justo a tiempo para salir camino al hotel a recoger mi equipaje y de allí, al Tube, rumbo al aeropuerto.

—¿Qué pasó con el internado que ibas a hacer en Barcelona? —le pregunto a Ximena, minutos después de sentarnos en un par de sillas disponibles en el vagón del Tube.

—El internado que voy a hacer en Barcelona —aclara, tratando de estirar sus largas piernas en el diminuto espacio entre los asientos—. Lo aplacé por un mes para entrenar a mi reemplazo en Barren Land y... ayudar a Keneth con la transición.

—¿Tú sí te quieres ir para allá?

—¿Quieres decir, si me quiero ir para Barcelona sin Diego? —Ximena bosteza, encogiéndose los hombros antes de responderme—. El papeleo está hecho, la oportunidad está ahí y... es prácticamente un paso obligado en mi carrera, si quiero ser alguien en el mundo de la pastelería *gourmet*. ¿Por qué no habría de querer?

—¿Tal vez... por Keneth? —le digo con cautela, siendo consciente de que una sola cachetada de esas manos inmensas podría dejarme la cara estampada en la ventana del tren.

—No me digas que ahora somos *amiguis* y nos contamos nuestras cuitas.

—No estarías aquí si no tuvieras algo importante que decirme, Ximena. Tú puedes odiarme hasta los huesos, pero sabes que no soy idiota.

—Eh, Ave María, pero insufrible sí es, la muchachita —se queja en broma, soltando un poco su acento paisa. A pesar de haber vivido tanto tiempo en Bogotá y fuera del país, parece que la impronta de su ciudad natal, Medellín, la sigue a todos lados.

—¿Tiene que ver con Keneth o... con Diego?

Ximena mira hacia el techo del vagón y luego al frente, mordiéndose el labio inferior, supongo que escogiendo las palabras que quisiera decirme. Ahora me pregunto si voy a lamentar escucharlas.

—Yo sé que Eliana y Leticia no son precisamente santas de tu devoción. No sé... si valga la pena...

—Yo jamás levantaré un dedo para apartar a Diego de su familia. Yo les cubrí la espalda a ambas durante cinco años a costa de nuestra felicidad, sacrificando mi credibilidad con él, con tal de no armar un problema entre ellos. Si él quiere seguir en contacto con ellas, está en su derecho, son su familia.

—Esa es la cuestión. Él no quiere saber nada de ellas y... es muy triste que todo termine así. Leticia vive y muere por sus hijos, todo lo que ha hecho y ha sacrificado ha sido por ellos y Eliana... —Ximena suspira y baja la mirada—. Eliana no tiene justificación, yo sé... pero

cuando a ella se le da la gana de ser buena gente, es la mejor. No tienes que creerme a mí, basta con que le preguntes a todas esas mujeres víctimas de violencia doméstica que ella ha rescatado, con hijos y todo, y ha puesto en un lugar seguro para vivir y a quienes les ha dado una oportunidad de trabajar en Petite Délice y salir adelante.

—Yo no lo sabía. —Y admito que no me sorprende conocer esa parte de Eliana que es capaz de empatizar con quienes más lo necesitan. Una parte de mí habría deseado tener una mejor relación con las Ospina por el solo hecho de apoyar una causa noble como esa y hacer la diferencia en una sociedad con tantos problemas, como la nuestra.

—Si conoces a un tal Diego Ospina —me dice con ironía—, sabes que él y su familia no son de los que andan cacareando por ahí sus buenas acciones. Ellos tampoco se las dan de filántropos ni nada de eso. Para ellos es... simplemente lo correcto y lo correcto no necesita promocionarse en un comercial de televisión.

—Me parece estar escuchando a Diego y odio saber que alguien más lo conoce tan bien como yo. Quizá mejor.

Ximena no puede evitar una sonrisa jactanciosa de medio lado.

—Eso es discutible. En cuatro años y medio de novios, yo no logré entrar en el corazón de Diego —dice, cruzando una pierna sobre la otra, ante la imposibilidad de estirarlas por completo—. Y a ti solo te bastó un minuto para llegarle al alma.

La voz femenina en el parlante anuncia que nos aproximamos a la estación del aeropuerto. Yo respiro profundo, preparándome para el final del recorrido y de este viaje que, aunque solo duró tres días, se siente como si lo hubiera vivido una eternidad.

—Cuídalo mucho, Manuela —Ximena musita, batiendo sus largas pestañas con un par de parpadeos para espantar las lágrimas que amenazan con cubrir sus ojos—. Si en algo me equivoqué, cuando estuve con él, fue en asumir que su armadura de guerrero era impenetrable, que los golpes de la vida lo hacían más fuerte; sin darme cuenta de que cada golpe que resistía era uno más que lo empujaba hacia el abismo detrás de él. —En un acto de generosidad, Ximena levanta los ojos y encuentra los míos—. Si Diego vuelve a tener una crisis como esta, él es capaz de saltar.

Sus palabras retumban en mi pecho como un par de bombas *molotov* que acabaran de explotar frente a mí.

—¿Saltar? —le pregunto con una voz temblorosa—. Tú no estás insinuando que...

El desconcierto en su cara y su silencio cauteloso confirman mis sospechas.

Y yo solo quiero desaparecer en este instante y teletransportarme a donde sea que él esté.

Ahora tiene sentido. El frío y el temblor en las manos de Diego al posar frente a las inmensas ventanas de la oficina de Roberto, cuando nos tomaban las fotos para la revista. La desesperación con la que salió a buscarme en medio de la tormenta, en las Antillas.

«En este momento no estoy en condiciones emocionales para despedirme de ti, como lo hubiera querido. Quisiera poder decirte que me iría contigo para Miami, pero... precisamente por la fragilidad de mi salud mental, necesito continuar con mi proceso de recuperación. Yo necesito estabilidad, una rutina más o menos consistente, necesito echar raíces en alguna parte».

El dolor en mis nudillos me envían la señal, estoy apretando demasiado duro las correas del bolso en mis manos. No puedo perder la calma justo ahora que encontré el camino hacia él. Lo único que tengo que hacer es... regresar.

El pan y las flores

14

DIEGO

—Debiste haberme avisado para ir a recogerte —Emma me reclama del otro lado de la línea.

—Ya estoy aquí, no hay nada que hacer —le respondo, jalando la maleta hacia el ascensor.

—Aquí, ¿en dónde?

—En la oficina... y ¿tú?, ¿en dónde estás? —Escucho pájaros a su alrededor y una corriente de viento que me suena sospechosa.

—Si te digo no te pones bravo. ¿Cierto que no?

Aun si intentara ahorcarme con sus propias manos o apuñalarme por la espalda, dudo que podría enfadarme con ella o con Emilia. Ahora más que nunca, mis hermanas menores son lo único que me queda, el único lugar al que puedo llamar hogar.

—¿Por qué me pondría bravo? El hecho que yo no quiera tener contacto con ella no significa que ustedes no puedan.

—Anoche me llamó para preguntarme por ti. A pesar de todo lo que ha hecho y dicho, no me gusta escuchar a mi mamá llorar.

A mí tampoco, la verdad. De todo lo que me afecta profundamente en este momento, la decepción que me han causado mi propia madre y mi hermana Eliana ha sido lo más difícil de procesar. Y es justo lo que más estoy trabajando en mis terapias.

—¿Entonces, qué? ¿Bajo esta noche a Bogotá para que salgamos a comer y nos cuentes cómo te fue? Emilia no tiene planes con Ben, podríamos salir los tres.

—No sé, Em. Estoy molido por el viaje, me quiero acostar temprano. Si quieres quédate con mi mamá en La Calera. Yo voy a caer como una piedra en la cama cuando llegue, así que te vas a aburrir.

—¿Seguro?

—No te preocupes. —No puedo evitar un suspiro cansado al agregar—: Llevo tres días durmiendo solo en un décimo piso y aquí estoy. Viviendo y respirando.

—No sabes lo feliz que me hace escucharte hablar así. Lo estás logrando.

—*Yeap*. Un paso a la vez —digo y mientras tanto, el ascensor anuncia que voy llegando al piso de BrandsMedia—. ¿Has sabido algo de... Federico?

—No, aunque no te imaginas el apoyo que nos han ofrecido en la búsqueda. ¡Es increíble! Llevamos por lo menos cinco mil *re-posteos* en Instagram y diez mil en TikTok. —Se interrumpe, soltando una risita maldadosa—. Por lo que veo en los comentarios, parece que mis *followers* están compitiendo para ser las primeras en encontrar a su próximo *sugar daddy*.

—¿Por qué lo dices? —Es imposible contagiarme con su risa.

—Todas están de acuerdo con que mi hermano va a ser un viejo buenorro, pero no te preocupes. Yo ya les dije que estás comprometido.

—Enamorado, no comprometido.

—¿Y cuál es la diferencia?

Guardo silencio por un segundo, bajando la mirada hacia la muñeca, en donde solía portar el brazalete que me dio Manuela como regalo de compromiso.

—Ninguna. Pasará mucho tiempo antes de que pueda existir en mi vida otra mujer que no sea Manuela —concluyo, como si me hablara a mí mismo y no a Emma.

—¡Ay, hermanito! El día que menos la esperes, llegará.

—No veo la hora —digo, respirando profundo.

—¿Me llamas mañana y planeamos algo? —me pregunta.

—Vale. ¿Te llevaste el carro?

—Sí. ¿Te lo mando con Richard al apartamento?

—A la oficina, porfa. Yo le doy plata para que se devuelva en taxi.

Cuelgo el celular justo para salir del ascensor e ingresar a esa parte de mi realidad en la que soy un piñón más de la maquinaria económica que mueve este país. La realidad a la que debo aferrarme con uñas y dientes para no caer en la desesperación de no saber qué decisión tomará el amor de mi vida.

Se supone que Manuela viajaría el lunes a Miami para negociar con Roberto y Marco Antonio, los términos de su traslado. Esa fue precisamente la razón por la cual decidí registrarme en un hotel en Oranjestad y terminar el ciclo de reuniones que había planeado con Guillaume y otros empresarios del sector turístico de las islas que él me quería presentar. Solo Dios sabe lo difícil que fue para mí desprenderme de ella esa madrugada, abandonar el calor de su cuerpo entre las sábanas y tomar mi propio camino, evitando interferir en el suyo un minuto más.

Lo que no me esperaba era que cancelara su viaje a Miami y llamara a Roberto y a Marco Antonio para avisarles que iba a tomarse el resto de la semana de vacaciones, sin darles detalles de su paradero.

—Ahora sí es oficial, a mi amiga se le zafó el embrague y todos los tornillos en la cabeza —concluye María Paulina, al entrar conmigo a mi oficina.

—Si no está aquí, ¿en dónde puede estar?

—¿Y me vas a preguntar a mí? El último que se vio con ella fuiste tú.

—No hables así, Maps... suena como si... —Hago una pausa abrupta, en un intento por disipar la conversación antes de que se me dispare la ansiedad—. Lo más seguro es que se comunique contigo para avisarte que viene de regreso.

—Entonces... ¿todo quedó igual? —me pregunta con cautela, mirándome a los ojos.

—Todo está bien, Maps. Manu sabe lo que hace.

Justo cuando intento extenderme en la conversación y explicarle lo que pasó durante el viaje, mi celular timbra sobre el escritorio, anunciando un nuevo mensaje en mi WhatsApp que no solo desvía mi atención, sino la de María Paulina, quien no puede evitar mirarme con un tinte de sorpresa mezclada con irritación, al leer el nombre desplegado en la pantalla.

Ximena.

—Tienes razón. Yo... voy a... terminar unos reportes que tengo atrasados. Te cuento si sé algo de ella —dice, mientras sale de mi oficina.

—Maps, yo no tengo la menor idea de...

—Fresco, no tienes que explicarme nada.

Sé que María Paulina no intenta juzgarme y tampoco le debo explicaciones, pero con esto queda demostrada la suerte tan cagada que tengo. Si María Paulina logra comunicarse con Manuela, esto será lo primero que salga a relucir en esa conversación.

—Quiubo, Diego, ¿qué tal el viaje? —La voz de Sebastián me sorprende por la espalda y a pesar de que no tengo cabeza para prestarle atención a otra cosa que no sea Manuela, no me

queda más remedio que voltearme hacia la puerta para corresponderle el saludo.

—Bien y usted ¿qué?

—Bien. —Eso dice, pero el temblor en sus labios demuestra todo lo contrario—. ¿Tiene un minuto para hablar? Necesito comentarle una vaina medio urgente.

—¿La vaina medio urgente tiene que ver con el partido Transformacionista? —le pregunto, haciéndole señas para que entre.

—Sí. —musita, mientras se sienta en una de las sillas frente a mi escritorio y se frota la mandíbula, entre pensativo y preocupado.

—¿Se murió alguien? —insisto, tratando por todos los medios de acelerar la conversación.

—No, pero creo que subestimé los alcances de esa gente cuando acepté trabajar en esa campaña y ahora no sé si pueda seguir adelante con el perfil del elector que me comprometí a hacer para ellos.

—Me lo imaginé. ¿Este es uno de esos casos en los que... si queremos comer hamburguesas lo mejor es no entrar a la cocina y ver cómo las hacen?

—Más o menos. —Sebastián se inclina hacia adelante, apoyando sus antebrazos sobre sus muslos—. El lunes visité la sede de la campaña política para entrevistar al equipo y... conocí a alguien... —Sebastián se interrumpe y me mira con una expresión que solo puedo interpretar como culpabilidad—. Por respeto a su privacidad, no puedo darle detalles, pero me contó que... —Sebastián mueve los dedos para ilustrar comillas en el aire—. «En su vida pasada», era *gay*, y lo decía como si su identidad sexual hubiera sido el accidente más desafortunado de la vida.

—¿Y eso le sorprende? Ya sabíamos de antemano que ese partido político era homofóbico.

—Pues sí, pero una cosa es que sean homofóbicos y otra muy distinta es que intenten cambiarnos o convertirnos.

—No entiendo. ¿Convertirlos en qué?

—En *heteros*. El tipo me contó que, «gracias a un grupo de terapeutas» que trabaja con el partido, él y muchos otros han logrado superar su «condición» y ahora es un hombre nuevo, felizmente casado con una mujer maravillosa. Y eso no estaría mal si no fuera porque, a leguas se nota que, en el fondo, sigue siendo el mismo. Volvió al clóset y, apostaría lo que fuera, a que el tipo está llevando una doble vida.

—¿Por qué lo dice?

—Porque una persona que es genuinamente feliz, no necesita decírselo a nadie, mucho menos a un extraño. Además, dudo mucho que él le hubiera contado esa historia a un tipo como usted u otro heterosexual. ¿Por qué me lo querría contar a mí?

—¿Usted cree que el tipo estaba tratando de... pedir ayuda?

—No sé, Diego. Todo el asunto me preocupa. Según su versión de los hechos, cualquier otra preferencia distinta a la heterosexual es una enfermedad o algo que debe ser curado. Y no es un caso fortuito de «rehabilitación», como ellos lo llaman. Es una acción sistemática e intencional para cambiar la identidad sexual de las personas y llamarlo «terapia», cuando en realidad están lavándoles el cerebro. Aun así, esa sigue siendo su opinión y para ser honestos, no están cometiendo ningún delito porque no están forzando a nadie a someterse a ese tipo de régimen. La cuestión es... ¿estamos alineados con esos valores? Si la agencia está dispuesta a trabajar con ellos, yo sigo respetando esa decisión. Yo mismo quise darles el beneficio de la duda, pero después de hablar con él, me di cuenta de que usted tenía razón. Hay límites que, simplemente, no estoy dispuesto a cruzar aun si esto me cuesta mi puesto de trabajo.

—No creo que lleguemos a ese extremo, Sebastián. No puedo hablar por Roberto en lo que respecta a la permanencia de la cuenta en la agencia, pero usted tampoco está obligado a trabajar

con ellos si no quiere.

—¿Quién está manejando el servicio al cliente de esa cuenta?

—Por ahora, Octavio.

—Pero si yo no hago el perfil del consumidor, ¿cómo se supone que van a hacer el plan de medios?

—Podemos contratar a alguien externo que lo haga, en caso de que Roberto decida seguir con ellos. Yo votaría en favor de hablar con el partido y deshacer el contrato sobre la base de objeción de conciencia, pero la decisión final sigue siendo responsabilidad de Roberto.

—Y... ¿qué pasaría con... la persona con quien hablé?

Para alguien como Sebastián, quien siempre ha logrado separar sus asuntos laborales de su vida personal, la pregunta me toma por sorpresa. Algo en la historia de esta persona en particular debió haber movido las fibras de Sebastián hasta el punto de que él esté considerando la remota posibilidad de intervenir.

—Desenredemos un nudo a la vez. Por ahora lo importante es salir del...

El tren de mis palabras se detiene en seco al ver, a través de la pared de vidrio de mi oficina, a María Paulina levantarse de su silla y recibir, en un cordial abrazo, a Milton Franco, el padre de Manuela, y la última persona que pensé ver en BrandsMedia. Sebastián se voltea con curiosidad al observar el desconcierto en mi cara.

—Tiene razón —Sebastián comenta y vuelve a mirarme, segundos después de que María Paulina señala mi oficina, poniéndome en evidencia—. Lo dejo para que pueda ponerse al día con el resto de los asuntos que tiene que resolver.

—Voy a cuadrar una reunión con Roberto y el resto del equipo para esta tarde —digo, después de un breve carraspeo—. Esta discusión es prioridad para todos. —Me levanto de la silla, finalizando la conversación con Sebastián, para salir de la oficina y encontrarme con Milton quien sigue contemplando el lugar con ojos curiosos.

—Nos hablamos luego, papá Mil. Le das un beso a mamá Nelly de mi parte. —María Paulina pone una mano en el hombro de Milton y le da un beso en la mejilla antes de retirarse.

—Milton, ¿cómo va todo? —La pregunta sale de mis labios en una voz casual que a mí mismo me sorprende, teniendo en cuenta que, por dentro, mis huesos tiemblan por los nervios.

—Bien y ¿usted, qué tal? Espero no haber llegado en un mal momento —dice, acomodándose los puños de la camisa por dentro de su chaqueta de paño.

—Para nada. —Por un momento siento la necesidad de poner la mano en mi pecho para retener los latidos galopantes de mi corazón allí adentro. Algo me dice que Milton viene a entregarme algo y si es así, Manuela no pudo haber escogido una manera más dolorosa de terminar conmigo, enviándolo con su padre, el hombre a quien más admiro en el puto universo y sus alrededores—. ¿Pasó algo con Manuela?

—No, tranquilo, ella está bien. Aunque es extraño que no nos haya llamado hoy, seguro el celular se le quedó sin batería.

La naturalidad con la que Milton me habla es un alivio y me aterra, al mismo tiempo. Sé que me va a cortar la cabeza, pero odio la incertidumbre de no saber en qué momento recibiré el golpe.

—¿En dónde está Manuela?

—Ella está bien. Eso es lo único que necesita saber por ahora —dice en un tono amable, mientras contempla el amplio espacio de la oficina, con sus paredes de vidrio y sus modernos cubículos—. En cinco años, es la primera vez que entro a BrandsMedia. Ahora entiendo por qué mi hija adora este lugar. Todo aquí se parece a ella.

—No lo discuto. —Y tampoco puedo evitar levantar la mirada y soltar un suspiro profundo —. BrandsMedia es brillante, colorida e inspiradora. Si fuera una persona, sería la pareja perfecta para Manuela.

Milton me observa con ojos curiosos y yo daría cualquier cosa por pedirle que saque la espada de una vez y termine con esto. No tengo la resistencia para someterme a una ejecución lenta y dolorosa.

—¿Ya almorzó o lo puedo invitar? —me pregunta.

Por supuesto. A ningún condenado a muerte se le niega una última ración.

Nos dirigimos a uno de los restaurantes del sector, en el Parque de la 93 y, a juzgar por el intercambio de monosílabos durante la corta caminata, parece que ambos estamos de acuerdo tácitamente en una sola cosa: acelerar el paso para evitar un largo silencio incómodo.

Una vez el mesero se aleja con los menús y nuestros pedidos, Milton se acomoda en la silla, pasando la mano por su rostro que ahora dibuja el retrato honesto de un padre ansioso y preocupado en igual medida.

—¿Cómo supo que yo había llegado de viaje?

—Le pedí a María Paulina que me avisara. —Milton suspira—. ¿Usted cree que la oficina de BrandsMedia Miami llenará las expectativas de mi hija?

—¿Quiere que le diga la verdad o que lo haga sentir mejor?

Milton se encoge de hombros y guarda silencio, esperando mi respuesta.

—BrandsMedia ha sido el sueño de Manuela, al menos desde que yo la conozco. Ella tiene mucho que ofrecer y Miami es una puerta grande que no se le abre a cualquier persona.

—Y sin embargo, ella decidió cancelar el viaje a Miami y tomar vacaciones. Parece que no está tan segura, después de todo. —Milton aprovecha la breve interrupción del mesero, trayéndonos las bebidas, para recalibrar su discurso.

—¿Por qué me lo pregunta?

Milton aparta sus labios para hablar y se detiene justo antes de articular su primera palabra, haciendo sonar los dedos sobre la mesa, bajando la cabeza, pensativo.

—Yo debí haber empezado esta conversación con un «lo siento». —Sus palabras me conmueven, pero es el tono de su voz y la humildad en su rostro lo que retuerce mi garganta en un nudo—. Hace unos meses yo... le exigí que se alejara de Manuela y la dejara en paz, dando por sentado que la única razón por la cual usted había regresado a su vida era para vengarse y hacerle daño.

—Cualquier padre habría reaccionado de esa forma, usted solo quería proteger a su propia hija.

—Por lo que haya sido, no debí expresarme de la forma en que lo hice, Diego. Las amenazas no son, en ninguna circunstancia, una forma aceptable de resolver ningún conflicto. Por favor, acepte mis disculpas.

—Lo hago con una condición. Que no me sigas tratando de «usted». No lo soporto, Milton. Hubo una época en la que me *tratabas* como a un hijo y aunque Manuela y yo no estemos juntos, para mí eso no ha cambiado. Por lo menos déjame tener la ilusión de que, por una vez en mi vida, tuve un padre a quién admirar.

Milton se limita a mirarme por un largo instante, antes de poner su mano sobre la mía.

—Trato hecho.

—Si alguien debe pedir perdón aquí, ese soy yo —continúo, dispersando un par de lágrimas en mis ojos con dos parpadeos—. No te voy a negar que, por un tiempo, quise sentir la estúpida satisfacción de demostrarle a Manuela que la había olvidado, como si eso fuera posible. Quería

convencerme a mí mismo de que podía salir adelante sin ella, pero nunca quise hacerle daño. Aun con todo el resentimiento que guardé en mi corazón por tantos años, en el fondo, yo siempre honré el espacio que ella ocupa en mi alma. Desafortunadamente no fui capaz de protegerla de mi familia, ni evitar que la humillaran de la forma en que lo hicieron. El único culpable de haberla perdido, soy yo.

—¿Haberla perdido? Eso quiere decir que ustedes... —Milton se detiene y me mira, frunciendo el ceño, confundido—. ¿Es definitivo?

—No sé, Milton. ¿A eso no fue a lo que viniste? ¿A entregarme una respuesta de su parte?

La respuesta se puede leer claramente a través de sus pupilas, el mismo temor de perder para siempre a su hija.

—No sé de qué respuesta me estás hablando, Diego. Yo vine porque me di cuenta de que estaba cometiendo el mismo error de Leticia, tratar de decidir por mi hija lo que es mejor para ella aun sabiendo que esa decisión no me corresponde a mí. —Milton vacía sus pulmones en un suspiro, rindiéndose ante su propio sentimiento de culpa—. La última vez que hablé con Manuela, le dije que no quería verla sufrir de nuevo y, pues... el mensaje queda implícito. Y me duele haberle dicho eso, no solo porque sé que eres un buen hombre, sino porque... Manuela nunca ha sido tan feliz, como cuando estuvo contigo; y, en cinco años, después de haberte dejado plantado en la iglesia, mi hija no hizo otra cosa que asomarse todas las noches a la ventana de su habitación, en nuestra casa en Bonanza, esperando un milagro.

Si no es por el mesero, que trae la comida a la mesa, juro que estaría quebrado en este momento, cubriendo las lágrimas en mis ojos con mis manos y la voz estrangulada en mi garganta.

—Supongo que el milagro ocurrió, Milton. Ahora Manuela es libre de encontrar su propia definición de felicidad. En aquella época yo solo le estaba imponiendo la mía, convencido de que esa era la forma correcta de demostrarle mi amor. Afortunadamente, la vida me enseñó que la felicidad de Manuela no está en mis manos, ni es mi decisión. Yo haría lo imposible por verla sonreír todos los días de mi vida, pero es a ella a quien le corresponde darle significado a esa palabra, en sus propios términos.

Milton asiente, ofreciéndome una sonrisa nostálgica que yo correspondo sin reservas.

Nos despedimos a las afueras del restaurante, cruzando las respectivas palabras de cortesía.

—¿Eso es... salpicadura de gazpacho en la chaqueta? —Milton señala un punto en mi solapa.

—¿Dónde? —pregunto, bajando instintivamente la mirada para chequear mi chaqueta, pero tarde me doy cuenta de que Milton solo quería apretarme la nariz, como si yo fuera un muchachito a quien hay que limpiarle los mocos.

—Este tonto. ¡Tan grande y no aprende!

Milton me sorprende con un abrazo afable, de aquellos que derriten los problemas en tu cabeza y los témpanos de hielo en tu pecho con su calidez. El verdadero abrazo de un padre.

—Se me cuida mucho, *mijo*. Las puertas de mi casa siempre estarán abiertas para ti, pase lo que pase.

Y yo que esperaba una ejecución limpia con un espadazo en la nuca. Ahora me veo obligado a sentarme sobre el pasto del Parque de la 93 por un rato y darle dos vueltas completas a la manzana antes de volver a la oficina, si no quiero que me vean los ojos rojos e hinchados.

Milton acaba de arruinar mi día en el mejor sentido de la palabra, no solo con el hecho de hablar conmigo y abrir su corazón, de confiar en mí el temor de ver a su hija alejarse en busca de su felicidad, sino con el afecto genuino con el que me ofrece un lugar en su vida,

independientemente de lo que pase entre Manuela y yo.

Tan diferente a mi mamá, quien no dudó un instante en declarar que Manuela no merecía un lugar en mi familia, ni en la mesa de su casa.

Milton tiene todos los motivos del mundo para odiarme, si quisiera, y negarme la entrada a su casa, pero ese no es el material del que está hecha la familia Franco. Lejos de querer desquitarse, como mi hermana Eliana hizo con Manuela, los Franco creen en las segundas oportunidades, en escuchar a las personas y entender sus motivos, en abrir sus brazos e incluir a quien lo necesite, en compartir su alegría a través de la música, en amar sin esperar nada a cambio.

Los Franco son una manada de osos muy distinta a la jauría de lobos que resultamos siendo los Ospina, a quienes solo nos importaba sobrevivir y prosperar, a pesar de los peligros del mundo exterior.

La notificación en el celular me avisa que la reunión con Roberto, Sebastián y el resto del equipo, para discutir la permanencia del partido Transformacionista en la agencia, está a punto de empezar. Y de paso me recuerda que tengo un mensaje de Ximena esperando por mí. La visita de Milton definitivamente trastocó mi horario.

Como lo anticipaba, la reunión no toma más de media hora en despacharse, dejándole a Roberto la no tan grata responsabilidad de decidir qué hacer con el cliente. A leguas se nota que quiere conservarlos, así sea con un cambio de equipo, pero todos estamos de acuerdo en el riesgo al que se expone la reputación de la agencia en caso de que las cosas salgan mal. Y en una campaña política de este calibre, cualquier cosa puede salir mal.

El resto de la tarde se va volando entre *emails* por leer y contestar, las preguntas de Octavio quien parece estarse acoplado bien en el equipo, a pesar de la evidente diferencia de edades y puntos de vista. Y, por supuesto, mi despabilada ocasional pensando en Manuela, preguntándome en dónde estará, qué estará haciendo...

¿Pensará en mí?

La noche cae lentamente, las nubes se agrupan como almohadas cubriendo el cielo, señal irrefutable de que estoy exhausto, ya estoy empezando a ver espejismos de mi cama y mis cobijas en cualquier rincón.

Salgo del edificio de BrandsMedia y me recuesto en la pared de la fachada, a esperar a Richard, mientras chequeo los mensajes en mi celular. Su último mensaje fue hace diez minutos, ya debería estar aquí. Aunque con el tráfico en esta ciudad, la frase «ya estoy cerca» es relativa.

Vuelvo a la pantalla de inicio y la veo ahí. La notificación del mensaje de Ximena. No es que la haya olvidado; de hecho... ha rondado mi cabeza toda la tarde, desde que apareció. Sé que le prometí ayudarla en lo que necesitara, que nuestra ruptura no significa una enemistad, a menos que eso sea lo que ella quiera, pero justo ahora, no estoy en el espacio mental para lidiar con esto.

¿Qué tal que esté en problemas? ¿Cómo podría dejarla abandonada de esa manera y vivir con esto, como si nada?

¡Agh! A veces me odio a mí mismo. Esta es la clase de preguntas que me meten en problemas. Desafortunadamente no nací con una dosis saludable de negligencia como para borrar el mensaje.

Aun cuando mi dedo pulgar está listo para moverse hacia la izquierda para ignorar el mensaje, termino abriendo la aplicación de WhatsApp y descubro no solo un archivo de audio sino una imagen o, más concretamente, una fotografía de una de las pantallas del aeropuerto

Heathrow de Londres, en la que se lee con claridad la palabra *Departures* y un vuelo a Bogotá resaltado en amarillo.

¡Dios, por favor! No me digas que Ximena se devolvió y va a seguir insistiendo en que lo intentemos.

Supongo que Dios no me va a contestar. La única forma de saberlo es enganchar mis AirPods en los orificios de mis orejas y escuchar lo que sea que Ximena tenga que decirme.

—Diego, ¿cómo vas? Espero que no te moleste que te contacte, solo quiero avisarte que Manuela viaja en este vuelo a Bogotá. No tiene celular y...

Ximena hace una pausa en el audio, pero mi cerebro ya está entrando en corto circuito.

¿Ximena dándome noticias de Manuela? No. Un momento. ¿Manuela en Londres? ¿Con Ximena? ¿En qué multiverso de Marvel podría suceder algo así? Chequeo mi celular, solo para comprobar que el aparato sea real. O caí dormido sobre la acera y ahora estoy soñando, o alucinando, lo que suene más lógico.

—Mejor dicho... nos atracaron, hace unas horas. A ella le robaron el anillo y el teléfono celular. Está incomunicada y... un poquito tensa, por decirlo así.

¿Un poquito tensa? ¿Las robaron en Londres y Manuela está «un poquito tensa»? Mi corazón se trepa a mi garganta.

—Supongo que le alegrará ver a alguien esperándola en el aeropuerto. No se me ocurrió a quién más podría llamar, pero tampoco creo que te moleste saber que ella está bien y... se muere por verte. Considéralo como un favor en parte de pago por todo lo que tú y tu familia han hecho por mí. *Cúidense*.

No siento la sangre circular en mis venas. Es como si todos los órganos de mi cuerpo se hubieran paralizado al escuchar lo imposible.

La bocina de mi carro me saca del trance. Levanto la mirada para comprobar que Richard, el conductor de mi mamá, está parqueado cerca de la acera, esperando por mí.

—¡Que pena la demora, don Diego! La bajada desde La Calera estuvo lenta.

—No se preocupe, Richard. Yo me lo imaginé —digo mientras monto mi equipaje en el baúl.

—¿Seguimos directo a su apartamento o necesita...?

—Richard, yo... deme un segundo, por favor.

Reviso una vez más la imagen en WhatsApp. Si Ximena está hablando en serio, Manuela salió hace más de diez horas... debe estar llegando...

Mis dedos se mueven frenéticamente sobre la pantalla de mi celular, buscando el número del vuelo en la página *web* del aeropuerto El Dorado, en Bogotá. Solo le queda media hora para aterrizar.

Solo si... Ximena está diciendo la verdad. Porque también puede tratarse de otra trampa miserable para desquitarse de mí, de nosotros. ¿Será posible que Ximena le esté siguiendo la cuerda a Eliana? ¿Detrás de qué? Entiendo que nuestra ruptura la esté afectando aún, a mí también me duele que lo nuestro no haya funcionado, pero me cuesta creer que una mujer inteligente y talentosa como Ximena, con tantas cualidades para entregarle al mundo, se siga prestando para acabar conmigo.

Y ¿qué tal que sea cierto? Milton dijo que Manuela no se había comunicado en todo el día, «seguro se quedó sin batería». No tengo cómo saber si es cierto o no, de lo único que estoy seguro es de que... no me puedo quedar parado aquí a esperar una respuesta. No si yo mismo puedo ir a buscarla.

—Richi, venga... yo necesito hacer una vuelta urgente. ¿Le molestaría irse en taxi para La Calera? —le digo, sacando mi billetera.

—No, para nada. Doña Emma me dijo que ese era el plan.

—Perfecto. Gracias por traerme el carro, después le arreglo la propina. —Le entrego un manojo de billetes a cambio de las llaves.

—¡Uy! Pero... —Richard exclama sorprendido, bajándose del carro—. Con todo esto pago tres carreras y un trasteo...

—Con los taxistas en esta ciudad, uno nunca sabe. De pronto le piden más de lo que es.

—Yo le guardo el resto, don Diego.

—No se preocupe. Gracias, de nuevo.

Las llantas del carro rechinan en el pavimento al arrancar. Si el tráfico está a mi favor, llegaré al aeropuerto justo a tiempo para la salida de Manuela.

Eso... si el mensaje de Ximena es de fiar. En cualquier caso, no hay manera para mí de ignorarlo, mucho menos echarme para atrás. Lo peor que podría pasar es que Manuela no saliera por esa puerta y yo me quedara esperando como un tonto.

Admito que las manos me tiemblan de solo pensar en ello, la posibilidad de que Ximena solo esté jugando con mis emociones para desquitarse de mí. Lo triste es que no lo descarto, porque los últimos eventos de mi vida en los que ella ha hecho parte, no me dan la confianza para creer en su buena fe y dudo que pudiera perdonarle una cosa así a alguien, en especial a ella, pero en el fondo, algo me dice que hay una ínfima esperanza de que sea cierto. De que, por algún giro increíble del destino, Ximena se haya encontrado con Manuela en Londres y la haya ayudado en un momento de necesidad. Nada me haría más feliz que tener una deuda como esa con Ximena para siempre.

Parqueo el carro en el primer puesto disponible que encuentro al fondo del lote, en el aeropuerto. Es una de esas noches frías, de un cielo cubierto por una gruesa sábana de nubes que reflejan las luces de la ciudad, a falta de estrellas. Me tomo un minuto para respirar profundo, las manos me tiemblan aún, el corazón se me quiere salir del pecho, el eco de sus latidos retumba en todos los rincones de mi cuerpo.

Camino a paso apresurado hacia la salida de pasajeros internacionales, a pesar de que mi ansiedad me pide correr hasta el límite de mis fuerzas. Por más difícil que me resulte conservar la calma, necesito concentrarme. No voy a arriesgar mi vida justo ahora, en el momento en el que más la necesito.

Chequeo por enésima vez el estado del vuelo. El avión aterrizó hace aproximadamente veinte minutos y, según las respuestas que me han dado algunos familiares que esperan pasajeros del mismo vuelo, muchos aún permanecen en la fila de inmigración. Me queda la duda de si Manuela haya usado los quioscos habilitados con lectura biométrica, lo que habría facilitado el trámite de ingreso. Esa podría ser otra posibilidad. De que Manuela haya salido antes de que yo llegara.

Saco el teléfono celular del bolsillo de mi chaqueta y bajo la mirada para buscar el contacto de María Paulina. Solo ella podría confirmarme si...

No. No es necesario. La imagen de su cabello negro, atado a una moña en lo alto de su cabeza, me corta la respiración de un tajo. Por un segundo, el mundo entero se reduce a la mujer en *skinny jeans* y suéter gris caminando hacia la salida, arrastrando su maleta con una mano.

Se nota cansada y un poco desorientada, aun así, gira ligeramente a su izquierda para evitar el tumulto de gente en la primera puerta. Yo, como un autómata, camino en su misma dirección, incapaz de despegar los ojos de ella. No me importa si es un holograma o una alucinación, producto de mi propia ansiedad y mi deseo por tenerla en mis brazos, no quiero perderla de vista un segundo.

Mi mano actúa más rápido que mi cerebro y, en menos de lo que pienso, mis nudillos están tocando el vidrio que nos separa, llamando su atención. Manuela ignora el primer toque y es comprensible, debe estar aturdida. Lo intento una vez más hasta que ella reacciona y gira su rostro, su mirada se encuentra con la mía y sus labios se separan levemente, esbozando su bella sonrisa, adornando una genuina expresión de sorpresa.

Esa sonrisa, la misma que se clavó en mi corazón desde la primera vez que la vi, la que dibujé con mis dedos en mis sueños durante cinco largos años de separación, es todo lo que necesito para correr hacia la próxima puerta y recibirla en mis brazos, estrechando mis labios con los suyos en el beso más increíble del que tengamos memoria. Ya ni sé si la estoy besando, o devorando con mis labios y mi boca entera, el sabor exquisito a cereza que ansiaba probar una vez más, después de tanto tiempo de ausencia.

—¡¿Qué hacías en Londres?!

—¡¿Qué estás haciendo aquí?! ¿Cómo supiste que...?

Ambos hablamos al mismo tiempo, nos reímos con lágrimas en los ojos, aferrándonos con dedos y uñas a nuestros cuerpos. Yo la levanto en mis brazos para besarla una vez más mientras ella envuelve sus piernas alrededor de mi cintura, asegurando sus tobillos en mi espalda baja, trepándose en mí como un koala. Las palabras sobran cuando llevamos cinco años enteros perdidos entre sueños inconclusos, el sabor agri dulce de la añoranza disfrazada de resentimiento y una larga e innecesaria cadena de decepción y dolor atada a nuestros cuellos.

—¿Cómo estás? ¿Estás bien? —le pregunto, apartando mi rostro solo un poco, lo suficiente para verla a los ojos.

Manuela asiente, moviendo la cabeza rápidamente mientras modula las cuerdas vocales en su garganta para hablar.

—Estoy bien... ¿Y tú? ¿Has comido bien? ¿Has dormido? ¿Te has tomado las medicinas? — Sus preguntas parecen salir disparadas de una caja de fuegos artificiales que ha sido encendida por accidente. Una tras otra y luego todas al mismo tiempo en un estallido de euforia.

—Todo está bien... y ¿tú, por qué no estás en Miami?

—Porque mi futuro no está allí, está aquí, contigo —me responde como si fuera lo más obvio del mundo, hundiendo sus dedos entre mi cabello, en la base de mi cráneo.

—Eso quiere decir que... —Mis palabras se ahogan en mi garganta, y toda la historia de mi vida se resume en este abrazo intenso. Mis brazos no saben hacer otra cosa que anidarla con todas sus fuerzas en mi pecho.

—Estoy de vuelta, amor. Mi lugar en el mundo, eres tú. Mi casa es cualquier esquina del universo en donde estemos juntos.

De repente, el universo entero se contrae en un solo latido susurrando la palabra «juntos».

Agarrarla de la mano para caminar hasta el carro se me hace simplemente estúpido. Si por mí fuera, la llevaría cargada hasta el fin del mundo, pero Manuela decide que está lo suficientemente grandecita para desplazarse en sus propios pies, eso sí, pasando su brazo por mi espalda, envolviendo mi cintura.

—Ahora sí me puedes decir, ¿cómo supiste que iba a llegar? Ni siquiera mis papás saben, no pude avisarles —me pregunta, mientras vamos en el carro, de vuelta a mi apartamento— ¿Ximena te avisó?

—Linda. —Hago una breve pausa mientras cambio de carril en la autopista para, luego, tomar su mano y besar sus nudillos—. Te juro que Ximena y yo no hablamos para nada, no desde que terminamos. Ella me mandó el mensaje de audio y yo ni siquiera quería escucharlo...

—¡Ey! Está bien, tranquilo —me dice, llevándose nuestras manos agarradas a su pecho,

dibujando en su rostro aquella sonrisa por la que entregaría el alma y cada uno de mis átomos—. Te creo. Tú y yo hemos cometido muchos errores en nuestra relación, pero mentirnos nunca ha sido uno de ellos y no creo que vayamos a empezar ahora.

—Por supuesto que no.

Manuela sigue aferrando nuestras manos unidas contra su pecho.

—Solo quería saber quién arruinó mi entrada triunfal al apartamento —comenta, dejándose caer rendida sobre el espaldar del asiento, intentando contener un bostezo—. Tenía tantas ideas en mente.

Como puedo, desprendo con suavidad mi mano de la suya para dirigir su cabeza hacia mí, acomodándola sobre mi hombro.

—Lo sé, linda. Por eso te amo. Tienes un corazón de oro, una cabeza llena de ideas y eres todo menos predecible —le digo en un murmullo, aunque no me esté escuchando, con la esperanza de que, en sus sueños, me encuentre esperándola en el apartamento, tal y como se lo prometí, con los brazos abiertos.

15

DIEGO

¿Soñando? Lo dudo. Más parece que se haya desmayado o haya sufrido un ataque de narcolepsia. Llevo casi una hora parqueado en mi puesto asignado, en el estacionamiento subterráneo del edificio, y la única señal de vida en ella es el movimiento de su respiración.

Aun viéndola respirar, le he estado chequeando el pulso en la yugular y en la muñeca cada diez minutos solo para confirmar que mis ojos no me engañan y sigue viva.

No me importaría quedarme aquí toda la noche con tal de dejarla dormir, si no fuera porque ella amanecería con tortícolis y el resto de su cuerpo maltratado por la incomodidad del asiento.

Decido entonces bajarme del carro y caminar hacia el lado del copiloto para abrir la puerta y, con cuidado, pasar su brazo por mis hombros, detrás de mi nuca. Ella, a duras penas, deja escapar un sonidito de su garganta, un gruñido adormilado. Podría morirme de amor aquí mismo.

Deslizo mi brazo derecho por detrás de sus rodillas, mientras mi brazo izquierdo se ocupa de la espalda. Su cabeza cae en la posición perfecta, en la curvatura de mi cuello y mi hombro.

—Yo puedo... cami...nar —alcanza a decir con la lengua enredada.

—No lo dudo, linda. Pero no te molesta que tu príncipe azul te lleve en brazos hasta el apartamento, ¿cierto?

—Mi príncipe azul...

—Y tú eres la *pedra* durmiente.

Una sonrisita se le escapa entre dientes mientras la levanto en mis brazos y cierro la puerta con el pie.

—La maleta... —dice.

—Más tarde vengo por ella —le susurro al oído.

Una vez en el pasillo que conduce a mi apartamento, Manuela se mueve para encontrar su propio balance, por lo que debo poner sus pies en el piso y sostenerla contra mi pecho, con mis brazos en su cintura.

—Linda, ¿tienes la llave que te di?

—Bolsillo... nalga izquierda —me responde con una voz perezosa, poniendo mi mano en el lugar indicado.

Sonrí y le doy un apretón a esa nalga deliciosa, antes de sacar la llave.

—¿Quieres hacer el honor?

Manuela asiente, recomponiéndose en mis brazos antes de abrir la puerta.

—Google, enciende la luz en nivel medio —digo, y las luces parecen derramarse desde el techo, como una cascada de agua cálida, revelando el espacio circundado por altas paredes blancas, muebles grises y azul oscuro, al estilo escandinavo.

Ambos permanecemos en el umbral, contemplando el espacio a media penumbra, debatiendo en silencio quién dará el primer paso.

—¿Esto... está sucediendo en realidad o estamos soñando? —me pregunta, entrelazando los dedos de su mano con los míos.

—Si es un sueño, no me quiero despertar, Manu. Compartir mi vida contigo es lo que siempre he querido, desde que te conocí, pero sigue siendo tu decisión.

—Es nuestra decisión, entonces. Amar es una decisión y en este momento, la quiero tomar contigo.

Nuestras miradas se encuentran en la intersección entre lo que soñamos hace cinco años y lo que realmente somos ahora, una idea poderosa a la que llamamos *hogar*.

Respiramos profundo por un segundo, antes de atravesar el umbral, ambos pares de pies moviéndose, por fin, en la misma dirección. Y es en este instante que reconozco mi propia definición de felicidad: una vida en pareja al lado de Manuela, la mujer que amo.

—¿Quieres comer algo?

Manuela hunde la cara en mi pecho como respuesta, aún está cansada.

Caminamos hacia la habitación. Ella se sienta en la cama mientras reviso mi ropa deportiva en el clóset.

—¿Te ayudo?

—No desaprovechas la mínima oportunidad para verme sin ropa —me contesta, levantando los brazos para que le quite el suéter.

—Me declaro culpable, su señoría.

—Mi pijama está en la maleta.

—Después la subo. Ahora estoy ocupado.

Los ojos de Manuela siguen el movimiento de mis manos abandonando el suéter gris en el suelo para, luego, ponerle una de mis camisetas blancas. Me arrodillo frente a ella para estar a su altura y, a mi señal, Manuela levanta las caderas, dejándome deslizar sus *jeans* a lo largo de sus piernas y cambiarlo por uno de mis *shorts* grises.

—¿Quieres que te cuente un cuento? —le digo, presionando mis labios sobre su frente para darle un beso.

—¿Qué hora es?

—Son casi las nueve. Me acostaría contigo, pero no he comido nada, tengo hambre.

Manuela me sonrío satisfecha, sabiendo lo que eso significa. Estoy saliendo de mi crisis de depresión.

—¿Te importa que me acueste ya? Llevo más de tres días sin dormir —dice, metiéndose entre las cobijas.

Esa pregunta solo se puede responder con un abrazo y otro beso en la corona de su cabeza, al recostarla sobre la almohada.

—Descansa, linda. Mañana podremos hablar todo lo que queramos. ¿Quieres que llame a tus papás?

—Te lo agradecería —susurra. Sus párpados se cierran, ganándole la batalla a la voluntad.

Planto un último beso en su mejilla antes de levantarme y salir de la habitación, admirándola una vez más desde el marco de la puerta, como si temiera que, en cualquier momento, fuera a desvanecerse.

Sin embargo, es esta la señal que necesitaba para convencerme de que el sueño se hizo realidad.

Cierro la puerta de mi habitación con cuidado y camino a la cocina para armar un sándwich, pero antes de que pueda sacar las rebanadas de pan, mi sentido del deber me urge desde adentro. Todavía estoy a tiempo para una llamada de suma importancia.

—Hola —digo, una vez me contesta.

—*Quiubo* —responde con voz tímida—. ¿Cómo estuvo el viaje?

—Estuvo bien, gracias por preguntar. —Aclaro la garganta y respiro un par de veces antes de

continuar—. ¿Cómo va todo? ¿Estás bien?

—Bien es... relativo, pero supongo que podría estar peor. Por ejemplo, vivir una vida mintiéndonos a nosotros mismos y pretendiendo que podemos construir una relación a base de buenas intenciones.

—Lo siento, Ximena. Lamento mucho haberte lastimado.

—Yo también lo siento. Por no ser la persona que necesitabas a tu lado.

Pasa un largo momento de silencio.

—¿Ella llegó bien?

—Sí. Está... acostada, en este momento —confieso.

La escucho suspirar y el remordimiento me muerde el estómago al instante. Para alguien que decía preocuparse tanto por su comodidad y seguridad, hice un trabajo terrible con sus sentimientos.

—Gracias por ayudarla. Las palabras nunca serán suficientes, pero espero que me des la oportunidad de devolverte este favor.

—Ya te dije. Tú y tu familia hicieron mucho más que ayudarme. No hay favor que pague la vida y el futuro que me dieron.

—La vida nos puso en el mismo camino. Y fue lo mejor para nosotros mientras duró.

—Cierto. —La escucho suspirar—. Bueno, espero no pillarte en un mal momento, pero ya que me llamaste... necesito que hablemos. ¿Tienes tiempo ahora?

16

DIEGO

—Google, pon *Radio* de Lana del Rey.

La voz femenina se escucha distante contra el fondo grisáceo que ahora reconozco como mis propios párpados cerrados. Poco a poco recupero la conciencia tras el sueño más tranquilo que he tenido en meses y, por instinto, estiro mi brazo hacia el lado izquierdo de mi cama. Está vacío y el peso de la angustia cae sobre mí, como la pata de un elefante, presionando mi espalda.

Me pregunto si todo fue un sueño. Uno de esos que solía tener cuando vivía en Londres y en lo único que podía pensar era en olvidarla.

Pero si esto no es un sueño, es peor. Manuela me dejó, otra vez.

Las suaves notas de la canción me envuelven como una cálida mantita que me arrulla, me devuelve al sueño, hasta que me despierta el apremiante sonido de la alarma de incendios.

Para el momento en que escucho el gran «¡Mierda!» saliendo de la boca de Manuela, ya estoy de pie, corriendo desde mi dormitorio hacia la cocina, en donde la encuentro con los brazos extendidos hacia el techo, batiendo un trapo cerca de la alarma para disipar el humo.

Una corriente de alivio recorre mi espalda. Ella sigue aquí, conmigo, vestida con mi camiseta blanca y... nada más. ¿Qué pasó con los *shorts* que le puse anoche? ¡Sagrado Rostro de Jesús! Ten piedad de mí. El dobladillo de la camiseta le llega justo a esa hermosa zona curvada en la que terminan sus muslos y empiezan sus provocativas nalgas. La sola imagen frente a mí es suficiente para querer ponerme de rodillas y alabar al altísimo.

Si por altísimo entendemos la gloria entre sus piernas.

—¿Te quemaste? —le pregunto, acercándome a ella para tomar sus manos y hacer una rápida inspección.

—No, pero esta vaina ¡me va a enloquecer! —exclama, mirando furiosa a la alarma.

—Por más de que le tuerzas los ojos no se va a callar. —Le doy una palmadita burlona en el trasero antes de agarrar la tapa de una de mis ollas para ventilar el humo del dispositivo y hacer que se detenga—. ¿Qué estás haciendo aquí? Se supone que me ibas a esperar tendida en la cama para que te diera fresas de rodillas.

—Pensé que sabías que no me gusta comer en la cama. —Sus ojos se estrechan en una expresión maldadosa—. Me refiero a comer «comida» —continúa, mientras regresa a la estufa en donde reposa una sartén tipo *cast iron* que todavía humea—. Solo me giré un segundo para programar la cafetera. Obviamente esta monstruosidad me odia.

—¿Eso era un... *pancake*? —Todos los músculos de mi abdomen y mi rostro luchan entre sí para reprimir la risa. Mi sentido común y mi instinto de conservación insisten en que mantenga la compostura, por mi propia integridad física.

—Lo creas o no, aprendí a hacer *pancakes* con una receta que he estado perfeccionando durante años —Manuela dice con la hermosa arrogancia de una experta, mientras empuja su codo entre mis costillas.

Mi corazón se derrite en un charco de mantequilla y alegría al ver a esta mujer de pie en mi cocina, tratando de hacer *pancakes* para los dos.

—En primer lugar, buenos días. —La beso en sus dulces labios, disfrutando del sabor a

menta que emana de su boca—. En segundo lugar, si bien las *cast iron* son excelentes para hacer *pancakes*, no todas las recetas sirven.

—¡Ay, Dios mío! —exclama, dejando escapar un suspiro—. Como si mi fracaso no fuera lo suficientemente humillante, aquí viene el experto a criticarme. —Manuela cruza los brazos sobre el pecho, blanqueando los ojos—. De los dos mil veinticinco sartenes que tienes, ¿cuál debí haber usado?

Estiro el brazo para tomar una sartén del estante y mostrársela.

—Cualquier sartén de teflón funciona.

—Pareciera que estuvieras sosteniendo una espada —dice, enfocándose en mi entrepierna, extendiendo sus labios en una sonrisa traviesa—. Una muy *grande* y amenazante.

—La sartén está aquí arriba —respondo, fingiendo una cara de póquer mientras coloco la sartén en la hornilla frontal de la estufa—. Déjame ver la consistencia de la mezcla para *pancakes*.

—No hay problema, chef —dice, haciendo el gesto militar de los dedos sobre la frente, antes de mostrarme el tazón con la mezcla preparada. Después de una rápida revisión, tengo que admitir que no se ve nada mal.

—¿De dónde sacaste la receta? —le pregunto, gratamente sorprendido.

—De YouTube, ¿de dónde más? —Manuela sumerge la primera falange de su dedo índice en la mezcla y me la muestra—. ¿Quieres probar?

—¿Por qué no?

Manuela mueve su dedo cubierto de la mezcla hacia mis labios, pero en el último segundo lo pone en mi mejilla para engrudar con la masa uno de mis hoyuelos.

—¡Ey! —protesto, frunciendo el ceño y la muy atrevida se echa a reír—. ¡Este es un insulto en mi propia casa! ¡Exijo retribución!

Manuela intenta, sin éxito, bloquearme el acceso a la mezcla, pero mis brazos son más largos. Logro sumergir los cinco dedos de mi mano derecha y pasarlos por su cara y cuello. Por supuesto, ella no se queda atrás y salpica un buen puñado de masa en mi pecho desnudo para terminar lamiéndolo desde la mitad hasta mi esternón y luego hasta mi cuello, hasta que sus labios sellan los míos con un beso.

Separo sus labios con los míos para acceder a su boca, reconociendo un trazo de canela en el sabor de la mezcla de *pancakes* en su lengua. Manuela se acordó de que la canela hace parte del Chai, mi bebida favorita.

—Te amo —murmuro en sus labios y la levanto en mis brazos para sentarla sobre la encimera de la cocina, acomodando mi cintura en medio de sus piernas.

—Yo te amo más —dice, en una voz deseosa, impaciente—. Me muero por estar contigo —agrega, enrollando sus brazos alrededor de mi nuca, sobre mis hombros, mientras me besa con intensidad—. Te lo juro. Llevo días enteros planeando minuto a minuto todo lo que vamos a hacer en la cama este fin de semana y el resto de nuestras vidas, pero primero... necesito preguntarte algo.

—Lo que sea. —Me fundo con ella en otro beso intenso que Manuela corresponde sin reservas, hasta que mis manos se escabullen por debajo de la camiseta, en busca del borde de sus pantis.

—No me distraigas, esto es importante —dice, sonriendo entre gemidos, agarrando el cabello en mi nuca para apartarme lo suficiente y mirarme a los ojos—. No sabes lo mucho que me duele haber aplazado este momento de felicidad por cinco años. Todo habría sido tan distinto si no me hubiera dejado ganar de mi inmadurez y mi cobardía.

—Eso ya no importa, linda —digo, acariciando su mejilla.

—Sí importa, Diego. Es parte de nuestra historia y una vergüenza que vivirá conmigo el resto de mis días, independientemente de lo felices que seamos de ahora en adelante y sé que lo seremos, pero no quiero darlo por sentado. Esto no significa que voy a seguir cargando la culpa de mis errores, solo que los tendré presente siempre para recordarme a mí misma todo lo que estuve a punto de perder por no haber tomado las decisiones correctas o haberme callado tantas cosas, en vez de confiar en ti. —Manuela hace una breve pausa y respira profundo—. Es la última vez que te lo prometo, porque no va a volver a pasar. Yo confío plenamente en ti, de la misma forma que yo espero... tú confíes en mí.

Sus ojos permanecen fijos en los míos, buscando una mínima hendidura para colarse en mi alma y leer mis secretos.

—¿Qué me quieres preguntar, linda?

Manuela desvía la mirada hacia las inmensas ventanas de la sala, cubiertas de techo a piso por un set de pesadas cortinas grises. Siento el estómago descolgarse hasta mis tobillos. Se suponía que Manuela no debía saberlo, pero ese es el riesgo al que nos exponemos cuando amamos a alguien, ninguna verdad puede quedar oculta por más que reprimamos las palabras en nuestra boca.

El peso de la vergüenza es insoportable. Manuela toma mi cara en sus manos en mi primer intento por rehuir el gran signo de interrogación que debe estar pintado en sus ojos, pero yo no quiero otra cosa que refugiarme en la curvatura de su cuello y aferrarme a ella, como si fuera la última rama de un árbol plantado en medio de mi soledad.

—Gracias por resistir, mi amor —dice, en una voz cálida y dulce que puedo sentir en la punta de mi lengua, como una cucharada de miel—. Gracias por luchar por tu vida y mantenerte aquí, aun cuando tuviste que atravesar solo tu peor momento de oscuridad. —Manuela me estrecha entre sus brazos y me habla al oído—. Eres el hombre más valiente que conozco, nunca me cansaré de decírtelo. Te admiro como a nadie y más que orgullosa, me siento la mujer más afortunada del mundo por compartir mi vida con mi persona favorita.

—El afortunado soy yo, linda —digo, apartándome un poco para mirarla o, mejor, para que ella vea las lágrimas corriendo por mi rostro—. Porque, aunque no estuvieras aquí conmigo, fue tu nombre, escrito en mi mente, lo que me apartó de esa ventana. No soporto la idea de hacerte daño, mi amor; mucho menos ahora que la vida me ha dado una segunda oportunidad para estar contigo. Mi vida es sagrada porque es tuya y así no estuvieras conmigo, así decidieras que tu futuro está en otro lado, yo seguiré aquí, respirando, luchando, así fuera por el placer de saber que, en algún rincón del mundo, tú eres feliz.

Manuela me estrecha entre sus brazos una vez más. Más que un voto de amor para ella es una promesa para mí mismo.

Mis propias debilidades, son precisamente mi mayor fortaleza.

17

MANUELA

Una imagen no lo podría decir todo, así que intentaré pintarlo con unas cuantas palabras. Lo que significa para mí la gran palabrota: Felicidad.

Diego picando fresas en cuadritos, mientras volteo el último de mis *pancakes* deformes en una sartén antiadherente.

El aroma del café humeante servido en dos tazas, en el comedor.

Un rayo de sol iluminando la sala, colándose entre una pequeña abertura en la mitad de las cortinas. Estoy segura de que, dentro de poco, podremos abrirlas por completo. No tenemos afán. Lo haremos a su debido tiempo.

Un desayuno simple, ignorando el movimiento de las manecillas en el reloj.

Sus pupilas contraídas al extremo por el hermoso color avellana en sus iris, que nunca me cansaré de mirar. Y el par de hoyuelos adornando sus mejillas.

La sonrisa de Diego, el hombre que amo, y su voz con sabor a *whisky* y decadente chocolate amargo derretido, alabando mis *pancakes*.

Agua tibia en la tina. El calor de su pecho contra mi espalda. Sus dedos entre mi pelo, masajeando mi cuero cabelludo, mientras aplica el champú.

La frase «te amo» en la punta de su lengua, jugueteando con mis pezones. Su nombre enredándose entre mis gemidos. La yema de mis dedos clavada en su trasero mientras él me invade por completo, liberando mi éxtasis.

Una toalla gris rodeando su cintura. Mis dedos caminando sobre la hendidura que marcan sus abdominales, hasta llegar al borde de la toalla, dejándola caer al suelo.

Mi cuerpo reclinado sobre el lavamanos. Sus manos agarrando mis caderas. Su pecho cubriendo mi espalda. El rostro de nuestro deseo reflejado en el espejo.

Mi cuerpo liviano abandonándose en sus brazos. La frescura del olor a naranja en su piel y en las sábanas de su cama.

Los latidos de su corazón en mi oído, derramándose en mis venas, retumbando en todo mi cuerpo, hasta el último rincón.

—Dime la verdad, linda —murmura en una voz ronca que delata su preocupación—. ¿Te hicieron algo?

Me levanto de su pecho, en donde permanecía boca abajo, para acomodarme de medio lado en la cama y mirarlo a los ojos.

—Ximena te contó —digo, sus dedos jugueteando en el aire con los míos.

—Cuéntame tú —insiste.

—No me pasó nada y a Ximena tampoco, pero... —Respiro profundo, queriendo exhalar el sentimiento de culpa que contrae mis pulmones—. Me puse el anillo, mi tesoro máspreciado, solo para que me lo robaran.

—Me importa un pito el anillo...

—No digas eso. Yo adoro ese anillo. —El remordimiento quiebra mi voz—. Era la noche de nuestro primer beso.

—Esa noche siempre existirá y es algo que nunca nadie nos podrá robar, por más que lo

intenten. —Diego me besa en los labios y luego en la frente—. Yo no lamento que hayas perdido el anillo. Todo lo contrario, no te imaginas cuánto me alegra que haya cumplido su propósito: protegerte.

—Protegernos —corrijo, en un susurro—. Tu regalo de compromiso nos protegió a Ximena y a mí.

Diego se acomoda una vez más, poniendo su mano en mi cadera para atraerme hacia él.

—¿Qué carajos fuiste a hacer a Londres? —Y más que a una pregunta, suena a un dulce reclamo con el que intenta disfrazar la cuestión real que debe estarle picoteando el estómago de curiosidad. *¿Qué carajos hablaste con Ximena?*

—Una mujer tiene sus razones —digo, rehuyéndole la mirada hasta que siento su mano apretándome en la cadera—. ¡No me hagas cosquillas!

—Entonces dime. —Su muslo derecho se cuela entre mis piernas, presionando con suavidad deliciosa mis zonas sensibles.

Un gemido se escapa de mi boca.

—Yo necesitaba escuchar su versión de la historia, porque si algo me impedía volver contigo, era la horrible sensación de... inseguridad. Era como una vocecita en mi cabeza diciendo que todo el dolor, el remordimiento, la soledad... todo había sido tu culpa.

—En parte, es cierto. —Diego baja la cabeza, avergonzado.

—No —lo interrumpo, poniendo un dedo en su mentón y levantando su cabeza—, no lo es y ese es el punto, Diego. En mi corazón siempre he sabido que tú jamás quisiste hacerme daño. Es cierto que cometiste errores, al igual que yo, pero ambos los hemos aceptado y hemos pedido perdón por ellos. Y aunque asumir la culpa de los demás suene admirable, en realidad no lo es, o por lo menos para mí no lo es; eso es algo que yo no estoy dispuesta a aceptar. —Hago una pausa y respiro profundo, sonriéndole a los jirones avellana, verde y amarillo en el iris de sus ojos—. No era justo que llevaras la carga de los errores de alguien más sobre tus hombros, amor. Por eso fui a hablar con Ximena.

Diego cierra los ojos por un par de segundos, como absorbiendo mis palabras.

—Ya he perdido la cuenta de todas las veces que te he dicho «te amo», pero ahora me doy cuenta de que... nunca te he dado las gracias —dice, abriendo los ojos de nuevo—. Afortunadamente, nunca es tarde para una primera vez —agrega, tomando el mechón de cabello que se acaba de resbalar hacia mi cara para ajustarlo detrás de mi oreja—. Gracias, linda.

Ambos nos fundimos en un abrazo y se me antoja que la gran palabrota, aquella que he perseguido como una mariposa dorada en medio de la tormenta, de ahora en adelante se escribe con las letras de nuestros nombres.

De todas las demostraciones de afecto en público de una pareja, caminar agarrados de la mano por la acera sigue siendo mi favorita de todos los tiempos. Y después de cinco largos años de soñar con el día en que volvería a sentir el cosquilleo de la palma de su mano unida a la mía, creo que mi pecho va a explotar en confeti.

—¿Qué pasa? —me pregunta Diego con una sonrisa desprevenida, mientras salimos del edificio, rumbo a un restaurante, con la esperanza de encontrar alguna olla qué raspar para almorzar a las tres y media de la tarde.

—Nada... solo... —digo, poniéndome las gafas oscuras para proteger mis ojos, aún adormilados, de los rayos del sol—, creo que es el soroche, por el cambio de horario.

Miento, porque admitir que el amor que siento por él es una caldera hirviendo que me está derritiendo por dentro, es darle papaya para que se burle de mi sobredosis de cursilería en lo que

queda del día.

Me duelen las mejillas de tanto sonreír. El estrés del tráfico sobre la Carrera Séptima y la constante pitadera de los carros, el ocasional *cluster* de basura regada en alguna esquina o el irrespeto de los ñeros que se acercan a pedirnos monedas mientras caminamos, debería ser razón suficiente para endurecer los músculos en mi cara y mantener una expresión seria y neutral, pero... simplemente no puedo. Cuando tu vida por fin está marchando en la dirección correcta, al lado de la persona que le ha dado sentido a la palabra «amor», no puedes más que arquear los labios hacia arriba. No hay voluntad que domine un corazón lleno de motivos.

Después de un almuerzo ligero en un modesto restaurante de comidas típicas, una caminata por el Parque Nacional y una corta parada en el supermercado para aprovisionarnos de leche, huevos y pan, caminamos de vuelta a nuestro hogar.

—Con solo cruzar la calle estaríamos en tu apartamento. —Le escucho decir a Diego mientras me debato mentalmente entre un ramo de tulipanes y otro de rosas, frente a la caseta ambulante de una vendedora de flores—. ¿No quieres pasar a saludar a Maps?

—Ella sabe que estoy «viajando». —Le muestro los dos ramos para que me ayude a escoger—. ¿Cuál te gusta más?

Diego blanquea los ojos y saca la billetera de su bolsillo.

—Deme dos de cada uno —le dice a la vendedora—. ¿Cuánto le debo?

—¡Solo necesitamos un ramo!

—¿Quieres que me lleve la floristería entera? —me desafía en ese tono arrogante que debilita mis rodillas.

—No digas que me vas a hacer dormir en un colchón de pétalos de rosas —me burlo, mientras retomamos la caminata hacia el apartamento.

—No me des ideas —insiste, besándome la sien.

Levantamos la mirada al notar las luces de la calle encendiéndose por sí solas, saludando la tímida silueta grisácea de la Luna asomándose entre unas cuantas nubes teñidas de rosado y naranja.

—Tengo que contarte algo, linda. —La dulzura en el tono de su voz me desarma—. Anoche, mientras dormías, hablé con Ximena —agrega, soltando mi mano para deslizar su brazo sobre mis hombros. Yo, por mi parte, paso mi brazo por su espalda baja y envuelvo su cintura, robándole un beso en los labios.

—¿Le diste las gracias por ayudarme? —respondo y hasta a mí me sorprende la naturalidad con la que la pregunta sale de mi boca, cuando hasta hace unos meses, el eco de su nombre erizaba mi piel—. Yo misma pensaba hacer lo mismo una vez configurara mi nuevo teléfono celular, pero creo que tiene más sentido que tú hablaras con ella.

—Sí, aunque... ese no fue el único tema de nuestra conversación. —Diego guarda silencio, mirando al suelo, como contando mentalmente nuestros pasos en la acera—. Ximena quiere vender el resto de las acciones que tiene en Petite Délice.

—Veo. ¿Tú todavía estás pagando por la primera mitad que pidió que le compraran?

—En aquella época las gemelas intervinieron y, entre los tres, sacamos un préstamo en el banco, que todavía estamos pagando. Pero sería injusto con ellas pedirles que me ayuden otra vez y, en el fondo, tampoco sería justo conmigo. Esto ya no es una cuestión personal y, siendo honesto, nunca debió serlo. Yo debí haber puesto los límites hace cinco años, pero en esa época me sentía tan culpable por haber herido sus sentimientos que... simplemente acepté lo que fuera con tal de aliviar mi conciencia.

—En ese caso, tendrías que hablar también con tu mamá y Eliana.

—Desgraciadamente. Lo irónico es que, incluso Ximena está de acuerdo conmigo en que debemos discutirlo como un asunto de negocios, no familiar ni personal —aclara con una voz suave—. Solo sería cuestión de convocar a la junta directiva para resolver el tema.

De repente, el aroma que aspiro de los ramos de flores en mi brazo llena mi pecho de alegría, mezclada con la satisfacción que siento al vernos a ambos, recorriendo el mismo camino juntos, dibujando el mapa de nuestro futuro en la misma página.

—¿Hay algo en lo que te pueda ayudar? No es que tenga medio millón de dólares en la alcancía para resolver el asunto, pero... no sé... yo podría hablar con... tu familia, si es el caso.

Me abstengo de mencionar de nuevo a Leticia y a Eliana en su presencia, en vista de que él mismo está tratando de evitarlo. Apostaría lo que fuera a que es su mecanismo de defensa para protegerse del impacto emocional que representa el solo hecho de pensar en ellas y en las muchas heridas que siguen abiertas en su familia.

—No te merezco —me dice, estrechando mis hombros en su brazo y con él, el aroma a madera y limonaria de su perfume me envuelve—. No hay necesidad, linda. La situación no es tan terrible como parece. Aun si tuviera que pagar de mi bolsillo el total de las acciones, Ximena me dijo que podríamos negociar un cronograma de pagos o algo así.

—La vida es loca, definitivamente.

Diego suelta una risita.

—¿Por qué lo dices?

—Yo te lo dije una vez, ¿te acuerdas? Ximena parece ser el tipo de persona con quien podría tener una amistad, si las circunstancias fueran distintas. —Miro al cielo una vez más, contemplando el intenso azul índigo plagado de pequeñas nubes grises, como motas en una sábana.

—Sí, me acuerdo. Y tienes toda la razón.

—Diego, lo último que quiero es invadir la privacidad de alguien, especialmente si esa persona no está aquí para decidir qué compartir o no. No te pido que me cuentes cada detalle de tu historia con ella, pero... al mismo tiempo, siento que la falta de comunicación fue nuestro principal problema en aquel entonces.

—Lo sé. Por eso te estoy contando lo de las acciones. —Diego toma aire y lo retiene un par de segundos, como si quisiera reunir sus pensamientos en un solo lugar antes de exhalar—. Ximena es una gran mujer, eso jamás lo voy a negar. Nos conocimos cuando éramos adolescentes y vivíamos en el barrio Las Cruces. Ella era la sobrina del panadero que nos vendió el negocio antes de jubilarse. El tipo era una madre con todo el mundo, menos con ella. La maltrataba física y verbalmente cada vez que se le daba la gana. La vida de Ximena con ese señor era un infierno, en el sentido literal.

—¿Tú crees que él la...? —El corazón se me encoge de solo pensar en ello. Me es imposible articular las palabras.

—No. Yo... tengo la certeza de que él no llegó al extremo de abusarla. —Quiere decir que Diego fue su primera vez y ahora entiendo por qué Ximena se aferró tanto a él—. La mayoría de las veces... le dejaba moretones en la cara, en los brazos y hasta en los ojos. Para mí era horrible verle las marcas cuando iba a la panadería a comprar la leche o el pan del desayuno, porque sabía, por experiencia, lo mucho que duelen esas heridas y lo agobiante que es llevarlas en el alma. —Diego hace una pausa para pasar el nudo en su garganta—. Un día, mi mamá y yo salimos de la casa temprano, antes del amanecer, rumbo a la plaza de mercado, como solíamos hacer todos los días, y la sorprendimos huyendo de la casa de su tío. Un tipo la estaba esperando en una esquina y fue en ese momento que mi mamá decidió intervenir. Salí de allí con una

costilla rota, pero la salvamos de la calle.

—¡Cómo así que una costilla rota! —Lo detengo en medio de la acera, palpando su torso.

—Eso fue hace más de quince años, tranquila. —Diego sonrío y me agarra de la mano de nuevo, besándome los nudillos—. Lo duro vino después, cuando mi mamá le pidió al tío que la dejara quedarse con nosotros. Eso fue un insulto para Ximena, como si su propia familia la hubiera encerrado en una jaula rodeada de extraños que ahora le iban a controlar la vida. Los primeros años fueron un infierno con ella en nuestra casa, ella y yo peleábamos por todo, pero luego, ella aprendió a hornear y a hacer postres y así comenzó a trabajar con mi mamá. La pastelería le dio sentido a su vida, le ayudó a canalizar todas sus frustraciones y se convirtió en su propia forma de expresión.

—Tú la admiras. Ahora entiendo por qué esa relación significó tanto para ustedes.

—Ximena y yo nos aferramos el uno al otro, linda. No te lo voy a negar. Ambos veníamos de hogares destrozados y compartíamos el mismo sentimiento de rechazo y abandono. De alguna manera, eso nos hizo trabajar juntos, compartir un objetivo y convertir nuestro dolor en algo positivo.

—Entonces ¿por qué no funcionó? Incluso a mí me parece que hubieran podido ser la pareja perfecta.

—*Parecíamos...* solo en la superficie, Manu. Al final no funcionó porque Ximena y yo nunca trazamos la línea entre el negocio y nuestra vida personal. Una vez Petite Délice salió a flote y tuvo éxito, nuestra relación se convirtió en el saco de boxeo que ambos utilizamos para liberar el estrés del trabajo. Ximena tenía que adaptar constantemente sus recetas para que funcionaran en un modelo de producción masiva y yo tuve que afrontar el desafío de posicionar nuestra marca y expandirnos a nivel nacional. La carga de esa responsabilidad era demasiado pesada para nosotros.

Caminamos un par de cuadras más en silencio, hasta llegar al edificio, y por la forma en que nos miramos, sé que está pensando lo mismo que yo en este momento. Si esta conversación hubiera ocurrido al inicio de nuestra relación, nos habiéramos ahorrado cinco años de tristeza y soledad.

—Tampoco hubiera funcionado esta vez, linda —me dice, mientras entramos al ascensor, rumbo al apartamento—. Pero eso no significa que no me importe lo que pase con ella. Al contrario, me importa mucho porque... a pesar de todo, ambos crecimos juntos y ella fue parte de mi familia. Yo compré la mitad de sus acciones con las gemelas en aquel entonces por la misma razón que necesito comprarle el resto esta vez, si la empresa no lo hace. Ella necesita ese dinero para desprenderse de mi familia y de Petite Délice y vivir su propia historia. Es hora de que ella construya su propia marca y con ella, su propio legado. Ximena podría convertirse en la próxima Jordi Roca o Christina Tosi si se lo propone, pero antes de que eso pueda ocurrir, ella debe salir de la sombra de la familia Ospina y brillar con luz propia.

Sonrío, dándole un suave apretón de mano en solidaridad.

—Ella se lo merece —concluyo—. Y si en algo podemos ayudar, lo haremos. Cuenta conmigo.

Leticia solía decir que las flores lucen mejor en la sala o en las habitaciones, pero me inclino más por la filosofía de la tía Rosario: «que nunca falte en nuestra mesa el pan y las flores».

Combino los dos ramos de tulipanes en un jarrón de cristal y lo coloco en medio de la isla que separa la cocina de la sala, mientras le echo un ojo al par de porciones de carne que crepitan en la plancha de la estufa. La boca se me hace agua con solo aspirar el irresistible aroma de las

hierbas fundiéndose en la proteína, en un abrazo apetitoso.

Miro hacia la sala con la esperanza de que Diego se despida de Emma pronto y cuelgue el berraco teléfono para venir a cenar, pero si algo caracteriza a los hermanos Ospina es que... simplemente no se callan. Ellos pueden hablar por horas y horas sin parar, en especial si han dejado de verse por un tiempo prolongado. En este caso, no sé si Diego intenta darle largas a la conversación para no levantar sospechas. Ambos decidimos que íbamos a tomarnos este fin de semana para estar juntos, hablar, reír y tomar las correspondientes decisiones sobre nuestro futuro, sin involucrar a nadie más. Los únicos que saben de mi paradero son mis padres, y solo se los dijimos para darles la tranquilidad de que estoy bien.

Bajo la mirada nuevamente hacia la estufa. Ni modo, mi estómago lleva la marca del pecado. Me rindo a la tentación de tomar un cuchillo y cortar una esquinita de carne para probarla, pero justo cuando me la voy a llevar a la boca, una mirada crítica me sorprende en el acto con una sonrisita maliciosa.

—Te agarré infraganti, con las manos en la presa. —Diego se recuesta contra la encimera de la cocina, cruzando los brazos sobre su pecho.

—¿Y qué se supone que vas a hacer? ¿Me vas a castigar? —le pregunto en un tono desafiante, arrojando la esquinita de la carne a mi boca.

—Severamente —me responde, acercándose a mí con esa sonrisita divina, entre amenazante y malvada.

Diego me abraza por la cintura y me levanta del suelo, repasando con sus ojos cada contorno de mi cara.

—¿Qué pasa? —le pregunto.

—Hablé con Emma sobre las acciones de Ximena —dice, bajando mis pies al suelo—. Está de acuerdo conmigo en que deberíamos reunirnos mañana mismo. Este tema es demasiado delicado para aplazarlo hasta la próxima semana.

—Tiene sentido. Entre más rápido se resuelva, mejor. ¿No te parece?

—Solo si tú estás de acuerdo. Este es nuestro primer fin de semana juntos en cinco años, linda. No me lo quiero tirar con reuniones extraordinarias de junta directiva ni vainas de la empresa. —Sonríe malicioso y agrega—: Corrijo. Yo sí me lo quiero tirar, pero contigo.

—Lo uno no cancela lo otro, ni son mutuamente excluyentes —le respondo, divertida—. Pero hablando en serio, mañana es domingo, todos tienen tiempo libre, o al menos en teoría. Entre semana todo se complica porque cada uno está ocupado en lo suyo y yo, por lo menos, te necesito enfocado en la oficina. Hay demasiado por hacer. —Rodeo su cintura con mis brazos, hasta agarrar su trasero—. Y por la noche, te quiero aquí, conmigo, poniéndote al día con todos los besos que dejaste de darme en cinco años.

—No se diga más. —Diego suspira y deja caer los hombros—. Si lo pones en esos términos, mi única salida es rendirme. Voy a textearle a Ximena para preguntarle si tiene tiempo mañana.

—Vale. —Señalo la carne y los vegetales en la estufa—. Esto ya está listo, ¿quieres que sirva de una vez?

Diego afirma con la cabeza y se queda mirándome por un largo rato, mientras busco los platos en la alacena.

—Me encanta verte así —susurra.

—Así, ¿cómo?

—Feliz.

Suspiro profundo y le devuelvo la sonrisa.

—Y a mí me encanta verte así —repito.

—¿Cómo?

—Tranquilo.

Diego estrecha sus brazos alrededor de mi cuerpo una vez más, presionando su rostro contra mi pecho.

—Más que tranquilo, me siento completo. ¿Me creerías si te dijera que es la primera vez que me siento así?

—Si me lo dices, te creo. —Y de nuevo, mi corazón empieza su carrera contrarreloj, palpitando tan rápido y fuerte que podría derribar el edificio entero si no hago la pregunta que desde hace días sigue atascada en mi garganta, buscando una forma de salir—. ¿Y tú me creerías si te dijera que...? —Hago una pausa para respirar—. ¿... llevo cinco años fantaseando con la idea de ver nuestros apellidos juntos?

Los músculos de Diego se tensan a mi alrededor y, luego de una breve pausa en silencio, Diego se separa de mí ligeramente, para mirarme de frente.

—¿Quieres decir...? —Podría ver el anhelo desbordarse en sus ojos.

—Que nos casemos y formalicemos nuestra vida juntos, como esposos.

—Sí —me interrumpe, sus manos posándose con suavidad alrededor de mi cuello y mi mandíbula para besarme entre palabra y palabra—. Sí, Manuela, mi amor, mi vida... sí quiero casarme contigo.

No puedo evitar sonreír. La frase me sabe a helado de fresa en la boca y ahora que la he probado, me pregunto por qué muchas de nosotras, las mujeres, nos negamos el placer de proponerle matrimonio a los hombres que amamos.

—¿Estás seguro? ¿Así no tenga un anillo para ofrecerte ni me haya hincado en una rodilla?

—Ya hemos tenido todo eso, mi amor. Lo único que nos falta es dar el «sí».

—Aun así —le digo, sin poder evitar una mirada gatuna mientras hablo—, a mí no me molestaría seguir la tradición e hincarme de rodillas. Después de todo, te lo acabo de proponer frente a un pedazo de carne asada en la estufa, de alguna forma me tengo que reivindicar.

Diego sonríe maldadoso, siguiendo el tren de mis ideas.

—Hagamos una cosa —dice, en un tono seductor—. Déjame cuadrar la reunión con mi familia mañana, terminemos la cena y luego... discutimos los detalles de tu propuesta matrimonial largo y tendido. Toda la noche, si es necesario.

Ha sido una noche espectacular, más allá de mis expectativas. Era esta la vida que me imaginaba a su lado desde la primera vez que la soñamos juntos. Él y yo, compartiendo los pequeños momentos de la cotidianidad, hablando de nuestras preocupaciones, destapando nuestros miedos, confiando las debilidades del uno en los brazos del otro sin avergonzarnos, porque la única forma de hacernos más fuertes, nosotros dos, es aceptando nuestras propias debilidades.

Marido y mujer

18

MANUELA

—Diego... —alcancé a musitar entre jadeos—. Se te está haciendo tarde.

En el instante en que pronuncié la última palabra, los dedos de mis pies se enroscaron, mis manos se aferraron a la sábana como si yo estuviera suspendida en el vacío y de ella dependiera mi vida. Mi mente se disparaba al plano sideral en donde veía estrellas, galaxias y supernovas explotando en mis párpados cerrados. El intenso placer me golpeó como una ola del mar que iba y venía, me elevaba y me arrastraba; me cortaba la respiración en un instante y al siguiente llenaba mis pulmones de aire. Mis músculos interiores se contraían y relajaban al ritmo de mis latidos, respondiendo al movimiento firme y certero de la lengua y los labios de Diego entre mis piernas.

Perdí la cuenta de las veces que sonó la alarma esta mañana, antes de que Diego finalmente se dignara a levantarse de la cama y alistarse para asistir a la reunión extraordinaria de la junta directiva de Petite Délice, programada para las diez. Tuve que amenazarlo con cortarles los «servicios» si no cumplía con el pacto, a lo que él respondió con una sonrisa arrogante, mientras me besaba:

—Cuidado con esas amenazas, si no quieres que te haga rogar para que los «reconecte».

—Después veremos quién termina rogándole a quién.

La escena entera me hace reír al recordarla una y otra vez, camino al restaurante en el que quedé de encontrarme con mis chicos para nuestro acostumbrado *brunch*.

—¡*Quiubo*, mi gente! —les digo, acercándome a la mesa—. ¿Y ese milagro que soy la última en llegar? No me digan que, por fin, se tomaron la pastillita de «puntualina» que les recomendé el otro día.

Los tres me observan de pies a cabeza por un par de segundos, antes de reaccionar a mi saludo.

—*Yes!* ¡Completé lo del arriendo de este mes! —María Paulina exclama feliz, levantando los brazos en el aire—. ¡Páguenme, *nojoda!*

—¡Maldita sea! —Extrañamente, Sebastián acompaña el madrazo con una sonrisa, mientras saca un billete de cien mil pesos y se lo entrega a María Paulina—. Pero estoy seguro de que estuve a un tiquete de avión de ganar. —Me mira y guiña un ojo—. ¿Sí o qué, Manu?

—¿De qué están hablando? —les pregunto, frunciendo el ceño, al sentarme.

—Me encanta el bronceado, *chérie* —me dice Dominique con picardía, mientras saca un par de billetes de cincuenta mil pesos de su billetera—. El clima de las Antillas *les* sentó muy bien, aunque me sorprende. Pensé que iban a pasar la mayoría del tiempo adentro... del hotel.

«Les sentó». Un plural interesante.

—Era un viaje de trabajo —me apresuro a aclarar, cruzando las piernas con la esperanza de apaciguar el eco de placer que aún siento entre ellas, desde esta mañana—. Y me parece el colmo que te hayas tomado la molestia de ir hasta el aeropuerto, dizque a despedirte de mí, solo para

meter la mano en mi bolso.

—Ah, *désolé!* —replica, con una expresión compungida que no podría ser más falsa si se lo propusiera—. Lamento que no hayas tenido tiempo de usar mis regalitos. ¿Me los devuelves?

—No traje el bolso —respondo, señalando el canguro que llevo colgado de la cintura—. Ahora sí me pueden explicar, ¿cuál es la pasadera de plata que tienen entre ustedes?

—Este par no me creía que ibas a volver con Diego —María Paulina interviene, estirando la sonrisa en sus mejillas—. Acaban de perder la apuesta que hicimos.

—¿Y quién dijo que ganaste? —le pregunto, usando el menú del restaurante como cortina para esconder la mitad de mi rostro.

—La cara de ponqué con la que llegaste —dice Sebastián, empujando suavemente mi rodilla con la suya—. Y no me vengas con el cuento de que pasaste del aeropuerto directo al *spa*, porque no te creo. Solo hay una forma de conseguir esa clase de piel sedosa de la noche a la mañana.

—¡Ay, ya! ¡Déjenla quieta, *ombe!* —María Paulina llama al orden, acomodándose en su asiento, como quien se prepara para escuchar un chisme bomba—. ¿En dónde te escondiste el viernes?

—¿En dónde crees? Debajo de las sábanas de Diego. —Dominique mete la cucharada en la conversación con particular suspicacia.

—No, espérate un momentico —María Paulina la interrumpe, confundida—. ¿Te le metiste a escondidas al apartamento? O Diego es muy buen actor y hay que darle un Oscar, porque el viernes llegó a la oficina arrastrando la maleta, con el ánimo por el piso, como si lo hubieran expulsado del colegio y para colmo, preguntándome si sabía de ti.

Como si hubieran ensayado una coreografía, los tres se detienen a mirarme y juraría que si me demoro un minuto más en contestar, empezarían a salirles signos de interrogación de las orejas.

—Llegó el momento de confesarte, *chérie* —dice Dominique, fingiendo solemnidad—. Si no estabas en las Antillas con Diego, ni en Miami negociando la oferta de traslado, ni aquí en Bogotá, se puede saber ¿en dónde estabas?

Suerte que sus ojos no vienen equipados con visión de rayos láser. De lo contrario, ya estaría frita como un huevo sobre la superficie de la mesa.

—Yo... —Aclaro la garganta, poniendo el menú sobre la mesa—. Fui a la tienda a hacer un mandado. —La broma no hace sino irritarlos, así que respiro profundo antes de soltar la confesión—. ¡Está bien, carajetes! ¡Me rindo! Yo viajé de las Antillas a Londres. Necesitaba resolver un par de cositas con Ximena. ¿Contentos?

Y así, mis amigos abren los ojos de tal manera que temo que se les desprendan de sus cuencas.

—¿Fuiste a buscar a... Ximena? —María Paulina insiste, ante su propia incredulidad. La sola idea suena tan ridícula que, incluso yo, empiezo a cuestionarme si lo hice de verdad o me lo soñé.

Más allá de los prejuicios y las conjeturas que han salido a relucir en las dos horas de este *brunch* con mis amigos, que se ha convertido en la sesión de interrogación más exhaustiva de mi vida, solo yo puedo entender mis razones. Solo mi corazón puede juzgar mis actos porque es él quien, por fin, siente la tranquilidad que había perdido desde la primera vez que me separé de Diego, hace cinco años.

—¿Y la encontraste? —escucho a Dominique preguntarme, mientras me concentro en los rastros irregulares de las líneas que ha dejado la leche espumada en las paredes de mi taza de *café latte*.

—Algo mejor. Lo encontré a él.

Levanto la mirada de la taza de café y veo a Diego entrando al restaurante. Sus ojos conectan con los míos, arrancándome una sonrisa. Mis tres amigos leen la expresión en mi rostro y se voltean para verlo acercarse a la mesa y recibirme en sus brazos.

—Supongo que ya somos cinco —dice Dominique, en un tono amable, desplegando una sonrisa amistosa mientras se mueve hacia la derecha para abrirle espacio a Diego quien, a su vez, toma una silla vacía de la mesa de al lado.

—No se preocupen, muchachos —dice Diego y, por la forma en que observa a Dominique, sospecho que el comentario viene cargado de suspicacia—. No tengo ninguna intención de invadir su hora sagrada de *brunch*. Hoy vine a recoger a Manu porque... —Hace una corta pausa para acomodar su brazo en el espaldar de mi silla, cerca de mis hombros—. La necesito para hacer un par de diligencias.

—No me digas que una de esas «diligencias» es llevarte a mi *roommate* del todo para tu apartamento. —María Paulina hace pucheros y por poco me doblo de risa.

—¡No seas bobita! ¡Yo no te voy a dejar abandonada!

—Yo sí esperaría que la dejaras abandonada —Sebastián interviene, haciendo una broma—. Porque ella no lo dudaría un instante si estuviera en tu lugar.

—¿Cómo te fue? —le pregunto a Diego, entrelazando mis dedos con los suyos.

Diego respira profundo y levanta las cejas, escondiendo un dilema detrás de una sonrisa de medio lado.

—Digamos que... no me fue mal, pero después te cuento. —Sus manos no tiemblan y la temperatura en ellas sigue siendo normal. No veo en sus ojos ninguna señal de alarma y aun así, puedo sentir el rastro de una preocupación en sus palabras. Mis conjeturas internas deben estar reflejándose en mis ojos porque él decide darme un suave apretón en la mano antes de agregar—: Todo está bien, no te preocupes. —Y con una sonrisa franca levanta la mirada para dirigirse al resto—. ¿Tienen planes para el próximo sábado? ¿Qué les parece si nos echamos unas polas en Blue Monkey?

—A la voz de cerveza, considérenme materia disponible —dice María Paulina.

—A mí también —Sebastián agrega.

—Me confirman la hora y allí les caigo. ¿Vas a pedir algo? —Dominique le pregunta a Diego, en vista de que la mesera se acerca con el datáfono en la mano para saldar la cuenta.

—No, gracias, Dominique. Yo estoy bien. —Diego me mira, esperando aprobación—. ¿Quieres algo más?

—No, de hecho, creo que ya me estoy arrepintiendo de haberme tragado el *muffin* de avena que pedí, dízque de postre —le contesto, removiendo mi chaqueta del espaldar de la silla—. ¿Nos vamos?

Los cuatro saldamos nuestras cuentas y nos despedimos de besos en la mejilla y abrazos. No sé por qué, de todos los *brunchs* que hemos compartido en cinco años, este tiene un sabor especial. Cambiamos los comentarios picantes que siempre hacíamos sobre la rumba de la noche anterior por susurros al oído cargados de buenos deseos.

—Este no va a ser el último *brunch* —le digo a Sebastián, después de abrazarnos.

—Yo sé y tampoco tienes que darme explicaciones de nada, Manu. Yo nunca quise verte lejos de Diego, solo he querido que seas feliz. Y lo eres. —Se corrige—. Lo son. Ganó el amor. Ese era el final que yo siempre había querido para tu historia.

Diego y yo caminamos hacia la salida, tomados de la mano. No puedo evitar girar la cabeza hacia mis amigos una vez más y sentir un hilo de mi alma tensarse como si fueran las cuerdas de

mi guitarra. Los tres me mandan besos, abrazos, risas y una que otra obscenidad armada con los dedos. Ahí están. Mis amigos, felices por mí. Felices conmigo.

19

DIEGO

El Diego de años atrás (muchos años atrás) hubiera dado su vida entera por asegurar el futuro de su familia, defender la integridad física y emocional de sus hermanas; dejando atrás el amargo recuerdo de una infancia triste que lo destruyó y cubrió su rostro de lágrimas invisibles, derramadas en silencio.

El Diego del pasado solo tenía sentido con respecto a los demás, cumpliendo su rol en la manada, sin ocuparse de sí mismo, ni de sus traumas.

Pero la vida le cambió y conoció el amor. Y justo cuando creyó que sería feliz, el engranaje del destino dio sus vueltas, atrapándolo entre sus dientes, y lo destrozó una vez más.

Y a pesar de eso (o quizá, a causa de todo eso), pudo armarse a sí mismo entre los escombros. Solo así pudo salir adelante, hacia la luz, y buscar allí la felicidad.

—Ahora sí, cuéntame —Manuela insiste, luego de salir del restaurante, camino al carro— ¿Qué pasó en la reunión?

—Pasó de todo, linda, pero primero necesito que me saques de una duda... —le digo, escondiendo mi preocupación detrás de una risita nerviosa—. ¿Es mi impresión o Dominique estaba... sospechosamente amable conmigo?

Manuela se detiene en medio de la acera.

—¿Por qué lo dices? —Y esa sonrisita pícara que sus labios dibujan me dice todo lo que su pregunta trata de ocultarme. Manuela también lo notó.

—¡Me lleva el carajo! —exclamo, soltando un suspiro mientras le quito el seguro al carro para que podamos entrar—. ¡No me digas que es cierto!

—Que... es cierto ¿qué?

—¡Que se enredó con Emma!

—¿¿¿Queeeeé??? —Si le estuviera hablando de un extraterrestre vendiendo periódicos en la esquina, no le habría parecido tan extraño. Su expresión no es de sorpresa, Manuela está lívida.

—Veo. Y el hecho de que no te lo haya contado, me preocupa.

—¿De qué estás hablando? ¿En qué universo paralelo Dominique y Emma se conocen? —me pregunta, ajustándose el cinturón de seguridad.

—Se conocieron en este universo, créeme. Yo estaba ahí —respondo, una vez arranco el carro—. La noche que fui a buscarte al apartamento para que habláramos.

—¿Se encontraron en el camino o qué?

—No. Esa noche yo estaba terminando mi sesión de terapia con el doctor Crane, cuando Emma me avisó que Dominique estaba preguntando por mí en la portería del edificio. Por supuesto, le dije que la dejara subir y... —Me detengo al ver el semáforo en rojo y exhalo—. En fin.

—¿En fin... qué? —Manuela insiste con curiosidad.

—Dominique no venía precisamente en plan de sentarse a tomar tintico y charlar. Y Emma... pues, tú ya sabes cómo son las gemelas de territoriales conmigo.

—Traducción: Emma mandó a comer mierda a Dominique —Manuela concluye, reprimiendo la risa.

—Desahógate, con confianza —digo y como lo esperaba, ella responde soltando una risotada incontrolable.

—Lo siento... ¡Me quiero descuajar, nada más de imaginarme la tremenda pelea de gatas! — alcanza a decir entre carcajadas y yo no sé si pellizcarle las mejillas o detener el carro, en medio del tráfico dominguero de Bogotá, para besarla hasta dejarla sin aliento.

—Me alegra que la anécdota te divierta, linda. Y eso que no he llegado a la parte en la que Dominique confundió a Emma con Emilia.

Lágrimas. Lágrimas reales salen de las esquinas de sus ojos, al tiempo que se agarra el abdomen como si temiera que las tripas se le fueran a salir de la risa.

—Creo que ya tengo mi respuesta —le digo, una vez se calma un poco.

—¿Qué quieres decir? —me pregunta, secándose las lágrimas mientras trata de controlar los últimos estertores de risa.

—Tú sabes, linda. Dominique no está en el mercado sentimental buscando una relación seria.

—Y... ¿Emma lo está?

Los nudillos de mis dedos me duelen de tanto apretarlas en el volante de mi carro. La pregunta debería ofenderme, pero es Manuela y en un día como hoy, lo único que se me da la gana es ser feliz y hacerla feliz.

—Amor, te entiendo, créeme. Estás programado genéticamente para proteger a tus hermanas, pero te aseguro que Emma y Dominique son dos mujeres adultas que saben lo que hacen. Lo peor que puede pasar es que se enamoren.

—¿Y así no quieres que me preocupe?

—Lo que no quiero es que compremos peleas ajenas. No es nuestro problema para resolver y por nuestra propia salud mental, yo preferiría que las dejáramos quietas. Acuérdate de lo que pasó la última vez que *alguien* quiso meter la nariz en una relación ajena.

Como si pudiera olvidarlo. Eso sería lo mismo que ignorar el nombre de la persona a quien Manuela quiso referirse en su comentario.

—Aun así, te aseguro que *a ella* le fue peor —digo, haciendo un giro a la izquierda para continuar nuestro recorrido en el carro.

Manuela se acomoda en su silla y más que curiosa, parece preocupada.

—¿Cómo así que peor? ¿Le pasó algo a Eliana?

Sé que se lo va a tomar a pecho y sería una tontería tratar de ocultárselo o dorar la píldora para suavizar el impacto de la noticia. Yo, a duras penas, la estoy asimilando y eso que ni siquiera me he dado tiempo de pensar en las consecuencias que traería para mí... para nosotros, lo que acaba de suceder en la sala de juntas de Petite Délice.

—Eliana está bien... físicamente... —digo, sintiendo agujas pinchando la palma de mis manos—. Pero acaba de recibir el peor golpe emocional de su vida. Ni siquiera yo me lo esperaba.

—Diego, por favor, no me pongas a adivinar porque mi imaginación siempre escoge el peor escenario.

—¿Peor que haber sido destituida de su cargo como gerente general de la empresa por un año? —El solo hecho de pronunciar la frase me golpea como un mazo en el pecho y no soy el único que siente el impacto. Manuela se lleva la mano a la boca, en completo *shock* y, por extraño que parezca, esa misma fue la reacción de Eliana al escuchar la sentencia de la voz de nuestra propia madre, Leticia Ospina, la líder de la manada.

—No entiendo. ¿Cómo es que... se reúnen para discutir la compra de las acciones de Ximena y terminan... destituyendo a Eliana? —Suenan tan absurdo que ni yo mismo lo puedo creer—. No

me digas que te peleaste con ella en plena reunión.

—Te sorprenderá saber que fui yo quien la defendió.

Y no me arrepiento de haberlo hecho, aunque haya sido en vano... ni ella lo mereciera. Eliana es la última persona en el mundo con quien quisiera tener ningún contacto, por lo menos en este momento de mi vida, y la mera idea de verle la cara hoy me retorció el estómago y no es para menos. Nunca nadie había acumulado tantas ofensas en mi contra y gozar, al mismo tiempo, de absoluta impunidad: su forma cruel de tratar a Manuela desde que la conoció, el veneno que ha destilado en cada oportunidad que se le ha presentado para amilanar su carácter, hasta el punto de arruinar nuestra boda. Y no contenta con eso, se atrevió a darle la cara a Manuela para tratar de convencerla, sin reparo alguno por la verdad, de que yo amaba a Ximena por encima de cualquier otra mujer. Eliana intervino una y otra vez en nuestra relación, simplemente porque se le metió en la cabeza que Manuela no merecía estar conmigo, ¡como si ella tuviera algo que ver en esa decisión! La idea de verme con Manuela le parecía aborrecible, al extremo de planear con sevicia la estocada final en el restaurante Nero y enviarle aquella maldita fotografía a Manuela, con el solo propósito de herirla.

Cada una de esas afrentas siguen y seguirán vivas en mi memoria por mucho tiempo, por no decir que por siempre. No soy de los que piensan en términos absolutos. Sea lo que sea, es mi hermana y por más que me cueste creer que algún día la perdonaré o dejaré de resentir sus acciones, lo cierto es que, en el fondo, me preocupa su bienestar y lo que pasó en la reunión es prueba de ello.

—Todos llegamos a tiempo a la sala de juntas. El *catering* estaba servido sobre la mesa y alcanzamos a desayunar.

—¿Todos? ¿Ximena también?

—Se conectó por videollamada y era lo justo porque se suponía que íbamos a hablar sobre sus acciones, o por lo menos ese fue el tema que Eliana, como gerente general de la empresa, intentó presentar ante la junta directiva, hasta que Emilia la interrumpió y tomó la vocería, junto con Emma.

Cualquiera que hubiera sido testigo de las cagadas que mi hermana Eliana le ha hecho, podría esperar que Manuela saltara de dicha al escuchar los detalles del infortunio de Eliana. Yo no la culparía si esa fuera la actitud que mi futura esposa decidiera asumir y la apoyaría sin condiciones, si resolviera darle la espalda.

Sin embargo, por la forma en que frunce las cejas y se muerde el labio inferior, puedo ver con claridad que la reacción de Manuela sigue siendo de profunda preocupación.

—¿Qué dijeron las gemelas? —me pregunta.

—Las gemelas sabían que Eliana iba a insistir en culparme una vez más por la decisión de Ximena, de romper lazos con Petite Délice, así que decidieron castigarla por lo que nos hizo y poner a consideración de la junta directiva la propuesta de removerla de su cargo.

—¿Y ellas podían hacer eso?

—Claro que sí. En los estatutos de la junta directiva, cada uno de los socios tenemos derecho a tomar la palabra y poner nuestras propuestas sobre la mesa. Además, como ellas me ayudaron a comprar la primera mitad de las acciones de Ximena, ambas tienen igual participación que mi mamá, Eliana o yo. De hecho, entre las dos acumulan el porcentaje mayoritario.

—Okey, tiene sentido, pero... todavía no entiendo, ¿cómo así que castigarla por lo que nos hizo? ¿Nosotros qué tenemos que ver ahí? Es decir, nuestra pelea es personal, eso no tiene nada que ver con el desempeño de Eliana en la empresa.

—Yo sé y por eso fui el primero en votar en contra de la propuesta de las gemelas. Puede

que, en lo personal, Eliana y yo estemos en los peores términos, pero si hay algo que le concedo a mi hermana es que, en cuestiones de negocios, es una dura. Desde el instante en que decidimos fundar la empresa, ella asumió la tarea de definir los procesos, llevar la contabilidad, conseguir y organizar a los proveedores y hasta de redactar los contratos. Mejor dicho, Eliana fue quien armó la carpa, ¿me entiendes? Por más deliciosos que hayan sido los postres de mi mamá y Ximena y por mucho mercadeo que yo le haya hecho a la marca, nada de lo que hemos conseguido sería posible si Eliana no se hubiera ocupado de la parafernalia que hay detrás de una empresa del tamaño de Petite Délice. Ella sabe lo que hace y ha demostrado que su manejo de la empresa es intachable, no había ninguna razón para hacerle eso.

—Nada más con lo que me acabas de decir, la propuesta de las gemelas queda sin piso, ¿por qué procedieron entonces?

—Porque, según Emma y Emilia, la conducta de Eliana pone en tela de juicio sus paradigmas éticos. Las gemelas sacaron a relucir todo lo que Eliana ha hecho para separarnos y, aunque eso siga en el plano personal, es prueba de un carácter arrogante y malicioso que no reflejan los valores de nuestra empresa. Ellas alegan que el hecho de que no haya intentado reflexionar sobre su comportamiento y remediar la situación o pedir perdón, es evidencia de su incapacidad para evaluar de manera objetiva sus actos y corregir sus errores.

—¡Dios mío! No me imagino cómo debió sentirse Eliana —Manuela exclama con genuina compasión, como si lo estuviera viviendo en carne propia—. ¿Y Leticia, qué dijo? ¿Estuvo de acuerdo con las gemelas?

—Mi mamá se abstuvo de votar porque los dos somos sus hijos, por lo que quedamos empatados, los dos votos de las gemelas a favor y mi voto y el de Eliana en contra —digo, parqueando el carro en el primer puesto disponible que encuentro. Manuela está tan concentrada en nuestra conversación que ni se da por enterada de dónde estamos.

—Quieres decir que Ximena... —Manuela musita, la idea le parece tan increíble que no se atreve a articular la frase completa.

—Ximena votó a favor de la propuesta de las gemelas y solo porque consideró que era la única manera de que Eliana, por fin, se tomara el tiempo que necesita para descansar y reprogramar sus prioridades.

—¡No te lo puedo creer! ¡Pobrecita!

—Pobrecita... ¿quién? ¿Eliana o Ximena?

—¡Obvio que Eliana! A mí no me cabe en la cabeza que, de la noche a la mañana, ella haya perdido su trabajo y todo el esfuerzo que ha hecho para construir la empresa por un problema personal.

No sé por qué, pero su solidaridad con Eliana, la persona que más daño le ha hecho en su vida, me conmueve. Es como si, de un brochazo, se le hubiera olvidado el dolor que sintió al escucharla decir que Ximena era mejor que ella o al recibir la fotografía que evidenciaba mi supuesta traición.

—¿Tú habrías votado en contra de la propuesta? ¿La habrías dejado seguir al mando de Petite Délice, después de todo lo que te hizo?

—De eso no te quepa la menor duda —dice con tanta convicción en sus palabras que casi podría tocarlas con la yema de mis dedos—. Y me alegra que la hayas apoyado. Yo, mejor que nadie, sé lo importante que es la carrera profesional para alguien como Eliana. Ella es mi peor enemiga, lo admito, pero jamás habría deseado que algo así le pasara.

Y es en instantes como estos en los que quisiera arrodillarme y adorarla por el resto de mis días. A falta de una mejor alternativa, me inclino hacia ella y, tomando su mandíbula entre mis

manos, la beso con intensidad, en un intento por demostrarle toda la admiración y el deseo que me inspira.

Manuela tiene todas las razones del mundo para mostrarse hostil y vengativa. Habría podido reclamarme y enfurecerse conmigo por apoyar a la persona que ha hecho más de un esfuerzo consciente de herirla en los lugares más sensibles y, aun así, prefiere dejar a un lado sus propias afrentas personales en beneficio de lo que considera justo.

—¡Ey, guapo! —La frase se le cuela entre un par de jadeos, presionando sus labios contra los míos—. Si sigues así, vamos a terminar arrestados por indecencia pública.

—Después de que quedemos en la misma celda... me importa un bledo —respondo, mientras mis dedos exploran la piel debajo de la riata de sus *jeans*—. ¡Esta parte me encanta!

—Y esta es la parte que me fascina de ti... —dice, moldeando su voz en el tono más sensual del que es capaz, mientras su mano derecha recorre deseosa la extensión de mis abdominales oblicuos, haciendo una pausa en mi vientre. Como es de esperarse, el efecto en mí es inmediato. De golpe, empiezo a sentir el confinamiento en mi entrepierna.

Pero Manuela no se detiene allí, su mano sigue derecho, bajando por mis muslos... hasta llegar a mi rodilla, en donde me da un ligero apretón.

—¡No! ¡Tramposa! —exclamo, apartándome en el acto, como si hubiera recibido una descarga eléctrica—. ¡Cualquier cosa menos las rodillas!

La risa de Manuela vuelve a inundar la cabina del automóvil.

—¡Yo nunca había conocido a alguien que tuviera cosquillas en las rodillas!

—¡Es mi punto débil! Y es el colmo que te aproveches así de mí —la reprendo con una sonrisa, mientras me masajeo ambas articulaciones.

—¿Me perdonas? —Y tiene el gran descaro de hacerme pucheros.

—No. En el apartamento arreglamos.

—Me van a nalguear. ¡Qué rico! —dice, arqueando una ceja maliciosa, para luego girar la cabeza y echarle un vistazo al lugar, a través del vidrio de la ventana—. Y se puede saber ¿qué estamos haciendo en el Jardín Botánico?

Si hay algo difícil y, al mismo tiempo, adorable en Manuela es mantenerla en suspenso a la hora de revelar una sorpresa. Su insaciable curiosidad no le permite simplemente contener las preguntas.

—Por ahí me enteré de que ellos alquilan este espacio para reuniones sociales —le digo, luego de una larga caminata y mil piruetas verbales que he tenido que hacer para distraerla, mientras atravesamos la inmensa extensión del Jardín Botánico de Bogotá, hasta llegar a la Rosaleda, un área del complejo dedicada exclusivamente al crecimiento de sus flores favoritas, las rosas.

—¿Nos vamos a casar aquí? —La pregunta parece llenarle los ojos de chispas y estrellas.

—¿Te gustaría?

—¡Me encantaría! —exclama, caminando emocionada por los senderos que dividen las camas rebosantes de rosas de todos los colores, formas y etapas de florecimiento—. ¿Y tendrán fechas disponibles? Un sitio como este debe ser peleadísimo.

—Yo ya reservé un par de opciones, pero quería saber primero si te gustaba y si todavía te suena la idea de que nos casemos por lo civil primero, antes de organizar el matrimonio religioso.

—Es perfecto, amor —me dice, aspirando el aroma de todas las flores que encuentra a su paso—. Si por mí fuera, me casaría ya, en este mismo instante.

—Pues... —Camino un par de pasos hacia ella, sacando un estuche del bolsillo de mi

chaqueta. Sé que la sorpresa le gustará—. Eso puede arreglarse.

Manuela sigue mis movimientos con ojos inquietos, anhelantes.

—¿Qué tienes ahí?

Me ahorro la verborrea de las explicaciones y le entrego el estuche, dejando que sean sus manos quienes hagan el descubrimiento por sí solas.

—Mi mamá las tenía guardadas en la caja fuerte del estudio —digo, mientras Manuela abre el estuche y observa conmovida las joyas en su interior—. Anoche, cuando hablé con Emma por teléfono, le pedí que me las trajera.

Los dedos de Manuela acarician las argollas de matrimonio, aquellas que mandamos a hacer cinco años atrás, en nuestro primer intento por casarnos, y que reposan entre el satín blanco que recubre el interior acolchonado del estuche.

—¿Crees que todavía nos quedan? —me pregunta, con ojos soñadores.

—Solo hay una forma de saber.

Manuela toma mi argolla y me pasa el estuche para que yo asegure la suya entre mis dedos.

—No me importa que tengan grabada la fecha de hace cinco años —susurra, levantando el rostro para ofrecerme la mejor de sus sonrisas, extendiéndome la palma de su mano izquierda—. En mi mente, en mi corazón y en mis sueños yo me casé contigo el día que te conocí, en la universidad. Solo que tú no lo sabías.

La adoro. No tengo nada más que decir.

Pongo mi mano sobre la palma de la suya, extendida frente a mí. Manuela inhala profundo, como reuniendo las palabras en su mente.

—Yo, Manuela Franco —empieza a recitar, deslizando la argolla hasta la primera falange de mi dedo anular—, te quiero a ti, Diego Ospina, como mi valiente, inteligente y sexi esposo. Me entrego a ti de cuerpo y alma para amarte, respetarte y aburrirte hasta las lágrimas por el resto de mis días. Prometo serte fiel y permanecer junto a ti en la salud, en la enfermedad y cuando me gane la lotería...

Me es imposible contener la risa y es una pena porque me obliga a cerrar los ojos y, en el proceso, se me desprenden las lágrimas que había intentado retener con tanto esfuerzo, desde que empezamos nuestra improvisada ceremonia.

—Y decida jubilarme anticipadamente para llevarte conmigo a recorrer el mundo y vivir aventuras juntos, hasta que la muerte nos separe. —Envidio su capacidad de mantener la firmeza en su hermosa voz. Los méritos de una cantante entrenada en el seno familiar, supongo.

Manuela levanta la mirada una vez más y espera mi señal de consentimiento para deslizar la argolla en mi dedo. El nudo en mi garganta no me deja respirar, o debe ser la felicidad infinita expandiéndose en todo mi cuerpo, la que me impide liberar el aire en mis pulmones. No puedo más que besar la argolla en mi dedo y los nudillos en la mano de Manuela, antes de empezar mis votos.

—Yo, Diego Ospina, te quiero a ti, Manuela Franco, como mi hermosa esposa. Me entrego a ti de cuerpo, alma y mente, para amarte, respetarte y despertarte a punta de dulces besos, antes de que el sol se asome a la ventana, cada día de mi vida. Prometo serte fiel, masajearte los pies cada noche e ignorar, en estoico silencio, las cuatro mil fotos de Henry Cavill que tienes en tu tablero secreto de Pinterest, aunque los dientes me rechinen de celos.

—¡Ey! Es solo un tablero de inspiración y son solo como... diez fotos, nada más.

—Por eso te digo, haré mi mejor esfuerzo por ignorarlo, si mirar al *desgalamido* ese te hace feliz. Porque de ahora en adelante, nada en la vida vale la pena si tú no eres feliz.

—Tú me haces feliz —dice, poniendo su mano izquierda sobre mi rostro—, y el tablero de

Henry se va, para siempre.

—¡Ni se te ocurra borrarlo!

—Lo discutimos después, en el apartamento. Llega a la parte que me interesa.

—¿Hasta que la muerte nos separe?

—No, antes de eso...

—¡Ah! Sí. Prometo permanecer a tu lado en la salud y en la enfermedad, ser tu refugio en los días tristes y nublados y cargarte en mis hombros durante los días alegres y soleados, hasta que la muerte nos separe.

Mi corazón se salta un latido en el momento en que deslizo la argolla en el dedo de Manuela y presiono mis labios sobre ella. Es como si el órgano palpitando en mi pecho se hubiera sincronizado con el suyo, de modo que ambos ahora marchan al mismo ritmo. Sí, suena cursi y empalagoso, pero esta es nuestra ceremonia, así que... de malas. Todo se vale en un momento como este.

Manuela y yo entrelazamos los dedos de ambas manos y nos fundimos en un beso lleno de promesas, con sabor a miel y alegría. El perfume de las rosas a nuestro alrededor se mezcla con el aroma de su piel, puedo sentirlo invadiendo cada centímetro de mi cuerpo y derramarse en mis huesos. Y es en este instante que entiendo lo bello que se siente cumplir un sueño y entregarme, por fin, a la persona por quien había esperado por años enteros, cuya imagen me mantuvo vivo cuando sentía que me ahogaba en la marea espesa de mis pesadillas.

Reparaciones

20

DIEGO

Salimos del Jardín Botánico y, después de tomar un almuerzo ligero, seguimos hacia un almacén de cadena en busca de una docena de ganchos para colgar la ropa de Manuela en mi clóset. En un momento de descuido, termino con un edredón de flamings rosados y palmeras turquesa en el carrito de compras.

—Estás loca si crees que voy a dormir con esos pájaros en mi cama. —Modestia aparte, la voz de protesta me suena seria y convincente, aunque por dentro esté reuniendo todas mis fuerzas para no soltar la risa en medio de la fila para pagar. La prueba está en la mirada desafiante, por encima del hombro, que me devuelve Manuela en el acto.

—Entonces me voy con mis pájaros a dormir al sofá —me responde, matándome de amor lentamente, con esa voz áspera y esos ojos arrogantes que adoro.

Los flamings junto con los ganchos y demás chucherías que compramos quedan olvidadas en el baúl del carro, una vez llegamos al parqueadero del edificio. Manuela y yo nos besamos con locura en cada centímetro del recorrido entre la entrada del ascensor hasta el quicio de la puerta de nuestro apartamento. El solo hecho de detenernos para meter la llave en la cerradura es una tortura. Una vez adentro, a duras penas alcanzo a cerrar la puerta con el pie. Ni siquiera logramos desvestirnos por completo para hacernos el amor... como animales, encima del suave tapete de bienvenida.

—Los condones están en la mesi...

—Te puedes ir olvidando de los condones. —Manuela gime, ardiendo en deseo, cerrando los dedos alrededor de mi sexo—. ¿Quieres que te recuerde que ya somos marido y mujer?

Podría llegar a mi clímax con la mera idea de ver pronto a Manuela en un vestido de novia, ni hablar del efecto del suave roce de su sexo cálido, húmedo, con el mío. Aun así, reúno todas las fuerzas en mí para controlar mi excitación mientras me muevo dentro de ella, escalando *junto a ella* a la cima de nuestro placer.

En el último segundo, la consciencia nos alcanza para decidir que es mejor no arriesgarnos y llego a mi clímax sobre su abdomen.

—Y yo dizque regando pétalos de rosas sobre la cama para hacerte el amor —le susurro al oído, entre jadeos, un par de minutos después de terminar.

—Definitivamente soy una mala influencia para ti. —Manuela hace una pausa para recuperar el aliento—. ¡Te vuelves demasiado cursi conmigo!

Ambos nos reímos, mirando el cielo raso.

—¿Crees que... haya algún riesgo de...?

—¿Embarazo? —Manuela completa la frase y se toma un par de segundos para pensar, arrastrando sus dientes sobre su labio inferior—. No creo. Esta mañana amanecí con cólicos. Algo me dice que... ya viene mi periodo.

—A mí no me importaría probar otro método anticonceptivo.

—Para ustedes, los hombres, no hay pastillas confiables todavía, amor —dice, acomodándose de lado. Su dedo índice recorre la mitad de mi frente, el puente de mi nariz, hasta llegar a la curva de mis labios—. Y si las hubiera, no quisiera que las tomaras, no mientras estés tomando medicamentos para la depresión.

—Nada me haría más feliz que tener un hijo contigo, pero... si podemos evitarlo por ahora, lo preferiría.

—Yo sé, no te preocupes. Ambos necesitamos sanar y recuperarnos, pero vamos a estar bien. Una vez termine mi periodo, reanudo las pastillas. Además... hay otras estrategias que funcionan —agrega, sus dedos índice y medio ahora caminan a lo largo de mi esternón, llegando a mi abdomen—. Solo es cuestión de... poner a prueba nuestra creatividad.

—No hay nada mejor que una buena lluvia de ideas.

Esta vez, llegamos a la habitación y nos desvestimos por completo y glorificamos cada milímetro de nuestra piel con el dulce roce de nuestros dedos.

Los ojos no hablan, pero preguntan a gritos. Y los primeros en comprobar mi teoría son los de Trudy, quien no ha dejado de mirar los dedos de Manuela y los míos, extendidos casualmente sobre la mesa de la sala de juntas de BrandsMedia. La similitud de las argollas de ambos es más que evidente.

—Es una lástima que hayas cancelado el viaje, querida Manu. Marco Antonio y yo nos quedamos esperándote con empanadas de carne molida y los crespos hechos en Miami —Roberto bromea, mientras se acomoda en su silla, a la cabeza de la reunión.

—Lo siento. Espero que hayan tenido suficientes servilletas a la mano para secarse las lágrimas —Manuela le responde con ironía.

Octavio ingresa apresurado a la sala de juntas, desabotonándose la chaqueta de paño para sentarse cómodo entre Manuela y Trudy.

—Que pena la demora. Estaba revisando un reporte de AGM Motores que me envió Jorgito, antes de mandárselo a Érica y a Jaime —dice, inclinándose hacia Manuela para saludarla de beso en la mejilla—. ¿Qué más, Manu? ¿Cómo le fue en el viaje? —Su mirada desprevenida se posa en el dedo anular de Manuela. Sus cejas se fruncen por instinto—. ¿Felicitaciones?

Manuela traga grueso y cierra la mano en un puño. Sus ojos conectan al instante con los míos, mitad emocionada, mitad nerviosa. Ambos sabíamos que algo así podría pasar cuando decidimos dejarnos las argollas puestas. La señal pasó desapercibida por completo para la mayoría del equipo, o por lo menos entre los más jóvenes, excepto María Paulina y Sebastián, quienes tuvieron la delicadeza de felicitarnos esta mañana, cuando llegamos, y hacer sus respectivos comentarios en la privacidad de la oficina de Manuela.

—Gracias, Tavio —Manuela dice con frescura, luego de aclarar la garganta.

—Felicitaciones... ¿por qué, o qué? —pregunta Roberto, que no se da por enterado.

Trudy se muerde los labios al mirarnos a ambos, reprimiendo una sonrisa de genuina satisfacción.

—Diego y yo intercambiamos votos ayer.

Manuela le hubiera podido decir que le crecieron un par de aletas en la espalda y ahora es un pescado y la confusión en la expresión de Roberto habría sido la misma.

—¿Votos de qué? —insiste.

—Matrimoniales. ¡Prácticamente se casaron, pendejo! —Trudy exclama con impaciencia,

incapaz de resistir la emoción un segundo más, mientras abre los brazos para envolver en ellos a Manuela—. ¡Felicitaciones, Manu querida! ¡Felicitaciones a ambos!

Mientras Trudy espachurra a Manuela entre sus brazos, Octavio rodea la mesa de la sala de juntas hasta llegar a mí, extendiéndome la mano para felicitar me. Yo no le recibo la mano, me levanto de la silla y le doy un abrazo fraternal, recibiendo en respuesta sus mejores deseos en nuestra nueva etapa. Todo esto pasa frente a los ojos de Roberto que permanece clavado en su silla con la mandíbula descolgada, intentando procesar la situación.

—En mi época se usaba el matrimonio en la iglesia, con un cura y pajecitos. ¿Ahora la moda es intercambiar votos? —nos pregunta Octavio con curiosidad.

—No es un matrimonio en el sentido legal de la palabra, es algo más simbólico. Ambos estábamos en el Jardín Botánico y, de casualidad, Diego tenía las argollas en el bolsillo. Simplemente se dio. No pudimos resistirnos —explica Manuela.

—No sé por qué se me dio por pensar que había sido en las Antillas. Ahora recuerdo que Diego regresó solo del viaje —Trudy comenta con picardía, dirigiendo la mirada hacia mi dedo anular—. El viernes no había nada allí.

—No. De hecho... el viernes yo daba por sentado que Manuela y yo jamás estaríamos juntos —confieso, largándole una mirada nostálgica a mi esposa, quien me responde mandándome un guiño discreto desde el otro lado de la mesa.

—¿Alguna otra pregunta, Roberto? —Manuela insiste, disipando la ceremoniosidad y el exceso de cursilería con un aire de humor.

Roberto parpadea un par de veces, como si eso lo ayudara a aterrizar nuevamente en el planeta Tierra.

—No... o bueno... —Roberto se levanta por fin de la silla y se acerca, primero a Manuela para abrazarla y luego a mí—. Felicitaciones, primero que todo —dice, esbozando una cándida sonrisa—. Les juro que... no lo veía venir. Ni siquiera sabía que eran novios.

—¡Ay, Roberto! ¡Por Dios! ¿Cómo no te habías dado cuenta? —Trudy interviene con esa actitud de superioridad que la caracteriza—. A leguas se les notaba que se morían el uno por el otro.

—¿A leguas? —le pregunto y tanto Manuela como yo nos retorremos en nuestras sillas, acomodándonos los respectivos cuellos de nuestras camisas, como si... de algún modo, Trudy nos hubiera atrapado infraganti.

—No te hagas el loco. Yo me la pillé desde la primera vez que los vi juntos en Pravda, en la despedida de Dominique.

—¡Eso fue hace casi seis meses! —Roberto nos mira a Manuela y a mí, intrigado—. No me digan que ustedes llevan juntos todo este tiempo. Como quien dice, yo jugué a La Celestina sin saberlo.

—Y así la gente dice que el amor a primera vista no existe —Octavio comenta, divertido.

—Pues... sí fue un poco a primera vista, pero no ocurrió hace seis meses. —Manuela pasa su mano por sus mejillas encendidas—. Diego y yo nos conocíamos desde hace cinco años. Te lo dijimos el día que lo trajiste a BrandsMedia, Roberto. ¿No te acuerdas?

—Todo tiene sentido ahora —Roberto comenta.

—Créanme que soy el más interesado en contarles nuestra historia con lujo de detalles —les digo, mirando el reloj—, solo por el placer de revivir el momento más especial de mi vida y algunos de los peores, pero necesitamos avanzar en la reunión. Tenemos una campaña que presentarles a la Oficina de Turismo de las Antillas en dos semanas y, como decimos por estas tierras, el tiempo vuela.

—Vamos a poner el tema en pausa por ahora, Diego. Ni crean que me voy a quedar con las ganas de escuchar la historia completa, sin corte a comerciales. —Roberto inclina ligeramente la cabeza, dándole la palabra a Octavio quien, a su vez, respira profundo antes de asumir la vocería—. Pero tienes razón, hay muchos negocios que atender por ahora y antes de discutir el plan de las Antillas, Octavio y yo tenemos un anuncio.

Todos los presentes volcamos nuestra atención hacia Octavio quien no parece traer buenas noticias.

—Esta mañana nos llegó el *email* oficial de Bebidas Sugarbeat, informándonos que... desafortunadamente la organización ha decidido crear su propio equipo digital y asumir la compra de medios *in-house*.

—Perdimos Sugarbeat. —La conclusión de Manuela sale de sus labios por instinto.

—Nada que no hubiéramos considerado antes, Manu —Roberto dice con una tranquilidad sorprendente—. Es un golpe duro para nosotros, no se puede negar, pero ya estábamos preparados para recibirlo.

Manuela y yo desviamos la mirada hacia Octavio. Tal vez la agencia sí estaba preparada para recibirlo, el problema es que a unos les afecta más que a otros.

—No tienes por qué preocuparte, Manuela. Yo ya tengo el informe preparado de todo lo que se ha hecho en estas dos semanas que has estado por fuera —Octavio continúa, demostrando su profesionalismo—. Nos podemos reunir cuando quieras para ponerte al tanto y entregarte lo que necesites.

—Claro que sí, Tavio —Manuela le responde, nerviosa—. Yo voy a necesitar, por lo menos, el resto del día de hoy para ponerme al frente de todas las cuentas. ¿Está bien si nos reunimos mañana?

—Por mí, no hay ningún problema.

—Pero eso significaría que ahora, sin Sugarbeat, y conmigo de vuelta en la oficina de Bogotá... —Manuela lo interrumpe sin querer, su voz se siente pesada, compungida—. ¿Octavio se iría?

—¿Por qué se tendría que ir? —Trudy la mira como si hubiera soltado la pregunta más fortuita y absurda del mundo.

—Manuela todavía no sabe y creería que Diego tampoco —comenta Roberto—. El viernes no tuve tiempo de contarle.

—Contarme ¿qué? —digo.

—Que Octavio no tiene problema con manejar la cuenta del Partido Transformacionista. Él mismo se va a encargar, con ayuda de Rafael, de hacer el perfil del consumidor, la investigación de mercados y el plan de medios.

—Y, de paso, nos va a colaborar con la campaña para la Oficina de Turismo de las Antillas —Trudy agrega—. Si esa cuenta sale, él se encargaría de manejarla y tú tendrías todo el ancho de banda que necesitas para que me reemplaces como vicepresidente de nuevos negocios, a término indefinido.

Y así, la mitad de las preocupaciones que Manuela y yo compartíamos con relación a nuestro equipo se van disipando, en la medida en que las soluciones se van presentando una a una y no digo que caídas del cielo, pero como consecuencia del trabajo que hemos venido haciendo juntos, de las dinámicas que hemos establecido y... bueno... tampoco descarto las «bendiciones» desinteresadas que el destino ha sembrado aquí y allá para aligerarnos la carga.

A veces es mucho más fácil pensar que cada uno de nosotros tiene el control en las manos, que nuestra vida es la suma de las decisiones que tomamos y los objetos a los que nos aferramos

y, puede que sea así, la mayor parte del tiempo. Puede que sean nuestras propias manos las que moldeen aquella masa amorfa llamada destino, que nos sorprende a cada ser humano con una consistencia diferente, a pesar de estar hecha del mismo material. A algunos nos toca un bloque duro y pesado mientras otros reciben una porción suave y delicada. En cualquier caso, nadie escoge la textura que le toca, pero sí la forma que le dará al final, a su propia escultura.

—Te juro que cuando Octavio soltó la bomba de Sugarbeat, me imaginé lo peor —dice Manuela, en el trayecto de la sala de juntas a mi oficina.

—Lo sé. Yo mismo estaba temiéndolo, pero tú ya tenías un plan b... no me digas que no —replico y por la forma en que frunce los labios, sé que no estoy lejos de la verdad.

—Más o menos. Tú me habrías apoyado, ¿o no?

—A ojo cerrado, pero habría sido mejor saberlo por anticipado, a menos que lo estuvieras improvisando allí mismo, en la sala de juntas.

—Lo he estado pensando, no te lo voy a negar y por un momento sentí que debía hacerlo, cuando pensé que Octavio iba a salir de la agencia por culpa de Sugarbeat.

—¿Hacer qué, linda?

Manuela se muerde los labios, indecisa.

—Renunciar a mi cargo en la agencia para dejárselo a Octavio.

—Me lo imaginaba —susurro, aprovechando la cercanía de su mano sobre el escritorio para rozar sus dedos—. Y juro que te habría apoyado en esa decisión, sin condiciones, pero si quieres que te diga la verdad, no estoy seguro de que hubiera sido una decisión sabia.

—Yo sé, amor. Habría sido un impulso. De todas maneras, algo me dice que... yo no voy a estar aquí toda la vida, que mi destino no es jubilarme trabajando en una agencia sino... —Manuela respira profundo, enderezando sus hombros—. Armar mi propio equipo y fundar mi propia agencia.

Esta es la desventaja de las malditas paredes de vidrio en esta oficina, el hecho de tener que aguantarme las ganas de levantarla en mis brazos y darle vueltas mientras me como sus labios a besos, a riesgo de recibir una rechifla generalizada por parte de todo el equipo allá afuera.

—No veo la hora de ver ese proyecto hecho realidad. Y lo vas a lograr, yo sé que sí.

—¿Lo voy a lograr? —Manuela increpa, entre curiosa y sorprendida.

—Lo vas a lograr porque es *tu* sueño. Yo estaré ahí para apoyarte en lo que necesites, pero va a ser tu sueño y solo tú vas a reclamar el crédito por ello.

Un *beep* en el celular de Manuela se sobrepone a mis palabras para anunciarle que acaba de entrar un mensaje de texto.

—El deber me llama —dice, sacando el celular del bolsillo de su falda.

—¿Quieres salir a almorzar o pedimos algo a domicilio?

La pregunta queda suspendida en el aire por un breve instante mientras Manuela concentra su atención en el celular. No me es posible leer el mensaje desde donde estoy y, por extraño que parezca, la expresión de su rostro no dice mayor cosa. No sé si está preocupada, sorprendida... enfurecida... Después de todo lo que nos ha pasado, cualquier cosa que aparezca en la pantalla de un teléfono me dispara la presión arterial.

—¿Qué pasa? —le pregunto.

Manuela me mira y se las arregla para dibujar una sonrisa.

—Dominique... está... furiosa porque ha sido la última en enterarse de nuestro intercambio de votos. Exige reparaciones.

—Invitémosla a almorzar, entonces.

—Yo me ocupo, no te preocupes. —Me guiña un ojo seductor mientras guarda su celular en

el bolsillo y se prepara para salir de mi oficina—. Pide algo para los dos y almorzamos aquí, con los demás. No me demoro.

—Por favor, linda —le digo, antes de que cruce el umbral de la puerta—. Llevo cinco años extrañándote. No quiero extrañarte un minuto más.

Manuela da un paso adelante para salir, se detiene y al final, decide dar tres pasos hacia mí para fundir sus labios con los míos en un beso increíble, sin importarle que media oficina nos esté viendo.

—Valdrá la pena, te lo aseguro —dice, desprendiéndose de mí.

Manuela me lanza otro beso en el aire que atrapo con mis manos y se lo devuelvo antes de verla desaparecer por el pasillo. No ha salido del edificio y ya me está haciendo falta.

Volteo la mirada hacia mi escritorio para sentarme a trabajar, solo para encontrar a María Paulina, Jorgito, Yamile, Octavio y el resto del equipo de la agencia haciéndome caras de románticones empalagosos a través de las paredes de vidrio de la oficina, tarareando al unísono aquella canción de Andrés Cepeda que Manuela cantó en Transmilenio, hace cinco años. *Día tras día.*

Andy Warhol alguna vez dijo que llegaría el día en que todos tendríamos, al menos, quince minutos de fama en nuestras vidas. Pues bien, colombiano que se respete tiene derecho a sus quince minutos de *boleteada* masiva, *bullying* del bueno, y lo asumo como una medalla de honor. No tengo más remedio que inclinarme y hacerles la venia con una sonrisa, por la escena romántica que acabo de protagonizar con mi amada esposa. En realidad, sé que no se están burlando, es su forma de celebrarnos y compartir con nosotros la dicha inmensa de estar juntos.

21

MANUELA

La sola idea de ocultarle la verdad a Diego me rebota el desayuno en el estómago, pero haberle dicho una mentira me tiene al borde de un paro respiratorio.

Mis pulgares se mueven frenéticos en el teclado del celular, escribiéndole a Dominique un mensaje de texto para que me cubra la espalda, con la promesa de explicarle el rollo completo, una vez despache el asunto que tengo pendiente en el Café Juan Valdez, en donde me espera, nada más y nada menos, que mi cuñada... Eliana. La protagonista estelar de todas mis pesadillas.

—Gracias por venir —me dice, al verme cerca, en una actitud sumisa que me cuesta relacionar con ella.

En este momento del día, ella debería estar en su moderna oficina, ubicada en el noveno piso de uno de los edificios de la encopetada Calle Cien, almorzando alguna ensalada frente a su computador.

Miro brevemente a mi alrededor, temiendo una emboscada... o tratando de adivinar en qué rincón estarán escondidas las cámaras y en qué ángulo saldrán los payasos, porque un encuentro así entre ella y yo solo puede devenir en una tragedia griega o en la más grotesca de las comedias televisadas.

—¿Quieres... tomar algo? —agrega, el tono de su voz es una mezcla cruda entre la debida cortesía y la desesperación.

La veo hacer su mejor esfuerzo por mantener la frente en alto y conservar los modales a pesar de la hinchazón que todavía se le nota en los párpados y las bolsitas que se asoman debajo de sus ojos. Se nota que ha llorado y mucho. No se molestó en ponerse maquillaje, eso explica la palidez en su cara. Solo hasta ahora me fijo en las pequitas color caramelo salpicadas en el puente de su nariz y en los pómulos, a diferencia de Diego, quien solo tiene pecas en la espalda y en los hombros, no en su cara.

—No tengo mucho tiempo, Eliana —me limito a responderle, declinando la invitación que me hace con la mano para que tome asiento.

—Sí, claro. Trataré de ser breve...

Le cuesta. A la mujer, de verdad, le cuesta dirigirme la palabra aun sabiendo que, de lo único que podría acusarme, es de haberme enamorado de su hermano.

—Supongo que... te enteraste de lo que pasó ayer en la reunión de la junta directiva.

Afirmo con la cabeza.

—Lo siento mucho, Eliana. De verdad. Créeme que ninguno de los dos está de acuerdo con la decisión de sacarte de la dirección general de Petite Délice.

—Diego me defendió durante toda la reunión, pero ni siquiera me dejó acercármele para agradecerle, a la salida.

Eliana me observa, como si esperara un comentario editorial de mi parte.

—Es complicado —le digo. Si le soltara el bozal a la bestia arrabalera herida que vive agazapada en mí, la pobre quedaría noqueada en el piso de un madrazo.

Eliana baja la mirada hacia el café *latte* que sostiene entre sus dedos y por la forma en que la uña de su pulgar raspa la orilla del recipiente, adivino el conflicto emocional en su interior,

reuniendo toda la fortaleza de la que es capaz para no arrojarme la bebida en la cara.

—Lo siento, Manuela. Siento haber interferido entre Diego y tú —dice, mirándome directo a los ojos—. Me ganó la envidia. Lo admito. Diego y Ximena se veían perfectos, abrazados, aferrándose el uno al otro, no pude resistir el impulso de tomarles la foto. A mi parecer, su relación merecía una segunda oportunidad.

¿En serio? ¿Esta mujer me hace venir hasta acá para recitarme más pendejadas? La que no puede resistir el impulso de dar media vuelta y caminar hacia la oficina soy yo, pero por otra parte, supongo que nada me cuesta escuchar su versión de los hechos, por más retorcida que me resulte. Si me tomé la molestia de viajar hasta Londres a buscar a Ximena y extraerle a las malas su verdad, no veo por qué me voy a negar a mí misma el derecho que tengo de conocer la de Eliana.

—No se te ocurrió una estrategia mejor que enviarme la puta fotografía en un mensaje de texto —replico, reteniendo entre los dientes la furia que me consume el solo hecho de mirarla a los ojos.

—Fue un impulso, es cierto. Pero cuando uno se mete en medio de una relación estable, tiene que saber que está jugando con fuego.

—¿Todavía estás intentando disculparte? No está funcionando. Creo que deberías volver a tu casa a practicar esa parte del discurso —increpo y la ironía en mis palabras es completamente intencional.

—¿Está bien, me equivoqué! —exclama, al ver que estoy a punto de largarme—. Fue un golpe bajo, una niñería, lo siento mucho, Manuela. No fue lo correcto.

No sé hasta qué punto esté siendo sincera, pero su desesperación es visible.

—Por favor, tú ya lo tienes todo. Nada te cuesta escucharme, así sea para darte a ti misma el placer de mandarme a comer mierda.

Pondero las opciones por un instante y decido sentarme a la mesa, frente a ella. Eliana se ha humillado a sí misma lo suficiente, no es necesario armar una escena en un lugar público ni reunir a un montón de desconocidos como testigos.

—Te quedan diez minutos, Eliana. Diego y yo hemos perdido cinco años por tu culpa, no pienso otorgarte un segundo más de *nuestro* tiempo.

Eliana se ajusta el cuello del suéter color guayaba que trae puesto. Los dedos de sus manos tiemblan y me pregunto si es nerviosismo o furia contenida. Rebajarse a una posición de inferioridad nunca ha sido su fuerte. Dudo incluso que tenga la menor idea de lo que significa aceptar sus errores, mucho menos pedir disculpas.

—Yo sé que les debo a ti y a Diego mucho más que una disculpa, pero no creo que lo pueda hacer en diez minutos...

—Haz lo mejor que puedas porque es lo único que tengo por ahora.

Eliana traga grueso y se muerde los labios antes de continuar.

—El hecho de que hayas dejado a Diego plantado en el altar no es enteramente mi culpa, pero eso no quiere decir que no esté dispuesta a aceptar mi parte de la responsabilidad en esa situación. Yo no quería que fueras parte de mi familia y tampoco estaba obligada a quererte; por eso se me hizo fácil subestimarte. Para serte sincera, yo llegué a pensar que eras solo un capricho para Diego, una novedad pasajera, una forma de demostrarnos que era capaz de desprenderse de la familia y tomar sus propias decisiones, sin que le importaran un pepino nuestras opiniones sobre su vida.

—Aun si yo hubiera sido un capricho para él, como dices, ¿qué carajos te importaba?

—Me importaba la familia, la empresa, mi mejor amiga, Ximena. Ella lo amaba, soñaba con

casarse con él y formar su propio hogar. ¿Tú no sueñas lo mismo para tus amigas?

—La diferencia es que yo no uso la lealtad que le profeso a mis amigas como excusa para hacerle daño a alguien más.

Eliana intenta replicar, pero sella los labios en el último segundo y guarda silencio.

—¿Qué hubiera pasado si hubiera sido al revés? ¿Si Ximena se hubiera enamorado de alguien más y le hubiera roto el corazón a Diego? ¿Habrías hecho lo mismo? —Por la forma en que sus cejas se fruncen al mirarme, parece que la pregunta jamás se le cruzó por la cabeza.

—La verdad, no sé, Manuela. Yo solo puedo lidiar con lo que pasó en realidad, no con «lo que hubiera podido pasar». Y lo que pasó es simple, mis errores se pueden resumir en uno solo. —Hace una pausa corta en la que deja escapar un suspiro—. Yo puse mi lealtad en el lugar equivocado. Puede que Ximena sea mi mejor amiga, pero Diego es mi hermano. Si lo que quería era proteger a mi familia, debí haber empezado por protegerlo a él.

«*Tal y como Diego hizo ayer en la sala de juntas cuando te defendió y votó por ti, a pesar de todo lo que nos hiciste*». Quisiera decírselo, pero estoy segura de que, en el fondo, ella ya lo sabe. No tiene caso caerle al caído. Por eso decido clavar mis opiniones como un *Post-It* en una esquinita de mi corazón. Aun con todo el resentimiento del mundo, el hombre que amo sabe de qué lado están sus lealtades.

—Diego me lo dijo, la última vez que hablamos, pero me temo que para ese entonces era demasiado tarde. Yo ya te había enviado la fotografía de la discordia. Yo misma me clavé el puñal en la espalda.

—¿Por qué me estás diciendo esto a mí, Eliana? Tú misma acabas de admitir que tu error fue darle la espalda a Diego y, aunque no lo creas, yo estoy completamente de acuerdo. A mí no me importa, en realidad, que tú simpatizaras o no conmigo. Tu amistad nunca me hizo falta, pero las cosas habrían sido muy diferentes si él hubiera contado con el apoyo de su hermana.

—Mis errores me han costado mi familia entera, mi mejor amiga, mi trabajo, mi posición en la empresa. Yo puedo ser terca, pero no estúpida —alcanza a decir antes de que el nudo en la garganta le quiebre la voz—. Y tampoco soy un monstruo. —Las lágrimas corren libres por sus mejillas, sin que ella pueda evitarlo. Y me es imposible no reconocer en ellas el mismo remordimiento que hasta hace algunos meses, consumía mi alma.

—Mi mamá y mis hermanos son lo único que me ha importado en la vida y lo único que tengo —dice, secándose con la manga del suéter la corriente de lágrimas bajando por su rostro—. Por eso estoy aquí. Tú fuiste la primera víctima directa de mis acciones. La única forma de enderezar mi camino y llegar a ellos... es a través de ti.

—Eliana, yo acepto tus disculpas y... te perdono, desde el fondo de mi alma, si eso te hace sentir mejor. No te puedo prometer, eso sí, que voy a olvidar lo que me hiciste a mí y a Diego o que vamos a ser las mejores amigas de la noche a la mañana. Esa decisión se la dejo al destino y, para serte sincera, yo lo veo complicado. Aun así, ten por seguro que no voy a mover un dedo para interponerme entre Diego y tú, siempre y cuando tus intenciones sean honestas. Yo quiero que Diego recupere a su familia, que vuelva a acercarse a ti y a Leticia con confianza, pero eso depende de ustedes.

Eliana baja la mirada y acepta con un movimiento leve de su cabeza, antes de tomar un sorbo largo de su café *latte*.

—De nuevo, siento mucho que hayas perdido tu trabajo en Petite Délice.

Eliana me mira de nuevo y en sus ojos enrojecidos puedo ver que sigue peleando con sus propias lágrimas.

—¿Qué tan «final» es la decisión de la junta? —le pregunto, y juro que podría ver un hilo de

curiosidad encenderse en sus ojos.

—La votación fue contundente, aunque... no muy unánime que digamos.

—¿Crees que haya alguna forma de hacer que la junta reconsidere su decisión?

—¿En qué estás pensando? —me pregunta, sin disimular del todo la ansiedad por leer en mis ojos lo que sea que se esté cocinando en mi cabeza.

—Digamos que no lo estaría haciendo por la bondad en mi corazón —aclaro con un tinte de ironía en mi voz. Es cierto que la perdoné, pero eso no quiere decir que esté dispuesta a concederle un centímetro de mi preciada buena voluntad—. A Diego es a quien menos le conviene tener ese vacío en la empresa, en especial ahora que lo acaban de ascender a vicepresidente en BrandsMedia. Petite Délice no puede quedarse descabezada por mucho tiempo. *Alguien* tiene que dirigirla y me temo que él tendrá que asumir parte, si no todo el peso de esa responsabilidad. ¿O me equivoco?

—No te equivocas. Mi mamá debe estar, en este momento, al frente de la empresa, cumpliendo su papel protocolario. Si la lógica no me falla, debe estar reunida con los directores, explicándoles las razones de mi ausencia, pero ella lleva demasiados años retirada del negocio, le costará mucho ponerse al día con todas las decisiones operativas que dependían de mí.

—¿Qué pasaría si... por algún milagro del cielo, tu mamá y las gemelas decidieran cambiar su voto y restituirte?

Eliana mira a lo lejos, dejando escapar un suspiro profundo. Es evidente que está considerando seriamente sus opciones, aunque no con la misma resolución que yo esperaría de alguien que desea tomar la oportunidad que se le está ofreciendo y dar la pelea.

—Nada está escrito en piedra —me dice, resignada—. El asunto se podría resolver, pero ese es el punto. Este no parece ser el tipo de asuntos que las gemelas, mi mamá o incluso Ximena quieran resolver con un par de firmas. Según ellas... el poder se me subió a la cabeza y no supe qué hacer con él. —Eliana hace una pausa para terminar su café, fijándose en los residuos acumulados en el fondo del recipiente, antes de continuar—. Supongo que... ese es un problema que solo yo puedo resolver. Si quiero recuperar las riendas de la empresa que tanto adoro, no me queda otro camino que responderme a mí misma una simple pregunta: ¿qué hace una persona como yo con el poder cuando lo tiene en las manos?

No es una mala pregunta, la verdad. ¿Qué hacemos con nuestras vidas cuando las decisiones cruciales están a nuestro alcance? ¿Escogeríamos lo correcto o lo que queremos? Pero... ¿cómo sabemos que lo que queremos es lo correcto?

—¿Te puedo pedir un último favor? —Su pregunta me toma desprevenida, en medio de mis divagaciones y, ahora que vuelvo mi atención hacia ella, me doy cuenta de que su mirada permanece fija en mi argolla de matrimonio—. Cuida de mi hermano por mí.

Eliana espera mi afirmación antes de levantarse de la mesa y agradecerme por escucharla, con una voz resignada y triste que me cuesta asimilar como suya, al igual que su actitud. De la mujer altiva que me detestaba en otros tiempos, solo queda una figura solitaria que se aleja con las manos escondidas en los bolsillos del suéter.

La figura inconfundible de la derrota.

—Solo quise darme a mí misma espacio para escuchar a Eliana, por eso no te dije nada, por lo menos hasta que no hablara con ella.

La sonrisa de Diego se desvanece en una línea delgada de furia contenida, hasta el punto de hacerme pensar que está genuinamente molesto conmigo. Y solo Dios sabe lo mucho que me ha

costado concentrarme frente a mi computador por el resto de la tarde, debatiéndome entre contarle a mi esposo la conversación que tuve con su hermana o guardarla en confidencia, como uno de esos secretos de confesión que un sacerdote jamás revelaría.

—No te quedes callado, amor. Dime algo, lo que sea —insisto, al verlo sentarse en una de las sillas auxiliares en mi oficina, apoyando los codos sobre las rodillas—. Si te molesta que no te haya involucrado en esa conversación, necesito que me lo digas.

—No estoy molesto contigo. Me molesta que Eliana haya tenido el descaro de contactarte en primer lugar, solo para utilizarte. Apuesto lo que sea que esa es su única motivación.

—A mí, eso me tiene sin cuidado, créeme —digo, abandonando el morral con mi computador portátil sobre el escritorio para acomodarme entre sus muslos y sentarme en uno de ellos—. Si su objetivo es enderezar su camino y recuperar la confianza y el cariño de sus hermanos, yo espero que se aproveche de mí. Tanto como lo necesite.

Diego apoya su frente sobre la mía mientras rodea mi cintura con sus brazos. La dulce sensación del contacto de nuestra piel viaja a través de mis venas, hasta mi paladar. Me sabe a gloria.

—¿Por qué querías ayudar a alguien que te ha hecho tanto daño? —Su pregunta llega a mis oídos más como una súplica que como un cuestionamiento.

—Porque solo hay tres personas en este mundo con quien mi adorado esposo ha elevado cometas en agosto y ha jugado a las escondidas. Y Eliana es una de ellas. —Me separo ligeramente de él para mirarlo a los ojos, acariciando su cabello en la sien—. Sea como sea, Eliana y tú han compartido una infancia y, por más triste y dolorosa que haya sido, debe estar llena de recuerdos bonitos que vale la pena conservar y revivir de vez en cuando.

—Linda, yo entiendo lo que quieres hacer y admiro tus intenciones, pero en este momento yo lo único que quiero es vivir otras aventuras contigo y crear nuestras propias memorias.

—Y lo vamos a hacer. De hecho, ya lo estamos haciendo —susurro, rozando con la yema de mis dedos nuestras argollas de matrimonio—, pero tampoco podemos pretender que nuestra vida empezó el día de ayer. Yo te amo por completo, amo a la persona que eres hoy en día, tanto como al hombre que existió antes de mí y a quien solo puedo conocer a través de sus recuerdos fragmentados, en la memoria de las únicas personas que han estado allí, desde siempre.

Nos aferramos en un abrazo que podría fundirnos el uno con el otro si tuviéramos el tiempo suficiente. Yo acomodo mi cabeza en la curvatura de su cuello y su hombro, aspirando a mi antojo las notas cítricas y los trazos a madera de ese perfume que empiezo a catalogar como parte del mío. La esencia de nuestro hogar.

El *beep* de mi celular nos interrumpe. Un mensaje de texto entrante.

Mapi:

Estoy al pie del ascensor. Cuando quieran, quiero.

Casi cuarenta minutos después llegamos, junto a María Paulina, a mi apartamento, con la excusa de recoger la ropa con la que me voy a vestir esta semana.

—Como quien dice, vas a seguir pagando la mitad del arriendo y los servicios de este apartamento solo para usar el clóset —María Paulina se burla de mí, mientras fritamos los patacones de plátano verde y preparamos la salsa de *hoga'o* que tanto le gusta a Diego.

—¿Y qué creías? ¿Que porque estoy con Diego voy a largarme de aquí y dejarte metida con los gastos? —le respondo, aplastando los patacones para devolverlos al aceite caliente.

—Yo sé que no, pero tampoco espero que lo hagas por el resto del año. Mañana mismo empiezo a buscar *roommate*.

—No tenemos afán. Es más... —Aclaro la garganta antes de soltarle casualmente una bomba de hidrógeno entre dos signos de interrogación—. ¿Te importaría si Vikram viene a quedarse un par de semanas?

—¿Vikram? —María Paulina arruga la nariz, señal clara de que mi pregunta está a punto de alborotarle la úlcera.

—Mapi, *please*, por lo que más quieras. Yo sé que tú detestas al tipo, pero hazlo como un favorcito especial para tu cuñadito favorito.

—Querrás decir, el único cuñado que tendré en la vida —María Paulina interviene con una risita burlona.

—Una razón más para hacer gala de tu alma caritativa. Aquí entre nos, el pobre no está pasando por su mejor momento. Se quedó sin trabajo, su mejor amigo está lejos y tiene el ánimo por el piso. Le haría bien cambiar de ambiente y pasar tiempo con Diego.

—Tranqui, Mani. No necesitas explicarme nada. Aparte de que eres mi hermana del alma, tú estás pagando por esa habitación, estás en todo tu derecho de acomodar al que sea en tu espacio. El *careverga* puede quedarse aquí el tiempo que quiera. No te preocupes.

—Linda, ya puse los pantalones y las camisas que me dijiste en la maleta —Diego me pregunta desde el interior de mi habitación—. Todavía queda espacio, ¿qué más quieres empacar?

—Las chaquetas deportivas. Las demás me las voy a llevar en el porta-trajes —le contesto, levantando la voz lo suficiente para que me escuche, pero luego de pensarlo por un par de segundos, me inclino para susurrarle a María Paulina—: ¿Tú me llevas una muda de ropa extra a la oficina? En caso de emergencia.

—Yo te iba a decir lo mismo, hija. ¡Quién sabe que combinaciones esté haciendo ese hombre por allá!

—¡Las estoy escuchando! —Diego replica desde la habitación, arrancándonos una carcajada traviesa a ambas.

—¡Ay, hija! Así era que me soñaba verlos a ustedes dos. Juntos y enamorados.

—¡Mapi! ¿Lo puedes creer? ¡Rompimos la maldición!

—¿Cuál maldición?

—¿No te acuerdas? Cada vez que tú tenías novio yo estaba sola y viceversa. Ahora las dos estamos en...

Me detengo en seco al ver la sonrisa de María Paulina contraerse en un gesto nostálgico.

—¿Qué pasó? ¿Las cosas no van bien con Rafael? —le pregunto, lamentando no poder golpearle a mí misma en la garganta por mi falta de tacto y solidaridad.

—Esta vez tampoco fue, Manita. —María Paulina alarga un suspiro—. La maldición continúa y ahora que te casaste... ¡Madre mía! No quiero ni pensarlo.

—¡No seas boba! Obvio que sí vas a conseguir a alguien. —La reprendo con un empujoncito suave, hombro a hombro—. Cuéntame, ¿qué pasó?

—Pues... nada. Quise poner en práctica el consejo que me diste aquella vez, de querer ganarme a Valentina demostrándole que no soy la madrastra malvada, si no el hada madrina.

—No me digas que la cagué con otro de mis tantos consejos culos.

—No, al contrario, hija. La estrategia estaba funcionando. El fin de semana que te fuiste le propuse a Valentina, con permiso de Rafa, obviamente, que hiciéramos un «día de chicas» y me dijo que sí. ¡Imagínate! Yo casi me muero de la emoción.

—Eso va en nuestros genes, Mapi. A las mujeres nos encanta emperifollarnos en grupo. — Sonríe, agregando dos patacones más al sartén—. ¿Y qué tal te fue?

—¡Ay, Mani! Tú y yo hemos visto mujeres coquetas en esta vida, pero esa culicagada es una categoría aparte. Si la hubieras visto en el centro comercial, midiéndose ropa y zapatos como diva encopetada, no lo creerías.

—¿Y le compraste algo?

—Rafael me pidió el favor de comprarle un par de *jeans*, una blusa y un saco de unicornios. Yo le regalé un par de zapatos y unas gafas de sol que se le veían DI.VI.NAS. Ahorita te muestro las fotos, las tengo en el celular. Con ese porte que se manda, la muchachita pone a llorar a cualquier modelo de revista. Adriana Lima es una pobre corroncha al lado de ella.

—¡Y tú feliz, malcriando a la hija ajena!

—Ajá y ¿esa no era la gracia? Ella estaba encantada conmigo, tanto que me pidió que viniéramos a hacer galletas con chispitas de chocolate e insistió en llamar a la tía Dominique para invitarla a tomar onces.

—¿A la tía Dominique? ¿Estás hablando de nuestra franchuta?

—La misma que viste y calza, mi *ciela*. A mí también me sorprendió, pero luego caí en cuenta de que Dominique y Diana, la mamá de Vale, eran bastante cercanas. Tú sabes, por aquello de que Diana ayudó a Dominique a buscar a sus papás.

—Sí, pero yo no sabía que Dominique seguía alimentando una conexión con Valentina.

—Yo tampoco, pero aquí terminamos las tres, tomando onces y jugando al salón de belleza. Y luego se me ocurrió la gran idea de armar la dichosa pijamada.

—Oh, ¿mala idea?

—A Valentina le encantó la idea y habló con Rafa por teléfono para que la dejara quedarse conmigo. Jugamos a ponernos mascarillas de avena en la cara y a inventarnos chismes de las amigas mientras nos pintábamos las uñas, pero cuando llegó la hora de dormir, Vale empezó a llorar, diciendo que quería irse para su casa porque... extrañaba a su mamá —dice, su voz peleando con el nudo que se forma en la garganta.

—Pobrecita. —Es lo único que atino a decir y todavía no sé si me refiero a Valentina o a la propia María Paulina. No me imagino lo duro que debió haber sido para ella sentirse rechazada en ese momento.

—Fue mi culpa. Quise embutirle demasiado amor maternal en un solo día a una niña que lleva cuatro años tratando de asimilar el hecho de que su mamá está en el cielo.

—¿Rafa se molestó?

—No, para nada. Él vino a recogerla en seguida y me pidió disculpas. No hablamos mucho esa noche, obviamente, pero al día siguiente dejó a Valentina con los abuelos para invitarme a almorzar y para ese momento, yo ya había tenido una mañana entera para pensar.

—Pensar ¿qué?

—Que me estoy engañando a mí misma. Desde que Pedro se fue para Canadá, yo no he hecho otra cosa que tratar de llenar el vacío con el primer hombre que se me atraviesa que tenga cara de esposo y padre. Me pasó con Ignacio y me volvió a pasar con Rafael. En el papel, los dos hombres son perfectos, funcionan en teoría. Ambos son decentes, trabajadores y quieren casarse y tener una familia y yo también quiero eso. El problema es que... lo sigo queriendo, pero con el hombre que prefirió irse para otro país, antes que hacer realidad ese sueño conmigo.

María Paulina mueve la cabeza a ambos lados, como si quisiera sacudir de su mente y su corazón la decepción que debe estar sintiendo, mientras saca los últimos patacones del sartén y los pone a escurrir entre un manojo de toallas de papel.

—Pedro escogió sus sueños y no lo culpo, te lo juro. Yo no puedo guardar resentimientos en contra de una persona que escogió hacer realidad un proyecto personal —concluye y hace una breve pausa, recostándose en la encimera de la cocina, lejos de la estufa—. Al fin y al cabo, yo también escogí quedarme aquí y me sostengo en mi decisión, aunque me siga doliendo su ausencia.

Si alguien entiende ese dolor que te atraviesa el pecho cuando das por terminada tu historia de amor, esa soy yo. Si hay algo peor que eso, es el peso de la incertidumbre de no saber qué hacer con tantos sentimientos revoloteando en el corazón, en las paredes de tus venas, en el contorno de tus ojos, acumulándose en tus pies, volviéndolos pesados y torpes, al punto de inmovilizarlos por completo. Yo tardé cinco años clavada en ese mismo lugar y solo cuando Diego regresó a mi vida, fui capaz de dar el primer paso.

—Escogí el peor momento para dejarte sola en este apartamento, Mapi.

—¡Cómo se te ocurre decir eso! —exclama con convicción y por poco cubro mi cara con mis manos, no vaya a ser que se le dé por agarrarme a cachetadas—. Tú escogiste el mejor momento para volver con Diego y ser feliz, y eso me basta para recuperar la esperanza de encontrar el amor otra vez. Si ustedes dos están juntos y felices después de una plantada en el altar, cualquier cosa puede suceder.

—No, pues, gracias por lo que nos corresponde —dice Diego, entrando a la cocina de improviso para robarme un beso en los labios—. Como quien dice, si nosotros lo logramos, cualquiera lo logra.

—Yo no lo habría podido articular mejor —María Paulina afirma en su habitual tono burletero.

—De todas formas, ya sabes. Tómate tu tiempo para buscar un buen *roommate*, no vas a meter a cualquier *troló* que se atravesase por ahí solo por ahorrarme la plata del arriendo.

El timbre del citófono pisa mis palabras y María Paulina estira la mano para contestar.

—Deben ser las gemelas. Pasaron a buscarnos al apartamento, pero yo les dije que vinieran hasta acá. ¿Hay suficientes patacones?

—Si no te importa compartir —le digo a Diego, mostrándole la bandeja rebosante de patacones dorados a la perfección, al tiempo que María Paulina le da la orden al portero de que deje entrar a las gemelas Ospina.

El timbre del apartamento suena pocos minutos después y mi corazón da un salto triple dentro de mi pecho. Mi reacción es tan fuerte que Diego parece sentirla, por lo que me agarra la mano, entrelazando nuestros dedos en el instante en que María Paulina abre la puerta.

Por primera vez en cinco años, Emma y yo nos vemos frente a frente. Por un segundo, su expresión seria e intimidante me llega a los huesos.

—Buenas noches —dice Emma, sin atreverse a cruzar el quicio de la puerta.

—Buenas noches, Emma. Sigue, por favor —María Paulina dice, sin apartar la mirada del rostro de ambas gemelas, el de Emma, en especial.

Emma me mira una vez más con ojos punzantes antes de correr hacia mí, desplegando los hermosos hoyuelos en su inmensa sonrisa.

—¡Déjame abrazarte, mi *princess*! ¡Cómo te extrañé!

Ambas gritamos y nos fundimos en un abrazo al que Emilia se une luego de un par de vueltas. Por el rabillo del ojo alcanzo a ver a Diego y a María Paulina cubriéndose los oídos para proteger sus tímpanos de una atrofia repentina por cuenta de nuestros chillidos.

—¡No has cambiado nada! ¡Estás divina! —me dice Emma, agarrando mi cara entre sus manos.

—Yo te lo dije. Desde que la vi en la cena de bienvenida que Diego organizó para Vikram, hace unos meses, supe que nuestro hermano estaba en problemas —agrega Emilia en su habitual actitud de sabelotodo.

—Bueno, ahora sí me van a explicar ¿cómo así que se casaron en el Jardín Botánico sin avisarnos? ¿Pensaron que nos íbamos a oponer o qué?

—No me des cuerda, que yo todavía no lo supero. Los dos me tienen ofendidísima —María Paulina se queja, trayendo la bandeja de patacones en sus manos.

—Fue un intercambio de votos y obviamente no fue planeado —Diego insiste mientras organiza el *hoga'o*, el queso rallado y los patacones en la mesa de la sala.

—No se preocupen, chicas. Diego y yo estamos planeando una versión mejorada de la ceremonia oficial con todos los juguetes. En cuanto tengamos la fecha oficial, les avisamos.

—¿Les avisamos? ¿Así no más? —Emilia frunce el ceño y nos larga una mirada suspicaz.

—Llevamos cinco días juntos y en el clóset de Diego no cabe ni la mitad de mi ropa. Créeme, tenemos asuntos más importantes que resolver.

—Bueno, hablando de asuntos por resolver —Emma dice, sacando el celular de su chaqueta y pasándoselo a Diego—. Emilia y yo tenemos noticias.

Los cinco nos miramos en silencio antes de enfocarnos en Diego, quien observa algo en el teléfono celular de Emma, frunciendo el entrecejo.

—¿Quién es este? —Diego finalmente pregunta, tratando de controlar el temblor en sus labios.

—Según el mensaje directo que me envió a la cuenta de Instagram, su nombre es Cristian García, tiene dieciséis años y vive en Mocoa, Putumayo, con su papá.

En lo que tarda un pestañeo, la cara de Diego pierde todos sus colores. Emilia se acerca lo suficiente para poner una mano en su hombro.

—Yo sé. Yo tampoco lo podía creer —dice, abrazando a Diego—. Tenemos un hermano.

Cristian

22

DIEGO

La ráfaga de calor es un puño desafiante que me golpea en la nariz, tan pronto asomo la cara por la puerta del avión. Manuela viene detrás de mí y pone una mano sobre mi hombro, mi señal para empezar a bajar las escaleras metálicas, hasta la pista de aterrizaje del aeropuerto de Villa Garzón, en el corazón del Putumayo.

De todos los lugares en los que me imaginé encontrar a Federico García, la selva de la Amazonía ni siquiera figuraba en la larga lista de opciones.

—¿Quieres agua? —me pregunta Manuela, una vez entramos al taxi.

—No, linda. Gracias.

El brazo de Manuela se enrosca en el mío, su cabeza encuentra refugio en mi hombro, como una pieza que encaja a la perfección en su sitio. El aroma a rosas de su perfume invade mis sentidos, expandiendo mis pulmones, aliviando la presión que siento justo en medio de ambos, en mi corazón que insiste en galopar en vez de latir.

No puedo más que agradecer el hecho de tener a Manuela a mi lado en este momento y esta puede ser una de las tantas razones por las cuales el universo quiso que fuera así, que nuestras historias se fusionaran en una sola página, justo cuando más necesitaba de todo el apoyo emocional que pudiera reunir. No me imagino haciendo este viaje... solo.

Emma se limitó a entregarme el tímido mensaje que recibió en la bandeja de entrada de su cuenta de Instagram, del chico de cabello y ojos negros y piel blanca, un poco curtida por el sol.

«Conozco a la persona que están buscando. Es mi padre... también».

La frase me cayó como un bloque de hielo en el pecho y su foto de perfil de Instagram terminó de abrirme un agujero en la mitad.

—El parecido es... innegable —susurró Manuela en medio de la sala de su apartamento, levantando la mirada desde el celular de Emma hacia mí.

Manuela, al igual que María Paulina y mis hermanas, esperaban una respuesta de mi parte que no fui capaz de articular. Eran demasiados pensamientos disparándose en mi cabeza al mismo tiempo, estrellándose unos con otros, compitiendo en una carrera contrarreloj.

La primera en moverse fue Manuela, quien se dirigió a la cocina en busca de manzanilla para preparar un té, mientras Emma enunciaba la reina de todas las preguntas:

—Y ahora, ¿qué?

Mi reacción fue el producto de una respuesta muscular, instintiva, más que de un acto consciente.

—Tendremos que buscar la forma de ir hasta allá —respondí, encogiéndome de hombros.

—¿Tendremos? —Emilia intervino, frunciendo las cejas—. Yo, por lo menos, no «tengo» la menor intención de ir hasta allá para ver a ese tipo.

—Yo tampoco. —Emma apoyó la moción de Emilia, sirviéndose uno de los patacones con

hoga'o en un plato—. Me conformo con saber que Federico está vivo y solo porque eso prueba que el batazo que le diste en la cabeza no tuvo las consecuencias que temíamos.

—El tipo está vivo, pero no sabemos en qué condiciones.

—No la debe estar pasando mal si tiene un hijo adolescente —Emma me respondió en un tono queapestaba a sarcasmo—. Quién sabe si tendrá más.

La sola posibilidad de que Federico anduviera por ahí, regando hijos a diestra y siniestra, se me atravesó en la garganta como un clavo oxidado.

Manuela se sentó a mi lado, extendiéndome la taza con el té.

—Lo importante es que ya tenemos un contacto. Podemos organizar una videollamada, hablar por teléfono o...

Me negué con la cabeza y en ese instante, Manuela lo entendió. Yo necesitaba verlo con mis propios ojos.

Y esa misma convicción me trajo hasta una humilde cancha de fútbol, en un municipio apartado de este país, rodeado por la densidad de la selva y el caudal de sus ríos inmensos y poderosos.

Tan distinto a las apacibles montañas cafeteras en donde nací.

No nos toma más de un minuto identificar al delantero entre los veintidós jugadores de fútbol disputándose el balón en la cancha. El apellido García estampado en la camiseta, por encima del número nueve, es la primera señal. Las ondas de su espeso cabello revuelto por la constante intromisión de sus dedos, las líneas rectas de su mandíbula apretándose en el momento de recibir el balón en el pecho y dejarlo caer a sus pies. La estructura sólida de un cuerpo ágil desplazándose entre los pocos espacios libres de marca, acercándose peligrosamente a la portería, engañando al arquero con un rápido escamoteo del balón en sus pies, antes de dispararlo en dirección al arco. Unos ojos saltones y redondos que se encienden de satisfacción al ver el balón inflar la red. La curva de unos labios definidos que forman la palabra «gol» mientras sus brazos se agitan en el aire. Una sonrisa de felicidad genuina desplegando un hoyuelo en cada una de sus mejillas.

Es como mirarme a mí mismo en una dimensión diferente de la realidad.

Se me hace imposible apartar la mirada de Cristian, quien celebra el gol y el final del partido con sus compañeros de equipo. El brazo de Manuela rodea mi cintura por la espalda y solo cuando su mano aprieta mi costado, logro desprender mis ojos del rostro de Cristian y voltearme para verla a ella.

Pero su mirada permanece fija en un punto concreto, del otro lado de la cancha.

En el sitio menos pensado, el hombre de mis pesadillas aplaude orgulloso al jugador del número nueve en la camiseta que corre a abrazarlo, la sonrisa aún en su rostro.

La mano de Manuela en medio de mi pecho me recuerda que debo respirar. Su voz insiste en mandarme instrucciones porque, al parecer, ni siquiera sé qué debo hacer.

—Exhala... Diego... escúchame...

Libero la corriente de aire caliente a través de mis fosas nasales, aunque me cuesta inhalar, por lo que debo abrir la boca.

—Diego... mírame —Manuela insiste, tomando mi cara en sus manos, obligándome a apartar la mirada de Federico meciendo a Cristian en un abrazo sincero, cariñoso... paternal.

La clase de abrazo que yo... nunca recibí de él.

La garganta se me cierra en un nudo y en el instante en que Manuela cruza mi brazo derecho

sobre sus hombros para sostenerme, me doy cuenta de que estoy en medio de un ataque de pánico.

—Amor, escúchame. Necesito que te sientes conmigo, por favor.

Doblo mis rodillas con cuidado, siguiendo sus movimientos. El aire entra y sale de mi boca, pero pareciera que no llegara a ninguna parte. Mi corazón sigue latiendo a mil por hora, amplificando el eco de unos tambores en mis oídos.

—Muy bien, amor. Así. No tenemos afán. —La voz de Manuela me mantiene anclado en la realidad y eso es una buena señal. Quiere decir que no voy a perder el conocimiento esta vez. Solo necesito... respirar por la nariz. Poco a poco.

Manuela me habla de la corriente de aire fresco que respiraba cada mañana, cuando salía a pasear en la playa de las Antillas y, como por arte de magia, la idea de esa misma corriente de aire recorriendo mis vías respiratorias me reconforta. Me devuelve a un paraíso feliz. El preámbulo de nuestra reconciliación.

Ambos logramos sentarnos sobre el césped, Manuela me pide estirar las piernas y dejar caer mi espalda sobre su pecho. Estoy en mi lugar seguro.

—Cuando quieras, nos vamos para el hotel.

Dejamos pasar el tiempo sin medirlo. La pequeña multitud de espectadores y jugadores se dispersan en cuestión de minutos. Solo Manuela y yo permanecemos sentados en el suelo, repasando la frescura del césped en la palma de nuestras manos.

—¿Qué se supone que es eso? —le pregunto a Manuela al ver las porciones de lo que podría llamar «albóndigas vegetarianas» en mi plato.

—Según la explicación que me dieron en el restaurante —dice Manuela, luego de engullir una porción de las tales «albóndigas»—, es plátano verde cocido y machacado con *hoga'o*. Le dicen *tacacho* y la verdad, está bueno.

No tengo motivos para dudar de su opinión, ni el apetito suficiente para corroborarla. Muevo las bolas de plátano con el tenedor por un minuto que se me hace eterno, tratando de amasar en mí la voluntad de probar bocado para no preocupar a mi esposa.

—Traje un caldito de pollo extra por si... prefieres algo más ligero —me dice y apuesto que leyó el desgano en mi cara. Podría arrodillarme a sus pies y besárselos.

—Mañana le doy la oportunidad al tacacho —le respondo, buscando el contenedor del caldo de pollo en la bolsa del domicilio.

En condiciones normales, la cena no sería otra cosa más que eso. Cena. Punto final. El problema es que, incluso viviendo al lado de la mujer que amo, experimentando la alegría y la seguridad de una relación de pareja que funciona, mi condición mental y emocional está lejos de ser normal o, por lo menos, estable. La sombra de la depresión sigue ahí, sacando partido de mis mejores días. Y entre todos los efectos adversos que puede manifestar esa condición en mí, el menos práctico y el más engorroso es la pérdida total del apetito.

Si por mí fuera, pasaría de largo sin probar bocado hasta mañana al desayuno. Los músculos de mi mandíbula simplemente se niegan a ceder un centímetro, convirtiendo cada cucharada de caldo que me llevo a los labios en un acto de auto-tortura.

No tengo otro remedio que someterme, así se me vaya la vida intentándolo, porque de eso depende mi salud física, en primer lugar. Necesito comer para que mi cuerpo funcione. Es la regla básica y universal de la biología. En segundo lugar, y quizá la razón más importante, es Manuela. Si algo detesto más que comer sin ganas, es preocupar sin necesidad a la mujer que me

ama.

—¿Te arrepientes de haber venido? —me pregunta Manuela, acomodándose en la cama, después de comerse hasta el último grano de arroz en su plato.

La respuesta debería ser fácil, considerando que casi pierdo el conocimiento en medio de una cancha de fútbol llena de gente.

—No sé, linda. Puede que... venir hasta acá justo ahora, en las condiciones emocionales en las que estoy, no haya sido la mejor idea, pero tampoco puedo decir que haya sido la peor. Tarde o temprano tenía que ver a Federico de nuevo y... conocer a mi hermano.

Manuela y yo dirigimos la vista hacia la ventana al mismo tiempo. El intenso golpeteo de las pesadas gotas de lluvia estrellándose contra el vidrio parecen querer ahogar nuestra conversación.

—Ahora entiendo por qué le llaman «selva húmeda» a esta parte del mundo. —Manuela vuelve el rostro hacia mí, haciendo un gesto con la mano para que me siente con ella, en la cama.

—¿Tienes frío? —le pregunto, mientras me siento frente a ella.

—Un poquito.

Manuela separa las piernas y las acomoda, una a cada lado de mis caderas, mientras yo tomo sus dos manos entre las mías para calentarlas.

—La verdad... no sé qué esperaba encontrar aquí. No lo tenía muy claro en mi cabeza y no me preparé mentalmente para enfrentarlo. —Me cuesta pronunciar las palabras, de la misma forma que me cuesta racionalizar lo que siento. Aun así, no quiero detenerme. Manuela está aquí conmigo, escuchándome atenta y, por primera vez en mi vida, no siento el mismo temor de antes, de ahuyentarla con mis desórdenes emocionales, pensando que jamás los entendería o que son una carga demasiado pesada para ella. Me estoy dando a mí mismo la oportunidad de sentirme protegido en los lugares más vulnerables de mi alma, por la persona que me ha ofrecido su apoyo incondicional, en vez de condenarme a ser el eterno caballero de la pesada armadura, dispuesto a dar la batalla para proteger a los demás, a costa de mi propio bienestar.

—¿Esperabas encontrarlo sufriendo? —Manuela se muerde los labios y me mira suplicante, como si temiera herirme al preguntarme algo que no quisiera escuchar—. ¿Te habrías sentido mejor si el destino lo estuviera castigando por lo que les hizo?

El ángel custodio sentado encima de mi hombro derecho podría decir que «no» para quedar bien en nombre de la justicia celestial y, para ser franco, es lo correcto. Desearle mal al prójimo es lo más anticristiano que se le podría ocurrir a cualquiera. En especial si ese alguien es uno de los progenitores.

Pero el ser humano egoísta y frívolo que soy, ese que disfruta en secreto ver al villano de las películas de acción caer desde la cima de un despeñadero y quedar empalado en una horqueta, lamenta no ver al destino ejecutar el llamado de la justicia y darle a cada quién su merecido.

No sé si sentirme aliviado o decepcionado.

—El hombre amoroso y optimista que vi en esa cancha de fútbol, aplaudiendo con orgullo a su hijo, no es el mismo a quien yo reconocía como a mi padre hace más de veinte años —digo, haciendo un esfuerzo enorme por controlar el temblor rabioso en mis labios—. Y eso está quemando un hueco en mi pecho. No sé si es rencor o envidia, o una combinación irracional de ambas. Sea lo que sea, estoy odiando el hecho de darme cuenta de que el tipo sí era capaz de desarrollar un afecto genuino por alguien y demostrarlo, pero a nosotros, a mi mamá y a mí, eligió darnos la parte más cruel de sí mismo. Y ahora me pregunto... ¿qué putas hizo Cristian para merecer su mejor versión?

Manuela atrapa mis lágrimas en sus manos y me acuna entre sus brazos al sonido de la lluvia

arreciando allá afuera, en el mundo exterior.

El calor del municipio de Mocoa no es tan exasperante como me lo imaginaba y, para ser un clima de selva tropical húmeda, el ambiente no se siente tan denso y pegajoso, en comparación con otros lugares similares en los que he estado. Al contrario, lo que he encontrado hasta ahora es un paisaje exquisito de un horizonte verde vibrante e ininterrumpido, un ambiente rural placentero de gente amable, avenidas atestadas de locales comerciales de todo tipo, desde bares y restaurantes hasta supermercados y tiendas de electrodomésticos. Y como buen pueblo colombiano que se respete, ríos de motocicletas subiendo y bajando por calles estrechas en un peculiar orden caótico.

No obstante, sigo prefiriendo el sol incandescente en medio del prístino azul del cielo antillano, haciendo brillar el intenso color negro en el cabello de Manuela.

—¿Qué hora es? —Mi voz perezosa se enreda entre los finos hilos de su pelo escondido detrás del pabellón de su oreja, mientras mis manos recorren a su antojo la piel cálida y aterciopelada debajo de su camisión.

—Poco más de las seis —me contesta en una voz acaramelada y ronca, dejando escapar un gruñidito al contacto de la yema de mis pulgares, masajeando sus pezones.

—¿Qué vamos a hacer hoy? —le susurro al oído, una provocación escondida en el disfraz de una pregunta.

—Disfrutar... la belleza del paisaje.

Manuela mueve su cuerpo al compás de los dedos de mi mano derecha que viajan hacia el sur, moldeando su abdomen firme, explorando el contorno de su ombligo mientras mis labios la llenan de besos en cada centímetro de sus mejillas y su mandíbula, buscando el sabor a cereza en su boca.

La redondez de su trasero presiona la curva de mi vientre, deleitándose en el efecto que su roce produce en mí, sintiendo la excitación creciente en mi entrepierna.

—¿Cómo puedes dormir con tanta ropa encima? —dice, una mentira provocadora. Solo tengo puestos mis *boxers* o mejor dicho, los *tenía* puestos hasta hace un segundo. Sus dedos se deslizan por debajo de la banda elástica para empujarlos hacia abajo, a lo largo de mis piernas, liberando mi erección de su confinamiento.

El contacto directo de su piel con la mía es mi paraíso carnal, pero su placer es mi recompensa y el mío, su combustible. Soy yo quien disfruta sus gemidos al sentir mis dedos recorrer de arriba abajo los pliegues húmedos y cálidos de su sexo; es mi cuerpo el que se doblega a la voluntad de su deseo.

Manuela se voltea para acceder a mi boca y reclamarla como suya con un beso ansioso, posesivo, balanceando sus piernas de lado a lado para dejarme deslizar su ropa interior en un solo movimiento, antes de sentarse encima de mí, a horcajadas.

—¿Estás disfrutando el paisaje? —le pregunto, al verla imponerse sobre mí, retándola con la mirada.

—No podría describirlo con palabras, por eso te lo voy a mostrar. —Manuela posa la palma de su mano sobre la mía para luego llevársela hasta su centro, mapeando con mis dedos sus puntos de mayor placer—. Quiero que veas... lo mucho que me encanta todo lo que me haces sentir.

Sus caderas se mecen sobre mí con cada círculo que mis dedos dibujan en su punto más sensible, en el vértice de su sexo, una danza de éxtasis maravillosa. Manuela toma mi sexo entre

sus manos y lo estimula con un movimiento suave antes de acercarlo a su entrada, arrancándome un gruñido de placer.

Su sonrisa maliciosa ilumina su cara mientras sus ojos se clavan en los míos, arrastrando mi deseo al límite de mi resistencia. Quiero moverme dentro de ella y Manuela lo sabe, por lo que cierra los ojos y aprieta los párpados en una mueca de placer al dejarme invadirla, poco a poco, abandonándose al ritmo de sus instintos más primarios.

Manuela alcanza la cima de su orgasmo diciendo que me ama. Y una frase como esa saliendo de sus labios es suficiente para acelerar el mío. Manuela nunca ha sido tímida en nuestra intimidad, nunca se ha reservado nada a la hora de decirme lo que le gusta y lo que no, si está lista para probar algo nuevo y lo que prefiere dejar para después, si quiere tomar la iniciativa y llevar la delantera o dejarme a mí pilotear la nave, si ha quedado satisfecha o si algo bloqueó el proceso. Manuela tampoco me ha hecho sentir jamás que su satisfacción es mi trabajo y mi deber, ella lo asume como nuestro. Un regalo que nos entregamos los dos. Y creo que esa es la razón por la cual mi experiencia sexual dio un giro de ciento ochenta grados la primera vez que estuvimos juntos. O debería decir, desde la primera vez que la vi. Porque ambos nos hemos hecho el amor no solo en la cama, si no en los detalles cotidianos de nuestra relación, con cada caricia de buenos días, cada gesto de admiración en nuestros ojos, cada palabra de aliento que intercambiamos para apoyarnos en nuestros proyectos individuales e incluso en nuestras discusiones y peleas.

Permanecemos tendidos un rato más sobre las sábanas, arrastrando con la yema de nuestros dedos la fina capa de sudor acumulándose en nuestra piel.

—Anoche me pareció ver unos pandebonos en una esquina —comento, pasando mi mano por la curva de su columna vertebral.

—Yo también los vi, pero cuando salí a comprar la comida ya se habían acabado. Me dijeron que hoy empezarían a hornearlos desde temprano.

—¿Desayunamos allí?

Manuela sonríe conmovida y me besa.

—Claro que sí.

Nos pegamos un duchazo rápido y nos vestimos con un par de sudaderas y camisetas. Aún es temprano en la mañana, la temperatura es fresca, apenas para trotar alrededor del bloque antes de sentarnos en la panadería a tomar el desayuno típico de un domingo en este país: chocolate caliente, arepa con queso campesino, huevos revueltos y de ñapa, un par de pandebonos recién horneados.

—A ti lo que te fastidia es cenar —concluye Manuela, al verme sumergir con gusto el pandebono en el chocolate antes de comérmelo—. ¿Por qué más bien no incrementamos la porción en el desayuno y el almuerzo y por la tarde tomamos alguna merienda? Así no tienes que comer una ración entera por la noche.

—Ten en cuenta que hicimos ejercicio esta mañana. La actividad física generalmente me abre el apetito —agrego, en un tono científico que suena convincente.

—Eso ya lo había notado —responde, con esa sobradez en su sonrisa que me revuelve las ganas de sentarla en mis piernas y besarla hasta la muerte—. Y no es mala idea incluirlo como parte del régimen alimenticio. Mañana hacemos cardio y levantamos pesas.

—¡Aguafiestas!

Ambos soltamos la risa al mismo tiempo e intercambiamos un par de bocados, antes de abordar la cuestión que sigue flotando como una nube gris alrededor de nuestras cabezas.

—¿Hablaste con Cristian anoche, mientras estuve por fuera?

—Le mandé un mensaje de texto disculpándome por no habernos acercado a saludar. No quise inventarle una excusa, la verdad. Y mejor que no lo hice.

—¿Por qué?

—Cristian nos vio. —Me inclino hacia ella para hablar en voz baja—. Aquí la gente reconoce quién juega de local y quién viene de visita.

—No me extraña —Manuela susurra, mirando disimuladamente a su alrededor—. Estamos en plena zona roja.

La mirada de Manuela me clava una pregunta en la frente. No necesita decirla en voz alta.

—Le dije que nos viéramos por la noche, en algún restaurante o en una cafetería. No en su casa.

—¿No te invitó a su casa?

Sí lo hizo. De hecho, me preguntó si prefería un asado o un sancocho para el almuerzo y supongo que era la emoción de descubrir algo nuevo en su vida manifestándose a través de sus dedos, mientras escribía y me enviaba el mensaje de texto. Admito que su humilde hospitalidad me conmovió, pero decliné sus atenciones con la excusa de no querer causarle tantas molestias. Lo que no podía decirle, al menos no en un desabrido mensaje de texto, era que no estaba preparado para llegar tan lejos como entrar a su casa y sentarme a la mesa con la persona que arruinó mi infancia y me hizo tanto daño físico y emocional.

—Preferí que nos viéramos en un lugar público. Así que los invité a cenar a un restaurante que me recomendaron, a las afueras del pueblo. —Estiro mis labios en una sonrisa de medio lado que sé que le gusta para aligerar el peso de la conversación—. Vas a probar el pirarucú.

—¿El *pirulu*... qué?

La risa parece derramarse de su rostro en una cascada, aliviando la ansiedad que empieza a crepitar en mis entrañas. La vida entera no será suficiente para agradecerle al cielo tenerla a mi lado, dispuesta a acompañarme en la prueba más difícil que he tenido que enfrentar en mi vida, hasta ahora.

Le hacemos conversa a Filomena, la dueña de la panadería, y le hago un recuento rápido de mis viejos tiempos de amasador de pan, en los primeros años del negocio de mi mamá. Doña Filo se atreve a tentar mis bíceps, como buscando en la firmeza de mis músculos la prueba reina de mi honestidad. Entre chiste y chanza, logramos que nos alquile una motocicleta por el resto del día para explorar el pueblo con mayor facilidad.

Manuela acepta ser mi pasajera esta vez y aprovechamos para recorrer las avenidas centrales y las callecitas empinadas en los barrios. Continuamos por la carretera principal que, según las instrucciones de doña Filo, nos llevan hasta uno de los tantos «yacos», mejor conocidos como «ríos» en el idioma inga, que rodean el municipio.

Vemos caer la noche en un mirador ubicado en los barrios altos, desde donde contemplamos los inmensos árboles dominando la espesa selva, rodeados por tercos arbustos y enredaderas que insisten en competir unas con otras por la luz solar, desarrollando hojas grandes, frondosas y de un verde profundo que nunca había visto antes.

—¿Viste esos nidos larguísimos colgando de la ramas de los árboles? ¿Los que parecen mochilitas? —me dice Manuela, su cara parece iluminarse con la emoción contagiosa que burbujea en nuestro cuerpo al encontrar algo nuevo.

—Adivina cómo les dicen a los pájaros que los hacen —digo, mientras ella se acomoda entre mis brazos, manteniendo su espalda reclinada sobre mi pecho.

—¿Cómo?

—Mochileros —susurro en su oído, acariciando el arco de su oreja con la punta de mi nariz.

—¡No me digas! —exclama con falso asombro.

Las luces del pueblo y las viviendas aledañas se encienden una a una, despertando en mí, una vez más, la nostalgia de los muchos instantes de mi infancia que disfruté a medias, como armar un pesebre en una esquina de mi casa y celebrar la Novena de Navidad junto a mi familia.

—Es hora de volver, amor. Nos queda tiempo apenas para cambiarnos y llegar al lugar.

Alargo un suspiro resignado. Manuela tiene razón. Es hora de volver a la realidad.

23

DIEGO

Filadelfia, Caldas. Veintidós años atrás

El grito aterrado de Eliana ahogó el sonido del bate al caer al piso. Mi madre quedó lívida, aplastada debajo del peso del hombre que por poco la ahorca, borracho, frente a sus dos hijos de diez años.

—Diego... hijo, mírame. —La voz de mi mamá me arrastró de la pesadilla en plena luz del día para devolverme a una realidad que se veía peor a través de mis ojos. El hombre que reconocí como a mi padre hasta ese instante, estaba tendido en el piso, con una mancha de sangre en un costado de su cabeza.

Ahora

—Diego. ¿Estás seguro de que quieres estar aquí?

Manuela desliza su mano para estrechar la mía por debajo de la mesa del restaurante, en donde pacientemente esperamos.

—He llegado demasiado lejos, no vale la pena echarme para atrás justo ahora.

Manuela asiente, confiada en mi decisión de persistir, aunque le preocupe el frío en mis manos. El revoltijo en mi estómago y la tensión en mis músculos, producto de la ansiedad, es inevitable y aun así, puedo reclamar como una victoria el hecho de mantener en línea el ritmo de mi respiración y la frecuencia cardíaca. Quizá porque, en cada ocasión, tomo más consciencia de los estímulos que desencadenan ciertas reacciones en mi cuerpo y soy capaz de controlarlos. Con cada ataque de ansiedad, en cada experiencia, aprendo un poco más sobre mí mismo y confío más en mis habilidades para dirigir mis emociones hacia un lugar seguro.

Suena fácil, pero no lo ha sido. Me ha tomado cinco años de terapia y medicamentos para llegar a este punto, en el que siento que puedo manejar parte de mis traumas. La incertidumbre por lo que pueda pasar sigue pinchándome de vez en cuando en las manos, la garganta y el pecho, como puntas de lanza tratando de penetrar mis tejidos y atravesarme. No tengo idea qué reacción me producirá verlo de nuevo, después de veintidós años de tratar de olvidar que una vez existió y que lo llamé «papá». ¿Cuál sería la actitud correcta para confrontar a un enemigo que te batió física y emocionalmente sin parar, solo porque podía y se le daba la gana?

Antes de que pueda pensar en una respuesta, la figura del hombre en cuestión se acerca, vestido con una modesta, pero pulida, camisa manga corta color salmón y un pantalón azul oscuro. Unas gafas enmarcan su cara, protegiendo sus ojos café. Su cabello sigue siendo corto y abundante, revelando su edad en una combinación homogénea de varios tonos negros, grises y blancos.

Su mirada es serena, a pesar del asombro que no logra contener del todo en la expresión de su rostro. Su respiración parece agitada, a juzgar por los movimientos de su pecho y la fluctuación de la manzana de Adán en su cuello. Se debe sentir intimidado, por no decir avergonzado, y no es para menos. El niño que una vez lo dejó inconsciente de un batazo en la

cabeza creció y ahora lo sobrepasa en estatura, ha desarrollado músculos firmes, conserva en forma sus reflejos y podría molerle a golpes la cara y quebrarle todos los huesos de su cuerpo en menos de cinco minutos.

Por el rabillo del ojo alcanzo a ver a Manuela, su mirada expectante se clava en él, seguramente sorprendida por el evidente parecido. El filtro «envejecedor» con el que jugamos en las Antillas no pudo haber generado un retrato mío más preciso de cómo me vería si tuviera su edad.

Pero yo no soy como él. Jamás podría serlo.

Y una fotografía mía de adolescente sería más que suficiente para comprobar que el joven que acompaña a Federico es mi hermano.

Cristian me observa de pies a cabeza, como reconociendo su propia imagen en un espejo que viene del futuro. La estructura de su cuerpo es similar a la mía, por no decir que igual. Sus hombros anchos y rectos dominan su figura, el preludio de un torso ancho y compacto que se angosta a la altura de la cintura y las caderas. Ayer, durante el segmento del partido de fútbol que alcancé a presenciar, pude comprobar la potencia de unas piernas rectas, ágiles, de músculos tonificados y, al mismo tiempo flexibles. Un deportista integral, sin duda.

Mis manos y mis pies son un témpano de hielo. En contraste, mis mejillas y pómulos podrían entrar en combustión espontánea; los siento hirviendo, tanto como la ira retorciéndose en mi estómago, como el magma en el interior de un volcán a punto de hacer erupción. Manuela estrecha mi mano derecha entre las suyas, asegurándose que sigue aquí, conmigo. En las buenas y en las malas. Mi esposa, mi persona en el mundo, mi lugar seguro está aquí, conmigo.

—Cristian —digo, reuniendo hasta la última gota de entereza y autocontrol en mí, mientras me levanto de la silla—. Mucho gusto, Diego Ospina.

Manuela libera mi mano para que yo pueda extenderla a Cristian, quien duda por un instante en aceptarla. Tal vez, sigue desconcertado, tratando de procesar lo que está ocurriendo. Es como si no creyera del todo lo que ve y, en parte, lo entiendo. Yo tampoco esperaba conocer, a estas alturas de la vida, a un hermano que jamás pensé que tendría.

—El gusto es mío —musita, estrechando mi mano en un saludo tímido, pero cordial. Sus labios siguen moviéndose, queriendo decir algo, pero al final, no se atreve. En el último segundo cambia las palabras—. Él es... —empieza a decir.

Mis ojos siguen fijos en los suyos, esperando a que termine la frase. Solo después de separar su mano de la mía, Cristian se atreve a mirarme de frente.

—Su papá... y la persona que yo estaba buscando —intervengo, clavando los ojos en Federico, quien me sostiene la mirada aun en su indecisión—. Les presento a Manuela, mi esposa —agrego, colocando mi mano en su espalda baja, en un intento por destrabar la conversación.

Manuela le ofrece una sonrisa amable a Cristian y le extiende la mano.

—Es un gusto conocerte, Cristian.

Después de intercambiar un corto saludo, Manuela inclina levemente la cabeza hacia Federico con una sonrisa respetuosa, pero prevenida.

—Por favor, siéntense. —Levanto una mano para llamar la atención del mesero, quien se acerca, listo para tomar nuestros pedidos—. ¿Qué desean tomar?

Cristian es el primero en aceptar mi invitación y pedir una limonada sin azúcar para él.

—¿Agua y casquitos de limones? —le pregunta a Federico.

Federico asiente y agrega:

—Si me pueden traer el agua en botella, se los agradecería.

La misma voz que una vez crispaba mis nervios, solo que ahora es ronca, pausada... ¿amable? Es increíble.

Manuela y yo habíamos decidido desde hace rato comer algo ligero, una ensalada con camarones a la plancha y una porción de salpicón de pirarucú para probar aquella especie de peces, típica de los ríos de la Amazonía que, según los lugareños, llegan a medir casi dos metros. Cristian y Federico, por su lado, optan por una cazuela de mariscos y un plato de carne asada y ensalada, respectivamente.

—Tratamos de evitar las harinas —Cristian comenta, nervioso—. Papá es diabético, desde hace un par de años.

A juzgar por su actitud, es evidente que su frase quiso decir otra cosa: *mi papá tiene sus achaques, pero en general, está bien de salud, por si te interesa saber*.

No tengo la menor idea de cuál sería el comportamiento correcto en este caso, si debería comentar algo, responderle o hacer preguntas al respecto. Lo único que sé, es que no me importa nada que tenga que ver con Federico, excepto que está vivo, respirando, caminando en sus propios pies e intentando sostenerme la mirada por más de tres segundos seguidos, antes de esconderla en una esquina de su vergüenza.

Cristian entrelaza sus dedos y los aprieta, juega con ellos a tronárselos mientras espera ansioso una reacción de mi parte, cualquiera que sea. Luego mira a Manuela, quien se limita a asentir con la cabeza. Además de nervioso, se muestra inquieto, podría decir que un tris anhelante; a leguas se nota que este encuentro está lejos de parecerse al que había imaginado.

—¿Cómo están las niñas? —La pregunta retraída de Federico nos sorprende al resto de comensales. Y a mí, en particular, me ofende.

—Yo no vine a contestarle preguntas, Federico. —Si mi mirada disparara dardos, el pobre tipo ya estaría clavado en la pared, colgando de la ropa. Cristian, por su parte, me devuelve una mirada incrédula, defensiva—. Usted debe imaginarse que no son niñas ya. Son mujeres adultas, hechas y derechas.

—¿Ellas viven en Bogotá, también? —Cristian pregunta.

—Eliana y Emilia viven en Bogotá. Emma es nómada digital. Ella cambia de país cada que quiere. No tiene una residencia fija. —Me acomodo en la silla al ver a los meseros traer el pedido.

—¿Son tres? Pensé que eran solo las gemelas.

Sé que debería contestarle la pregunta a Cristian; después de todo, él tiene derecho a saber sobre los demás miembros de su recién-descubierta familia, pero el rencor hacia Federico me gana. ¿Cómo es posible que no le haya hablado a Cristian de nosotros?

—Es muy raro que su papá no le haya comentado sobre su hija favorita.

En realidad, no lo resiento tanto como suena, por la simple razón de que Federico nunca se atrevió a levantar un dedo en su contra. Desde que nació, Eliana fue «la niña de sus ojos, la luz de sus días», en sus propias palabras. Las gemelas fueron un orgullo para él en un sentido muy diferente, ¿qué mejor demostración de virilidad de un hombre que preñar a su mujer con gemelas?

—Eliana es la del medio y es la que más se parece a él —le aclaro a Cristian, y mientras agregó la vinagreta a mi ensalada, me dirijo a Federico—. ¿Supo de su compinche, Marino?

—No. Desde que salí de Filadelfia no hablo con él. ¿En qué anda? —me pregunta, mientras el mesero le sirve su pedido de carne asada que aún crepita en el plato.

—*Andaba* en las mismas que usted, en aquella época, pero no le fue muy bien que digamos. Lo último que supimos fue que se montó a una moto, estando borracho, y se estrelló contra un

poste.

—¿Cómo?! —exclama Federico, con angustia genuina.

—Así es. Según el reporte forense, fue una muerte instantánea, no sufrió. Espero que eso le sirva de consuelo.

De los pocos recuerdos que conservo de ellos en mi infancia, sé que se la pasaban juntos, recorriendo el pueblo de arriba para abajo. No podría afirmar que fueran amigos entrañables, pero por la forma en que los hombros de Federico se descuelgan en el espaldar de la silla y la expresión compungida en su rostro, es claro que la muerte de su compinche le está afectando más de lo que él mismo se imaginó.

—Lo siento mucho, papá. —Cristian se apresura a consolarlo, poniendo una mano en su hombro y la otra en su antebrazo, en solidaridad—. ¿Eran muy amigos?

—El único que tenía... en aquella época. Era una muerte que hubiera podido prevenir, si yo... hubiera hecho algo por él —Federico responde en una voz ronca, opaca.

Manuela me mira, señalándome con sus ojos a Cristian y entiendo, sin necesidad de articular ninguna palabra, lo que quiere decirme.

Viajamos hasta acá para constatar que Federico estuviera vivo y en condiciones dignas, no para reclamarle o exigirle nada, aunque yo esté en todo mi derecho de hacerlo. Es cierto que mi mamá, mis hermanas y yo merecemos una disculpa, que una declaración de básico respeto de su parte sería un paso importante en mi camino hacia la sanación, pero si en veinte años Federico no ha sentido la necesidad de aceptar sus errores y pedir perdón por ellos, ¿qué caso tiene restregárselos a él y a Cristian en la cara?

Y esta es la otra parte del asunto. Yo vine a conocer a mi hermano y asegurarme de que estuviera bien, no a destruir su mundo, ni mucho menos proyectar mis frustraciones y extender mis miserias hacia él. El rencor y las recriminaciones que tengo en contra de Federico son un asunto mío para resolver, nada tienen que ver con Cristian.

—¿Cómo supo de la muerte de Marino? —me pregunta Federico.

Termino de masticar la comida en mi boca, dándome a mí mismo tiempo para pensar la respuesta.

—Lo supimos a través de un investigador privado que Eliana debió contratar para buscarlo a usted.

—¿Eliana me estaba... buscando?

Manuela y yo cruzamos una mirada breve y decido responderle a Federico, afirmando con la cabeza. No sé hasta qué punto sea necesario destapar la olla podrida frente a Cristian quien, seguramente, no tiene la menor idea de la cantidad de agua que ha pasado de este lado del río.

—Eliana necesitaba comprobar un chisme que le trajo Marino.

—¿Un chisme? —Manuela dice y me lanza una mirada aguda que se me clava en medio de la frente—. Si no estoy mal, el término legal sería «acusación». —Su mirada se concentra en Federico y Cristian—. Marino contactó a Eliana hace cinco años para extorsionarla, acusando a Diego de haberle causado la muerte a usted.

Si les hubiera cruzado el rostro de una cachetada, no creo que Federico y Cristian se hubieran descompuesto de esta manera. Ambos pierden el color natural en su piel, dejando una silueta blanca en la que se dibujan dos pares de ojos abiertos como platos, sus cejas se contraen en una mueca de evidente desconcierto.

—¿De qué están hablando? —Cristian pregunta, confundido, y con toda la razón.

No tengo más remedio que tomar el control de la situación y asumir el riesgo de lo que pueda pasar. No es mi culpa que la historia de mi familia sea triste y enredada, no fui yo quien levantó

la mano desde el principio en contra de Federico, ni desencadenó la espiral de violencia doméstica que por más de diez años selló el destino de mi familia, pero fui el último en dar el golpe que lo rompería para siempre.

—Cristian, yo supongo que es muy poco lo que usted sabe de nuestra vida, antes de que usted naciera.

—No fue una vida fácil —Federico interviene, clavando su mirada en sus manos entrelazadas sobre la mesa—. Y fue mi culpa. Desde el principio, fue mi culpa.

Federico enfrenta a Cristian, preparado para contarle la verdad.

—Yo no perdí el cupo en el equipo Once Caldas por una lesión —Federico le confiesa a Cristian—. En realidad fue porque... Leticia, mi primera esposa...

—Compañera sentimental —aclaro, en honor a la verdad. Federico ni siquiera fue capaz de casarse con mi mamá.

Federico asiente, el sentimiento de culpabilidad es casi palpable en sus palabras al continuar su confesión.

—Leticia había quedado embarazada de Diego, por lo que debí quedarme para responder por la obligación.

Me muerdo los labios para no intervenir. Mi mamá no «había quedado embarazada», él la preñó, ¡maldita sea! Manuela coloca su mano sobre mi antebrazo, temiendo que parta la mesa en dos de un puñetazo. Y ella no es la única que nota la tensión en mis extremidades y en cada músculo de mi cara. Para Cristian es imposible apartar los ojos de mí.

—No hay nada que justifique... la clase de vida que le di a Leticia y a mis hijos. Si es que a eso se le podía llamar vida. Solo hasta que encontré el camino de Dios, me di cuenta de que les hice vivir el infierno en la tierra.

El rostro de Cristian se contrae en una expresión perdida entre el desconcierto y la decepción. Federico hace una pausa para asimilar la reacción de su hijo menor y ahora me pregunto si será capaz de continuar o le estará pidiendo al cielo un milagro en silencio que lo libre de confesar, a riesgo de perder el amor y la admiración de la única persona que, al parecer, ha creído en él.

—Yo no traté a Leticia con el cariño y el respeto que merecía, como mujer, como compañera de vida o como la madre de mis hijos. Tampoco le ofrecí un hogar seguro a mis hijos. Diego, en particular, sufrió mucho por mi culpa...

—Un día tuve que defender a mi mamá con un bate de béisbol —interrumpo sin pensarlo dos veces, no tanto por Federico, sino por Cristian. Él tiene derecho a saber la verdad del maltrato del que fui víctima—. Y dejé inconsciente a Federico. Por alguna razón que todavía no puedo entender, porque nunca pude hablar directamente con él, Marino supo y asumió que Federico estaba muerto y quiso echarme la culpa. O por lo menos ese fue el cuento con el que le llegó a Eliana para extorsionarla.

—¿Estás bien, Cristian? ¿Necesitas algo? —le pregunta Manuela, genuinamente preocupada.

—Est... estoy bien, gracias. —Cristian se toma la mitad de su vaso de limonada de un solo tirón. Su pecho se expande y se contrae en movimientos rápidos, como si acabara de correr una milla entera a toda velocidad, escapando de algún depredador en medio de la selva.

—Marino me despertó y era de noche ya. No se escuchaba mucha bulla en la casa o en la calle, por lo que creo que eran... pasadas las diez. Fue por eso que supo lo del batazo en la cabeza. Él estaba pasado de tragos, hablaba con la lengua enredada. Yo estaba consciente, pero no podía moverme, ni hablar, todo el cuerpo me dolía. Quién sabe si me escucharía quejarme, lo que sí sé es que salió de la casa diciendo que iba al centro de salud a buscar un doctor, pero se habrá quedado dormido en alguna acera, porque ni él ni ningún doctor aparecieron. —Federico

hace una pausa para tomar agua y controlar así, el temblor en su mandíbula. Odio reconocer mis gestos en él. Como si necesitara recordar que la mitad de mis genes provienen de ese hombre cruel y miserable—. No sé si me desmayé de nuevo o si me quedé dormido, el todo es que cuando volví a saber de mí, era de día y ya no estaba tirado en el piso de la sala, sino acostado en mi cama, con una venda en la herida de la cabeza. —Federico me mira y aprieta los labios para, luego, mirar a Cristian—. Tu mamá estaba sentada en una silla, leyendo la Biblia y orando.

Vaya forma bizarra de comenzar una nueva historia de amor que, por lo visto, tuvo un final feliz, considerando la clase de relación padre-hijo de la que he sido testigo desde que llegué. La de un adolescente normal que ha crecido intacto, sin una cicatriz visible en su cuerpo y que ama a su padre y se preocupa por su salud.

—Estela hacía parte de un grupo cristiano que había llegado al pueblo para hacer obras de beneficencia y difundir la palabra de Dios. —La voz de Federico se quiebra en un breve instante de debilidad—. Ese día, temprano en la mañana, ella y una compañera de fe llegaron a la casa buscando a Leticia para preguntarle si podían matricular en la escuela a unos muchachitos de la vereda Los Corazones. En esa época, Leticia era la secretaria de la escuela y todo el mundo llegaba a la casa a pedirle cualquier cantidad de favores —dice y baja la mirada, avergonzado—. *Ni que fuera la Virgen María*, le decía yo. —Federico suspira y continúa su relato, levantando la mirada—. Estela y Marta me encontraron tirado en el piso y mandaron a llamar al pastor que, en una época, fue curandero.

—No entiendo. ¿Cómo entraron a la casa Marino y esas señoras, sin tener las llaves? —le pregunto. Es claro que a su historia le hace falta un fragmento.

—Eso habría que preguntárselo a Leticia. Ella fue la última en salir, con ustedes —me responde, a la defensiva—. Quién sabe si la dejó abierta a propósito, para que alguien me encontrara. Ella debió saber que yo no estaba muerto. El batazo fue fuerte, alcanzó a abrirme una herida en el cuero cabelludo, pero no fue tan duro como para causarme un derrame o algo así. Cuando el pastor me preguntó qué había pasado, Estela se adelantó y dijo que me había caído, borracho, y me había golpeado contra la mesa del comedor. La verdad, yo no estaba muy seguro de lo que había pasado, por eso confirmé esa versión.

» Estela regresó a la casa al día siguiente con una ración de comida. Para ese entonces, yo ya me había levantado de la cama y me había dado cuenta de que la mejor ropa de Leticia y ustedes hacía falta en los armarios. Incluso para un borracho como yo, era claro que se habían ido... y ahí fue cuando Estela me presionó para que le contara la verdad. Ella misma había limpiado la sangre del bate de béisbol, antes de guardarlo en la habitación de las niñas y le mintió al pastor para ahorrarse la cantaleta. Ella no quería que él me juzgara a mí por borracho o a Leticia por golpearme y abandonarme.

» Yo no tuve más remedio que contarle y arrodillarme a sus pies, llorando y pidiéndole perdón a ella como si fuera la misma Leticia, porque, en el fondo, sabía que Leticia y ustedes jamás volverían. En ese momento, Estela me habló de Dios, me dijo que le pidiera perdón a Él y a través de Él, me perdonara a mí mismo. Eso no me quitaba la responsabilidad de buscarlos a Leticia y a ustedes y pedirles perdón, pero era el primer paso para enmendar mi camino, si realmente quería tener una vida digna.

» Empecé a ir con Estela a la iglesia cristiana y a trabajar con ella, en el grupo de evangelización y beneficencia. La gente del pueblo me preguntaba por ustedes y yo les decía que Rosario le había conseguido un buen trabajo a Leticia en Bogotá y ustedes se habían ido adelante con ella, mientras yo entregaba la casa y alistaba el trasteo.

» Estela y yo empezamos a trabajar en las veredas lejanas y en las fincas más remotas, a

donde solo se llega a pie o en burro. Muy poco íbamos al pueblo y eso, para mí, era lo mejor que me podía pasar porque me libraba de las preguntas y los comentarios. Fue fácil para mí desaparecer sin dejar huella, pero yo pensaba mucho en ustedes, aunque no lo crean. Pensaba en la penitencia que debía cumplir. Yo sabía que, en cualquier momento, la vida me los iba a poner de nuevo en el camino y, entre más pensaba en eso, más me aferraba a Dios, pidiéndole que me perdonara y me diera la fortaleza para darles la cara y... pagar por mis errores.

Me volteo para ver a Manuela, secándose una lágrima con la esquina de una servilleta.

—Papá... —Cristian interviene, un poco decepcionado, y por las pausas que hace, puedo imaginar que está tratando con todas sus fuerzas de manejar su ira y conservar, al mismo tiempo la civilidad y el respeto por su padre—. Si usted sabía que ellos estaban en Bogotá, ¿por qué nunca fue a buscarlos, para pedirles perdón?

Federico toma otro sorbo de agua y aclara la garganta, como queriendo despejar la vergüenza en su voz.

—Por cobarde. —Sus ojos se tornan vidriosos—. Le fallé a mis hijos, a Leticia y a Dios, porque ni con todas las oraciones que elevé al cielo, pude reunir la mitad de la valentía que necesitaba para recibir mi merecido. Y no fueron solo una o dos, las veces que Estela me pidió hacer lo correcto e ir a buscarlos, pero no encontré el valor en mí y tampoco ayudaba el hecho de que... ya me estaba enamorando de ella. Por alguna razón, entre más indigno me sentía del afecto de ustedes, más cercano y aceptado me sentía por Estela. Entre más oraba por una oportunidad de recuperar a mi familia, más crecía el cariño que sentía por ella y era un cariño correspondido. Como buena santandereana, siempre me hablaba clarito y de frente, me decía mis verdades en la cara, pero no me juzgaba, ni me hacía sentir poca cosa. Al contrario, ella siempre encontraba el versículo perfecto en la Biblia para devolverme la fe, para subirme el ánimo y hacerme sentir un ser humano de nuevo. Para los campesinos que conocíamos en las veredas y en las fincas, yo no era el borracho, ni el patán mujeriego del pueblo. Yo era simplemente el señor Federico, quien los ayudaba a recoger café en las montañas mientras cantaba los Salmos con ellos, quien les ayudaba a montar la carga encima de las mulas para bajar al pueblo y quien jugaba con ellos una picadita de fútbol, antes de irme a dormir.

» El día que me bauticé en la fe, sentí que había nacido de nuevo. Era como si... Dios hubiera llenado mis pulmones con un aire distinto. Si bien, la mancha de mis pecados seguía teñida en mi alma, la esperanza de construir una vida nueva, al lado de Estela, era mucho más grande. No me pude aguantar más y ese mismo día, le confesé a Estela lo que sentía por ella y le propuse matrimonio. El pastor ofició la ceremonia un mes después y en poco más de nueve meses, estábamos recibiendo a Cristian en los brazos.

Los nudillos de mis dedos están a punto de estallar, de lo mucho que aprieto mis puños sobre mis muslos.

—El hijo que siempre quiso tener, con la mujer que escogió como esposa. —Mi frase suena a lo que es, una acusación, no una afirmación, como debería ser—. Me alegra mucho, ¿sabe? Que haya logrado redimirse. Para ser franco, eso es lo único que le agradezco, Federico, que haya decidido darle a su esposa y a su hijo una vida mejor que la que nos dio a nosotros, porque no me imagino cómo habría sido nuestra historia si a usted se le hubiera ocurrido ir a buscarnos a Bogotá y arruinar nuestra vida de nuevo.

—Yo sé que fui un mal padre para ustedes y el peor de los maridos para Leticia —Federico se apresura a decir con la voz quebrada—. Y todo porque dejé que la rabia y la frustración de perder mi sueño de ser futbolista profesional me avinagrara el alma. Lo que les hice no tiene justificación y no tengo ningún derecho a pedirles excepto lo más difícil, que me perdonen.

—Yo no sé si tenga algo que perdonarle, Federico. —Saco dinero de mi billetera para dejarlo sobre la mesa, preparando mi salida—. Usted habla como si le hubieran *pasado cosas* en la vida, como si mi mamá se le hubiera atravesado en el camino y lo hubiera llenado de hijos sin que usted tuviera nada que ver en el proceso. Usted tampoco movió un dedo, en más de veinte años, para darnos la cara y pedirnos perdón, aun cuando tenía una familia que lo hacía feliz y una fe que supuestamente lo renovó. Fue su amigo Marino quien salió a buscarnos, mientras usted se escondía entre los matorrales para huir de su responsabilidad moral de saldar la cuenta pendiente con nosotros, antes de enderezar su vida. Fue Eliana quien contrató a un investigador privado para tratar de encontrarlo y he sido yo quien ha venido hasta acá para escuchar su historia de redención.

» A mí, la verdad, no me ha quedado claro qué tan arrepentido está de los errores que cometió. Lo que sí puedo inferir de su relato es que, si mi mamá no hubiera salido esa noche con nosotros para Bogotá, usted no habría conocido al verdadero amor de su vida, a su esposa y a la madre de su hijo.

—Eso no es así, Diego...

—Si le dijera que lo perdono, le estaría mintiendo —digo, interrumpiéndolo—. En este momento no me siento lo suficientemente generoso para dar ese paso porque, a decir verdad, no hay un solo recuerdo de usted que no me sepa a óxido en la boca o que no me haga doler los brazos y las piernas. Ojalá eso cambie con el tiempo, solo Dios sabe, pero no le puedo prometer nada. Tampoco soy de los que creen en la ley del Talión así que, por ese lado, puede estar tranquilo, yo no le deseo ningún mal. De hecho, me alegra que haya encontrado la paz y la felicidad que tanto necesitaba al lado de su esposa y su hijo. Le deseo, de todo corazón, que pueda disfrutar de esa felicidad por mucho tiempo. —Extiendo mi mano derecha hacia Manuela, señal de que estas serán mis últimas palabras antes de levantarnos de la silla para irnos—. Yo, mejor que nadie, sé lo que significa vivir al lado de la persona adecuada.

—Aunque usted no lo crea, mi papá sí pagó por sus errores —Cristian comenta sin ahorrarse un gramo de ironía, antes de que Manuela y yo podamos dar un paso para abandonar la mesa.

—Cristian, no es necesario...

—Pero papá, no es justo que...

—No es necesario —Federico replica en un tono firme, lejos de ser autoritario.

Esta vez, le entrego las llaves de la moto a Manuela para que maneje hasta el hotel. El temblor en mis manos es incontrolable.

Manuela me hace sumergir las manos en un tazón de agua tibia que consiguió en la recepción del hotel y aprovecha para masajearme los hombros y la nuca.

—Aunque no lo creas, nos fue mejor de lo que pensé.

—Porque ¿no lo golpeé?

—Tenías todo el derecho de decirle a Federico todo lo que se merecía, sin que nadie te juzgara, y no lo hiciste por respeto a Cristian. Eso es lo más importante —me dice Manuela.

—¿No te pareció raro que Estela, la mamá de Cristian, no haya venido con ellos?

—Un poco, pero tampoco me extraña. Seguro prefirió quedarse en casa y darles espacio para reconocerse y hablar.

Si esa fue la razón, eso solo confirma la calidad humana de la señora. Su presencia habría servido más como distracción que como catalizador y yo me habría visto obligado a concederle un perdón fingido y superficial a Federico, en nombre de la armonía y la cordialidad.

Manuela y yo nos quedamos dormidos a la medianoche viendo *Lupin* en Netflix, pero la dicha para mí solo dura un par de horas antes de que me despierte de nuevo, en la madrugada, y me condene a clavarme en la cama, inmóvil, mirando al cielo raso, sabiendo que cualquier movimiento podría despertar a mi bella durmiente.

Mis párpados pesan como un par de plomos apretando mis glóbulos oculares. Me siento físicamente cansado, incluso mi cabello se siente pesado, pero mi cerebro insiste en sacar a la superficie cada pensamiento y cada recuerdo que se le antoja de mi infancia, no sé si tratando de encontrar una excusa para perdonar a Federico y cerrar el ciclo traumático que comenzó desde el primer soplo de aire en mis pulmones, o quizá, reconciliar mi presente con mi pasado, sin que eso implique traicionar mis propias convicciones y pasar por alto el dolor que mis hermanas, mi madre y yo sufrimos por su causa.

Esa es la parte más difícil de perdonar. Entregar lo mejor de tu cosecha emocional a alguien que no puede reparar el daño que te ha hecho por más que quisiera, sabiendo que el dolor seguirá adherido al alma, palpitando como si tuviera vida propia.

Las horas avanzan con lentitud en el reloj y el poco espacio de maniobra que tengo en la cama solo me sirve para calmar la incomodidad que empiezo a sentir en mis piernas y brazos, al sostener la misma posición por tanto tiempo.

Como puedo y, aunque no quisiera, logro separarme de Manuela sin que ella se despierte y me levanto de la cama en dirección al baño. Miro el reloj antes de entrar, son casi las cinco de la mañana. Me pregunto si estará muy oscuro allá afuera para salir a trotar.

Puede que el aire fresco de la mañana despeje mi mente y, de paso, me ayude a tomar las decisiones correctas, en especial aquellas que no tienen reversa.

Le dejo una nota a Manuela sobre la mesita de noche y me muerdo los labios, reprimiendo las ganas de besarla mientras tomo las llaves de la moto. La tranquilidad en su rostro reposando sobre la almohada es casi pornográfica. Podría quedarme contemplándola el resto de la mañana, si pudiera.

Si no tuviera una cuenta pendiente que saldar, de una vez y para siempre.

No estaba seguro de si me contestaría el mensaje de texto a estas horas de la mañana, pero parece que mi hermano, al igual que yo, es lo que se puede llamar un pájaro madrugador.

Parqueo la moto al borde de la cancha de fútbol, la misma en donde lo vi anotar el gol de la victoria para su equipo, y espero unos minutos a que ejecute un par de tiros al arco con la potencia de sus piernas.

—Gracias por venir —le digo, recogiendo la pelota para entregársela en las manos.

—No es nada. Esta es mi práctica todos los días, antes de ir al colegio.

—¿En qué grado está?

—Este año me gradúo de bachiller.

—Que bien. ¿Qué piensa hacer después de que se gradúe?

Cristian observa la pelota en sus manos, considerando su respuesta.

—Me gustan los carros. Quisiera ser ingeniero, pero... no sé si pueda. La gente dice que los exámenes en las universidades públicas son muy complicados. Solo los genios los pasan.

—Depende del genio. Supongo que, si uno estudia, lo logra, pero las universidades públicas no son la única opción.

Sus ojos me rehúyen, sus manos dejan caer el balón para patearlo una y otra vez, mientras camina hacia atrás, intentando una veintiuna.

—Si usted quiere estudiar, Cristian, nada más es que me lo diga. Yo me puedo encargar de su educación en la universidad que quiera, sin condiciones ni ataduras.

—Usted no tiene ninguna obligación conmigo, Diego. Ni siquiera tenemos el mismo apellido —dice, pasándome el balón con un tiro suave y certero que recibo en el pecho y bajo a mis pies, para intentar mi veintiuna—. Entre otras cosas, ¿por qué ustedes son Ospina si el apellido de mi papá es García?

—Federico me negó cuando supo que mi mamá estaba embarazada —le contesto, moviendo el balón sobre el césped con la planta de mi pie—. Lo primero que se le ocurrió decir en el momento, fue que ese hijo que ella esperaba no era suyo y mi mamá se lo tomó a pecho. Cuando nací, el tipo ni siquiera se apareció en el centro de salud a preguntar si estábamos bien. Ella decidió entonces que si él no quería ser mi padre, nadie lo iba a obligar. A los cuatro nos registró con su apellido y como sus hijos. Federico no figura por ninguna parte en los registros de nacimiento y, hasta donde yo sé, jamás le importó.

—Figúrese... —Cristian musita—. Legalmente no somos nada.

—Los genes no mienten. Yo, por lo menos, no necesito una prueba de ADN para saber que por nuestras venas corre la misma sangre.

Cristian me mira intentar de nuevo mi ronda de veintiuna, supongo que está juzgando mi falta de técnica o estilo. Hacía mucho tiempo no tocaba un balón de fútbol.

—Igual, yo solo soy su medio-hermano y el único progenitor que compartimos es justo el hombre que usted odia.

—Para odiar se necesita un alma bien podrida —le respondo, dejando caer el balón al césped en la número cinco—. Yo resiento a Federico, eso no se lo voy a negar. Yo no supe lo que era un buen padre hasta que conocí a Milton, el papá de Manuela. La vida se tardó veintiocho años para presentármelo. Antes de Milton, la única imagen que yo tenía de un papá era la de Federico gritándome y golpeándome en cualquier parte de mi cuerpo, con lo primero que se le atravesara.

Hago una pausa para respirar profundo. Necesito el aire fresco de la mañana para apaciguar el fuego de los recuerdos quemándome los pulmones.

—No se lo digo para contaminar la imagen que usted tiene de su papá. Se lo aseguro. Usted y yo tenemos una historia distinta, eso es todo. Y el hecho de que usted provenga de una madre diferente, me tiene sin cuidado. Usted es mi hermano y ya. Pagarle los estudios no sería un favor que le estaría haciendo, sino una obligación que estaría cumpliendo con usted, de darle exactamente lo mismo que le he dado a mis hermanas.

Le paso el balón a Cristian con un tiro suave. Él lo levanta con el empeine y reanuda una nueva tanda de veintiuna. Sus ojos se clavan en el balón, siguiendo su trayectoria, pero en la expresión de su rostro puedo leer sus propios conflictos internos. Lo sé porque reconozco en mí el mismo ceño fruncido y la misma tensión en los labios.

Sin esperarlo, el balón se escapa de sus pies y Cristian suspira, entrelazando los dedos de sus manos sobre su cabeza.

—Siento mucho que mi papá los haya maltratado a su mamá y a usted de esa forma, Diego. Todavía me cuesta creer que haya sido el mismo hombre que me crio a mí.

—A mí también me cuesta creerlo, pero, de corazón, me alegra que a usted le haya tocado la mejor parte, Cristian. Se lo digo en serio. Mis resentimientos en contra de Federico no tienen nada que ver con usted, ni con el hecho de que haya nacido y estemos emparentados. Usted no tiene la culpa de lo que me pasó a mí y yo tampoco he figurado en su vida para ofrecerle nada o hacer su vida más fácil, hasta ahora. De todas formas, yo sí creo en los nuevos comienzos y en la oportunidad que me está dando la vida de conocer el lado bueno de Federico, a través de usted.

De mi hermano.

—Podemos intentarlo. No tenemos nada que perder.

—Por supuesto. Piense bien en la universidad y en la carrera que quiere estudiar. Ya vamos en mitad de año y ya casi es hora de inscribirse.

—No sé, Diego. Si entro a la universidad tendría que ser aquí —dice, dejando escapar un suspiro—. No sé si pueda dejar al viejo solo.

—¿Solo?

Cristian levanta la mirada hacia el horizonte, fijándose en ese punto en donde el amanecer empieza a teñir el azul intenso del cielo con manchas anaranjadas.

—Mi mamá murió, hace casi siete años. Cáncer de seno.

Mi corazón se hunde en mi pecho, como una piedra en un estanque.

—Lo siento mucho, Cristian. No tenía idea.

—¿La vida es así con todo el mundo o solo con nosotros?

—La vida no es fácil para nadie, aunque... a algunos les da un poquito más que a otros. No hay nada qué hacer, pero no creo que eso sea importante, ¿sabe? Lo importante es lo que hagamos con lo poquito o lo mucho que la vida nos da.

El silencio se extiende por un largo rato entre los dos, mientras caminamos hacia uno de los arcos de la cancha.

—Supongamos que usted pasa en una buena universidad en Bogotá o... Medellín, Cali... la ciudad que sea. ¿Federico no se iría con usted?

—No creo. Mi papá es pastor de una de las iglesias del grupo, la comunidad lo aprecia mucho, le tiene confianza. Él echó raíces aquí y encontró su propósito. No sería justo arrancarlo de aquí y dejarlo a la deriva en una ciudad grande. El viejo no está para esos trotes.

—No se ofenda por lo que le voy a preguntar, pero... ¿ustedes por qué terminaron aquí, tan lejos? Esto no se parece en nada a los cafetales entre las montañas de Caldas, de donde somos originalmente.

—Yo sé. Yo nací en Sevilla, Valle del Cauca. Aunque no es Caldas, se parece bastante. —Cristian sonríe, nostálgico—. Es como usted dice, lo importante es lo que uno haga con lo poco o lo mucho que la vida nos da. A mis papás, les dio esto, la misión de compartir con las comunidades, viajar por el país y conocer nuevas caras, nuevas formas de vivir la fe cristiana. Durante años, nos mudamos de pueblo en pueblo, de vereda en vereda, hasta que se fueron acercando mis cinco años y mis papás vieron la necesidad de asentarnos en un solo lugar para que yo pudiera ir a la escuela. Hablaron con el presidente de la fundación de la iglesia y él les propuso venir a Mocoa y crear una misión aquí.

—Y... ¿usted siente que esta es su misión también? No me malinterprete, no estoy insinuando que sea algo malo, es solo una pregunta. Usted es libre de fijar sus afectos en donde quiera.

—Yo sé y la verdad, yo sí quisiera salir de aquí y conocer el mundo allá afuera. Puede que me devuelva algún día y haga mi propia vida aquí, pero sería chévere darse una pasadita por el barrio y ver lo que hay.

—Créame que lo entiendo. Yo he pasado por la misma angustia de separarme de mi mamá y mis hermanas por miedo a que les pase algo, pero al final del día, a cada uno nos toca asumir nuestro destino y decidir por nosotros mismos lo que queremos hacer con nuestras vidas, así nos equivoquemos.

La alarma en mi *smartwatch* se dispara, avisándome que debo volver al hotel. El vuelo de regreso a Bogotá sale en pocas horas.

—Manuela y yo nos vamos a casar pronto, por lo civil. Me alegraría mucho si nos acompañara y, de paso, conociera a las gemelas.

—Y a su mamá y a Eliana. —Cristian intenta completarme la frase, con un hilo de duda.

—Ellas no van a poder asistir y la invitación tampoco incluye a Federico. Espero que no le moleste.

—¿Por qué me molestaría? Es su matrimonio.

—¿Iría?

—Depende de la fecha. Yo le aviso.

—Ya tiene mi número, Cristian. Llámeme, escríbame... lo que sea, pero no deje de comunicarse conmigo. Hagamos de esto, un nuevo comienzo.

Cristian recibe mi mano extendida, sellando nuestra despedida con un estrechón firme y caluroso y es ahí cuando las palabras salen de mi boca, sin inhibiciones ni remordimientos.

—Bienvenido a la familia, hermano.

De regreso al hotel, encuentro a Manuela sentada sobre la cama, poniéndose sus aretes de plata favoritos, lista para salir.

—¿Cómo te fue?

Mi respuesta se funde con ella en un abrazo. De todos los que le he dado, este se siente liviano, a pesar de estar lleno de tantas esperanzas. Ver a Federico y escuchar su historia no cambia mis afectos hacia él, solo ha removido la sombra de la duda sobre su supuesta muerte.

Me queda la tranquilidad de que está vivo, de que el batazo que le di, aunque desesperado y justificable como mecanismo de defensa propia, no tuvo las terribles consecuencias que me imaginaba. Tristemente, fue el momento de inflexión que Federico necesitaba para aprovechar las oportunidades que la vida le ofreció: conocer a Estela, el amor de su vida, descubrir una nueva fe que lo salvó del alcoholismo y, por supuesto, Cristian. La mejor parte de sí mismo que pudo ofrecernos a mis hermanas y a mí, la única buena razón que tendríamos para reconocerlo como padre.

Mi trabajo emocional está lejos de terminarse. Las terapias psicológicas seguirán siendo parte de mi vida por mucho tiempo, incluso años. Los medicamentos seguirán presentes en mi desayuno; el ejercicio y la meditación tendrán su tiempo reservado en mi rutina diaria. Nada de esto cura la depresión, no son una solución mágica, pero sí son estrategias para manejarla, reducir el impacto en mi vida diaria y lograr que mis crisis sean menos frecuentes.

No puedo negar que haber confrontado al verdadero fantasma en mis pesadillas acaba de aliviar la mitad del esfuerzo. El peso del resentimiento, los viejos temores y los traumas de mi infancia por fin han abandonado el espacio extra que ocupaban en mi alma, abriéndole paso a un sentimiento mucho más hermoso, más grande y ligero. El amor verdadero.

—Me fue bien —le digo a Manuela, apretando mi sonrisa contra el costado de su cabeza, aspirando su perfume—. Ya podemos ir a casa, mi amor. Nuestro futuro nos espera.

Manuela se aferra a mí y puedo sentir la forma de su sonrisa dibujándose en mi cuello, escribiendo en mi cuerpo el final que es, al mismo tiempo, el comienzo de nuestra historia.

Las estrellas de nuestro primer beso

24

MANUELA

Dicen por ahí que los profesionales suelen regresar a la escena del crimen para asegurarse de que haya quedado bien hecho.

No sé qué tan criminal o qué tan masoquista sea yo, pero es casi bizarro estar aquí, parqueada en el mismo lugar que una vez me vio huir con una verdad terrible atravesándome el pecho, como una espada.

¡Las vueltas que da la vida! Ni yo misma puedo creer que esté aquí de nuevo, sabiendo que no soy bienvenida. La razón por la que me atrevo a desafiar la voluntad de la dueña de esta casa, es el amor incommensurable que siento por su hijo, así como los restos de una vieja admiración que todavía conservo en un rincón de mi corazón.

Salgo del carro y pongo un pie en el asfalto del parqueadero, con los ojos fijos en los masivos bloques de concreto de esquinas afiladas y ventanales inmensos que una vez me hicieron sentir pequeña, insignificante, inadecuada.

La casa campestre de los Ospina en La Calera, el bastión de la familia que marcó mi vida para mal y para bien. El lugar que fue testigo de mis mejores épocas al lado de Diego y los momentos oscuros que causaron nuestra separación, posponiendo nuestro final feliz.

Por las cosas que Diego ha hecho por Ximena hasta ahora, diría que todavía siente algo por ella.

Haría cualquier cosa por mi hermano y con mucho gusto pagaría ese medio millón de dólares y más para apoyarlo, pero esto no. Nunca le perdonaré que se case con esa mujer, mucho menos después de lo de anoche...

Las amargas palabras de Eliana se imprimieron en caliente, en mi memoria, e hicieron más que atormentarme en mis pesadillas. Me costaron cinco años de felicidad al lado del amor de mi vida. Ese *simple* detalle debería ser suficiente para olvidarlas, pero prefiero mantenerlas en el bolsillo, así sea solo por disfrutar el placer culposo de demostrar lo equivocada que estaba *mi* *cuñada*.

Presiono el timbre y lo escucho sonar en el interior de la casa. Campanitas alegres de varias intensidades, un sonido primaveral, casi festivo. Leticia debe estar viendo mi cara a través de la cámara de seguridad, en alguna de las pantallas instaladas en la casa. No me sorprendería que se hiciera la loca y me dejara aquí *plantada*. ¡Ja! ¡La ironía! No sería la gran humillación a la que ella habría querido someterme, pero son los pequeños gestos, como las agujas finas, los que perforan lo más profundo de nuestra piel.

Leticia finalmente abre la puerta de su casa y, tal como ocurrió la primera vez, sus ojos conectan con los míos de inmediato y permanecen allí, queriendo hablar conmigo en silencio. El mismo color avellana de los ojos de Diego. Las mismas cejas maravillosas que enmarcan una

cara preciosa, invadida por la tristeza.

—Manuela...

—Siento mucho venir hasta acá sin invitación. Sé que no soy bienvenida a esta casa, pero quería... —Hago una pausa para escoger el verbo correcto en esta ocasión. No sé hasta qué punto «querer» describa con exactitud el propósito de mi visita—. Necesitaba hablar contigo.

Corto mis palabras abruptamente al ver a Leticia cerrar los ojos y sacudir la cabeza de lado a lado. Después de todo lo que ha pasado, de todos los errores que ha cometido, ¿será capaz de negarme la entrada?

—No sabes lo que daría por tragarme mis propias palabras —dice, con una voz entrecortada—. Por favor, sigue.

No es una mera invitación, es una súplica.

Sigo a Leticia a través de la sala principal, con su imponente chimenea a gas de llama azul, empotrada en la pared, alrededor de la cual se disponen el gran sofá de cuero color miel, los mullidos sillones blancos, los provocativos cojines que parecen marmelos y los jarrones de cristal llenos de rosas, lirios y hortensias blancas. En la casa se respira un aire de sofisticación y modernidad, pero sigue siendo fría, inhóspita. Me pregunto ¿cómo puede ser posible? Ni el carácter que le dan las imponentes vigas expuestas en el techo, o la textura cálida de las alfombras y las plantas que adornan el espacio son suficientes para armar, en esta casa, una simple palabra de cinco letras: hogar.

Al llegar a la inmensa cocina estilo *open-concept*, decido hacerme a un lado de la isla central. Leticia, por su parte, camina hacia el lado opuesto, cerca de la estufa.

—¿Está bien un Chai?

Inclino mi cabeza, aceptando la oferta, mientras retiro una de las sillas de la isla para tomar asiento. Esta conversación no será corta, pero esta vez no pienso ahorrarme ni una palabra.

Leticia enciende el fuego y pone la tetera llena de agua en la hornilla. Me es imposible quitarle los ojos de encima, no solo porque es la primera vez en cinco años que la veo tan cerca, en la intimidad de su propio espacio, sino por la fluidez de sus movimientos, el garbo con el que conduce su cuerpo y esa habilidad tan suya de mantener la compostura, incluso en los momentos de mayor tensión. La madre de mi esposo sigue siendo una mujer admirable, a pesar de sus errores.

—Lo correcto habría sido ir a buscarte para hablar contigo y pedirte disculpas. Lo he estado pensando todas estas semanas, pero Diego me prohibió acercarme a ti —dice, poniendo un par de tazas sobre la superficie de la isla—. No estaba segura de... si era mejor hacerle caso y esperar la oportunidad, o buscarte. De todas maneras, este era un asunto entre tú y yo.

—Lo prefiero así. Que hayas decidido hacerle caso a Diego. Ambos necesitamos espacio para encontrarnos a nosotros mismos y reconstruir nuestra relación, sin ningún tipo de interferencias.

Leticia inclina la cabeza, apretando el remordimiento en sus labios.

—Entiendo. Ya que estás aquí, supongo que llegó la hora de decir... lo siento mucho, Manuela. Yo no he hecho otra cosa que causarte daño, desde que te conocí. O tal vez debería decir, desde que entraste a la vida de mi hijo. Haciendo un recuento honesto y objetivo de mis actos, puede que no haya levantado un dedo para herirte, pero tampoco hice nada para acogerte como parte de mi familia. Al contrario, prácticamente te amenacé, porque temía que mi hijo fuera a cometer una equivocación casándose contigo, pero en realidad, lo que temía era perder el control sobre su vida. Un control que jamás tuve, ni me correspondía tener, a decir verdad.

—¿Tú me veías como una amenaza? O peor, ¿como tu competencia? —Mis ojos se fijan en

los suyos como alfileres, insistiendo en una respuesta honesta—. ¿Tú también pensabas, como Eliana, que había llegado a la vida de Diego para aprovecharme de sus sentimientos y hacer con él lo que se me diera la gana?

—No, Manuela.

—Habría sido muy fácil para mí concertar una cita en un sitio neutral, Leticia. Pero no lo hice. Yo decidí venir hasta acá y confrontarte en tu propia casa, para que tuvieras la libertad de decirme lo que se te diera la gana —insisto, sin necesidad de alzar la voz. La firmeza en mi actitud es suficiente.

—Te estoy diciendo que no —Leticia contesta, segura de sí misma—. Yo no pensaba que fueras a aprovecharte de Diego, simplemente porque sabía que él no se dejaría. Yo conozco a mi hijo lo suficiente para saber que eso no es tan fácil. En aquella época, yo estaba convencida de que, para él, su familia era primero. Nosotras éramos su prioridad. Lo que yo no me imaginaba era que esa noción estaba cambiando en su interior y no solo por ti, ni por tu causa, era parte de su evolución como ser humano. Diego necesitaba encontrar su propia individualidad, crear su propio mundo y luchar por sus propias metas y eso requería apartarse de nosotras, salir de nuestro círculo de influencia.

» Yo me negué a aceptarlo, como cualquier madre se niega a aceptar que sus hijos han crecido y les ha llegado la hora de dejar el nido. Pero también estaba la cuestión de nuestra empresa, la estabilidad del negocio y ahí fue cuando me dejé influenciar por Eliana, porque mi hija me decía exactamente lo que yo quería escuchar. Ella me daba todas las razones a las que yo me quería aferrar para intervenir, para acercarme a Diego y darle consejos, para callar unas cosas y decir otras. En el fondo, yo sabía que la relación entre Ximena y Diego en esa época había terminado, pero guardaba una pequeña esperanza, porque Ximena era prácticamente una de mis hijas. Yo quería lo mejor para ella y eso solo podía ser Diego. Y viceversa. Para mí eran la pareja perfecta, no te lo voy a negar y lo di por confirmado el día que dejaste a mi hijo plantado en el altar.

—¿Tú tuviste algo que ver en su reencuentro en Londres, hace más de un año, cuando ambos decidieron volver a intentarlo?

Leticia suspira profundo y por lo que veo, es solo el preámbulo de una confesión delicada para ambas.

—La oportunidad estaba servida en bandeja de plata, Manuela. Que un chef internacional como Keneth Doyle viniera desde Inglaterra a Colombia y se sentara justo al lado mío en la Feria Gastronómica de Cartagena, eso no pasa todos los días. Que ambos habláramos francés y nos pudiéramos comunicar, a pesar de que yo no entendiera una pizca de inglés. Que me contara sobre su proyecto de abrir Barren Land en Londres y preciso necesitara una *pastry chef*. Era como si el destino nos lo hubiera puesto a la orden. —Leticia aclara la garganta, como si la verdad fuera un tallo espinoso que se le quedara enredado en las cuerdas vocales—. Eliana solo necesitó enviarle a Diego un mensaje de texto con el teléfono de Ximena. El resto, corrió por cuenta de ellos.

No me sorprende. Después de conocer a Ximena y escuchar su historia desde su punto de vista y comprobarla luego, de labios de Diego, era lógico que hubieran querido intentarlo. Ambos tenían una historia en común, compartieron un sueño en algún momento de sus vidas y, al reencontrarse en Londres, volvieron a sentir la necesidad de un espacio seguro, el uno en el otro. Era obvio que hubieran querido darse una segunda oportunidad, aunque ninguno de los dos hubiera sabido manejar las expectativas de un futuro juntos.

El chillido de la tetera nos saca a ambas de nuestro breve momento de silenciosa reflexión.

Leticia se apresura a remover el artefacto de la estufa para verter el agua humeante en las tazas.

—Perdóneme, Manuela. —Aunque no lo pueda leer en sus ojos, la voz de Leticia se escucha genuina, sus palabras suenan honestas—. Quisiera decir que mi intención no fue hacerte daño, pero eso no sirve de nada. Yo quería ver a mi hijo feliz, de acuerdo con lo que yo entendía por felicidad. Quise defender su relación con Ximena porque los amaba a ambos, creía en ellos, me encantaba la idea de verlos juntos de nuevo, formar un hogar, trabajar juntos en Petite Délice, como en los viejos tiempos. Sin embargo, eso no era más que una fantasía, un deseo que solo palpitaba en mi corazón de madre, pero no en el corazón de mi hijo, en donde siempre has estado tú. —Leticia me ofrece una de las tazas de Chai como quien extiende una ofrenda de paz—. Siento no haber honrado los sentimientos de mi hijo, ni haber respetado sus decisiones. Siento haber interferido en su relación contigo y haber sido la causante, así sea por omisión, de su separación.

—Acepto tus disculpas, Leticia. Yo tampoco puedo decir que fui una yerna modelo —digo, tomando la taza de Chai en mis manos—. A mí me faltó mucho coraje y me sobró arrogancia para aceptar tu ayuda y construir una relación contigo.

—Tú estabas enamorada de Diego, era él con quien debías construir una relación, no conmigo ni con sus hermanas. Yo misma lamento haberme tardado tantos años en darme cuenta de eso.

—De todas maneras, tus culpas no me eximen a mí de las mías. Yo también siento mucho haber dejado plantado a tu hijo en el altar hace cinco años. Siento haber arruinado esa boda especial que planeaste para nosotros y haberte humillado a ti y a tu familia en frente de tanta gente. Solo Dios sabe lo caro que tuve que pagar por mi cobardía y creo que por eso decidió darme una segunda oportunidad, no solo para recuperar a Diego sino para... venir hasta acá y darte la cara.

—Gracias a ti por darme una segunda oportunidad. Yo sé que pasará mucho tiempo antes de que Diego decida abrirme la puerta y hablar conmigo, pero al menos sé que ese día llegará, siempre y cuando haga lo correcto.

—¿Te puedo hacer una pregunta? —digo, después de tomar un sorbo de Chai—. ¿Has vuelto a ver a la terapeuta que conseguiste?

—¿La doctora Lopera? Claro que sí, esa fue la primera condición de Diego.

—Me alegra, pero la idea no es que lo hagas por Diego, sino por ti misma. Tú tienes muchas heridas que sanar.

Su silencio es corto y elocuente al mismo tiempo. Leticia es de las pocas personas que logran decirlo todo con la sutileza de un par de gestos.

—Quisiera imaginarme lo duro que fue para ti soportar tantos maltratos durante todos esos años, pero cada vez que lo intento, siento que mi corazón se quiebra en mil pedazos. Tenías razón cuando me dijiste aquella vez, en la cena de ensayo, antes de la boda, que yo iba a tener la suerte de casarme con un buen hombre. En esa época yo ya lo sabía y lo daba por sentado, pero solo hasta que Diego me habló de su papá y tuve el disgusto de conocerlo en persona, logré entender lo que querías decir. No sabes lo triste que me siento por las privaciones que sufriste, por los desprecios y los daños que te causó Federico.

—Federico es como uno de esos malos capítulos en una telenovela que uno tiene que soportar antes de ver el final feliz. Y para mí, el final feliz fueron mis hijos.

—No lo dudo, Leticia. Tus hijos son el mejor regalo que la vida pudo darte y tampoco voy a pretender hablar por ti ni anular tus sentimientos, pero tú merecías esa felicidad sin tener que pasar por ese sufrimiento. Tú fuiste una víctima del maltrato de un hombre que lo hizo a

consciencia. Puede que el embarazo no haya sido planeado, puede que le haya bloqueado las oportunidades a Federico y aun así, no era una razón para descargar su frustración sobre ti o sobre Diego.

—Yo sé, Manuela. Lo bueno de esa historia es que se acabó.

—Tú la terminaste y por eso, quiero que sepas lo mucho que te sigo admirando, a pesar de nuestras diferencias y de los resentimientos que puedan quedar por ahí. Gracias por persistir y por cada esfuerzo que hiciste para salir adelante y salvar a tus hijos. Desafortunadamente muy pocas mujeres pueden escapar de una tragedia así y por eso también quería hablar contigo, para celebrar el hecho de que tú lo hiciste y no solo sobreviviste, sino que triunfaste.

En un momento de débil cursilería, levanto mi Chai en una tímida invitación para brindar con ella.

—Por las segundas oportunidades —digo.

Leticia corresponde mi gesto y en una fracción de segundo, alcanzo a notar un brillo extraño en sus ojos, como si algo la tomara por sorpresa.

—Es cierto, entonces —musita, y ahora entiendo la emoción contenida en su sonrisa. Acaba de reconocer mi argolla de matrimonio.

—Sí. —Y mi propia sonrisa me empalaga en una sobredosis de dulzura—. Diego y yo intercambiamos votos hace un par de semanas y, desde anoche, somos legalmente marido y mujer.

—Quieres decir... ¿se casaron?

Afirmo con mi cabeza, a falta de voz.

—Por lo civil. —Es lo único que alcanzo a decir con una voz estrangulada por la emoción burbujeando en todo mi cuerpo.

Leticia me sorprende al rodear la isla de la cocina para llegar hasta mí, con los brazos abiertos.

—Felicitaciones —dice, en un tono afable, que puedo reconocer como sincero—. Les deseo lo mejor del mundo.

—Gracias. —Me las arreglo para hablar con las pocas cuerdas vocales que deciden desenredarse del nudo en mi garganta—. Hubiera querido que tú y Eliana estuvieran ahí, pero...

—No te preocupes —me interrumpe, en un intento por ahorrarme las explicaciones—. ¡Cuéntamelo todo!

Otra de las razones por las cuales quería llegar hasta acá temprano, antes de que las gemelas se recuperaran de la resaca y vinieran a contarle. El remordimiento de que se hubiera enterado por otra persona que no fuera su propio hijo o, en su defecto, su nuera, no me habría dejado dormir el resto de mis noches.

Y así, al calor de un Chai, me dispongo a contarle a Leticia Ospina los pormenores de una boda para la que nadie estaba preparado.

25

MANUELA

La noche anterior

—Leticia es tu mamá y Eliana es tu hermana...

—Yo sé, créeme. No se me ha olvidado, como tampoco se me olvida que entre las dos arruinaron nuestra relación hace cinco años y fue, en parte, por su culpa que me dejaste plantado en el altar. ¿Tú crees que voy a correr el riesgo una segunda vez?

La discusión empezó de la nada en la sala del apartamento en donde, hasta hace unos meses, yo solía vivir con María Paulina, y escaló tan rápido que tuvimos que salir al pasillo del edificio para terminarla en territorio neutral, lejos de las miradas aterradas de mis amigas.

—¿Cómo se te ocurre decirme eso! ¿En qué cabeza retorcida te cabe que te podría plantar en el altar una segunda vez? —De milagro no terminé halándole las orejas por atrevido—. ¿Tú me crees capaz de hacerte algo así?

—Eso no es lo que estamos discutiendo...

—Exacto. Estamos hablando de tu familia, de las personas que...

—Okey, te lo voy a poner en estos términos. —La furia en sus ojos y la resolución en el tono de su voz me alcanzó a helar la sangre por un segundo—. Si invitas a mi mamá y a Eliana a nuestra boda, yo no voy. Punto.

—¿¿Qué?? —Habría pagado lo que fuera por ver la mueca de rabia e indignación en mi propio rostro, porque eso era lo único que una respuesta como esa podría inspirarme—. ¿Tú me estás hablando en serio?

Diego intentó responderme en el instante, pero se contuvo al mirar, por el rabillo del ojo, a María Paulina asomándose a la puerta.

—Mejor me voy para el apartamento. No estoy de ánimo para rumbear.

—No, un momento... ¡Ni se te ocurra dejarme aquí tirada hablando sola! —Por poco le grito y el instinto no me alcanzó para otra cosa que para agarrarlo del antebrazo, en el primer intento que hizo de darme la espalda y escabullirse.

—Linda, créeme que es mejor así. Déjame botar la piedra y luego hablamos.

Sin más ni más, el muy arrogante me volteó el culo y se largó, dejándome con la palabra en la boca y una pregunta retumbando en mi cabeza: ¿de cuál agujero negro de la galaxia sacó este nivel de patanería? ¿Justo ahora me va a pelar el cobre?

—¿Se cancelan los planes, Mani?

Si algo me hirió, más que la abrupta retirada del hombre que, hasta hace dos semanas, había prometido respetarme hasta el fin de sus días en medio de un jardín de rosas, fue la pregunta de María Paulina.

—¡Oigan a mi tía! —exclamé, girándome en mis talones para volver al apartamento—. ¡Que se joda! Por mí, se puede morder un codo.

—¡Ay, Mani! No digas eso. Ve y arregla las cosas con él.

Si no hubiera sido por Dominique, que salió del baño recién maquillada, peinándose con los dedos su larga cabellera negra, habría declarado mi derrota.

—¿Arreglar qué? —nos preguntó Dominique con pasmosa tranquilidad.

—Que soy una pendeja. La grosería que tengo por marido me acaba de saltar a la yugular porque tuve la audacia de sugerirle que invitara a su mamá y a su hermana a la boda —dije, descolgando mi chaqueta del perchero, cerca de la puerta del apartamento.

—¿Se van a divorciar tan rápido? —La sonrisa maliciosa de Dominique contrastó la cara de horror de María Paulina—. ¡Ah! Cierto que ustedes legalmente no se han casado... *pas grave*.

—¿Cómo que «*pas grave*»? ¡Esto es gravísimo! Después de todo lo que Manuela y Diego han tenido que sufrir para estar juntos, ¿van a mandarlo todo a la porra por culpa de las brujas de siempre?

Sentí una ráfaga de ira rostizar mis mejillas y llegarme hasta el hueso occipital, en la base del cráneo. Todo me esperaba de María Paulina menos que se ofendiera conmigo por pelear con Diego, como si yo tuviera la obligación de vivir un empalagoso cuento de hadas para no herirla a ella.

—¿Sabes qué? Precisamente por toda la mierda que he comido para estar con él, me importa un pepino si se acaba. —Me puse la chaqueta para salir—. ¿Nos vamos o qué?

—¿Tú estás hablando en serio? —María Paulina me preguntó, encarnando en su cara la viva imagen de la incredulidad.

—Nunca había estado tan segura de algo en mi vida, Mapi. Y ni se te ocurra volverme a sacar ese argumento, especialmente en una noche como esta. Diego sabía que yo quería salir y pasarla bien con ustedes, él mismo se inventó este plan y ¿ahora que me deja metida, tú crees que voy a salir corriendo detrás de él? ¡Noooo, mijita! Yo no voy a perder la maquillada y la peinada para contentar a un hombre que se abre en la primera pelea. ¡Olvídate! Si él quiere encerrarse en el apartamento, es su problema. Esta mamacita, ¡sale a *encualquierarse* esta noche!

—¡Amén! —exclamó Dominique levantando las manos al cielo, pintando en su rostro una mirada traviesa.

Temí la reacción de María Paulina. No lo niego. Una pelea con mi mejor amiga habría sido la gota que rebosaría una copa que, de por sí, estaba llena de todo tipo de miedos, inseguridades, pero sobre todo, de emociones chispeando en mi pecho. Esa noche, como ninguna otra, la necesitaba de mi lado.

En el momento en que pusimos el primer pie en Blue Monkey, nuestro bar favorito en la mitad bohemia, mitad *trendy* Zona G de Bogotá, supe que no todo estaba perdido. Nuestro plan de la noche había arrancado en pleno.

—Está vacío —musitó Dominique, agarrándose del brazo de Sebastián, con una actitud digna de un *thriller* de terror, observando detenidamente de pared a pared, la absoluta soledad del bar estilo *pub* irlandés—. ¿Será que los robaron?

Era una duda razonable. Para ser un sábado por la noche, el ambiente del bar era deprimente, por decir lo menos. A juzgar por la pulcritud de los pisos y las mesas de madera rústica, parecía que lo acababan de abrir... solo para nosotros...

Y esa era la idea.

—¿Esta es la súper fiesta por la que cancelé mi reencuentro con mis amigos de la universidad? —La queja de Emma nos sorprendió a nuestras espaldas—. ¿En dónde está Diego? Lo voy a ahorcar.

—Se fue para el apartamento —le respondí.

—Nosotras venimos de allá y, según el portero, no lo ve desde esta mañana —Emilia intervino, extrañada.

—Mani, esto está muy raro —María Paulina dijo, poniéndose la mano en el pecho, como tratando de ahogar un mal presentimiento—. Vámonos para otra parte, más bien.

Intenté responderle, pero la atlética figura del hombre que derrite mis huesos, atravesando el umbral de la puerta y caminando hacia mí con la arrogancia de un *gigolo* y una inmensa bolsa de papel en la mano, ahogó las palabras en mi boca y puso una sonrisa en mis labios.

—Chicas, ¿cómo van? ¿Todo bien por acá?

—Bien aburrido. —Emma le blanqueó los ojos a Diego, al verlo borrarle la sonrisa con un beso.

—Me lo imaginé, por eso les traje unos juguetitos para que se entretengan —dijo Diego, entregándome la bolsa. Sus ojos brillaban de emoción mezclada con una chispa de lujuria—. Nos vemos más tarde, linda.

—Pórtate bien —le susurré, conteniendo el exceso de ternura acaramelada en mi boca.

—¿Ese no es...? —María Paulina arrugó la frente y la nariz, mirando hacia la entrada del bar—. ¿El *careverga* de Vikram?

Diego y yo apretamos los labios, reprimiendo la risa. El hombre que levantaba una mano, a manera de saludo, desde la entrada de Blue Monkey era, en efecto, Vikram, a quien se le sumaron Rafael, Octavio y Roberto, por un lado, y Trudy, Yamile y Jorgito por el otro.

—Llegaron por mí. —Diego se despidió plantando un besito corto en mis labios, antes de dirigirse a su hermana—. Emma, ¿vienes conmigo o te quedas?

—Y... ¿para dónde vas? —preguntó la gemela, en un tartamudeo.

Emma y Emilia no eran las únicas frunciendo el ceño, mirándolos a todos en busca de respuestas, pero lo único que encontraban en el rostro de los demás eran las mismas preguntas. A Sebastián por poco se le salen los ojos de sus respectivas órbitas, de tanto mirarnos a Diego y a mí con sospecha. Dominique... la francesa simplemente me quitó la bolsa de papel de la mano para chismosear su contenido.

—*Oh la lá!* —exclamó con sorna, sacando un particular collar de la bolsa—. A esto es a lo que yo llamo una verdadera fiesta.

El collar que pendía de su dedo índice llevaba un tierno mini-pene como adorno, al igual que las diademas con orejas de conejita o, en su lugar, más mini-penes. Sebastián se acercó para ayudarle a repartir los demás adminículos que incluían manillas, aretes y algunos anillos de plástico con bombones color azul zafiro en forma de... mini-penes, por supuesto.

La risa y el disgusto rompieron el silencio con cada fina pieza de «joyería» que mis amigos sacaban de la bolsa y se repartían entre sí.

—¡Vamos, Mapi! ¡No seas aguafiestas! ¡Cómete unito! —Sebastián bromeó, deslizando uno de los anillos con un mini-pene de dulce en el dedo de María Paulina.

—Me va a tocar, porque tú estás que te los tragas todos —le responde y, justo ahí, en ese momento, María Paulina levantó la mirada para decírmelo con sus ojos azules, antes de articularlo en palabras—. Con que ese era el guarda'o que tenías entre pecho y espalda, ¿no? Hoy quieres *encualquierarte*, porque es tu despedida de soltera.

—Pues... técnicamente sería... —Me detuve en la mitad de la frase para contemplarlos a todos, uno a uno y luego a Diego, quien se encogió de hombros—. Mi última noche de soltera.

En menos de un minuto, los hombres del lugar y Emma prácticamente arrancaron a Diego de mis brazos y se lo llevaron a «pecar» con las «angelitas» que contraté para su despedida de soltero en El Último Cielo, un sitio relativamente nuevo en la escena del entretenimiento para adultos bogotano.

Yo, por mi parte, disfruté la vista de cada músculo contrayéndose, cada abdominal oblicuo meneándose, cada pectoral cincelado revelándose frente a mí, durante el delicioso baile del bombero, el policía y el cirujano a quienes Diego les hizo *casting* en el Club Apolo, para el *show*

de *striptease* en mi despedida de soltera.

—No, pero... ¡Cómo así que ya acabaron! ¿Tan rápido?

Las chicas les hicieron el coro a las lamentaciones de Yamile y terminaron sobornando a los bailarines, poniéndoles billetes en las tangas para que hicieran una última presentación.

—¡Chicas y chico! —Mis palabras se disolvían entre los gritos y las risas de mis amigos, gozándose por última vez la espectacular revelación de bíceps, abdómenes y muslos de mis bailarines, por lo que tuve que hacer ruido, chocando dos botellas de cerveza entre sí sin reventarlas, para llamar su atención—. ¡Llegaron por nosotres! Vámonos de una vez para que nos rinda.

—Para que nos rinda ¿qué?

Ni con la potencia de su industriosa imaginación Dominique y, por extensión, el resto de mis invitados, pudieron adivinar lo que venía después. María Paulina intentó repetir la pregunta, pero se contuvo al ver a mi mamá parada en la puerta del bar con una sonrisa pícaro en sus labios, señalando un reloj imaginario en su muñeca izquierda. Ya era hora.

Salimos de Blue Monkey para entrar directamente a la *van* que nos esperaba justo en la puerta del *pub*. Éramos lo más parecido a un grupo de rehenes siendo transferidos de un sitio a otro o, tal vez, un corral lleno de gallinas cacareando preguntas y exclamaciones.

—¡Yo tampoco tenía la menor idea! —Trudy se defendió de las acusaciones de María Paulina, usando a Dominique como escudo—. Diego me dijo que íbamos para un cóctel de la Asociación Nacional de Asesores Financieros.

—Sí, claro y yo me llamo Cumbia —le respondió con sorna María Paulina, cruzándose de brazos—. ¿Y para qué trajiste la cámara, entonces?

—Para prestársela a Diego, porque supuestamente quería retomar la fotografía como pasatiempo. —Trudy me miró, queriéndome ahorcar allí mismo—. Pero por lo que veo, soy la fotógrafa designada de la boda.

—Te vamos a pagar, Tru. Si decides hacerlo, por supuesto. Antes que nada, eres nuestra invitada.

Trudy me toma una foto como respuesta.

—Siempre será un placer, Manu querida. Considérenlo mi regalo de bodas.

—*N'ombe*, Trudy. No seas pendeja, ¡cóbrales! —María Paulina se quejó—. ¿No ves que nos estás haciendo quedar como los líchigos que no les van a regalar nada a los novios?

—Para nada, Mapi. Esa fue una de las razones por las cuales Diego y yo decidimos hacer una boda sorpresa. De una u otra manera, ustedes han sido testigos de nuestra historia, del largo camino que tuvimos que recorrer y cada obstáculo que debimos enfrentar para estar juntos. Ustedes, mejor que nadie, saben lo especial que es este momento para nosotros dos y eso era lo que queríamos compartir. Lo esencial. No queríamos distraer la atención de nadie con una gran parafernalia, ni regalos costosos, ni vestidos incómodos y todas esas cosas que la sociedad y la publicidad dictan como parte del protocolo de una boda. —No puedo evitar una mirada tímida hacia Emilia, quien me sonríe, asintiendo. Sé que me entiende—. Diego y yo intentamos hacer la boda pomposa y no funcionó para nosotros, por lo que, esta vez, decidimos seguir nuestro corazón y enfocarnos en lo que esta ocasión representa para ambos. La oportunidad de sellar nuestro compromiso mutuo, el uno con el otro, frente a las personas que más nos importan.

Dominique, quien venía sentada detrás de mí, me envolvió el cuello con sus brazos y me plantó un beso en la sien. María Paulina y Sebastián hicieron lo mismo, aprovechando que estaban sentados, uno a cada lado. Y luego Emilia, quien venía en la fila delantera... y luego Yamile... y hasta Trudy. Un abrazo colectivo que hubiera podido volcar la *van* en una de las

avenidas más concurridas de la capital, con el mínimo movimiento brusco.

Por fortuna, el recorrido no tuvo mayores inconvenientes y, a pesar del tráfico horrible que caracteriza mi ciudad, llegamos a tiempo al lugar de la ceremonia, para ejecutar la segunda parte del plan.

—Mapi, mi amiga hermosa, mi hermana del alma —le dije, mientras caminábamos por el pasillo que conducía a la habitación, en donde mi mamá me esperaba con la estilista.

—¡Ahora sí soy tu amiga y hermana del alma! —me respondió con un reclamo amistoso—. Después de que me sacaste de la rosca para planear tu boda.

—Solo mis papás, Diego y yo estábamos en la rosca, Mapi...

—No, ni siquiera intentes disculparte —insistió, con una buena dosis de resentimiento fingido—. Yo no te voy a perdonar este agravio tan fácilmente.

—¿Ni siquiera con una cuenta de consumo ilimitado en las pastelerías de Petite Délice?

—¡Ay, Manuela Franco! Tú no eres mala, eres la mata de la perversión. —María Paulina me tuerce los ojos antes de pasarme el brazo por la cintura—. ¿Qué puedo hacer por ti, mi *ciela* linda?

DIEGO

María Paulina, en el fondo, sabía que se encargaría de la música de la ceremonia. Nadie más hubiera podido interpretar con su voz y con sus dedos en el piano, la versión maravillosa de nuestra canción, *She's a rainbow* de los Rolling Stones, con la que marcamos la gloriosa entrada de Manuela al pequeño altar que la decoradora armó en uno de los jardines del club de golf.

Roberto movió unas cuantas cuerdas en su red de contactos para ayudarme a rentarlo, después de haber perdido mi reserva en el Jardín Botánico, a causa de nuestro repentino viaje al Putumayo.

Me tomó cada gota de fuerza de voluntad en mí contener las lágrimas, no porque me importara que nuestros invitados me vieran llorar, sino porque quería conservar una visión clara de ella caminando por el pasillo hacia mí, en un hermoso vestido *vintage* de satén y encaje blanco que la diseñadora Beatriz González Camargo conservaba en su taller, como esperando la oportunidad para cumplir su destino y darle vida a la novia perfecta.

El vestido fluía con naturalidad desde sus hombros hasta los pies, ajustándose a cada curva de su cuerpo como una segunda piel. Nada que ver con el corsé sin tirantes que casi la ahoga la primera vez, sujeto a la gran falda y a esa puta cola que debió cargar hasta la entrada de la iglesia, como un saco lleno de piedras.

La flexibilidad del vestido se prestó, además, para gastarle una pequeña broma a nuestro grupo de amigos y familiares que asistieron a la boda. Manuela fingió una nueva crisis en medio del pasillo y salió corriendo ante los ojos atónitos del oficiante de la ceremonia. Corrí tras ella, siguiendo nuestro plan secreto que tomó por sorpresa a la misma Nelly y a Milton. La atrapé en mis brazos y me la eché al hombro como el cavernícola que Manuela quería que fuera. Ambos nos reímos de regreso al altar y yo levanté su ramo de rosas y tulipanes en señal de victoria, haciéndoles saber a los presentes que no hay distancia que no recorrería para atrapar a esta hermosa mujer. El arcoíris de mis sueños.

El oficiante retomó su lugar y condujo la ceremonia. Manuela y yo reafirmamos los votos que intercambiamos en el Jardín Botánico y sellamos con un beso al estilo Hollywood nuestro compromiso público y oficial como esposos.

Milton y Nelly fueron los únicos miembros de la familia de Manuela en la boda. Mis hermanas, Emma y Emilia, por parte de la mía, además de Cristian, quien decidió tomar el

primer bus desde Mocoa hasta Bogotá para honrarme con su presencia en la ceremonia y ofrecerme, de paso, el mejor de los regalos: la decisión de aceptar mi ayuda y venir a Bogotá para estudiar ingeniería mecánica, una vez termine su bachillerato.

Me contó que no fue fácil para él tomar la decisión. Debió meditarlo por mucho tiempo en silencio y al verse solo en el dilema, decidió hablarlo con Federico, quien lo convenció de aprovechar la oportunidad de tener un futuro y una familia.

Las gemelas no lograron contener las lágrimas al ver a Cristian y reconocer en él mis facciones. Sin dudarle un instante le dieron la bienvenida a la familia con un sentido abrazo al que yo me uní. No compartiríamos los mismos apellidos, pero sería nuestro hermano, en todo el sentido de la palabra.

—Es lo más hermoso que he visto en la vida —me dijo Manuela, secándose las lágrimas mientras bailábamos, en medio del salón de recepciones—. No sabía que Cristian estaba aquí.

—Llegó justo cuando nos estábamos cambiando. Le dio pena acercarse antes, no conocía a nadie. Voy a esperar a que coma algo para presentárselos a todos.

Los dedos de Manuela se entrelazaron con los míos, nuestras argollas tocándose entre sí.

—Todo ha salido bien hasta ahora, ¿no te parece?

No tuve la fortaleza suficiente para responderle con palabras sin darle un beso a nuestros anillos unidos y luego a sus labios.

—Mejor de lo que me hubiera podido imaginar. Con plantada en el altar y todo, mi amor.

—Espero que Trudy les haya tomado fotos a todos. ¡Las caras que pusieron!

—Cierto. —Mi corazón se derretía al ver la sonrisa de mi esposa adornar su bello rostro—. Gracias por aceptarme en tu vida y amarme como nunca nadie me podría amar.

—Gracias a ti, amor. Por volver a mí.

Por un segundo, sentí la necesidad urgente de salir del salón de recepciones con ella en mis brazos para terminar el beso que me dio en el lugar apropiado, nuestra cama. Lamentablemente nos faltaba cumplir con dos de los rituales más importantes de cualquier boda colombiana.

—¡La hora del ligero! —exclamaron Yamile, María Paulina y Trudy al unísono, trayendo consigo la famosa silla.

Le di una vuelta a Manuela en su propio eje antes de ponerme en una rodilla frente a ella. Manuela, por su parte se sentó en la silla, acomodando la falda de su vestido.

—¿Será que lo encuentras? —La picardía en su mirada era suficiente para incitar las esquinas más obscenas de mi imaginación.

—¿Es un reto o una amenaza?

Con un solo movimiento de sus cejas, Manuela me dio permiso para asomar la cabeza por debajo de su vestido y encontrar el ligero en lo alto de su muslo derecho. Sus dedos se entretejieron con mi pelo en mi nuca, haciéndome saber lo mucho que disfrutaba la sensación de mis dientes arrastrando la sensual pieza de lencería a lo largo de su pierna, deslizándola hacia el tobillo, hasta sacarla por completo sin usar mis manos.

—¡Impecable! —Manuela me aplaudió al igual que el resto de los asistentes, en especial los caballeros solteros que empezaban a reunirse detrás de mí.

Mis ojos no se separaron de los de Manuela un segundo, a duras penas pestañeábamos. Le di la espalda a mis amigos y a la cuenta de tres, lancé el ligero que cayó justo en las manos de Vikram, quien celebró poniéndolo en su frente en señal de victoria.

María Paulina capturó el ramo de la novia con sospechosa exactitud y ahora me pregunto si no habría habido algún pacto secreto con Manuela. Solo Dios lo sabrá. Por mi parte, no me arriesgo a preguntarles, no vaya a ser que termine en el hospital con una costilla rota.

Desde el fondo de mi corazón espero que, esta vez, el agüero del ramo de la novia se cumpla para María Paulina y encuentre, por fin, a alguien que haga realidad su sueño de tener su propia boda, de la misma manera que Manuela y yo encontramos el camino de regreso al lugar al que pertenecemos.

Un lugar al que ambos llamamos *hogar*, en el que podremos contemplar las estrellas de nuestro primer beso.

Querido(a) Lector(a)

¡Gracias por leer la Parte 3 de la trilogía de romance contemporáneo «La última vez que hablamos de amor»!



De todo corazón espero que hayas disfrutado la experiencia de leer mis novelas. Si la historia de Manuela y Diego te gustó y quieres compartir tu opinión con el mundo, te invito a dejar una reseña en Amazon, Goodreads o en tus redes sociales favoritas.

Si quieres hacer parte del grupo de lectorxs de Adriana Santiago en Facebook, haz clic [aquí](#) y solicita la entrada.

¿Quieres saber cuál será mi próximo lanzamiento? Suscríbete a mi [lista de correos](#) para que recibas las últimas novedades de mis novelas, participes de promociones, sorteos y recibas mi contenido exclusivo.

Un abrazo,
Adriana Santiago

Agradecimientos

Todavía me parece mentira que haya logrado escribir el final feliz de Manuela y Diego y poner en manos de mis lectoras esta historia, después de un año y medio de muchísimos retos y obstáculos, de decisiones radicales y difíciles.

No puedo más que agradecerles a Manuela y a Diego por meterse en mi cabeza y debajo de mi piel e inspirarme a contar su historia. Mis hijos de papel, no se imaginan lo mucho que los amo, por todo lo que me han enseñado y por escogerme a mí para plasmar su vida en mi primer trabajo literario.

Aun atravesando los momentos más difíciles de mi carrera, lucharé por ustedes hasta el final. De eso, no les quepa la menor duda.

A Miriam y Álvaro, quienes jamás me pidieron renunciar a mi sueño de ser guionista de televisión y escritora, aunque no estuvieran de acuerdo con mi decisión, demostrándome que el amor de los padres es infinito.

Gracias a mis lectoras y seguidoras en redes sociales por apoyarme tanto, desde el inicio. Por sus preguntas, sus risas, sus reseñas, su cariño inmenso.

A mi familia extendida, por su apoyo constante y por ser mi lugar seguro.

A mi esposo, José, y mi hijo, David. Por ser mi sueño hecho realidad.

A ti, por llegar hasta esta página y ser mi mayor motivación. Que sean las historias las que nos unan a pesar de la distancia que nos separa.

¡Nos vemos en la próxima aventura!

Besos,

Adri Santiago

Acerca de la autora

Después de graduarse como Comunicadora Social de la Pontificia Universidad Javeriana en 2003, Adriana Santiago (Valledupar, Colombia, 1981) empezó su carrera en el mundo del marketing digital como editora de contenido *web* en la agencia Ariadna Interactive Marketing, y luego como ejecutiva de medios digitales de importantes agencias de medios como Universal McCann en Colombia, M5 Marketing Communications, Time&Space Media y Arrivals + Departures Media en Canadá. No debe sorprender pues que su primera saga romántica «La última vez que hablamos de amor» esté ambientada en el apasionante universo de la publicidad, más concretamente, en los medios digitales.

Como escritora, Adriana hizo parte del equipo creativo de la productora Colombiana de Televisión, con quienes escribió más de 200 guiones para las series *Padres e Hijos* (2007), *Oye, Bonita* (2008), *Amor de Carnaval* (2011) y *Mujeres al límite* (2010-2016), emitidas por Caracol Televisión, Colombia.

Actualmente, con quince años de experiencia en marketing digital y diez como escritora de televisión, Adriana trabaja como consultora en marketing digital en Halifax, Canadá, e invierte el resto de su tiempo entre su familia y su gran pasión, la narrativa en todas sus formas.

www.adrianasantiago.ca

[Instagram](#) & [TikTok](#)

@digitalbyadriana